

RAMÓN SUBERCASEAUX

MEMORIAS
DE
OCHENTA AÑOS

RECUERDOS PERSONALES, CRÍTICAS,
REMINISCENCIAS HISTÓRICAS,
VIAJES, ANÉCDOTAS.

TOMO I

SEGUNDA EDICIÓN

EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO

1936

CHILE

A mi madre
D.^a Magdalena Vicuña de Subercaseaux

con el cariño y la gratitud
de mi vida entera

ADVERTENCIA

La presente edición, que es la segunda de mis memorias, pero comprendiendo lo escrito y publicado en la primera, toma el título de Memorias de 80 años. El tiempo corrido desde la edición inicial me ha presentado tantas nuevas ocasiones de anotar las novedades de Chile y del mundo y aun de mezclarme en ellas, que no he resistido a las insinuaciones benévolas de completar el relato de mi vida con los 30 años últimos que la Providencia ha querido concederme.

Véome obligado a poner algunas excusas antes de las primeras páginas. No necesita el discreto lector que insista en explicar la primera de ellas que me ocurre. Al hacer este libro tenía muchas cosas que decir, de naturaleza har-to variada y heterogénea; no hallando, en mi inexperien-cia literaria, forma de dar unidad a la obra en medio de tales condiciones, fué menester agrupar los asuntos en torno a mi propia vida que me había servido para ano-tarlos de cerca, con la impresión personal que quería alle-garles, y sin que por un instante se haya venido a la mente que mi vida en sí misma fuera causa de interés. Mis rela-tos y mis ideas han debido quedar, pues, como dentro de un marco que encierra mi existencia, a riesgo que resulta-ra algo como un retrato de cuerpo entero; pero confieso que ella, y a Dios gracias, ha sido como la de cualquier otra persona, sin rasgo alguno notable, feliz acaso por eso mismo, comõ la vida de los pueblos que no tienen historia.

Si, en los primeros capítulos principalmente, me ocupo de preferencia en contar los hechos de mi niñez y primera juventud, entiéndase que lo hago para que se conozca lo

que eran la educación y las costumbres correspondientes a mi esfera en la segunda mitad del siglo pasado; sin duda hay ya interés en comparar con la educación y costumbres del día; dentro de algunas decenas de años el interés será grande. Si me extiendo, en seguida, relatando cosas de mi familia, permídeseme en vista de la sinceridad con que he querido conservar y transmitir mis sentimientos y nociones de los primeros años, en los cuales se abre el discernimiento del mundo donde figuran, como en primer plan, las personas de la familia, y cuyo horizonte no va mucho más allá de las cuatro paredes de la casa. Por otra parte, mi parentela, enlazando los nombres venidos por lado de padre y de madre, se ha hecho acaso la más numerosa de Chile; un buen número de mis lectores va a resultar de parientes ante quienes no tendría que excusarme de las interioridades a que les invito. Si por fin llevo al lector, sin alejarlo de mi compañía, por el camino de la política y de las otras actividades de la vida chilena, o por entre los mil temas de crítica y de apreciaciones que me he permitido tocar, o por los diferentes países donde he viajado, puede creérseme que no pretendo obligarlo a pensar, a sentir y a mirar conmigo en todo. Lo que he querido, al escribir como queda hecho, es comunicar siempre la opinión ingenuamente propia, derivada de la impresión personal inmediata.

Mi libro tampoco es tendencioso, por más que en lo referente a creencias y religión no me haya apartado de la norma que debo a mis principios. Cuando tomo esos asun-

tos o me detengo a considerarlos es más bien por hacer obra ilustrativa en general: las diferencias sobre tales proposiciones no son para ser resueltas en la forma ligera y sencilla que he querido adoptar.

Se notará que trato con cariño especial los hechos y pensamientos que se desprenden de cualquier asunto referente a las bellas artes. No tengo para qué negar que, a parte de mi amor innato, quisiera por medio de este libro infundir más estimación por ellas en mi país, en el supuesto que seguramente influyen en el bienestar de la vida y en la templanza de los tratos y sentimientos hacia los semejantes. La música ya es bastante apreciada, pero se la quiere en el teatro, con ópera y abono a palcos. Ella vale por sí sola más que con esos acompañamientos. Su influencia ha sido grande en todos los siglos: he leído que Polibio, el historiador, atribuía la decadencia de los Arcadios al abandono que habían hecho de sus prácticas musicales. No se puede ya dudar de que el estudio y la audición repetida de la música clásica, por ejemplo, sugieren sentimientos serios y elevados que modifican favorablemente los movimientos del ánimo; ella es admitida como elemento de educación superior.

Digo lo mismo respecto a las artes plásticas y respecto a las bellas letras. Aunque mi temperamento me inclinó siempre a las primeras, reconozco una necesidad social en el cultivo y fomento de las letras que dan cabida a la imaginación, al ingenio espontáneo, al espíritu creador que deleita, instruye y civiliza; unas y otras ejercen, a más,

esta acción bien apreciable entre nosotros: entretienen, distraen en medio de las arideces regulares de nuestra vida. Porque el chileno, comparado con hombres de otras naciones, no resalta por su alegría; en medio de sus cualidades tiene genio caviloso y reservado; las influencias geográficas y físicas, el aislamiento del resto de la comunidad de pueblos del mundo, su misma virtud de tenacidad característica para surgir por el trabajo de en medio de tanta circunstancia contraria, han impreso al ánimo pliegue especial que se revela hasta en el modo de andar, grave, reposado y triste, con la cabeza y mirada un tanto inclinadas al suelo. Qué de veces se le encuentra en la calle, bajo un temporal de sol como los que azotan a Santiago en los meses de verano, anunciando la preocupación y la pena en el semblante!

Este fin, pues, de inducir el ánimo del lector a que haga digresión hacia objetos amenos y de variedad lo he perseguido en cuanto me ha sido posible; es por eso que he tratado de no olvidar principalmente los hechos y sensaciones que en ese sentido han afectado, por poco que fuera, el curso de mi vida. Con eso ha de encontrarse el lector ante no pocos pequeños casos de los que desdeñan los historiadores y aun los cronistas, y que, si bien nimios en sí, en considerándolos toman su valor y sirven cual de entretenimiento como cosa curiosa y realmente sucedida y vista, cual de información que llega a explicar de un solo rasgo las situaciones de los hombres y de la sociedad en épocas ya pasadas.

Termino este preámbulo presentando otra excusa, reclamada por el modo de percibir optimista, por la filosofía de contento, que suelen correr abundantes por los cortos capítulos del libro. Es que he querido ante todo hacer obra de verdad, y que me ha tocado por lo general vivir en período de adelantos y de auge público y privado; casi todo lo que me rodeó en el tiempo que he contemplado, ha sido bueno y feliz. No admito el pesimismo que siempre se queja y lo ve todo como a través de vidrios ahumados de displicencia y de mal juicio. La experiencia, que ya tengo título de invocar, me dice que así no se llega ni siquiera a tentar lo que pudiera resultar útil para uno o para los demás.

Ahora, si a pesar de mis disculpas, llego a merecer censuras o críticas formales y malévolas, he de resistir a ellas diciéndome lo que un día oí en París a Mr. de Blowitz, el célebre corresponsal del *Times* cuando una dama le daba broma por ciertos ataques aparecidos contra él: sería la decadencia, la condenación ante mis propios ojos, dijo, el que nadie me atacara.

DE 1854 A 1864

CAPITULO I

El primer hogar.—Costumbres de ciudad pequeña.—Mi padre, mi madre y el abuelo francés.—El colegio inglés.—La casa de don Manuel Antonio Tocornal.—La procesión del Carmen.—Coches y Caballos.—Valparaíso.—Ingleses de Sudamérica.—La hacienda de Pirque y la Chacra Subercaseaux.—El Teatro Municipal.—Cómo era Santiago en 1860.—El incendio de la Compañía.—Veteranos de la Independencia.—Batallones cívicos.—Los libros que se leían.

Lo más lejano que alcanzo a percibir en la obscuridad de mis primeros recuerdos es la casa de la calle de la Catedral que habitaba mi familia, y que dejamos para mudarnos a la calle de los Huérfanos en el año 1858. Yo había nacido en 1854, en Valparaíso, adonde iba mi madre por salud en aquella época.

La casa vieja de la calle de la Catedral estaba dividida en dos; había a la derecha un departamento que ocupaba mi padre y que tenía un patio especial. Allí me llevaban por la mañana para dar los buenos días. Recuerdo el fenómeno de la luz del sol dando sobre los postigos de la ventana cerrada, y apareciendo desde adentro como una lista de fuego por causa de una rasgadura de la madera herida por el sol.

La calle de la Catedral era entonces más central que ahora. La ciudad de Santiago debía de seguir la ley que manda que todas las ciudades crezcan hacia el poniente y el sur. Los pavimentos eran muy malos, la cuneta de la calle iba por el medio, de suerte que dos coches andando en sentido opuesto podían toparse por lo alto. Una de las pocas impresiones de entonces que me han quedado grabadas, fué la de nuestro coche que volcó al dar la vuelta frente a la propia puerta de la calle un día en que íbamos a la Chacra; alguien me sacó por la ventana.

Quizá el hecho más importante de mi primera edad fué una torcedura de pescuezo que me vino después jugando al volantín en el patio. Fué llamado el doctor Sazie, el cual declaró que el mejor remedio era jugar otra vez al volantín volviendo al otro lado.

El recuerdo de las cosas creo que en los primeros tiempos se fija mejor que el de las personas, porque me acuerdo también de que la casa era blanqueada y con balcón corrido y de que había un pino de Australia en el segundo patio; mi recuerdo de lo demás es casi nulo. De mi padre y de mi madre tengo las primeras nociones vinculadas más bien a la casa de la calle de los Huérfanos.

Acaso algunos hechos extraordinarios han quedado también en mi ánimo; me acuerdo de una asonada que obligó a cerrar la puerta de la calle. Oí entonces por primera vez la palabra revolución. Se trataba de uno de los movimientos callejeros que no eran escasos en aquellos tiempos de política agitada.

Mis hermanos mayores eran muchachos muy traviosos; en la época de la calle de la Catedral combinaban sus pegatas más famosas, algunas de las cuales daban que hablar no sólo en el barrio sino en toda la ciudad.

Una vez mi madre se encontraba indispuesta y se había retirado temprano; en esto llega un criado a anunciarle que una señora venía con sus niñas vestidas de baile. Mientras mi

madre mandaba a alguien que fuera a recibirlas sin saber de qué se podía tratar, vuelve el criado a anunciar que venían entrando dos familias más, con varios caballeros de frac. Eran los convidados, que venían de toda la ciudad a un baile imaginario. No tuvo mi madre más que mandar cerrar la puerta poniendo a alguien que advirtiera que no había baile ni cosa parecida; mis hermanos y sus amigos gozaban del espectáculo desde una ventana de la calle. En otra ocasión se daba un baile de veras en una casa muy respetable de la vecindad. Tomaron los muchachos sus medidas para entrar en el comedor cerrado donde estaba preparada una magnífica mesa; en un cuarto de hora levantaron todos los manjares y se escaparon con ellos. Cuando la dueña de casa quiso hacer pasar a la cena, se encontró con solo pan y agua. Por este estilo eran los chascos en que se divertían; el vecindario les temblaba y mis padres tenían que pasar vergüenzas.

Fuera de los amigos, tenían mis hermanos por compañero a Alejo Flores, el cual llegó a ser conocido después en casi toda la sociedad de Santiago. Alejo Flores había venido a casa en calidad de lavaplatos, pero mis hermanos no tardaron en descubrirle otras aptitudes. Con él sería posible hacer pegatas en las que se necesitaba un irresponsable. Le aleccionaron sigilosamente y la primera vez que mi madre le dió una orden, contestó el bergante que él no había entrado para eso, y que era el amigo de los caballeros, con los cuales ya había dispuesto de su tiempo para ese día. Como luego intercedieran mis hermanos, su actitud fué tolerada y siguió tolerándose, porque se hizo como una cuestión de estado el que Alejo Flores siguiera en su cargo, que sería en adelante mitad de sirviente en mangas de camisa y mitad de compañero de paseo o travesuras de mis hermanos, con vestido elegante, chaleco bordado y sombrero plomo de copa alta a la moda de entonces.

Más directo que el de todo eso, es mi recuerdo de un loro

viejo que metía bulla en el tercer patio y que me divertía con su modo pesado de andar. Por aquella sazón le salió un coto que pareció poner su vida en peligro, y mi madre consintió en que Fernando, el antiguo mayordomo de mesa, le hiciera la extirpación para la cual él se creía capaz. Llegó luego Fernando con el coto en la mano, como satisfecho del resultado, pero trayendo detrás al loro muerto. El caso fué citado después en la Cámara de Diputados, en el año 1894, cuando se trataba de la conversión metálica, por mi hermano Antonio, quien se oponía a la ley opinando que después de la operación el país quedaría económicamente muerto como el loro. La comparación produjo mucha hilaridad, y al poco tiempo se pudo juzgar que era justa.

Por aquel entonces se hizo la mudanza a la casa nueva de la calle de los Huérfanos. Sea porque las decoraciones o los objetos del edificio hirieran más mi imaginación, o sea porque a la edad de cuatro años ya comienza a formarse la memoria, las imágenes y las impresiones de la nueva casa se me fijaron de una manera más precisa. Recuerdo cómo los doradores trabajaban en los techos de los salones, y me parece sentir todavía el olor a pintura que quedaba en algunas partes de la casa. La sensación me era agradable, revelándose quizá en esto mi gusto desarrollado posteriormente por el arte de la pintura. Aun ahora siento con cierto placer el olor peculiar del estudio de artista, compuesto de exhalación de pintura y de humo de tabaco.

La arquitectura y distribución de la casa de la calle de los Huérfanos, que son ahora inferiores, parecían entonces como una novedad de hermosura, de lujo y comodidad.

Cuando entré más tarde en el colegio me contó un niño que le habían dicho que en mi casa las tejas eran una de oro y otra de plata. Ello es que el primer patio con sus grandes baldosas de mármol blanco, y que los tres salones decorados por Filastre, un artista habilísimo llegado para terminar el antiguo

Teatro Municipal, eran en realidad suntuosos, y no hubo detalle o rincón de ellos que no fuera observado con la mayor atención por mí. La estatua grande del patio blanco se parecía quizá algo a mi madre y yo creía que era su imagen. Un mueble de madera verde con incrustaciones de bronce que había en el salón principal fué tomado como altar por Anita, que era en mi familia la hermana que me seguía en más edad; y me hacía hincarme para rezar con ella.

Mi aposento era el mismo de la criada de razón, que se llamaba Juanita Adrián; estaba al fondo del segundo patio y sin ventana a la calle, precaución doméstica aconsejada, sin duda, para evitar distracciones...

La fiesta de la inauguración de la casa nueva había venido a ser el casamiento de mi hermana Josefina con Juan Francisco Larraín; hubo un gran baile en la noche, del cual recuerdo la magnitud de los vestidos de las señoras puestos sobre crinolinas que me hicieron tropezar en un momento en que me entraron al salón principal. Al día siguiente, al levantarme, encontré la casa como desierta, pues todo el mundo dormía. Me detuve largo rato a contemplar y urguetear a gusto los instrumentos de orquesta dejados por los músicos. Se veían por todas partes velas corridas y flores marchitas, y sobre las alfombras pequeños jirones de tules finos, blancos y de color, que le llevé a mi madre.

La presencia de mi madre era entonces muy sentida por mí; su protección y su cariño eran una parte de la vida de que comenzaba a tener una fuerte conciencia. A pesar de ser el último de doce hijos, mi madre me buscaba y se ocupaba en mis necesidades como si fuera el único.

Sin embargo, tuve que notar mi relegación al puro cuidado de la aya en los días que precedieron a la muerte de mi padre, que tuvo lugar el 30 de octubre de 1859. La noción de la muerte escapa completamente a una inteligencia que va recién

abriéndose; este fenómeno lo he notado después en muchos niños. Lo que recuerdo de esa desgracia es el enlutado de los salones y el llanto de mis hermanos mayores. Mucho después vine a sentir en mi corazón el agradecimiento por las caricias que me había hecho mi padre y el vacío de su separación. Pensaba en que si hubiera vivido lo hubiera querido tanto como he respetado su memoria.

Las criadas hablaban en su pieza de la escolta de caballería que formó en el acompañamiento. La mandaron porque mi padre, desde ya muchos años, era senador. Creo que no ha habido todavía ningún senador que haya ocupado su puesto tanto tiempo seguido. Oí también que don Manuel Montt, el Presidente de la República, había dado orden de prisión contra él cuando estaba en su última enfermedad; y que habiéndose contestado que estaba muy enfermo, alguien replicó que fuera a morir a la cárcel; y que las personas mayores de mi familia y los otros deudos y amigos habían hecho saber al Gobierno que pasarían primero sobre todos ellos.

Los odios políticos eran vehementísimos en el año 1859; no los ha habido iguales ni aun en la guerra civil de Balmaceda. La oposición no quería esperar el plazo constitucional para ver fuera a Montt y Varas; el Gobierno, sistemáticamente terco, devolvía los golpes con mano de fierro.

Se ha visto que aquellos hombres eran honrados y enérgicos; pero les faltaba la inteligencia de los medios; y así tuvieron a la mitad del país exasperada, entre los decenios de Bulnes y Pérez, donde la misma generación de chilenos probó que sabía vivir y dejarse gobernar en paz. La revolución, que todavía dura en otros países de América, es igualmente alimentada por rencores, pues los de arriba emplean su turno en hostigar sin piedad a los de abajo.

Por aquella época comencé a conocer los antecedentes de mi familia. Mi abuelo había venido a Chile a mediados del siglo

XVIII habiéndose expatriado de Francia para entrar al servicio del Rey de España. Como en esta calidad murió, por la época de la Independencia, le tocó una confiscación de bienes que dejó a sus hijos reducidos casi a la miseria. La cuantiosa fortuna que ellos hicieron después fué debida a las minas del norte donde trabajaron, y principalmente a la de Arqueros, cerca de Coquimbo, cuya abundancia en plata casi pura fué por algún tiempo fenomenal. Vivía mi padre en la Serena y sólo vino a establecerse en Santiago para su casamiento. Un caballero de ese lugar me hizo notar después que las genialidades de mis hermanos, que se traducían en pegatas como las que tengo contadas, no eran más que una herencia; mi padre también les hacía cuando la ocasión se presentaba. Un día de calor llegaron a una finca de él unos padres de San Francisco que después de almorzar quisieron hacer la siesta en una especie de bodega que era el lugar más fresco, y se acomodaron en el suelo. Apenas dormidos, ocurriósele a mi padre sorprender a sus amigos; entró sin que le sintieran y abrió una de las llaves de los toneles para gozar en ver a los buenos franciscanos recordar en medio del vino que iba subiendo de nivel.

Fué siempre mi padre muy amigo de don Diego Portales; ambos iban por la tarde a sentarse en un banco de piedra en la Alameda, y mientras conversaban picaban con los estoques del bastón los brazos del banco, hasta abrir dos hoyos a fuerza de repetir. El banco fué llevado como recuerdo al Cerro Santa Lucía por Vicuña Mackenna cuando fué Intendente de Santiago.

Pero la familia que más estimaba mi padre era la de don Joaquín Tocornal, a cuya excelente amistad y buen consejo dejó confiados los suyos antes de morir. Recuerdo perfectamente la venerable figura de aquel anciano del siglo anterior, cuando venía a nuestra casa nueva a ocuparse con la familia en

los muchos y variados intereses y cuidados que se le habían acumulado.

Como todos los que habían hecho fortuna en las minas del norte, mi padre la había invertido, en parte, en beneficios de empresas agrícolas del sur. La gran obra que acometió fué el canal de Pirque, empresa magna para aquellos tiempos. Habilitó o mejoró otras haciendas como una en San Francisco del Monte y como la de Colmo en la desembocadura del río Aconcagua. La finca del Llano Subercaseaux, así llamado por ser el terreno que ha quedado público cedido por él, la destinaba principalmente a sus paseos con familia o con amigos. Encargó, sin embargo, un viñador a Francia, que vino con las plantas a instalar la viña, la cual no alcanzó a ver.

Y esa era entonces como ahora la vida de los hombres de Chile: la política, los negocios, la familia (1).

(1) Cédula que concede la calidad de español a don Francisco Suber-Caseaux. Copia del archivo de Simancas.

“Consulta de 24 de julio de 1789—publicada en las Cámara de 12 de agosto”.

Don Carlos, etc.—En carta del 30 de enero de este año, dió cuenta con testimonio mi Real Audiencia de Chile de que vos **Don Francisco Suber-Caseaux**, de nación francés, os habéis presentado en ella pidiéndome informase de vuestros méritos y de las circunstancias que previenen las leyes municipales para obtener de mi Real clemencia carta de Naturaleza y que habiéndoos admitido la información que produxisteis en forma bastante, con presente audiencia del Fiscal, resulta de ella os habéis mantenido en aquel Reyno por más de treinta años, ocupado principalmente en el Laboreo de minas que continúan con empeño, que teniendo inteligencia del manejo del cañón, fuisteis nombrado Capitán de Artillería del Puerto de Coquimbo, en cuyo empleo habéis manifestado lealtad y amor a mi real servicio y a la patria, pues en las ocasiones que se han ofrecido no habéis tenido embarazo en refaccionar a vuestra costa y habilitar cureñas y sus adherentes;

Que estáis afincado en el partido de Copiapó y pasa de cinco mil pesos de plata el valor de vuestras haciendas, sin incluir minas, trapiches y aperos;

Que os halláis casado con Doña **Manuela Mercado** de las primeras

Mi abuelo era francés. Solicitó ser súbdito del rey de España después de haberse establecido y casado en el partido de Copiapó, donde recibió nombramiento real de Coronel de Milicias. Me han dicho que había sido oficial de Marina de Luis XV, explicándose el fenómeno de que con sólo dos generaciones sus descendientes hayan llegado al siglo XX por el hecho de que él y mi padre tuvieron hijos a una edad avanzada.

Naturalmente, fué a mi madre a quien tocó la dirección completa de mi niñez. En el año 1860 todavía me tenía con las criadas, pero ella misma me llevaba a la iglesia y a algunas salidas de campo. Era a la Catedral a donde más tenía que acompañarla; el esquilón de la antigua torre cuadrada que se levantaba en el sitio interior era oído en casa con mucha fuerza; así como nos hincábamos en las piezas o en el patio cuando alzaban en la misa mayor, así también se nos llamaba con las cam-

familias del mismo Reyno de Chile y con sucesión.—Y, últimamente, que os habéis manejado con arreglo, juicio y sin dar nota de vuestra persona y procedimientos; en cuya atención a bien dicha mi Real Audiencia deferir a vuestra instancia informando de lo actuado en el particular y juzgándoos acreedor de los efectos de mi Soberano clemencia para obtener la gracia que solicitabais. Y habiéndose visto en mi consejo de Cámara de Indias con lo que dijo mi Fiscal y consultándome sobre ello, he venido, en consideración a los expresados vuestros méritos, en concederos la carta de Naturaleza de estos mis Reynos que habéis solicitado para vivir y comerciar en Indias, pero con la prevención de que el Inventario que debéis practicar de vuestros bienes sea y se entienda con puntual arreglo a lo que tengo prevenido sobre consulta del propio mi consejo de 30 de enero de 1775.—Por tanto quiero y es mi voluntad podáis vivir y comerciar quieta y pacíficamente en mis Reynos de las Indias y ser reputado como uno de mis vasallos naturales de estos mis reynos, sin diferencia alguna, gozando, a este fin, de todas las honras, gracias, mercedes, franquezas, libertades, preminencias, prerrogativas e inmunidades que gozan, pueden y deben gozar los que son naturales de estos Reynos de Castilla.—Y encargo al serenísimo Príncipe de Asturias, mi muy caro y amado hijo, y mando a los Infantes, Prelados, Duques, Marqueses, Condes, Ricos-hombres, Priorres de las órdenes, Comendadores y Subcomendadores, Alcaldes de los Castillos y casas fuerte y llanos y a los de mi consejo Virreyes, Pre-

panas más chicas cuando ya iba a empezar otra misa o función. Yo seguía a mi madre llevándole la alfombra o el libro; si se me perdía en la iglesia desde lejos la reconocía entre todas, a pesar del manto, por su estatura y forma de cabeza. A la vuelta a casa me hacía correr adelante para tenerle el vaso de agua que acostumbraba tomar después de comulgar.

La Catedral tenía entonces su gran altar en la mitad de la nave; detrás de él venía el coro de los canónigos; era el altar un monumento con dorados y de forma curiosa, coronado por una gran esfera que daba reflejos metálicos, y que por medio de no sé qué mecanismo ingenioso se abría en diferentes cascos simétricos, como de una fruta grande, para dejar ver en el centro la custodia del Sacramento.

Una vez presencié en la Catedral una ceremonia extraña que me impresionó; me la hice explicar en seguida, pero sin entenderla. El amanuense o sacristán leyó unos papeles en alta voz,

sidentes y Oidores de mi reales audiencias, Gobernadores, Corregidores Alcaldes, Caballeros, Escuderos, Oficiales y hombres buenos de estos Reynos de Castilla y León, y de todas las ciudades, villas y lugares de las referidas Indias, islas y tierra firme del Mar Océano y a todas las demás personas de cualquier estado y calidad que sean, guarden, cumplan y executen, y hagan guardar, cumplir y executar ésta, mi Real cédula y que os hagan, y tengan a vos el referido Don Francisco Suber-Caseaux por natural de estos Reynos de Castilla para efecto de vivir y comerciar en las Indias y ser reputado como otros cualquier vasallo mío, sin poner os ni consentir se os ponga en ello embarazo, ni impedimento alguno, sin embargo de cualquiera prohibición, ordenanzas, Pragmáticas y sanciones generales o particulares de estos reynos, que hubiere en contrario y de la ley hecha en Corte por los Señores Reyes Don Fernando y Doña Isabel sobre este asunto, los cuales y cada una de ellas de mi propio motu, cierta ciencia y poderío Real absoluto dispense para en este caso—dejándolas en su fuerza y vigor para los demás que se ofrezcan en adelante.—Y de esta cédula se tomará razón en las contadurías generales de Valores y distribución de mi Real hacienda y de mi consejo de las Indias dentro de dos meses de su data, expresándose por la primera quedar satisfecho o asegurado lo que corresponde al derecho de la media annata por esta gracia, lo que no executándose así quedará nula.—Dada en San Ildefonso a 27 de agosto de 1789.

y cuando hubo concluído tomó unos cirios encendidos y los metió en el agua, por la llama, en un gran vaso que parecía de plata. Era una excomunión llamada "a velas apagadas" y no supe contra qué ni contra quién. Creo que fué ese el fin de una costumbre española de las que hasta hace poco regían en el culto y en casi todas las disposiciones litúrgicas del Cabildo Eclesiástico de Santiago.

Los altares de las naves laterales del templo eran en su mayor parte viejos, pero grandes y ricos; algunos eran de un perfecto gusto churrigueresco y verdaderamente hermosos, mucho más interesantes que los altares de estuco o de mármol con los que se les venía reemplazando. El Arzobispo Valdivieso estaba modernizando la Catedral y haciéndole perder su sabor colonial y español. Entonces desapareció el altar mayor con la granada que se abría para mí con gran admiración, y se edificó el de la parte posterior que oí decir costaba veinte mil pesos, y que carecía de todo estilo y aun de buen gusto. Todas estas cosas me interesaban en mi corta edad porque le tenía cariño a ese templo donde mi madre me enseñaba la veneración a las cosas santas y donde mis sentidos recién abiertos recogían las primeras solicitudes. Los tres órganos tenían voces diferentes que yo sabía apreciar ya. El mayor de la nave central producía sonidos magníficos que, según decían las criadas, podían oírse desde el cerro de Santa Lucía; agregaban que ciertos registros no podían ser empleados porque se romperían los vidrios. El olor de incienso llenaba el vasto edificio; se le sentía desde las puertas antes de abrir la mampara de entrada. Me gustaban extraordinariamente los ornamentos de los sacerdotes y seguía con la vista todos los movimientos de los seises que desempeñaban su cometido con ligereza y disciplina cantando con sus voces triples y penetrantes en el coro de los canónigos, o en el coro de órgano en compañía de los cantores grandes. Creo que llegué a tener una cierta erudición en la liturgia especial de la iglesia,

porque bastaba conocer algunos de los primeros aprestos o movimientos para saber qué desarrollo iba a tomar la función. Muchos años después, visitando la Catedral de Burgos, en España, encontré la semejanza de todo lo que hacían por aquel tiempo en la Catedral de Santiago, y me convencí de que el culto católico español es ejercido mejor que ningún otro.

CAPITULO II

En aquella época me pusieron con mi hermana Anita en el colegio de Miss Whitelock, donde había niños y niñas de familias amigas o conocidas de la mía. Miss Whitelock era una inglesa con anteojos de oro y peinado de morcillón alisado, sobrina del general Whitelock que había sufrido una derrota en Buenos Aires por el año 1810, cuando quiso tomarla con un ejército inglés. El colegio estaba en una casa de la calle de Morandé frente al Congreso, o más bien frente a los muros del que sería más tarde el Congreso, porque los trabajos estuvieron paralizados por muchos años. La casa era vieja y mala, con grandes patios y pequeñísimas piezas.

De lo que hacía en los primeros tiempos no me acuerdo; pero luego después encontré fisonomías y pequeñas cosas que he retenido. Recuerdo a Martina Barros, que me ayudaba a aprender mis lecciones, Ismael y Manuel Tocornal, hijos de don Manuel Antonio, también se encontraban allí; con el segundo, que era casi de mi edad, me hice muy amigo.

Había también una niña llamada Augusta Carrasco en la cual, lo he visto después, se encerraba algún misterio. Cuando preguntábamos a los grandes quién era y de dónde venía Augusta Carrasco, o no lo sabían o contestaban otra cosa. Un día Miss

Whitelock la tomó aparte y la entró a su pieza; volvió a entrar con un plato y un cuchillo o navaja. Después vi sangre en el plato y a la niña con una de sus orejas amarradas con un pañuelo; creí que le habían hecho una marca, y más tarde seguí creyendo lo mismo, porque Augusta no tenía ningún grano, o cosa parecida que pudiera haber necesitado de una pequeña operación. Todavía tengo presente a esa criatura de 5 años; era muy blanca y de cara ancha, nariz corta y ojos azules. ¿Quién era? ¿Qué le sucedió? ¿Qué ha sido de ella en estos cincuenta años?

Los estudios, a esa edad, se comprende que fueran rudimentarios: leer y escribir, y una que otra noción de las cosas inglesas, porque Miss Whitelock era ante todo inglesa. Junto con el *spelling book*, aprendíamos la geografía de las Islas Británicas y sus colonias; todavía puedo recitar una lista de los condados de Inglaterra.

Pero creo ahora que Miss Whitelock no sólo era una buena maestra de escuela, sino, también y sin saberlo, una educacionista muy adelantada para la época. El aseo de su persona y de su casa era una lección constante para los niños; más de una vez la vi lavando con jabón las monedas que le llevaban. Nos enseñaba coros de aseo que ella acompañaba en el piano y que nosotros repetíamos accionando como si nos estuviéramos lavando:

*This is the way we wash our hands
To come to school in the morning.*

Había tres cosas que en el colegio pasaban como las faltas más terribles que a nuestra edad pudieran cometerse: mentir, escupir y echar un borrón de tinta en el papel.

Cada vez que veíamos a la maestra inglesa montada en cólera, ya sabíamos, pues, que se trataba de una mentira o de un *blot*, a no ser que fuera un escupo.

Como entonces se nacía, se vivía y se moría en la política, mis compañeros y yo jugábamos en los patios dándonos asaltos, divididos en dos bandos, de ministeriales y opositores. Yo pregunté en casa a qué partido debía pertenecer, y me afilié a los opositores, pues todavía estaba don Manuel Montt en el gobierno. Como alguien lanzara una vez una piedra para dar más realce al combate, la política fué suprimida de orden superior y no quedaron más bandos rivales que los de hombres y mujeres; el que se juntaba con las niñas era llamado maricón, y trataban de hombrada a la niña que se nos acercaba.

Miss Whitelock, un año después, se mudó con su colegio a otra casa en la misma calle de Morandé, más cerca del río; y otra vez más a una tercera casa, siempre en la calle de Morandé, donde se extendió después el cuartel de los Cazadores a caballo. Aquí fué donde pasé mi último año de colegio inglés.

Como Miss Whitelock era protestante, mirábamos con recelo muchas de sus acciones y teníamos una idea supersticiosa de su ser, a lo cual algunas manías que tenía allegaban cierto fundamento. Alguien explicaba que su preferencia por los colores verdes y rojos en los vestidos era aconsejada por el diablo. También creíamos que el retrato de la reina Victoria lo tenía en la misma veneración que nosotros profesábamos a la Virgen; esto era más natural creerlo porque en el día de la reina nos hizo una vez desfilas haciendo grandes reverencias, después de cantar con ella el *God save the queen*, que parecía cosa de iglesia.

No sé qué habría hecho conmigo Miss Whitelock si le hubiera sido dado prever aquel día que a mí tocaría ir en nombre de Chile a presentar, ante su augusta soberana, los votos en el solemne jubileo de 1897.

La Chavelita era una niña como de ocho años que Miss Whitelock tenía adoptada, enseñándole inglés y haciéndole aban-

donar su religión. Mis hermanas de diez a quince años, que también vivían prontas para cualquier pegata que se ofreciera, tomaron un día una piedra infernal empleada en verrugas, e hicieron a la Chavelita cruces negras en el cuerpo, para ahuyentarle el demonio. No sé si algunos parientes de la niña intervinieron después, o si se le buscó mejor colocación; ello es que un día desapareció la Chavelita quedando su protectora confundida entre la rabia y la pena.

Recuerdo también que mis hermanos hacían desesperar a Miss Whitelock cuando venía a casa; le decían entre otras bromas que Pedro León Gallo, el popular caudillo del norte, o Peter Lyon Cock, pues le hablaban en inglés a su modo, se casaría pronto con la reina Victoria.

Como enseñanza, después lo he venido a ver, era muy buena la del pequeño colegio de mi niñez. Fuera de que se nos enseñó el inglés, y se nos inspiró el horror a la mentira, no se fatigó a nuestras mentes con pretender inculcarles los principios de ciencias que suelen querer en otros colegios o en las casas; las experiencias que han sido recogidas en Inglaterra prueban que el trabajo cerebral de la tierna edad se hace en detrimento del desarrollo físico; el abuso de las primeras letras, como la falta de suficiente abrigo o de buen alimento, influyen en el desenvolvimiento intelectual posterior; los niños educados sin esa consideración resultan pequeños de cuerpo a la vez que secundarios en fuerza de comprensión, en memoria y en voluntad.

A más del recreo, frecuente en el colegio, nos daban asueto los sábados y domingos. Manuel Tocornal y yo teníamos un caballito cada uno, y los días libres salíamos con el portero de casa, Fermín Pérez, a dar un paseo en la Pampa, que era el gran terreno sin árboles ocupado por el llamado hoy Parque Cousiño. Recuerdo el gusto que también tenía en ir con Fermín a la calle del Puente, que era el centro de las talabarterías

de Santiago, a comprar riendas, estriberas u otros aperos de equitación. La calle del Puente toda entera tenía un olor particular a cuero y cosas surtidas.

Fermín era el hombre de confianza para esas cosas; la merecía porque era honrado, fiel y complaciente. Esas salidas eran su distracción de la monotonía de pasar día y noche cuidando del patio y de la gran puerta de calle de casa. El buen hombre era también devoto, y lector sin mucho discernimiento. Una vez estaba muy contraído leyendo una nueva vida de Jesús; sólo por mi madre, que advirtió que era la de Renán, dió en que no convenía a un sincero católico como él seguir en su lectura.

Como paseo a pie, Fermín nos llevaba al Tajamar, y andábamos largo trecho sobre el sólido murallón que se prolongaba al oriente de la ciudad. La vista era hermosísima por aquella parte; la cordillera se veía desde la propia planta, al fin del ancho lecho del río, donde el agua turbia, rojiza y escasa, corría con prisa entre las piedras, la arena y la basura.

Trepábamos otras veces al Santa Lucía, tomando el camino que conducía hasta los dos fuertes de piedra que dominaban el centro y el sur de la ciudad; y subiendo después por senderos de cabra, alcanzábamos hasta las rocas superiores.

Tengo muy presente la imagen del Cerro antes que fuera transformado. No había una hoja de verdura en todo él; era una pura cristalización de piedras formando pirámide irregular. Para encontrar la subida había que dar la vuelta por aquella parte que estaba vecina a la Cancha de Gallos, hacia el norte.

Mi amigo Manuel Tocornal era siempre de la excursión; y si por mal tiempo u otro motivo no salíamos, buscábamos juegos y entretenimientos en mi casa o en la de él. Sus padres eran sumamente afables; a don Manuel Antonio, que era el hombre público más en boga, le veía poco, sin embargo; lo pasaba en

la Moneda o el Congreso. Era muy flaco y alto, con corbatín y cuello parado; tosía o se entonaba a cada momento con un sonido hueco perceptible desde lejos. Su esposa y prima, doña Mercedes Ignacia tenía un hermano que se llamaba Manuel Antonio Tocornal Velasco, y vivía en la misma casa. En todas partes los llamaban el flaco y el gordo; y recuerdo haber oído preguntar a los mismos de la casa cuando alguien buscaba a don Manuel Antonio, si era al flaco o al gordo al que querían ver. Un día había un gran convite a comer, y no sé por qué motivo me hicieron sentar en la mesa; recuerdo el hecho principalmente porque un castillo hecho como de filigrana de caramelo se derribó con estrépito, torcido por el calor, frente a mi lugar.

Un gran baile de fantasía, sin precedente en los anales de la sociedad, se dió en casa de Tocornal en aquella época; pero no me fué permitido ir a verlo. En casa se reunieron, sin embargo, muchos asistentes y pude gozarlos a gusto; había un puritano, un mosquetero, un escocés, una Safo y varios otros papeles que después encontré en el teatro cuando me llevaban a ver la ópera. Cuando grande he vuelto a bailes de fantasía; mi impresión no ha cambiado; todos ellos, hombres y mujeres, se me figuraban tenores, barítonos y primadonas. Ello es que del baile de fantasía de Tocornal se habló mucho durante muchos meses, en casa y fuera de ella.

La primera escuadrilla española que llegó por entonces al Pacífico a explorar el campo con fines ulteriores trajo personajes que se hicieron amigos de la casa de Tocornal; parece que el más distinguido de ellos era Fausto Saavedra, duque de Rivas, hijo del autor de *El Moro Expósito*; le encontré varias veces y no he olvidado su figura juvenil; era rubio, delgado, lampiño y hermoso, y hacía la corte a las niñas con desenfado y suficiencia.

Las procesiones eran un espectáculo favorito de esos años; no eran más importantes que ahora, pero la falta de otros sucesos o distracciones hacía que se hablara más de ellas, y que su concurrencia fuera como obligada.

Una vez, en la procesión del Carmen, presencié un hecho atroz que fué el que más me impresionó hasta ese día. Las andas de adelante habían torcido ya, viniendo de San Agustín, la esquina de la cárcel que estaba donde hoy la Municipalidad. Avanzaba majestuosamente al repique de las campanas la imagen de la Virgen del Carmen, cuya base no se veía a causa de la apretura de la gente y del séquito de soldados llevando la bayoneta calada al fusil. El cuerpo de guardia de la cárcel que era compuesto, creo, de una porción del antiguo Batallón Buin, fué formado en doble fila presentando armas. En esto se produjo un tumulto; la doble línea de soldados fué deshecha en un instante por un tropel de presos venidos de atrás, y que acababa de forzar la reja de hierro que cerraba la prisión. El oficial debió de dar orden de precipitarse sobre los fugitivos, porque vi a los soldados correr en todas direcciones. Muy cerca del grupo donde me tenían las sirvientas llegó un infeliz que viéndose acosado se echó al suelo. El soldado que lo perseguía le atravesó el pescuezo con la bayoneta.

Por aquel entonces llegaron a casa dos coches muy lujosos encargados a París. Eran una calesa y un cupé de doble suspensión. La calesa venía contenida en un cajón tan enorme que con sus tablas se armó dentro del tercer patio una cochera especial para ella; como el ferrocarril no estaba terminado, una carreta de bueyes había traído el cajón desde Valparaíso.

Venían también arneses y libreas; estas últimas eran algo complicadas, diferentes a las que hoy se usan; los calzones eran cortos, de un género negro parecido al terciopelo, y luego seguía una gran polaina. Hubo la dificultad de si en la rodilla debería

dejarse la polaina encima del calzón, o viceversa; el general Blanco Encalada, gran amigo y vecino de casa, vino a resolverla diciendo que la polaina lo cubriría todo. Yo encontré que el dictamen era deplorable porque iba a quedar oculto un galón de oro en que terminaba el calzón.

Los domingos salía la calesa con cierta solemnidad; los hoyos de las calles la hacían balancearse como buque, con movimiento suave debido a las sopandas. El cochero José María y Fermín, el de la puerta, iban sentados en el pescante con los trajes nuevos. Creo que los caballos bayos habían quedado chicos, pues los arneses se veían algo sueltos.

Entonces no se encontraban parejas de buena alzada; un potro, muy grande y hermoso, que había llegado de Europa para la Quinta Normal no había alcanzado a dar prole.

Rodaban también por la ciudad otros coches de gran estilo, por calles medio pavimentadas con piedras redondas, ásperas sobre toda ponderación. Había otras calesas más y unas como berlinas, con pescante cubierto por una armazón de género ornamentado con borlas y flecos, restos de las costumbres coloniales y de las vanidades de las familias patricias. Los coches llamados de trompa, y después los americanos, que son para el pasajero como el manto para la mujer o como el poncho para el hombre, cucarachas rodantes que encubrían el desaseo y la incomodidad, no habían hecho más que apariciones aisladas sin que se pudiera prever la inmensa fortuna que había de hacer en todo Chile esa forma de vehículo tan peculiar como fea. Algunos de los coches eran tirados por parejas de mulas.

Como buena gente de España y América, la de Santiago no se contentaba con aparentar por medio de las calesas de lujo; para salir de paseo se ponían las damas vestidos ricos como en una gran capital de Europa; los caballeros no quedaban atrás; me acuerdo de uno de éstos, don Cirilo Vigil, que siem-

pre veía en casa de Tocornal y después cuando me llevaban al teatro; admiraba su traer perfecto, desde la corbata al calzado.

Como tiendas, las había ya de primer orden en el pasaje Bulnes, que así se llamaba por pertenecer al general Bulnes antes que lo adquiriera don Domingo Matte. Recuerdo muy bien la que llamaban de Madame Chessé, la cual era una señora joven, buenamoza y elegante. Tenía la tienda sus vidrieras con primorosas modas femeninas, géneros blancos bordados y fruslerías de París. La señora Chessé se casó después con Monsieur Pra, francés como ella, y es el origen de la Casa Pra, que después de haber quedado algunos años en la calle del Estado, se edificó su propio bazar que, con el mismo nombre, en la calle de los Huérfanos, es hoy, en 1890, conocida de todo Santiago.

El sastre principal era Mr. Caut, sucedido después por Mr. Pinaud en el mismo sitio. Pero el centro que desde antes tenía monopolizada la más alta elegancia de los santiaguinos era la peluquería situada en el mismo pasaje Bulnes, de Mr. Dumirail, llamado familiarmente Gustavo.

Este hombre, que entendía admirablemente su oficio, y que era tan listo y buen mozo que el mismo Beaumarchais no lo habría desdeñado por modelo, volvió joven a Francia con más de cien mil francos ganados honradamente con sus tijeras, su peineta y su sagacidad. La confianza de Gustavo era un título de orgullo para los elegantes, sobre todo si venía manifestada con misterio o subentendido. Es lo cierto que Gustavo fué la persona de Santiago que estuvo en posesión de los datos de su vida más íntima entre los años de 1850 y 1860.

Largo tiempo después Gustavo se estableció de comisionista en París. En un viaje que hizo a Chile en el mismo vapor que me traía, me contó mil detalles curiosos e indiscretos, pero ve-

rídicos, que siento no haber guardado por escrito. No sólo a los hombres había aderezado Gustavo, sino también a las más altas damas de la generación, las cuales no vacilaban en esperarlo hasta las 12 de la noche, y más aún, si era esa la única manera de poderse presentar al baile peinada por el artista preferido, que daba el sello del buen tocado.

Otro débil de las santiaguinas, pero anterior a mi tiempo y que conocí sólo de oídas fué el de Mr. Lataste, francés también e importador de vestidos y sombreros. Parece que tanto se ocupaban y se preocupaban las mujeres con las cosas de este señor, que un día se hizo cuestión de púlpito, y oí contar entre risas los términos de que se había servido un predicador para echar en cara al auditorio su vanidad: Vosotras no pensáis más que en Lataste todo el día, y después os acostáis con Lataste, y os levantáis con Lataste.

CAPITULO III

Cuando estaba en el colegio de Miss Whitelock me llevaban a Valparaíso en el verano. El viaje era generalmente en coches tomados a un empresario francés llamado Vigouroux.

Se salía de Santiago al rayar el alba y se llegaba al puerto a las 6 de la tarde. Las camas y los equipajes eran llevados por mulas cargadas de almofrejes. Se almorzaba en Curacaví, en la mitad del camino, por donde ya iban los pasajeros blancos de polvo y fatigados por el calor. Al trepar la cumbre de la última cuesta antes de bajar a la ciudad y puerto de Valparaíso, diseñábanse el mar y los cerros que forman la bahía como en un plano de relieve; la claridad del aire y sobre todo la vista fuerte de los niños hacía que todo se viera cerca; los buques de vela y los vapores cuyos detalles y cordajes percibía con la mayor distinción, hacían el efecto de buques chicos, muy chicos, como de juguete.

Fué en uno de estos viajes cuando me tocó ver la entrada triunfal que prepararon a don José Joaquín Pérez, recién elegido Presidente en vez de Montt. Este le entregó el poder en septiembre sin haber dejado por sucesor a su ministro Varas, como se había tenido por seguro visto el sistema político y electoral de la época.

Oí decir que el alejamiento de Varas era patriótico, porque el país habría vuelto a sublevarse contra él; y que la felicidad de la gente no tenía límites al verse, mediante la nueva política adoptada por Pérez, libre de asonadas, conspiraciones y revueltas por una parte, y de nuevas persecuciones, destierros y carcelazos por la otra.

Vi entrar en la plaza de la Victoria el coche abierto en que venía Pérez seguido de otros muchos coches que habían salido a esperarlo. Una gran muchedumbre de a pie lo aclamaba casi frente a nuestra casa, que era la que estaba en la misma plaza, esquina de la calle del Circo, llamada hoy de Arturo Edwards. Lo que más me quedó de esa celebración, cuyo significado político se me escapaba, fué una pequeña cámara obscura en la cual veía reflejado todo lo que pasaba en la plaza, y que nos entregó la señora de Belinfante, a cuya casa de altos de la misma propiedad de nuestra familia, habíamos subido para ver mejor.

Las fiestas, bailes y banquetes siguieron en Valparaíso por muchos días.

El Puerto, como lo llamaban entonces a Valparaíso, era una ciudad bien diferente a lo que es ahora. El barrio del comercio llegaba desde los Almacenes Fiscales hasta la plaza del Orden, a la que se dió después de veinte años el nombre de Aníbal Pinto. Entre el cerro y el mar no había, por un gran trecho, más calle que la del Cabo, hoy de Esmeralda, a donde llegaban a salpicar las olas en los días de viento del norte. La parte del Almendral, no tenía más que casas muy bajas y feas; algunas con jardines en el fondo. Los mosquitos o zancudos picaban horriblemente durante la noche.

Frente a nuestra casa se hallaba el antiguo Teatro de la Victoria y el Cuartel de Policía. Algunos días a las dos de la tarde salía una compañía de tropa, pues era la policía como un cuerpo de línea, a hacer ejercicios, y se desplegaba en guerrillas

a son de corneta, corriendo los soldados, de a dos, hasta por las calles vecinas, haciendo ademanes de ataque y de defensa. Esto me interesaba enormemente, y no me movía de la ventana mientras duraba la maniobra.

Pero el espectáculo mejor de Valparaíso era el del mar. Si entonces había menos vapores que hoy, en cambio, se reunía en la bahía un número mayor de buques de vela; los días de fiesta ponían sus banderas de todos los colores y parecían entonces buques de guerra con sus fajas blancas entrecortadas con cuadros negros, para simular batería. Me mostraron entonces la *Esmeralda* y el *Maipú*, que formaban nuestra escuadra nacional. Por la arboladura y elegante corte parecía la primera una fragata; el segundo era un vaporcito de hierro, de aspecto, en realidad, poco temible.

Más me gustaba mirar los buques desde la playa, que el baño que me solían dar por la mañana en los establecimientos de tabla que se armaban para la temporada, entre las rocas que quedaban al pie de la estación del Barón. El agua era sumamente fría y me tenían que entrar en ella casi por la fuerza.

Los cerros de Valparaíso me parecían feísimos; áridos, de tierra roja, sin más construcciones que las casuchas de tablas donde se abrigaban del viento las familias pobres, no podían presentar a mi mente interés de ninguna especie.

Como la impresión de los olores es una de las más perdurables de la memoria, recuerdo también que se sentía una gran fetidez en los cauces que se dirigían al mar y en otros muchos sitios de la ciudad. Los desagües eran casi desconocidos y en los interiores había sólo unos pozos sobrecubiertos que servían de resumidero general.

Oí contar que en un colegio en que habían estado mis hermanos, un primo mío quiso hacer una gran travesura contra uno de los profesores armándole una trampa que había de dejarle

caer sentado dentro del pozo. Para estar más seguro de su invención quiso mi primo probarla tomando las bebidas precauciones; pero éstas no fueron suficientes, y el pobre cayó, víctima de su propio plan. A sus gritos acudió todo el colegio; le sacaron en un estado lamentable y con baldes de agua le hicieron el primer aseo para podersele acercar en seguida.

Mi vida era como en la casa de Santiago, de segundo patio, con las criadas que nos cuidaban a mí y a mi hermana menor; pero a cierta hora me mandaban a pasear a las calles, al cerro o al mar. El paseo que en la ciudad podía tomarse por tal era entonces un jardín privado llamado de Abadie, en la calle de la Victoria, que no era otro que el actual Parque Municipal, aumentado ahora más en el nombre que en la extensión.

Una vez que me encontraba al pie del promontorio que cerraba a Valparaíso, más allá de los Almacenes Fiscales, vi entrar con todas sus velas desplegadas al viento sur y virando muy cerca de la playa, a la fragata de guerra británica *Sutlej*. Se oían las voces de mando y se veía con precisión la maniobra de los hombres de a bordo. El espectáculo era magnífico, y ya no es dado verlo más, porque los barcos de guerra son simples máquinas de hierro, de aspecto pesado, y que parece flotan y se mueven nada más que por haberlo calculado así los ingenieros que las han construído.

Antes de echar el ancla y mientras recogían el velamen de la fragata, como luciendo la pericia y la abundancia de su tripulación, largó 21 cañonazos, rápidamente y a intervalos iguales, saludando a la plaza. Contestó el fuerte de San Antonio, que ya conocía yo de cerca por haberlo observado cuando trepaba al cerro que coronaba la altura en aquel sitio. El tal fuerte no era más que una batería de cañones viejos, sin valor militar, que quemaban la pólvora de la cortesía devolviendo los saludos. Era, sin embargo, el único fuerte de Valparaíso. Más tarde

desapareció con cerro y todo para dar lugar a las nuevas construcciones de la Aduana y a los nuevos fuertes.

La fragata *Sutlej* era muy conocida por aquellos años; fué ella quien había intimado una satisfacción y 5,000 libras esterlinas de indemnización por el brazo que perdió un súbdito inglés en una de las asonadas callejeras. El sujeto era muy de casa, por ser su familia amiga de la nuestra; se llamaba Diego Whitehead, pero le decíamos Dieguito para diferenciarle del padre que tenía el mismo nombre. Me parece verlo todavía con la manga vacía de su levita prendida del pecho.

Dieguito había tenido, pues, la imprudencia o petulancia de atravesar una calle donde la circulación se hallaba efectivamente impedida por un medio batallón que hacía fuego al que se asomase; cayó a la primera descarga con el brazo atravesado.

Entonces la diplomacia era más expedita que hoy en cuanto se trataba con las potencias europeas; el ministro de la potencia, con el almirante de la estación naval, se ponían fácilmente de acuerdo, y el *ultimátum* no demoraba. Así fué en esta ocasión, y el gobierno tuvo que entrar en no sé qué componenda antes que la *Sutlej* comenzara el bombardeo. Se ve que los ingleses nos trataban de confianza, como a los niños en familia, quizás por motivo de que ya se nos llamaba a los chilenos los ingleses de Sudamérica.

Los estadistas encontraron, sin embargo, buenas fórmulas para ocultar en parte la humillación; fué el mismo comercio inglés de Valparaíso el que dió las 5,000 libras de indemnización.

En esa misma temporada me llevó Alejo Flores en una chalupa a dar una vuelta alrededor del *Duguay-Trouin*, navío francés de tres baterías y de más de 100 cañones. Se decía en Valparaíso que ese gran barco, junto con el navío *Asia* de la marina inglesa, era el más poderoso que había visitado hasta entonces la bahía. En efecto, tenía el *Duguay-Trouin* la presencia

más formidable que pudiera darse; las piezas de artillería que erizaban los costados, el gran desarrollo de la arboladura y el ancho casco dividido por las tres fajas blancas con troneras oscuras, me llenaron de admiración; contemplaba sobrecogido desde la chalupa esa construcción flotante y sólida con base de planchas de cobre dispuestas como en cantería, y pensaba que un ataque hecho por tamaño monstruo sería como un cataclismo irresistible. El *Duguay-Trouin* había estado en el famoso sitio de Sebastopol y llevaba el pabellón francés a lucirlo por los mares y puertos, como suelen hacer los vencedores cuando recién desocupan las naves empeñadas.

Esos son todos mis recuerdos de Valparaíso, a donde, como he dicho, íbamos de veraneo. No tenía allí amistades de otros niños, ni conocía, en razón de mi edad, más que las personas familiares de mi casa, las cuales eran, con pocas excepciones, las de Santiago; pues el mismo viaje era emprendido en la misma época del año por muchos otros de nuestro círculo. Un hecho que quedó vinculado a nuestra casa de la plaza de la Victoria, fué la caída que hizo desde un balcón mi hermana Victoria a la edad de seis años. Yo no puedo recordar el caso, pero se le repetía delante de mí como preventivo para que no saltara yo sobre las rejas de los balcones, añadiéndose que el que escapara la niña con sólo un aturdimiento fué una especie de milagro cuya repetición no se vería.

Los viajes de vuelta a Santiago eran más largos que los de ida; había que agregar como una hora por causa de las mayores subidas de las cuestas. Desde las cimas se veía el camino haciendo dibujos por las lomas hasta que en los llanos tomaba una línea recta que se prolongaba por algunas leguas. Frecuentemente se encontraba tropas de mulas cargadas, precedidas por la yegua madrina con un cencerro atado al cuello, y dirigidas desde atrás por algunos arrieros cubiertos de polvo. Se

cruzaban también series largas de carretas tiradas por tres yuntas de bueyes, y coches de pasajeros, de todas formas y condiciones, diligencias que eran llamadas calchonas, victorias y birlochos. Pero la forma más usada era la del coche cubierto, montado sobre ruedas muy altas, para atravesar los esteros donde no había puente.

Me tomaron una vez, probablemente para desahogar el coche en que iba mi madre, unos caballeros amigos que hacían el viaje en nuestra compañía; conversaban de todo y se contaban cuentos, fiados en que yo no los había de entender; no habrían hecho mal efecto en un cuerpo de guardia los tales cuentos, según ahora me parece; y es prueba de que no debe hablarse de todo delante de los niños.

CAPITULO IV

De vuelta a Santiago comenzaba de nuevo mi colegio infantil; pero por el principio del otoño venía otro viaje que siempre me deleitaba y que esperaba con ansia desde que comenzaba la temporada. Era la ida anual a Pirque, asistiendo a las misiones que mi madre hacía dar con regularidad.

La hacienda de Pirque había sido dividida en hijuelas, la más grande, la de Las Casas, era la adjudicada a mi madre según la costumbre de las grandes testamentarias. Allí estaba la vieja capilla, en la especie de plaza que se extendía frente a los edificios de la habitación de familia; en ella tenían lugar las distribuciones que, por lo general, eran dirigidas por padres jesuitas.

De Santiago a Pirque, la jornada llegaba a tres horas. Se salía en coche a tres caballos, por un camino del sur de la ciudad, llamado Callejón del Traro, camino largo y polvoroso, angosto y cerrado por altas murallas de tierra que impedían la vista del campo. A las cinco leguas se llegaba a la pendiente que precede la abrupta cortadura del lecho del río Maipo. Los caballos franqueaban esa distancia con un trote constante, cadencioso y ágil, y era mi gusto mirarlos cuando me permitían ir en el pes-

cante, lo cual obtenía merced al mareo que me cogía dentro del coche.

Al llegar a la primera bajada, cerca del río, en la hacienda de El Peral, salíamos del coche, pues se comenzaba a hacer maniobras importantes cuyos detalles entretenían aún a los que no eran niños. Uno de los caballos era desenganchado para ser amarrado al eje de atrás, para sujetar el coche en el camino hacia abajo, que era despeñadero más que camino. Así se llegaba al Puente de Cimbra, que había hecho construir mi padre sobre el río. No era ese puente más que un emplentillado de ramas secas puesto sobre unas fuertes cadenas colgantes de ambos lados del barranco, y reforzado por otras cadenas más altas que aseguraban la suspensión del todo. El atraveso del puente era peligroso, y muchas mulas de las tropas de la hacienda habían caído al torrente turbio. El coche pasaba con un solo caballo, el de varas, guiado de las riendas por el cocher, mientras dos mozos empujaban vigorosamente.

Subida la cuesta del sur nos encontrábamos en las alamedas de la hacienda que, con dos leguas de largo, seguían hasta las casas. Cruzábamos hombres de a caballo, que nos saludaban, mujeres de a pie con sombreros de hombre y con trenzas, carretas y pjaras de animales que se removían hacia la ciudad o para cambiar de potrero.

Todo lo que estaba al alcance de mi inteligencia de las cosas de la hacienda, era motivo de mi mayor interés. Pero como no me dejaban salir mucho ni ir muy lejos, era lo que rodeaba a la habitación lo que más ha retenido mi memoria. Miraba sobre todo con respeto las jerarquías de los empleados de campo, el mayordomo, el capataz, el mayordomo de patio, el guardia, los sotas. No hay para qué decir que una gran parte de la ilusión que esa buena gente me inspiraba provenía de lo poco que

los vi de a pie; casi los creía, como los indios del tiempo de la conquista, adheridos al caballo que montaban.

El mayordomo principal era Berríos, y duró largos años; el capataz conocido era ño Duque, el cual iba a la ciudad a desempeñar comisiones importantes, siempre montado en mula; la voz de ño Duque era ronca como el trueno, su figura era melancólica y nunca le vi reírse; decían mis hermanos que sumando las leguas trotadas en su mula se podría dar varias veces la vuelta al mundo.

Sobre todo este personal de sirvientes se encontraba el administrador, don Javier Arlegui, que era un caballero de Santiago. Sus arreos de campo eran de lo más completo que me podía figurar; las monturas tenían todos los aperos dispuestos en el mayor orden, y el sirviente que le ensillaba sus caballos echaba mucho tiempo en poner los peñones, en acomodar los lazos y disponer los detalles del freno y cabezadas, del bajador, de la cincha, de las alforjas y de lo demás; porque nada faltaba en el acomodo huaso y señoril a la vez.

Fuera de los empleados de la explotación, tengo que mencionar a Cañas, el maestro de escuela; era un sujeto que parece se prestaba a la risa, pues se repetían sus dichos como cosa de llamar la atención por lo rebuscados y pedantes. Quiso Cañas también hacer un sainete por aquellos días para amenizar la vida de la misión y darse a conocer mejor de la familia; pero le fué impedida su ejecución, en la cual él y su mujer iban a ser los protagonistas. Se supo a tiempo que el sainete iba a representar la creación del mundo y que Adán y Eva se preparaban a mostrarse demasiado poco vestidos para ser tiempo de misión.

En el recinto de la casa me interesaba particularmente el horno, donde hacían un pan pequeño, blanco y delicioso cuando estaba caliente; su olor me atraía; desde lejos yo corría para estar presente en la distribución. Las galletas de los peones te-

nían también muchos atractivos para mí, las hacían en otro horno del gran patio llamado ramada de matanza, a donde iba a pedir una y traerla, quemante aun, para comerla en casa con mantequilla.

La arboleda estaba dividida en tres secciones que iban subiendo la loma sobre la cual estaba la casa con todas sus grandes dependencias. Al fin, y encima de todo, corría el canal que llevaba las aguas de riego para las partes interiores de la hacienda. Ese sitio alto era inculto y romántico; había perales colosales y muchos otros árboles que parecían viejísimos; las hierbas aromáticas daban su olor fuerte muy especial.

De una parte en que los árboles se habían agrupado en tupición y donde las yerbas-buenas y zarzales habían prendido formando una espesura verde, se desprendía un manantial de agua cristalina y fresca que corría alegremente hasta la habitación, por una cequiecita de ladrillo. Me gustaba llegar por entre las ramas y juncos, pisando el agua, hasta el mismo punto donde se veía brotar el agua de la fuente, que levantaba pequeñas burbujas; el lugar era obscuro y misterioso, desde él no se oía otro ruido que el canto de algunos pájaros de la enramada, el zumbar de algún insecto, o el ruido de alguna rama que caía seca o que se frotaba con otra.

Lo importante de la temporada era la misión y lo que a ella se refería. Mi madre lo pasaba afanada desde temprano para que en la casa y en la capilla no faltara nada. Mis hermanas la ayudaban, y había un continuo movimiento a través de la plazuela, sea para asistir a alguna distribución, sea para llevar o traer algún objeto del culto. Todos tomábamos nuestra parte, por lo demás, en lo religioso de las misiones; fué durante una de ellas que me tocó hacer la primera confesión, cuando tenía ocho años. Me confesé con el padre Ramón, de los jesuitas, al cual no volví a ver más; tenía el padre una fisonomía llena y

comunicativa que me dió la confianza que necesitaba, pues tenía un gran miedo.

En el día solía quedar sola la capilla, y yo aprovechaba la ocasión en ir a hacer sonar un órgano de manubrio, lleno de flautas de madera, que se empleaba durante la misa. La pieza mejor de los cilindros era la obertura de la ópera *Norma* de Bellini. Como ese órgano se estuviera echando a perder, más tarde se encargó otro a Europa, que resultó traer como principal repertorio las operetas de Offenbach.

Era por la noche, al cesar todas las faenas de la hacienda, cuando se llenaban las mejores partes del horario de la misión; la capilla entonces no contenía más que una parte de la concurrencia, lo demás se aglomeraba frente a las puertas. Yo tenía como principal curiosidad la de oír el *Miserere*, con los azotes que se daban los penitentes. Pude ir una noche, y desde afuera sentí el canto lamentoso y el ruido de los cordeles cayendo sobre las carnes, parecido al de los goterones de la lluvia sobre las piedras lisas.

Como para facilitar la asistencia se elegía para la misión el período de la luna llena, era hermoso y romántico el espectáculo de esas noches de la plaza de Pirque. La luz caía fría, pálida y silenciosa sobre el polvo blanco del suelo, reflejándose al mismo tiempo en la cal de las murallas; el cielo tenía la transparencia de abril y la serenidad que le es propia en el centro de Chile; no había ni los humos, ni los vapores, ni ninguno de los ruidos de las ciudades; los álamos que empezaban a alinearse tras de los edificios de la plaza, se perdían en la media luz. La mole de la capilla, que más grande parecía de noche que de día, dejaba escapar el brillo caliente de los cirios y las lámparas al través de sus puertas y ventanas, haciendo valer más la claridad y descoloración del reflejo lunar que la envolvía.

Así era lo que se veía en la hora dulce de esa estación del

otoño del campo; lo que se oía era el canto de la gente rebozando en la capilla. El himno del perdón es el que más se fijó en mi memoria; sus acentos graves y doloridos produjeron no sé qué angustia en mi alma infantil que se unía a la de los campesinos queriendo alcanzar para todos la misericordia de Dios; un dejo triste se me descubre todavía, cada vez que vuelve a oír el estribillo corto y expresivo de las misiones:

*Perdón, oh Dios mío,
Perdón e indulgencia,
Perdón y clemencia
Perdón y piedad!*

El último día era el de la procesión de la tarde, la cual terminaba con un patético discurso al pie de la cruz que se plantaba en conmemoración. Una estatua de Santa Rita, de madera pintada al gusto español, y vestida de terciopelo negro con franjas de oro, era llevada en andas, junto con los otros emblemas, cruces y estandartes; Santa Rita era la patrona de la comarca.

Y concluído que era ese trabajo anual de piedad que se había impuesto mi madre, todos se volvían a Santiago como habían venido. Mi madre se mostraba siempre satisfecha del resultado porque se hacían matrimonios, se daba tregua a las borracheras y hurtos, y por fin, venían a la hacienda, y a las personas que menos lo esperaban, restituciones de animales, de otros objetos y de dinero que habían perdido.

CAPITULO V

La Chacra de Subercaseaux parecía en los años primeros de mi niñez un fundo de campo más que una finca semiurbana como pareció poco más tarde por causa del crecimiento de la ciudad. Desde el lugar llamado Cancha de los Monos, que no es más que la actual Avenida Matta, cesaba todo pavimento, ni se veían más faroles de alumbrado público; el servicio municipal se desentendía del todo. Con esto, y bien que el polvo formaba un grueso lecho de verano, reemplazado por otro de lodo en el invierno, el camino se hacía menos áspero después de los Monos, porque la parte de pavimento urbano era malísima, peor que el barro y el polvo. Los ranchos comenzaban también inmediatamente después de la Cancha de los Monos, bajos, oscuros, miserables y hediondos; pero eso no era ya la ciudad.

Las estadas de la Chacra se hacían generalmente en la primavera o a principios del otoño, antes o después de las misiones de Pirque.

Desde la casa de Santiago se iba en media hora de carruaje por aquel camino que no era, en suma, más que la prolongación de la calle de San Diego; el viaje fué para mí tan repetido que no sólo conocía las casas, las tiendas y ranchos del ca-

mino, sino que aun reconocía a muchas personas a fuerza de encontrarlas.

A medida que se avanzaba hacia el sur, la gente era más pobre y de aspecto más abandonado.

Una vez que mi madre iba conmigo, mandó detener el carruaje frente a una choza vil donde había un trozo de tapias sin tejas, y sobre él, apenas vestida con malos andrajos, una niña de 15 años, hermosa, de color rosado, y de pelo y ojos claros; llamó a los padres de la niña, los cuales nos conocían quizás, y convino con ellos en un momento en que le darían la niña para educarla. Juana González fué puesta en la casa de María, y pocos años después, como una señorita se casó con un industrial francés que la hizo feliz.

Una particularidad del camino era el puente del Zanjón de la Aguada, construído sobre un cauce de sangre que nunca miré sin emoción y repugnancia a pesar de que su origen me fué explicado desde la primera vez. Era la sangre de los animales muertos en el matadero, la cual era echada a correr, y mezclándose con el agua la teñía y le comunicaba olor. Pero en llegándose al llano de Subercaseaux, ya se respiraba el aire del campo, los ranchos eran escasos, y fuera de las filas de álamos de las orillas, nada impedía la aspiración de la pura brisa del sur, fresca todo el año y aromatizada por las flores de alfalfa del valle de Maipo.

Era la Chacra más bien propiedad de recreo que de lucro. Sus dos potreros, recibían sin embargo animales a talaje, y había vacas en el potrerillo. Algunos años se sembraba trigo y cebada para cumplir la rotación agrícola. Las casas y jardines tenían, sí, un desarrollo importante, sobre todo para aquella época; había salones, cuartos de billar y muchos dormitorios para la familia, los alojados y criados. En una de las alacenas de los altos descubrí en el curso de mis urgueteos, una impre-

ta de mano de que mis hermanos con sus amigos se habían servido, preparando un diario político de guerrilla que ellos mismos repartían dejándolo por paquetes en los pasillos del teatro de la República durante los entreactos. Tenían otra prensa y aparatos mejores; pero durante un allanamiento, mandado hacer por las autoridades, el mayordomo fué bastante avisado para echarlo al agua de la laguna. Esto pasaba en años anteriores a mis primeros recuerdos; lo supe por la relación de mi madre, la cual ponderaba la oportunidad del empleado, que la libró de grandes molestias y responsabilidades.

El jardín y el huerto tenían un fondo como de tres cuadras: era todo de un trazado perfectamente simétrico, con un gran óvalo rodeado de rejas en la parte delantera de la casa, y con un parrón de madera que iba por dentro hasta el estanque o laguna; ésta era redonda, circundada por álamos y tenía una isla medio a medio, cubierta por un gran sauce llorón que, ocultándola, parecía salir del agua.

En medio de un prado redondo de césped, cerca de la casa, se había desarrollado magníficamente un olmo; trepando por su tronco y sus ramas una mata de hiedra se había enlazado y adherido al árbol de tal suerte que toda la parte leñosa quedaba cubierta por las hojas tersas, oscuras y triangulares de la enredadera. Pero un día amaneció el gigante por tierra partido en dos y rasgado de arriba abajo, como herido por un rayo; en su aparente lozanía había perdido la savia, chupada vorazmente por la hiedra; y se abrió como un árbol seco, a pesar de lo frondoso del follaje, aplastando las matas de flores que se abrigaban bajo su sombra. Murieron olmo y hiedra abrazados estrechamente, y todos fuimos a ver el final de ese drama botánico, del que se hicieron comentarios sentimentales y filosóficos. Mi madre agregó que lo importante había sido que nadie de la familia se encontrara debajo cuando la caída.

Las obras de arte más notables del jardín eran unos negros de greda pintada, con frutas en la cabeza, montados sobre pedestales de cal y ladrillo; mis primeros ejercicios de puntería lanzando piedras fueron contra ellos.

Mi padre acostumbraba ir los domingos con sus amigos a almorzar a la Chacra. Iban también con ellos algunos personajes bufones que divertían a la compañía con sus dichos y hechos y principalmente con las querellas que entre ellos mismos armaban por cualquier motivo. Uno se llamaba Alemanes y recuerdo su figura peinada y patillas castañas de los lados; le hacían columpiarse con gran fuerza en una hamaca y explicaba desde arriba las sensaciones que le causaba el balance. El infeliz sufría de una pequeña inflamación posterior, y en una de las bajadas que hacía dijo que sentía como un friecito en la frutilla.

Llegó poco después de la muerte de mi padre el francés que debía plantar la viña. Era Mr. Bachelet, de la Borgoña, viñador escogido y recomendado por don Javier Rosales en París, el cual era a la sazón casi la única persona en Europa a la cual pudieran hacerse encargos de confianza desde Chile. Mr. Bachelet traía a su mujer y a sus hijos; el idioma francés que en sus bocas era muy sonoro, me causaba la mayor extrañeza; lo encontré bien diferente del francés que solían hablar mis hermanas o mi madre. Junto con el viñador llegaron innumerables paquetes de plantas que traían en agua, y que después cubrieron con tierra.

Los amigos de mi madre y los pretendientes de mis hermanas mayores iban también los domingos a hacer las once.

Algunos se quedaban a comer, y se servía la mesa en cuanto el sol estaba por ponerse, bajo el parrón donde colgaban racimos negros, blancos y rosados. Había entonces mucho afán en el patio de la cocina, y yo corría de allí a la mesa y de la mesa

al patio para divertirme mirando cómo se hacía todo y para llevar recados.

Los amigos más jóvenes hacían su viaje a la Chacra montados a caballo, y mis hermanas, desde el balcón, los distinguían y anunciaban desde que venían lejos por el llano.

El mayor lujo era llegar en caballo braceador, de esa cría especial, muy estimada entonces, cuyo mérito era el movimiento de las patas delanteras que se abrían con gracia al trotar; mientras más tiempo ponía el animal en avanzar, se le estimaba más.

Alejo Flores vuelve a aparecer en estas temporadas de campo; le traían mis hermanos para ejercitarse con él en las pegatas de la ciudad. En el Teatro Municipal se representaba entonces la *Traviata*, y Alejo ensayaba algunas arias de ella antes de cantarlas en los salones donde se le introducía para hacer que le admiraran ese talento nuevo. Bajo la bóveda de los patrones o en la alameda circular de la laguna, repetía a toda voz y con un sonido de garganta apretada, *Addio del passato...* Vestido otra vez de levita, con flor al ojal, guantes claros, zapatos de charol, chaleco escocés y sombrero plomo de copa alta, le llevaban después en el faetón a alguna casa donde tenían concertada la broma.

Y las bromas no salían siempre a gusto; antes bien, solían liquidarse con una paliza, como el siguiente caso que recuerdo tuvo lugar también por esos tiempos. Estaba recién nacido mi sobrino mayor y el ama que lo criaba no pudo seguir; el médico mandó que fueran a buscar otra inmediatamente, a cuyo fin se lanzaron al faetón mis hermanos con Alejo. Como era costumbre, había por la tarde niñas de la ciudad que se paraban a ver pasar carruajes desde su casa; se detuvo el faetón frente a una casa de la calle del Dieciocho donde un grupo elegante estaba de pie a la entrada.

Alejo bajó preguntando si alguna de las señoritas quería

entrar de ama, que era para buena casa y que sería bien pagada. Era perito uno de la familia que oyó la proposición, y contestó invitando a pasar más adentro para establecer las condiciones. Alejo salió a los pocos minutos todo deshecho y molido, pero quizás poco arrepentido porque no fué esa la última como no había sido la primera vez en que él resultara la primera víctima.

El padre de Alejo Flores era un buen campesino de una hacienda de más al sur, y vino una vez a la Chacra, cuando acababan de instalar en el huerto un colmenar, que era de los primeros que se veían en el país. Como el campesino se pusiese a oír admirado las explicaciones sobre el trabajo de las abejas, en las cuales le llamara especialmente la atención el zumbido con que vuelan, mis hermanos cogieron algunas en un vaso de vidrio que le aplicaron a la oreja para que oyese mejor. Las abejas enfurecidas hundieron sus lancetas en el pobre hombre, y mi madre tuvo que intervenir, aplicando después cataplasmas para calmar el dolor. Yo pude medir lo pesado de la burla, porque a mí también me picaron a un tiempo en la cara, varias abejas que me entretenía en incomodar con un palito en la puerta de una colmena; corrí dando alaridos que debieron oírse por todo el jardín.

Pero ya comenzaba por aquellos años a ser transformada la Chacra en propiedad industrial de viñedos y bodegas. Lo mismo pasaba en los vecindarios que se poblaban y subdividían; los caminos se veían traficados por más gente de a pie y de a caballo, por más coches y carretas.

Los piños de ganado pasaban bravíos, arriados hacia el matadero que no estaba lejos; si quedaba la reja abierta se entraban novillos al jardín, cerca de la casa, y había gritos y cierrapuertas. Entonces fueron los últimos paseos a los potreros de enfrente, de propiedad de la familia Mena. donde las se-

menteras me invitaban a jugar perdiéndome entre las espigas más altas que yo.

El guindal que quedaba un poco más al sur, atraía a la gente dominguera de los barrios cercanos de la ciudad.

Pasaba una cantidad de coches de alquiler con hombres y mujeres entreverados, que por la tarde volvían borrachos cantando con esas inflexiones gritonas y estúpidas de la gente baja cuando entra en algazara después de beber. Mayor vida se notaba ya en todo, especialmente en lo que tocaba al pueblo, pues esa ha sido siempre la comarca de Santiago más característicamente plebeya y animada.

Llegaron de Francia los materiales para la vinificación, habiendo anunciado la viña sus primeras producciones después de tres años de cultivos esmerados. Las primeras carretadas fueron descargadas a las cinco de la mañana, pero yo estaba ya en pie, prevenido por mi gran curiosidad de conocer las herramientas, las prensas y las vasijas de que venía oyendo hablar hacía tiempo. No me cansaba de preguntar por el empleo de esos útiles nunca vistos. Las cubas de fermentación me asombraron por su tamaño, como también los gruesos tablones del lagar, el cual también venía de Francia desarmado.

A la vendimia que fué poco más tarde, no hubo asistente más asiduo que yo; no era extraño que me divirtiera en sumo grado ver a los hombres con la pierna desnuda pisando y teventando la uva con marcha acompasada, serios, sin hablar, y mirando adelante como soldados en ejercicio. De vez en cuando uno se agachaba o se encogía y se hacía a un lado: era una abeja que le había picado. La lagrimilla salía en chorro turbio y rojo, impregnando con su aroma peculiar de fruta fresca no sólo la pieza provisional de la vendimia sino también los departamentos y patios vecinos. Después sacaban el mosto oscuro y vinoso de las grandes cubas para llevarlo a las vasijas alineas

das de una bodega oscura donde los hombres se movían con velas encendidas. Ya estaba hecho el primer vino a la francesa.

Como el Llano Subercaseaux era todavía poco poblado a pesar del mayor movimiento, no había en él ni iglesia ni capilla. Mi madre hacía decir misa los domingos y días festivos en el gran salón de los altos, sirviéndose el sacerdote de un altar portátil con privilegio otorgado por el papa Gregorio XVI.

Esta merced era muy especial, y válida para la casa de mi madre por todos los días de su vida; la había obtenido en el Vaticano don Enrique Tocornal y después no ha sido vuelta a conceder. Se llamaba a misa con la campana de las faenas. Y luego, cuando ya el oficio iba a comenzar, me tocaba a mí dar una vuelta por el balcón corrido agitando una campanilla de plata.

Los campesinos, mayordomos y algunos patrones de las otras chacras de la comarca entraban en silencio, tomando lugar más o menos bueno según su importancia; algunos miraban mucho la alfombra y la pisaban con cuidado como a su pesar.

Mis primeras impresiones musicales fueron de la Chacra, donde estudiaban el piano mis hermanas mayores. El trozo que más me penetró fué el sexteto de la ópera *Lucía* de Donizetti; después he seguido considerando el sexteto como uno de los más dramáticos entre los momentos musicales que sea dado oír. Mi madre cantaba también, con afinación y buen compás, pero con voz débil, sin acento ni vibraciones; su libro favorito era uno grande, verde, con la música muy bien grabada; era la partitura del *Hernani* de Verdi, y decía que no había llegado otra a Chile antes que esa. Mi hermana Emiliana era la mejor tocadora de las grandes. Me encantaba oírle una tarantela, compuesta por Deichardt, el profesor alemán, y que él mismo le había enseñado. Deichardt era el maestro de música de casa pero no venía a la Chacra; me decían que me parecía a él; una

vez lo oyó y se enojó, y mi madre se enojó a su vez pretendiendo que yo era mucho mejor. El rival que tenía Deichardt en Santiago era el pianista Barré, francés.

Parece que la emoción musical es la primera que se puede sentir en la niñez, cuando se nos pone en el primer contacto con el arte. Yo no recuerdo otras anteriores, ni tampoco las he observado en mis hijos u otros niños. Había en la Chacra unas litografías iluminadas con asuntos de cacerías de leones, tigres, osos, panteras y avestruces, pero no me interesaban en ellas más que las peripecias o la acción de la caza representada. También había algunos paisajes al óleo, y pasteles, y dibujos; pero tampoco me producían entusiasmo a no ser que alguien me los explicara excitando mi imaginación infantil. No era así la música, que hablaba de por sí, encontrando ya preparada la fibra del alma que a sus inflexiones se mueve.

Las bellezas del cielo y del campo, de las grandes cordilleras siempre a la vista de la Chacra, o de las aguas que las reflejaban, se me escapaban por completo; pero las piezas de música las podía sentir y las admiraba con sinceridad.

Quizá había ya algo de apreciación de la forma en lo que admiraba y quería a mi madre, a la cual veía hermosa por su estatura, por su color blanco y rosado, por sus ojos verdes, por la regularidad de su cara ovalada, serena y amable y por lo abundante y ondulado de su cabello castaño. En la Chacra, al ocuparse en sus almácigos de flores que hacía reproducir en el conservatorio, o en el huerto y hortaliza que mandaba cultivar a su vista, me parecía ella tan hermosa bajo el sol como cuando en la casa de Santiago la veía ponerse sus alhajas en el cuello escotado y alzarse bajo la luz del gas para salir al teatro o a algún baile con sus hijas.

De la chacra al colegio del Sagrado Corazón en la calle de Santa Rosa, donde estaban recogidas mis hermanas menores

desde el fin de verano, había solo un camino de un cuarto de hora de carruaje. Algunas veces me llevaban a verlas y me entraban a los patios y salas interiores, a lo cual mi corta edad no ofrecía inconveniente.

En una de las visitas vi a mi madre muy enfadada con mis hermanos porque se había armado, por culpa de ellos, una algarazara que puso en alarma al convento. Habían hecho la truhanería de llamar al torno y pedir a la hermana de su cargo que diese vuelta, porque allá iba un canasto de fruta que traían para las señoritas Subercaseaux. En vez de canasto, pasó Alejo Flores, quien saltó adentro quebrantando la clausura y se echó a correr por todas partes dando voces ante las madres que huían despavoridas.

La instalación en la ciudad tenía lugar todos los años por el otoño, pero a menudo me tocaba volver a la Chacra en el coche con mi madre. Había para mí, en cierta parte de esa estación, el interés de las bandadas de triles, los bulliciosos pajaritos negros que revoloteaban numerosísimos, picoteando los racimos secos que quedaban entre las hojas encendidas de los parrones, o querellándose entre los claros producidos por las primeras heladas en el gran sauce amarillo de la laguna.

Las higueras ofrecían entonces su segundo fruto, los higos morados o blancos, que se rasgaban ofreciendo su pulpa encarnada, dulce y sabrosa. Las peras y manzanas, guardadas de antemano en una pieza oscura y fresca sobre capas de arena seca, cambiaban también de color tornándose, de verdes que eran, en pálidas, rosadas y rojas, según la clase, y despidiendo un aroma franco que anunciaba el buen bocado. Nunca subíamos otra vez al coche sin llevar una canasta llena con los generosos frutos del otoño; los que ya he nombrado se juntaban con los membrillos, de olor más penetrante, y se cubrían con los últimos racimos de moscatel color de rubí y más arriba con un man-

to de hierba para conservar la frescura. Encima del canasto se amontonaban entonces ramos de flores, sobre todo de los primeros juncos amarillos, de fragancia antipática, fuerte y ordinaria, que me había enseñado Miss Whitelock a rechazar, y de las violetas dobles y sencillas, oscuras o de color azul blanquecino que despedían suavemente su noble perfume.

Como si eso fuera poco, se cargaba todavía el coche con la miel de abejas y rebanadas de membrillo seco destinadas a los hospitales; y salíamos así perdidos entre frutas y flores, sacando yo la cara por entre las ramas que se cimbraban de ese cuerno de la abundancia puesto en movimiento.

El camino de la calle de San Diego era el de siempre: polvo o fango en la parte de más afuera, piedras y hoyos hacia el centro. El humo que salía de los ranchos se mezclaba con las emanaciones pestilentes de la acequia que corría a lo largo arrastrando un lodo negro, del que se desprendían gorgoritos de descomposición. En las puertas se veían mujeres despiojando la cabeza de sus hijos, puestos sobre sus faldas. De los postes, bajo la enramada seca, colgaban corazones de buey, maíayas y otros productos secundarios del vecino matadero; en lo que podía ser vereda se requemaban los chicharrones en sartenes, las cuales despedían el olor predominante del trascurso; o se vendían sobre mesitas de palo los panes blancos, los quesos y las sopaipillas que sirvieran de almuerzo al pasante o al vecino.

Por la calle traficaba gente de a pie, hombres de poncho y sombrero de pita, mujeres con manto, o simplemente de trenzas, y jugaban niños vestidos no más que con una camisa, o desnudos y mostrando un vientre abultado. Los días domingos eran evitados por mi madre, porque había pendencies y cuchilladas; me tocó ver algunas sin embargo. Los combatientes salían al medio, despojados de su ropa hasta la cintura, y pasaban un

largo rato provocándose de palabra y con puros ademanes de ataque; antes que comenzara la parte peligrosa tenía tiempo de llegar la policía montada. Un círculo de mirones rodeaba la escena principal. A veces aparecían mujeres desgreñadas, que se achaban sobre los rivales tratando de apartarlos. Borrachos había todos los días de la semana, pero mucho más los días de fiesta; no eran alegres ni bulliciosos; antes andaban por lo general tristes, mirando al suelo sobre el cual hacían su camino de modo intermitente, torciendo a derecha e izquierda y hablando solos. A pesar de mi falta de reflexión esos infelices no me divertían sino que me daban pena. Los despachos de vino y aguardiente eran numerosos en todas las calles; se agrupaban dentro de ellos los bebedores, y se les veía desde afuera pasándose el gran vaso de vino.

Volvió en Santiago la vida de invierno como los años anteriores y el colegio de Miss Whitelock, y los paseos a pie y a caballo, y las travesuras de mis hermanos, que, como antes, venía yo a conocer no por verlas sino por lo que oía referir.

Don Manuel Montt se encontraba en los últimos meses de su período. Como mis hermanos descubrieran que Alejo Flores tenía un cierto parecido con él en la fisonomía y en el cuerpo, le vistieron una tarde de presidente y lo echaron a la Alameda, a una hora de paseo concurrido. Le acomodaron el pelo imitando canas, de frac y corbata blanca, banda tricolor y bastón con borla en la mano, y después lo aleccionaron. Parece que el disfraz era bueno en realidad y que el hombre tenía por lo menos el aire de un retrato oficial; ello es que a poco andar se lo llevaron preso.

Yo también fui a parar a la cárcel, en otra ocasión, con el mismo Alejo Flores. Era la semana santa y mis hermanas me vistieron de cucurucho, con las faldas de género negro y el sombrero en forma de cono agudo que usaban en la hermandad

que hacía la procesión del Santo Sepulcro. Me mandaron en seguida a casas de las vecinas a pedirles plata. Pero antes de la tercera visita me detuvo un policial que pidió le mostrara la papeleta. Yo me quedé sin saber qué contestar; pero me venía siguiendo Alejo, el que intervino explicando cómo era eso pura chanza; el policial dijo que tenía que llevarme al cuartel de San Pablo y así lo hizo después de sacar su pito de hueso y de dar con él sonidos convencionales que terminaban por una especie de calderón en que el silbido se extinguía con tristeza bajando de tono.

Al llegar al cuartel, un oficial de guardia ordenó que me metieran a un calabozo por más que Alejo, que estuvo avisado, me destapó la cara para que viera que se trataba de un niño; el imbécil replicó que era mujer y estafadora seguramente, y que me encerrarán no más. Alejo entonces se indignó; alzó la voz y amenazó con que correría a buscar a don Benjamín Vicuña Mackenna, cuya casa estaba cerca. A esto se presentó un jefe, me miró y dió orden de que me soltaran, orden que, recuerdo perfectamente, oí con gran gusto y desahogo.

Como me tenían en clases regentadas por una protestante, se hacía necesario enseñarme a rezar en la casa. Algunos días por la tarde, luego que volvía del colegio de Miss Whitelock, venía Pedro el ciego a darme una lección de media hora en el corredor del patio del jardín. Pedro el ciego, si mal no recuerdo, era un hombre de buena figura, de aspecto noble y finos modales. No tenía ese aire de cadáver andando que, según no sé quién, llevan todos los ciegos; antes era listo al punto que sería de no notar su invalidez si no fuera por la cuenca sumida que le quedaba en el sitio de los ojos. Conocía a las personas por el modo de andar, por el ruido de las faldas, o por el signo más imperceptible para los demás; entraba derecho en la puerta de la calle, guiado por el aire que de ella salía, y subía deter-

minado por las gradas de piedra que tocaba primero ligeramente con la punta de su bastón. Daba lecciones todo el día en diferentes familias de la ciudad y más de uno de los hombres que han figurado después ha sido su discípulo, aunque no haya vuelto a rezar. En medio de su clase me solía pedir que le fuera a buscar algo en el comedor, porque el pobre traía hambre. Me enseñó de memoria las principales oraciones que decimos los católicos y todos los latines para ayudar a misa. Con eso adquirí más el gusto de las cosas del culto; mis hermanas me hicieron entonces una casulla, alba, y demás ornamentos, y mi madre me compró una campanilla, vinajeras, y otros útiles, de suerte que podía representar una misa, sobre un banco de hierro y junco del jardín transformado en altar.

Me solían llevar de noche al primer teatro Municipal, donde mi familia tenía comprado el palco número 42; recuerdo principalmente las pantomimas, las pruebas de manos y las de acróbatas. Hubo para las primeras una compañía que se llamaba de los Martinetti, cuya pieza principal era el Monstruo Verde, en que pasaban cosas extraordinarias entre animales espantosos y hombres muy valientes los unos y cobardes y grotescos los otros. Otras piezas eran de las aventuras de un arlequín agilísimo que así penetraba las paredes como se hundía en el suelo o se escapaba por las chimeneas. Yo lo miraba todo sin perder gesto, hincado y apoyándome en la baranda del palco para que nadie me estorbara.

La prestidigitación también me admiraba sobremanera. Estábamos convenidos con Manuel Tocornal para fijarnos bien en lo que hacía el principal de las pruebas y su ayudante Mr. Andrew, con el fin de repetir la suerte al día siguiente. La familia Tocornal tenía el palco número 9, al frente, y nos veíamos y hacíamos señas fácilmente.

En casa nos encerrábamos al día siguiente en el salón del

medio, juntábamos un público de otros tres o cuatro niños y dábamos la función sin zapatos, pues así nos sentíamos más ágiles. Creo que los espectadores se aburrían a poco trecho, porque lo que divierte más a los niños es hacer de actores, y no mirar, ni oír. Algunos quedan en esas disposiciones después que dejan de ser niños.

Como pruebas de agilidad, fuerza y arrojo, hubo que admirar por aquellos años la de los hermanos Lee, cuya compañía hizo una época gloriosa para este género de espectáculos. Fueron ellos los primeros que llegaron con el trapecio volante; mediante este aparato puesto tres veces colgado del cielo raso del teatro, uno de los hermanos, Guillermo, se columpiaba y se lanzaba en el aire con tal desenvoltura y gracia, que el público entero prorrumpía en aclamaciones cuando se posaba, triunfante del espacio, en actitud elegante, sobre un balconcito de hierro encumbrado que servía de término a su vuelo. Es cierto que los Lee tenían una distinción que no se encuentra en el oficio; ahora, como eran pocas las novedades que llegaban a la ciudad, estos acróbatas, que no recuerdo si eran ingleses o norteamericanos, se encontraron festejados y celebrados como quizá no lo esperaban; los llevaban a casas de las mejores familias, y oí aún que una niña muy celebrada por su donaire y belleza, a fuerza de admirar a Guillermo dentro y fuera del teatro había caído por él en un cariño extremado.

Yo lo recuerdo perfectamente cuando salía de entre bastidores al son de la orquesta que tocaba un trozo especialmente compuesto, vestido todo de blanco, con el pecho, los brazos y piernas ceñidos en punto de seda, envuelto en una pequeña capa que arrojaba a un lado con el gorro de plumas, después de sacarse los guantes; se veía en realidad hermoso como un Apolo. La fascinación de Guillermo Lee se extendía también sobre los hombres, pues supe que los principales jóvenes de la sociedad

se enorgullecían con su compañía. Después de la representación conseguían algunos quedarse en el teatro para ensayar los saltos aéreos entre los trapecios y por encima del gran colchón longitudinal que los recibiera en caso de caída.

La única pieza hablada que recuerdo, era un dramón llamado: "Los Siete Escalones del Crimen". Tuve con él una gran desilusión, pues creí presenciar grandes actos criminales ejecutados sobre siete gradas de escalera, y sólo vi cómicos diciendo cosas que apenas entendía.

La ópera era más escasa, me llevaban también menos a ella. No recuerdo cuál fué la primera que vi.

Por no sé qué fenómeno de mi memoria, retengo más a los actores que a las piezas, a pesar de lo notable del género que comporta música de orquesta, canto de solos y coros, decoraciones pintadas y grandes acciones, heroicas y trágicas. Ballerini era el nombre del tenor que por entonces se comenzó como a adueñar del teatro; la prima donna era llamada la Mollo.

Era Ballerini de un buen tipo italiano, y me parecía, en las tablas, digno de que el mundo se trastornara por él, y hubieran muertes, guerras, puñaladas, asesinatos y sobre todo mucho canto a su alrededor; pero una vez le encontré en la boletería del teatro, y vi que su color natural era amarilloso y tenía el cutis labrado de viruelas. La Mollo me hacía poca impresión; sobre las tablas o fuera de ellas entiendo que era una artista poco distinguida; de figura, de voz y de cualidades dramáticas muy vulgares, era tenida en consideración, por ser la única *Traviata*, o *Lucía*, o *Elvira* o *Leonor* que en Chile pudiera encontrarse. El barítono Rosi Ghelli era estimado como un cantor superior; se había presentado con un tenor Danieli y una soprano llamada Esconcia, creo que antes que Ballerini; cuando representaban la *Traviata*, el teatro se llenaba y se hablaba de los tres como de artistas del mayor mérito en todo sentido.

Todo esto pasaba en el antiguo Teatro Municipal que se quemó algunos años más tarde. El edificio tenía los mismos muros que el actual, su arquitecto había sido Mr. Brunet Desbains, el mismo que había construido la casa de don Melchor de Santiago Concha en la calle de Huérfanos; era bastante hermoso. Los palcos del primer orden corrían haciendo huecos en el zócalo que sostenía un cuerpo superior de columnas corintias; éstas se alzaban en seguida, correspondiendo a su desarrollo el del segundo y tercer órdenes de palcos. Dada la forma de medio círculo de la sala, el aspecto de la columnata resultaba noble y monumental, bien que los espectadores se quejaban de que las columnas obstruían la vista al proscenio. El cielo raso de la sala se apoyaba bien en la arquería curva y en los miembros superiores que seguían a los chapiteles; estaba decorado por pintores que debían ser muy capaces, y desde un hueco redondo del centro se veía colgar una gran araña de bronce dorado con lágrimas anchas de cristal de la forma aplastada conveniente en las salas de espectáculo.

Recuerdo que como se fumaba mucho en los pasillos, el humo entraba y teñía de un tono azulado el aire del interior, produciéndose un efecto de lejanía y de mayores proporciones en el recinto.

Los palcos se llenaban en todas las funciones porque eran de propiedad inamovible de sus titulares, los cuales pagaban además muy poca cosa por la entrada. Pero no sucedía otro tanto en la platea y por eso se la veía siempre en gran parte vacía, fuera de los domingos y de los días del Dieciocho. Al palco 41, vecino al nuestro, iba la familia de Cazotte, y oía siempre ponderar la belleza de las niñas, cuyas figuras en realidad eran muy hermosas y simpáticas; la mayor de ellas, sin embargo, se había casado e iba menos al teatro; era Amelia, que mis hermanas decían era la mujer más linda de Chile.

De personajes notables recuerdo haber visto muchas veces en su antiguo palco oficial al Presidente don José Joaquín Pérez, y solo una vez al general don Manuel Bulnes, que miré mucho; le encontré figura de militar vestido de paisano quizá porque ya sabía bien quién era; tenía los ojos chicos y claros, la expresión franca y una actitud general de llaneza, tranquilidad y confianza que hermanaba perfectamente con su cuerpo robusto y con lo que yo entendía debía ser su posición en la sociedad y en la política después de su feliz carrera en servicio del país.

Como entonces se comía temprano, se pedía en el café del patio del teatro bifteques a caballo, es decir con huevos fritos encima y té; en las funciones de los domingos se bebía mucho en la cantina, donde apenas se podía circular; la mayor demanda era para el oporto caliente, que era una especie de ponche con rebanadas de naranja. Pero las señoras y niñas no se movían de sus palcos, a no ser que fueran de visita a otro palco.

Raro habría parecido que Alejo Flores no figurara de un modo u otro en las representaciones del Teatro Municipal. Pero no fué así, pues algunas veces se le veía en la platea, de punta en blanco, volviendo en los entreactos la espalda al proscenio y mirando y saludando a las personas más notables de la sala, que unas lo toleraban con su risa, otras se fastidiaban, y todas le conocían y le daban el apodo de "el tonto de los Subercaseaux". Había un palco del teatro que pertenecía a un caballero viudo, elegante y orgulloso, que llegaba siempre a media función y daba sólo miradas distraídas por la sala. Pues una noche llegó Alejo temprano, más elegante que el dueño, se instaló en el palco como en lo propio y sacó un anteojo de marina que había llevado de casa y que se alargaba a modo de telescopio. Mientras miraba con ese extraño instrumento llegó el caballero y se trabó la disputa a la vista y con gran alegría de todo el teatro, que comprendió la burla.

CAPITULO VI

En el año 1860 encuentro el límite más apartado de mi recordación para las cosas de la ciudad, de sus calles y de su aspecto más general. Santiago debía de tener todavía en esa época en que no contaba más que el primer medio siglo de vida de capital independiente un sabor muy colonial.

La gran mayoría de las casas era de un solo piso al nivel del suelo, o con una o dos gradas de elevación. El material que se había empleado era el adobe, que se enlucía y blanqueaba después. Los tejados tenían aleros que avanzaban, cubriendo una parte de la vereda contra la lluvia y el sol alto del verano. Las casas de altos, como la nuestra de la calle de la Catedral, desarrollaban un balcón corrido en toda la fachada, sobre cuyos pilares de madera descansaba más arriba el mismo alero de tejas de las casas bajas. Las únicas ornamentaciones se solían encontrar en las portadas, bajo el mojinete y sobre la puerta de calle, la cual era entonces de madera realzada con grandes clavos forjados. Las viguetas o tijerales llevaban también su punta al aire laboreada; sobre ellas se apoyaba una armazón de ladrillitos que sostenían la última fila de tejas; estos ladrillitos llevaban una decoración sumaria de pintura blanca, para ser vista desde abajo.

Un lujo que era bastante característico y que marcaba quizá el último gusto español adoptado en las casas, era el de las rejas de hierro historiadas y empinadas que protegían la ventana del centro, correspondiente al salón, en las buenas casas que eran de esquina y se desarrollaban sobre la calle atravesada.

Los fierros hacían mil contorsiones simétricas, se entrelazaban, se separaban, se volvían a unir por medio de anillos remachados bajo la cabeza de un clavo de cuatro aristas, o de un rosetón, y enroscándose por fin en la parte superior, terminaban en puntas agudas con ondulaciones como de llama. A mí me divertía mirar esas obras de arte de los herreros del coloniaje, en realidad curiosas e interesantes. ¿Qué se han hecho esas bonitas rejas?

Las casas de fábrica más moderna eran escasas todavía, se las veía en las esquinas más centrales, haciendo valer sus fachadas presuntuosas, dibujadas en alto estilo según las reglas de Vitruvio y Vignola por los arquitectos de la nueva escuela, franceses o italianos. El pórtico y el primer patio era lo que en seguida preocupaba a estos sucesores de los alarifes españoles, sin que para nada pensarán en la comodidad de los moradores; algunas casas de esas con proporciones de palacio italiano, tenían apenas unos pocos dormitorios estrechos, y sus escaleras y partes interiores eran un simple adefesio.

Don Enrique Meiggs, el contratista enriquecido del ferrocarril de Santiago a Valparaíso, hizo un poco más tarde, sirviéndose de arquitectos norteamericanos, la casa y quinta de la Alameda que fueron el primer ejemplo de habitaciones que reunían la elegancia y la comodidad.

La plaza principal era del todo colonial en su lado norte, donde se alineaba la cárcel, la Intendencia y otro edificio español que servía de cuartel al batallón cívico número 2, en la esquina que se dedicó más tarde al edificio estucado del Correo,

La intendencia llevaba al centro una torre a la cual no faltaba un cierto aire de Ayuntamiento, que podría llevarla sin desdeñarse cualquiera casa de gobierno local en cualquiera ciudad antigua de Vizcaya.

Por el lado sur corría el portal de Sierra Bella, de propiedad de un limeño. Tenía baratillos de madera que se apoyaban en los arranques de la arquería. Un incendio vino a los pocos años a dar cuenta de todo, portal, baratillos, y tiendas de más adentro.

La catedral y capilla del Sagrario, con sus cornisas de piedras quebradas por la intemperie, no tenían aún la continuación de sus líneas que les ofreció la fabricación posterior del Palacio Arzobispal. Un campanario de cal y ladrillo cuadrado y modesto, terminado en un simple tejado de cuatro aguas, se alzaba en el interior, frente a la puerta del Sagrario; su esquilón grave se dejaba oír por toda la ciudad acompañando las principales distribuciones del capítulo metropolitano; sus campanas menores repicaban alegremente con la insistencia de los chicos y con sonidos altos y agudos, durante las procesiones o llamando a la misa mayor. El timbre festivo y agitado que les era familiar me ha quedado como grabado en el oído, y le reconocería siempre en medio de cualquier otro campaneó.

Por el oriente se había levantado sólo una pequeña parte de la gran arquería que formó después el portal Mac-Clure; aquello se llamaba entonces el portal Tagle.

A una cuadra de la plaza principal se encontraba la plazuela de la Compañía, otro recinto español y colonial. La antigua iglesia de los jesuitas la cerraba por el norte con su fachada alta y compartida en líneas rectas que encerraban en sus cuadrados algunos nichos de santos, pintados sobre tabloncillos recortados formando el perfil de la figura. En frente estaba el antiguo Congreso con su sala larga que servía alternativamente para

las sesiones de una y otra cámara. Por fin, se levantaba al poniente una casa particular insignificante, de pared blanqueada y tejado verdegueante de vetustez. En el ángulo entre el Congreso y la casa vieja, había una oficina pública fundada desde hacía pocos años, la Caja Hipotecaria. Por la noche se instalaban en la plaza unos vendedores de zapatos que ofrecían su artículo acomodado simétricamente en canastos que asentaban sobre el suelo alumbrados por farolitos con velas de sebo.

En la parte del río que defendían los pretilos o tajamares, estaba la Plaza de Abastos o Mercado, que consistía en un cuadrado de edificios bajos construídos en la misma disposición sencilla que todo el resto de los edificios viejos de Santiago. Allí se vendía carne, legumbres, pescado y todos los artículos de la alimentación. También se cocinaban y expendían, en medio del humo y del olor penetrante de la grasa derretida, los picarones, sopaipillas y empanadas fritas. Los puestos de mote y huesillos, de empanadas caldúas y de tortillas de rescoldo, alternaban con las ventas de pajaritos vivos, jilgueros, tordos, y de frutas frescas y secas, todo en grande, pintoresca y sabrosa variedad.

Por la mañana las mujeres de manto y los hombres de negocios del campo y de la ciudad llenaban el recinto comunicándole gran vida y actividad.

Era también humorada de la gente de la sociedad ir al amanecer al mercado a tomar una comida popular después del sa-rao en casa elegante.

De ahí cerca arrancaba el puente de Calicanto, que comunicaba con el barrio de ultra Mapocho, llamado también la Chimba. La construcción del puente era de arquerías sumamente sólidas y que tenían su hermosura. Sobre cada machón o estribo se levantaba una especie de glorieta de cal y ladrillo, ocu-

pada también por alguna venta del mismo género que las de la Plaza de Abastos.

La Alameda comenzaba al oriente por lo que llamaban las Cajitas de Agua y que era algo como depósito de distribución, recubierto por unas pequeñas pirámides de albañilería. Luego venían, hacia abajo, las plantaciones de álamos altos, oscuros, rectos y robustos, que dieron su nombre a todo el sitio, y seguían hasta la estación de los ferrocarriles o más bien del ferrocarril del sur, que fué el primero que partió de Santiago. Una acequia de agua rápida corría entre los álamos puestos en doble fila. Las raíces sedientas formaban una doble pared de filamentos rosados, sumidos en la corriente que parecía porfiar por arrancarlas.

En las mañanas de noviembre, las hojitas tiernas y claras de los álamos despedían un olor finísimo, mejor que el de muchas flores. En pleno verano, aquello tenía un aspecto en cierto modo solemne, era una perspectiva de muro elevadísimo, de color verde casi negro, formada por innumerables pirámides en fila. Antes del invierno, que dejaba sólo el armazón de troncos y ramas secas, el despojo se hacía en pocos días, sin agitaciones de vientos ni de grandes lluvias, como corresponde al poético y dulce otoño de Chile.

Vencidas por los primeros fríos de la mañana y por las brumas de la tarde, caían con languidez las más de las hojas, puestas ya amarillas; las otras, sin la fuerza de desprenderse, cansadas de antemano por el polvo y el calor del largo estío y como apegadas a su rama, quedaban secas y descoloridas en la altura hasta los grandes aguaceros o hasta que la savia de septiembre les hacía ceder ante el nuevo retoño.

En el punto ocupado más tarde por la estatua ecuestre de O'Higgins, había un jardín llamado del óvalo, donde la fantasía del edil se complacía en operar cambios frecuentes. Primero

había en el centro un Neptuno, tridente en mano, que presidía a un chorro de agua que, saltando sobre piedras, bajaba a perderse en un pequeño estanque; después arrasaron con todo y levantaron una colosal Libertad o Constitución de yeso, con diadema sobre la cabeza y con luces de gas por lo alto, en la terminación de una antorcha que alzaba en la mano; ardía la antorcha en las festividades de septiembre.

A lo largo de la Alameda, desde el frente de la Universidad, que estaba aún en construcción, corría un tranvía que llevaba pasajeros por diez centavos hasta la Estación, la cual parecía naturalmente quedar muy lejos.

La vista de toda la ciudad desde la altura del Santa Lucía era como la de un gran caserío, que sobresalía poco del suelo, del cual no quería desasirse, como si temiera otro terremoto que lo sacudiera y volcara.

Los techos de tejas con sus aleros era lo que dominaba; su color gris rojizo era interrumpido por las líneas blancas de las paredes, prolongadas en la lejanía, y por los manchones de verdura del interior de las manzanas.

La blanca balaustrada de la Moneda y una que otra torre o edificio alto daban escasa variedad a ese paisaje aplastado. Las moles que sobresalían eran la del Teatro Municipal, de la Moneda y una que otra torre de las iglesias. En la parte más central había como un grupo de torres. Junto casi al campanario de la catedral se veía alzarse la cúpula de la Compañía, la cual llevaba también una torre a un costado, sobre la fachada. La Merced tenía una sola torre puntiaguda de las que hoy adornan su frente. Algunas palmas enormes, inmutables, se erguían de aquí y de allá, asomando por sobre las cimas de los tejados.

De cualquier lado que se tomara, la vista era sin embargo bien hermosa; al sur se extendían arbolados y llanuras dilatadas, cuyo piso verde era sólo interceptado por las filas de

álamos, compactas y oscuras; pero al volverse uno hacia la cordillera se encontraba con un panorama verdaderamente grandioso. La claridad del aire dejaba ver las sinuosidades y quebraduras de los cerros, que de día eran de un color azul frío y acerado y por la tarde se teñían en la altura de un carmín encendido; las nieves quebrantadas de las crestas guardaban las claridades del reflejo hasta el mismo anochecer cuando la capa del polvo del tráfico, los humos blancos del fuego de leña y el vaho de la ciudad se levantaban y crecían en todo el contorno del cerro. Las montañas que limitan el valle se veían como si estuvieran situadas a unos pocos kilómetros, ilusión que se hacía como desde los cerros de Valparaíso por causa del gran alcance de los ojos de un niño.

Como me gustaba mucho caminar a pie, tenía vistas y revistas todas las calles de la ciudad, sin que me importara el piso de las veredas que era, en las mejores partes del centro, hecho de malas baldosas, rasgadas o disparejas, y en lo demás de piedras redondas. Las calles que van de norte a sur y que se llamaban atravesadas, eran de subidas y bajadas, pues la parte en que corría la acequia de los desagües interiores, en la mitad de la cuadra, era de un nivel de más de un metro superior al nivel de la calle principal, que corría de oriente a poniente.

Se inició por entonces un gran trabajo, que se llamaba la nivelación de las acequias, terminado el cual quedaron las calles en la regularidad de plan horizontal que después no se ha vuelto a alterar.

Las acequias eran tenidas como una cosa muy benéfica; nadie pensaba en atribuirles la generación y el esparcimiento de las enfermedades y de la muerte.

Para beber en las casas se tomaba el agua de unos pozos profundísimos, labrados en el último patio, o se la recibía del agua-

dor que los criados llamaban aguatero, el cual ganaba sus días haciendo viajes sobre un caballo viejo que tenía que soportar la carga de dos barriles llenos, y al aguador más encima. Algunas fuentes o pilas de la ciudad ofrecían también al público esa agua escasa y preferida.

Había pequeños jardines en la mayor parte de las casas, pero se veían poco por estar generalmente encerrados dentro del segundo patio. Hacia el poniente, en el barrio de Yungay, los jardines eran mayores porque eran escasas las habitaciones construídas; los había hasta del tamaño de una manzana entera y eran fertilizados por las inmundas aguas que bajaban de la parte central.

Los primeros patios de las casas, casi siempre empedrados, solían llevar al centro un pino de Australia, y se cubrían en invierno y primavera de un pastito fino que encontraba su alimento en los intersticios de las piedrecitas redondas; había hombres que limpiaban los patios de esta pequeña vegetación, arrancando las hebras verdes y sus raíces con un cuchillo viejo, y yo encontraba que no se veían mejor cuando los privaban, por temor de que aparecieran abandonados, de esa ligera mano de pintoresco. Crecían también las hierbas en los tejados, donde se anunciaba la primavera con el florecimiento de los yuyos amarillos.

No existía la calle del Ejército Libertador, de suerte que el tránsito al cuartel de Artillería se hacía únicamente por la calle del Dieciocho. Yendo por esta vía hasta la Pampa había que notar las rancherías que comenzaban otra vez, como en la calle de San Diego, desde el canal que todavía se llama la Acequia Grande. Donde hoy está la Escuela Militar se veía sólo un gran terreno vago, de polvo en verano, de lodo en invierno.

La Pampa era una llanura seca, cuadrada y cerrada por un

foso a lo largo de sus cuatro costados. Desde agosto hasta noviembre el terreno verdeaba, o se cubría de grandes manchas de flor amarilla, despidiendo un olor suave y fresco de primavera en avance.

Don Luis Cousiño no pensaba todavía en regalar a la ciudad con el Parque al cual se diera su nombre.

CAPITULO VII

El hecho más memorable de mi niñez, que lo es también de la vida social de Santiago, fué el incendio de la iglesia de la Compañía, sucedido el 8 de diciembre de 1863. Era el día de la Purísima Concepción y último de la solemne y lujosa novena que allí se celebraba todos los años.

El clérigo don Juan Ugarte dirigía la iglesia y sus fiestas, pues no era la Compañía ni parroquia ni templo de jesuitas, los cuales desde su expulsión en el siglo anterior no habían vuelto a él; todo dependía del Arzobispado y del clero que ejercía el culto. Conocía yo a don Juan Ugarte por verle pasar muy a menudo frente a casa vestido de manteo y con sombrero de teja, a la usanza española que seguía adoptando la Iglesia de Chile. Su mirada era estática y su modo de andar inflexible y como encaminado a un fin fatídico y determinado; el pómulo saliente sobre sus mejillas pálidas escondía unos ojos siempre fijos hacia adelante, pequeños, pardos y llorosos, dentro de una gran órbita cubierta por cejas de pelos largos y arqueados. Creo que no le volví a ver después del incendio, pero su fisonomía completa ha quedado indeleble en mi memoria, tanto oí hablar de él en esos días de consternación. Decían que su razón se

había trastornado y que hasta la muerte se sintió asediado por la responsabilidad y por la impresión desgarradora de la catástrofe que le había tocado preparar. En el extranjero, donde el incendio de la Compañía hizo conocer a Chile más que toda su historia anterior, se hablaba del clérigo Ugarte como de un fanático que, en un paroxismo de piedad, comunicado por él a los fieles, dió por abiertas las puertas del cielo en aquella tarde memorable, y dejó prender el fuego que elevara a los pies de la Virgen cerca de tres mil almas, bien preparadas para el trance.

Un amigo de casa que estuvo en Inglaterra pocos años más tarde nos contó que alguien le preguntó, luego que vió que era de Chile, si no había conocido al Father Ugart, pronunciando el nombre en inglés, y como si se tratara de un nuevo Eróstrato o cosa parecida. Supe después que otros, en Inglaterra y Alemania, publicaron que el incendio había sido hecho por los jesuitas.

Poco tiempo antes del incendio, la Compañía había sido visitada por todo Santiago, que quería conocer al padre oriental y verle decir misa según el rito griego. Me llevaron a mí también, y recuerdo que hasta sobre el púlpito había gente. El Padre Arabe resultó ser un impostor, que había robado sus papales a un verdadero sacerdote oriental de secta unida a la iglesia católica; pero antes que fuera descubierto alcanzó a decir muchas misas, con autoridad competente, y a recoger dinero. La liturgia árabe en sus manos se enriquecía de mil muserañas, que mirábamos con curiosidad pero con respeto porque bien se nos decía a todos que sacerdote lo era el árabe como cualquier otro, y que su misa valía.

En los días de novena había yo estado en la Iglesia con el portero Fermín, de suerte que conocía las disposiciones interiores del adorno y alumbrado que fueron causa del siniestro.

El altar mayor era, hasta la misma bóveda del edificio, un monumento de velas y flores que sobrecubría las columnas y demás miembros del mismo altar. Una cantidad de arañas de diferentes portes colgaban en disposiciones de simetría, aumentando por los aires el número incalculable de las luces colocadas sobre candeleros. Cortinajes con orladuras de oropel adornaban las cornisas de todo el templo, cuyas líneas generales eran acentuadas por nuevas filas de velas encendidas que seguían al mismo tiempo los arcos de las naves y el círculo desde donde se levantaba la cúpula. Las llamas del gas, más vivas y claras que las de las velas y cirios, habían sido dispuestas en media luna bajo la imagen de la Purísima, en el centro de aquella apoteosis.

Se dijo que allí estuvo el origen del fuego; pero es cierto que nadie lo supo a punto fijo, pues todas las hipótesis eran combatidas por otras.

Por la mañana del 8 de diciembre estuve en la iglesia y vi los grandes preparativos; luego fuimos, con mi hermana Anita, a pedir que nos llevaran a la función de la noche; mi madre negó el permiso, alegando la concurrencia demasiado grande que habría. Antes de la tarde llegó a casa don Alejandro Reyes, diciendo que era una curiosidad ver cómo estaba la gente esperando que abrieran las puertas. Yo me escapé a mirar, y efectivamente aquello estaba lleno de mujeres de manto oprimiéndose para quedar de las primeras en la entrada. Como volviéramos a insistir, mi madre nos dió un no redondo, agregando que iríamos con los hermanos mayores a pasear y oír la música de la Alameda.

Allí estábamos recién llegados después de comer cuando los paseantes comenzaron a correr diciendo que había un grande incendio en el centro; una columna de humo se veía ya en la calle de la Bandera; nos volvimos apresurados a casa.

Para impedir mayor confusión, nos mandaron a los chicos

a un balcón de la calle de Huérfanos mientras recogían en una pieza del primer patio a una joven que se desmayó corriendo por la calle y que venía, medio quemada, medio loca, huyendo de la iglesia. Desde el balcón, al través de la manzana de enfrente, nada impedía la vista, porque no quedaban más que dos casas muy bajas entre la nuestra y la iglesia que ardía. Las llamas no aparecieron en un principio; por la cúpula se escapaba un humo negro solamente, que después se tiñó de reflejos rojos que se pronunciaban más a medida que oscurecía el día, largo en esa parte del año.

De repente, y como rompiendo obstáculos, subieron las llamas, inquietas y enormes, abrazando la cúpula entera, construída de pura madera; aumentándose y alzándose con nuevo pábulo, parecían llegar a una gran altura en el cielo que se mantenía en toda tranquilidad.

Avanzando el fuego por dentro, desde el coro hasta la fachada, el humo iba traspasando sucesivamente los tejados del templo, precediendo a las llamaradas que no tardaron en asomar en pos de él. La única torre del frente vió así llegar su turno; primeramente la envolvió el humo que se hacía denso poco a poco, que luego arrastraba fuegos de materias que volaban con él, y que se tornó en nueva llama que lamía la torre entera hasta más arriba de su empinada flecha.

El fuego más vivo y voraz, hecho por las gruesas vigas y los maderos, llegaba hasta la parte angosta de la torre que formaba como un talle o cintura encima de la cual venía la linterna y la punta que sostenía la cruz. Linterna y flecha, devoradas ya en su base, se inclinaron entonces ligeramente, crujieron, y en seguida, como un tizón ardiente arrojado desde el cielo, cayeron juntas envueltas en humo y fuego y marcando el trayecto con chispas y destellos como de pirotécnica.

Voces se oían de todos lados. Algunos hombres pasaban por

la calle gritando y gesticulando, sin sombrero; corrían mujeres de vestido abultado, pues en esa época se usaba la crinolina, sin manto en la cabeza, y con todo el pelo en desgreño.

En todas las esquinas se había colocado un piquete de policía y de tropa de línea; los coches solían, sin embargo, pasar, corriendo y aumentando con su sonajera los clamores de la calle. Desde la plazuela de la Compañía se sentían levantarse también voces y otros ruidos que se mezclaban con el chisporroteo sordo del hogar encendido.

Yo estaba sobrecogido contemplando aquella escena que no alcanzaba a comprender bien; no me imaginé que bajo la quemazón estaba produciéndose una de las tragedias más terriblemente siniestras que se pueda dar.

Me hicieron bajar a acostarme atravesando por el patio de casa, lleno de gente desconocida. No quedaba que ver desde el balcón, calentado ya con la vecindad de la hoguera, más que la lumbre ardiente que se cernía sobre el arca de la iglesia quemada. Algunos pájaros, lechuzas, sin duda, privadas de su albergue, revoloteaban por lo alto y se iluminaban sus alas al pasar por encima de la iglesia.

Los vi a todos en casa consternados en la mañana siguiente. Bien que nadie de la familia había perecido, a cada momento llegaba la noticia de alguna amiga o conocida muerta quemada. Recuerdo la relación de una cierta casa que hubo de quedar cerrada, pues todos habían ido a la función, y no volvieron.

Pero el número verdadero de las víctimas no fué dado sino muchos días después; llegaba a cerca de tres mil. El olor de carne y de vestidos y pelo quemados se sentía desde el primer patio, y mi madre decía que no podía comer. Contaron que don Enrique Meiggs, el yankee emprendedor, práctico y enérgico, pudo organizar, no sé con qué medios, el salvamento de unas cuantas de las mujeres que, cerca de las puertas de la

Compañía, se encontraban ardiendo y obstruyendo el escape a las de adentro. Un huaso de a caballo decía también que había tirado el lazo y arrancado otras víctimas. ¡Un joven, con más coraje que buena suerte, quiso coger de la mano a una de las desgraciadas que forcejeaban por desasirse del nudo encendido formado en la angostura de una de las puertas; pero se sintió él mismo cogido y aferrado por tantas manos desesperadas, que cejó, y pasó a arder en la vorágine.

Los carretones del aseo público fueron requeridos para la traslación de los restos quemados al cementerio. Iban en interminable fila, al paso de sus mulas, cargados de cuerpos con la carne soasada unos, completamente quemados otros, descompuestos y desmembrados casi todos. Unos lienzos cubrían malamente la carga fúnebre y horrible de los carretones que dejaban por el aire una huella de olores mezclados de fosa y de cocina.

Al día siguiente de la catástrofe, Miss Whitelock, a cuyo colegio hacía ya mis últimas asistencias, salió conmigo a visitar las casas de los demás niños, pues en la mañana sólo unos dos o tres se habían presentado. Ninguno había perecido, pero sus familias estaban en el luto de alguien de la casa, pariente, o por lo menos de la servidumbre.

CAPITULO VIII

A la vuelta de las vacaciones ya debía de entrar de interno al colegio de los jesuitas, cumpliendo la recomendación que, antes de morir, dejó mi padre. El último tiempo que precedió a mi reclusión venía siendo muy aprovechado en paseos y en salidas que hacía por todas partes. Ya tenía gusto por las cosas de la vida y aun conocía una parte de la sociedad principal, por lo que de ella había visto en el teatro, en las calles y en la iglesia; el espíritu de observación y de comparación se comenzaba a abrir en mi mente.

Nuestro vecino, el general Blanco Encalada, venía a casa muy a menudo, y a mí me gustaba recibirlo y correr a anunciarlo a mi madre, a quien él llamaba comadre, pues era el padrino de mi hermana Carmela. Era el general un viejo elegante, hermoso y erguido, noble a la vez que afable en sus ademanes y conversación. Sacaba una cornetita que se ponía en sus grandes orejas peludas, pues estaba poniéndose sordo; su metal de voz hueco ayudaba al alto estilo de sus maneras, siempre caballerosas como lo era y lo había sido todo su ser. Yo sabía que era un personaje notable y lo sentía realzado por la hermosura de su casa, a los pies de la nuestra, cuyos salones blancos dividi-

dos por arcos y columnas daban la idea de aposentos de corte. En su puerta de calle había trofeos militares muy bien tallados. Cualquier acontecimiento público o de familia era seguido inmediatamente de una visita de nuestro buen vecino, el cual para no perder tiempo se solía presentar sin etiqueta, envuelto en capa española, y con su gorrita de almirante, que éste era su verdadero título y empleo.

Una vez, por el año 1866, cuando ya me habían encerrado en el colegio, hizo una precipitada entrada con los brazos abiertos, diciéndole a mi madre: ¡ya se fué! ¡ya se fué! Se refería a su hija política la princesa Olga Trubezcoy, la cual se volvía a Europa después de haber vivido algunos meses con la familia de Blanco Encalada en Santiago, lo suficiente para fastidiarlos a todos con sus importunidades, displicencias y hábitos de exclusivismo.

La princesa era, sin embargo, una mujer de figura bonita y dulce, siempre bien vestida y aderezada. Cantó en un concierto de caridad en el Teatro Municipal, que había organizado mi madre con otras señoras, y con ello se obtuvo una gran entrada; todo el mundo quiso ver y oír a la primera princesa que llegara a Chile.

Mi tío Pedro Félix Vicuña, padre de los Vicuña Mackenna, era persona muy querida en casa y lo veíamos todos los días. Contaba mi tío sus cuentos con la mayor gracia y nos entretenía a todos, grandes y chicos, con su conversación. Tenía el pelo completamente blanco a pesar de ser, por lo demás, casi un joven en aquellos años; esto hacía que le dieran mis hermanos el apodo de lechuza. Vestía a la antigua, con corbatín de raso negro dando dos vueltas al cuello y chaleco bastante abierto, levita y pantalones anchos, negros. Se armaban disputas de política y le llamaban *pipiolo* a causa de sus actitudes como senador que era; en casa eran *pelucones*, del antiguo partido de

mi padre. Pero donde más se acaloraba la tertulia cuando estaba presente mi tío Pedro, era alrededor de la mesa de malilla; allí se insultaban a gritos, por diversión, y muchas veces rodaban mesas, sillas y jugadores, entre chanzas, carcajadas y nuevos insultos. Era que alguien, al deshacerse la partida, se había echado sobre las monedas de la mesa.

A más del general Blanco Encalada, alcancé a conocer personalmente a otros dos guerreros de la Independencia, los generales Viel y Necochea. Al primero llamábamos papá Viel, por pura analogía, porque así le llamaban en la casa de los Concha y Toro, ligados a nuestra familia por doble parentesco de afinidad; el general Viel estaba muy viejo, conservando sin embargo todo el tipo de un veterano, no sólo de nuestra epopeya nacional, sino también de la otra más grande, del primer imperio de Francia en la que había figurado.

El general Necochea no me parecía tan característico en su figura, la cual era, con todo, bien de soldado, con bigote cano, corto e hirsuto, tallado más bien que recortado, amarillo más bien que blanco. A los tres viejos guerreros los veía rodeados de no sé qué noble y venerable aureola de los grandes tiempos de nuestra historia. Sin ser parecidos propiamente, correspondían los tres a lo que uno se podía figurar de los sobrevivientes de las guerras de la Patria. El peinado hacia adelante, el alto cuello, el mirar todavía enérgico, el modo de andar manteniéndose recto en lo posible, y hasta los tosidos, en que parecía repercutir el cañoneo lejano, todo, a lo menos en mi imaginación, marcaba a esos personajes con el sello del más alto interés nacional.

El estilo de vestirse y las costumbres de las señoras de Santiago no era por aquellos años precisamente colonial, pero quedaba mucho todavía del modo de ser interior de nuestros mayores, de sus maneras ceremoniosas de sociedad. Por la ma-

ñana no se andaba sino de manto y se estaba después en la casa con vestidos hechos en la familia con ayuda de las criadas. El corte general era de manga muy ancha, la cual contenía otra manga, también hecha, como una nube de gasa, que ocultaba el brazo hasta la mano.

Para salir de visita se usaba como mejor prenda el vestido de terciopelo, aun en los meses que no eran de invierno, y un chal más encima, terminando en punta por detrás, generalmente de rica cachemira de la India. Si a este aparejo se agrega un retrato del marido, rodeado de brillantes, puesto virtuosamente de prendedor al cuello, y un peinado de morcillones con crespos como de canutillos colgando atrás, se tiene la figura clásica de la señora casada de la época, joven o no, yendo a la calle sin sombrero, y guapa las más de las veces. Estas señoras no caminaban; si bien iban a pie por la mañana a una iglesia situada muy cerca, después hacían enganchar su coche para cualquier trajín, sobre todo para las visitas.

Llegaban a ver a sus amistades y se expresaban con afectación ponderando el placer que sentían y la contrariedad de no haber venido antes. En cumplidos y finezas de esa suerte se enteraba la visita, a no ser que entrara a interrumpir el criado con una bandeja de dulces, bizcochos o helados, que nunca eran aceptados. La conversación no aumentaba de interés con la penumbra en que se ponía la sala luego que entraba la visita, a fin de que no se ofendieran sus ojos con la demasiada luz. La despedida era también sumamente afectuosa; entre abrazos y golpecitos de la palma de la mano en la espalda, se prometían las amigas encontrarse y verse de nuevo muy pronto.

Las niñas solteras, por cuanto yo veía en el teatro o entre mi familia y sus amigas y vecinas, eran también afectadas en el sentido de ocultar y reprimir sus movimientos naturales para dar lugar a otros más estudiados y más finos. No era de buen

gusto ni andar con discreta desenvoltura, ni hablar corrientemente, ni sentarse con comodidad. Comer con buen apetito habría sido todavía más grave; se miraban y se probaban apenas los bocados. Los ojos debían de levantarse de vez en cuando al cielo, y convenía mostrar toda delicadeza en la conversación y ademanes. Oí decir de niñas conocidas que tomaban vinagre para empalidecer y adelgazarse.

Todo era moda que venía de Europa; aunque atrasada era un renuevo del romanticismo de costumbres y sobre todo de literatura, que había soplado en años anteriores.

Los libros amenos que más se leían eran la *Corina* de Madame de Staël y *El Moro Expósito* del duque de Rivas. Las novelas de Alejandro Dumas y los versos de Espronceda estaban en toda su boga, aunque no todas estas obras eran dejadas en manos de las niñas, naturalmente.

La Historia de los Girondinos de Lamartine era leída en las más de las casas principales, y se daba el nombre de las personas más salientes y sonantes de ella a los políticos, tribunos y escritores de la época, que gozaban sin duda al verse crecidos hasta la altura de la Revolución Francesa, cuando no habían sido más que revolucionarios, conspiradores o simples opositores al Gobierno de don Manuel Montt. Las obras de Chateaubriand eran muy conocidas, principalmente *Los Mártires*, *Atala* y *René*, que eran también del gusto sentimental que entraba en el favor de la época, como igualmente *Pablo* y *Virginia*, de Bernardino de Saint-Pierre.

Recuerdo que los caballeros de posición adquirida y los jóvenes de familia usaban vestido elegante, limpio y bien cortado. El sastre de más tono era Mr. Caut, fundador de la casa que después se hizo más conocida con su sucesor, Mr. Pinaud. Estos excelentes sastres estaban en relación con la gran casa de París donde se vestía Napoleón III, la misma que tomó más

tarde el nombre de Debaker. El calzado era de botas que subían bajo el pantalón; las corbatas eran muy grandes y se ponían formando un gran bulto de seda, prendido con una alhaja bajo el cuello. Había elegantes que escogían colores de los más vistosos para la corbata. Los chalecos eran de fantasía, con grandes rayas, cuadros, estrellas o lunares de color.

Se usaba el pelo largo y ondeado y se llevaba así la mitad de la oreja cubierta. Cuando me llevaban a la peluquería para que me cortaran el pelo, veía siempre tres o cuatro caballeros muy serios, envueltos en lienzo blanco, apelotonados sobre un sillón ante un espejo, y dejándose hacer rizos con un fierro caliente.

Los que descollaban entre los buenos mozos y elegantes eran, naturalmente, los que volvían de Europa y principalmente de París. También solían burlarse de ellos o de sus trajes que sacaban con la arruga y dobléz del baúl.

Uno hubo que en la Alameda se puso una vez a explicar a mis hermanos y hermanas mayores las gigantescas proporciones del *Leviatán*, el vapor más grande del mundo. Le preguntaron cuál sería el largo del buque, medido en la misma Avenida de la Alameda. Por complacer el joven se puso a contar pasos hasta llegar a tal distancia que a sus interlocutores permitió se escaparan sin ser vistos; el buen viajero encontró el banco vacío cuando volvió.

Pero donde los más apuestos de la juventud encontraban la buena ocasión de lucir su figura, era en los batallones de la guardia nacional. Los días domingos desde temprano se les encontraba en la calle, pues algunos iban a misa de uniforme antes de almorzar y de irse al cuartel. El vestido era de casaca negra en forma de frac cerrado con una hilera de botones, pantalón de brin blanco, florete al cinto y sombrero apuntado que se cambiaba en morrión con pluma en caso de parada.

En la noche del 19 de septiembre todos los oficiales cívicos, que así se llamaban, formaban una gran media luna sobre el proscenio del Teatro Municipal encerrando a los artistas que cantaban la Canción Nacional; el espectáculo era hermosísimo.

La organización, en realidad poco militar, de los batallones que servían estos oficiales, se prestaba un poco a la diversión; pero más tarde se vió, en la guerra del Perú, que ese mismo tipo de santiaguinos acicalados y petimetres, se convertía en tipo de guerreros sin reproche, de los más sufridos en la fatiga, de los más bravos en la pelea.

Los batallones de la Guardia Nacional salían a ejercicio los domingos, al mediodía, dirigiéndose a la Pampa, que merecía así el otro nombre de Campo de Marte, con que se la designaba. Yo no dejaba nunca de ir a verlos pasar, y conseguía también que me llevaran en coche a la misma Pampa para verlos maniobrar. Todos, soldados y oficiales, iban de pantalón blanco de brin, y como el resto del vestuario estaba bueno, a lo lejos no daba la tropa mal aspecto. No era lo mismo de cerca, pues los soldados iban descuidados y peludos, y no se mantenían con rigidez ni con formalidad. Su armamento era de fusiles de chispa, muy largos y con bayoneta triangular, de los mismos de las guerras napoleónicas, y de las campañas de la Independencia en América. Cuando había ejercicio de fogueo era peligroso pasar delante de las líneas, pues solían olvidar la baqueta dentro del cañón al disparar. A la vuelta del ejercicio venían, descompasados tras de cada batallón, algunos soldados rezagados que habían bebido más de lo preciso en el descanso.

La instrucción en la Pampa consistía, a más de los fogueos con que querían acostumbrar a no pestañear a los reclutas, en evoluciones por compañías y mitades que debían ser difíciles, a juzgar por las complicaciones de las marchas, contramarchas, despliegues y otros de los movimientos que traían y que a mí,

por lo menos, me admiraban. De tirar al blanco o de ejercicios de campaña, no se hablaba nunca; si a algún jefe se le hubiera ocurrido tal cosa, le habría hecho contestar el mismo ministro de la guerra que no fuera embelequero.

A mi edad era natural que las bandas de músicos de los batallones me interesaran sobremanera. Encontraba que tocaban muy bien, sobre todo las del ejército de línea, y me producía una impresión de entusiasmo viril el golpe de los bombos y platillos que resonaba dentro del pecho. Los chinescos, que así se llamaban las astas terminadas en medialunas y adornadas de varias otras piezas de metal amarillo, con colgajos de berlas, campanillas y cascabeles, eran instrumentos de gran efecto cuando sacudidos acompasadamente por el soldado que los llevaba.

Pero más que las bandas militares y sus trombones y su música estruendosa, me impresionaban los gastadores que las precedían en la marcha. Estos iban en primera fila, cubierto el pecho y una parte de las piernas con un gran delantal de cuero blanco y con un enorme morrión o cosa parecida en la cabeza, de piel negra y lustrosa; eran de estatura gigantesca que sobresalía, y daban miradas terribles. A pesar de que había descubierto que sus barbas eran postizas, no dejaba de producirme una emoción muy respetuosa el avance de los gastadores; me apresuraba en ceder el camino acercándome al sitiante que me acompañaba antes que fueran a servirse de sus hachas o picos que cargaban al hombro para demoler cualquier obstáculo.

La caballería cívica, a pesar de ir montada en caballos verdaderos, infundía menos respeto. Era compuesta de regimientos de campesinos de las cercanías de Santiago, principalmente de Nuñoa, y sólo a gran distancia se le podía atribuir un aspecto marcial. El traje era todo blanco, con una especie de casco o schapka de la misma forma, aunque más grande que el

de los ulanos de Prusia. Estaba armada con lanzas de banderolas que en las paradas de la Pampa o en las marchas por la Alameda tremolaban con animación. La gente del pueblo se divertía, y se burlaba de estas milicias, y no las designaba sino con el apodo de los *miguelinos* o los *paperos*. Pocos años más tarde fué suprimido este elemento de poca importancia para la seguridad nacional.

Muy diferente a todo eso era la tropa de línea, de la cual había siempre en Santiago, como guarnición, un batallón de infantería, uno de los dos regimientos de caballería con que contaba el ejército, cazadores o granaderos, y el regimiento de artillería que era único. Todos ellos se veían perfectamente armados, sus maniobras eran ejecutadas con precisión mágica. El batallón Buin, con sus 600 plazas, echaba al hombro sus fusiles no viéndose más que un solo movimiento, ni oyéndose más que un solo ruido sordo. La caballería, cuyo cuartel estaba muy cerca de casa, frente a la Moneda, montaba caballos chicos y briosos que sacaban chispas en los empedrados o al resbalar sobre las veredas, pues salía el regimiento formado en filas que no alcanzaba a contener el ancho escaso de la calzada de las calles.

Los cañones de la artillería eran de bronce amarillo, los soldados iban muy bien vestidos de azul negro y galones encarnados, con un penacho de crines del mismo color en el morrión.

Había niños, sobre todo en la caballería y artillería que servían de cornetas de órdenes y se desempeñaban con aplomo. Los toques de ordenanza de la mañana y de la tarde eran hechos frente a los cuarteles por la banda de clarines, de la que también la mayor parte se componía de niños. Era una tocata como de un cuarto de hora, ejecutada con no poca maestría, de un aire militar muy acentuado, pero con terminaciones lentas y prolongadas. Mi gusto era sentir desde la distancia, por la

diana o por la retreta de la tarde, esa música de cuartel, penetrante y alerta, que llamaba y se despedía con dobles notas que se ponían lánguidas y tenues, y luego se perdían como la luz del crepúsculo.

No dejaban de venirme ideas guerreras cuando miraba los batallones, que suponía invencibles. En toda cuestión internacional o militar me atenía, sin embargo, a las opiniones del cochero o del portero Fermín Pérez, aunque este último parecía conocedor más bien en guerra civiles; contaba muchos detalles de la batalla de Loncomilla, pues él habitaba en el año 51 la villa de Molina, no lejos de aquel campo. Creíamos que don José Joaquín Pérez debía de hacer alguna conquista, cuya sugestión me venía a mí de las primeras nociones de las historias de Napoleón y Alejandro, y al cochero, del libro llamado *Carlo Magno y Los Doce Pares de Francia*, muy en boga entonces entre los criados y niños. Pero en realidad no traslucíamos ninguna aplicación oportuna de la fuerza de las armas chilenas; nadie hablaba en contra del Perú y Bolivia, ni menos en contra de la República Argentina. Más bien quedaban reminiscencias marciales o de gloria retrospectiva de la campaña contra Santa Cruz, solucionada en Yungay, y de la guerra de la Independencia. Las batallas de Maipo y Chacabuco tenían también su recuerdo relativamente fresco y se nombraba a sus sobrevivientes con entusiasmo.

DE 1864 A 1874

CAPITULO IX

Colegio de San Ignacio.—Los estudios y los juegos.—Horario del Colegio.—Carlos Morla.—La vida del colegial.—Roma y Cartago.—Devoción a la Virgen María.—Guerra con España.—Ultimos años de colegio y exámenes en el Instituto Nacional.—Mi primer viaje.—Nuevos cursos en el Instituto y Universidad.—Don José Joaquín Pérez.—Mi cuñado Vicuña Mackenna.—Santiago se transforma.—Operas y dramas.—Otros viajes conociendo a Chile.—La música de entonces.—Literatura y Bellas Artes.

Llegado el primero de marzo de 1864, comenzó para mí una vida bien diferente, a la que venía mal preparado por el gusto que yo había tomado a la vida de familia y a las cosas de la sociedad.

Tuve que recogerme al Colegio de San Ignacio, despidiéndome de mi casa y de la ciudad por donde me complacía en pasear mirándolo todo y gozando de todo. Santiago era como cosa mía; conocía sus calles y sus casas, sus tiendas y sus paseos, su gente y sus jardines; me había criado en el centro de la ciudad en medio de una familia muy relacionada y oyendo hablar de lo que no alcanzaba a ver por mis ojos. En mi ánimo

tuvo, pues, que hacer efecto como de orden de reclusión penal la decisión de que entrara al colegio, donde quedaría si bien cerca materialmente, aislado y apartado de las personas queridas, de las voces a que estaba acostumbrado y de toda esa vida de conjunto, relativamente variada e interesante, que ya llevaba la capital de la República. Al irme, en el último día de libertad, desde mi casa al colegio, sentí por primera vez la angustia de lo desconocido y el desconcierto de la separación.

Mi madre se venía esforzando con tiempo en minorarme la impresión, distrayendo mis ideas que ella conocía con la consideración de las nuevas amistades que me esperaban y de los juegos con gran número de niños, que serían para mí una novedad atrayente; pero nada de eso podía disipar la nube de pena que envolvía mi alma.

Los niños tienen sus delicias donde no se lo figuran ni las personas grandes que los observan, que también fueron niños sin embargo. Un rincón de la casa, una llave de la pila del jardín, un cajón con cuadernos y juguetes, o la recepción diaria del canasto de frutas de la chacra con las gallinas para la cocina, o la conversación con el viajero que traía esas cosas a caballo, o las entradas en la cochera, o las golosinas del trascomedor, o las visitas que llegaban al salón y lo que decían, o todas las cosas a mi alcance de la calle y de afuera, eran demasiado goce para perderlo de un golpe y con serenidad.

Mi camino fué, pues, como si fueran a encerrarme en una casa de hielo, presintiendo mi espíritu el frío de las paredes blanqueadas, de los bancos de madera pintada, de la indiferencia mecánica y reglamentaria de los padres, inspectores y maestros y del egoísmo de los demás niños entre los cuales no tenía seguridad de encontrar amigos.

Mi madre me había llevado antes al colegio para familiarizarme, sin duda, y con pretexto de preguntar de qué medida eran

los palmos de que hablaba el reglamento para la colcha y para una cortina que debían llevar de su casa los nuevos alumnos. Así conocí desde un principio al portero, el hermano Domingo, y al ministro del colegio, el padre Martos; ambos me sonrieron, y quedé desde entonces amigo del primero, cuya cara placentera no he olvidado, y en buenos términos con el segundo, que siempre me facilitaba las cosas en cuanto no hubiera inconveniente serio para hacerlo.

Cuando fui para quedarme, me dieron mi número, que fué el 1, y luego me dejaron en la sala de los más chicos después de hacerme atravesar un gran patio llamado de los padres, con flores y árboles.

El padre Poncelis era el prefecto de esa división y su empleo era bien escogido pues era hombre paciente y sencillo, entendido en entretener niños, mezclándose de buen grado y con tino en las cosas que les interesaban. La sala era muy larga, blanqueada con cal y escasa de luz, como todas las que contienen los edificios acompañados de corredores; dentro de ella, formando alcobas por medio de tabiques que llegaban a media altura, corrían los departamentos en que dormía cada niño, cerrada la entrada por la cortina de los palmos que habían inquietado a mi madre, y coronada por un letrero con el nombre del alumno. A lo largo del espacio libre había una serie de mesas-cómodas de un modelo peculiar del colegio, en cuyos cajones se guardaba con llave la ropa y en cuya parte superior iban los libros y útiles de escritorio. El piso era de enladrillado. En una pieza del fondo, y cerca de la puerta abierta de par en par, estaba la mesa del padre, sobre una tarima; desde ese puesto se dominaba la sala entera.

Derecho, inmóvil, con seriedad bondadosa, el padre Poncelis pasaba sus horas cambiando la dirección de sus ojos del libro a la sala y de la sala al libro. De repente se tapaba la boca

con la mano, conteniendo una risa que se le alcanzaba a oír: era un pasaje divertido de *Don Quijote*.

Con la docilidad de un cordero que hace y se deja hacer lo mismo que los demás, me incorporé a mi sala imitando a los otros niños, moviéndome, sentándome o parándome según iba viendo a los que estaban cerca. Enteré las horas de mi primer día mecánicamente, hojeando mis nuevos libros, arreglando la pluma y el tintero, mirando las caras de mis compañeros, saliendo con ellos en el lugar correspondiente de las filas, al comedor y al recreo, e hincándome como ellos ante el altar del Niño Jesús, patrón de la sala.

Una noción de disciplina que debía de ser importantísima, hube de recoger desde ese primer día: no se podía hablar ni jugar en las filas. No sé por qué se tenía a esto como un principio fundamental de la vida del colegio; casi todas mis desgracias, es decir mis castigos y mis privaciones de salida me vinieron siempre por algún delito de filas, por hablar o tirar la ropa del que me precedía o dar un codazo al de atrás. El prefecto se indignaba, aun cuando había yo pasado a sala de mayores, de estos ademanes perversos; me amonestaba severamente, me dejaba sin recreo y me ponía malas notas.

La primera noche, cuando me vi encerrado en mi pequeño recinto blanco, acordándome de mi madre y mis hermanos, y viendo por delante la perspectiva de encierro y de severidades que me esperaban, sentí mucha amargura; no lloré porque no lloraba nunca. Comencé pensando tristemente en todo lo perdido, pero seguí después animándome un poco con el día de salida que habría antes de un mes; el sueño me cogió y me rendí a dormir vestido, bajo la colcha, hasta que la campana del día siguiente sonó a las cinco y media.

Para que siguieran despertando los niños el prefecto recitaba las letanías de la Virgen, que contestaban ellos desde las

alcobas, mientras se vestían. Un cuarto de hora después, todos debían salir a rezar una Ave María frente al altar, con el objeto de que se contara a los que faltaban. En seguida había otro cuarto de hora para lavarse, con lo cual se salía definitivamente de los pequeños aposentos a abrir el día con las oraciones de la mañana dichas en común y alta voz.

Comenzaba entonces una hora larga de estudio, conluida la cual la campana del patio llamaba a misa. En un tablero de la sala, cuando la semana de turno para ayudar a misa tocaba a los chicos, amanecía el nombre de los que lo harían. Ser preferido era considerado una suerte, pues fuera de procurar el ayudar la misa mayor movilidad, ya desde entonces se las componían los chicos para tomarse en la sacristía el vino que sobraba en las vinajeras.

Después de la misa todo el colegio en filas solemnes se dirigía al comedor a tomar café con leche o chocolate; y era tiempo porque el hambre se sentía con fuerza. Otro largo estudio, o que tal se llamaba, y la primera clase completaban el tiempo, hasta que llegaba el primer recreo del día, a las 10, que duraba solamente un cuarto de hora. Hasta las 12, hora de comer, venían otro estudio y otra clase, y luego un recreo más completo de cerca de una hora. Por la tarde era casi lo mismo: dos estudios y dos clases más, interrumpidas por el segundo recreo largo. Llegadas las 8 de la noche, venía el rosario, la cena y las oraciones de antes de acostarse.

Si tanto estudio y tanta clase y tanta distribución de rezos no nos hacía sabios y santos, es porque olvidaban nuestros buenos maestros ir más poco a poco en la senda de estos ejercicios, dejando de preferencia lugar al desarrollo físico de nuestros débiles órganos. Ahora creo que todos los niños de mi tiempo habrían resultado más estudiosos y religiosos de lo conseguido, si se hubiera tenido en cuenta ese principio de armo-

nía en la distribución de las actividades. En cuanto al estudio, el sistema fastidioso y rancio, que llamaremos de Aragón, pues esa es la provincia jesuítica a que pertenecía la casa de San Ignacio en Santiago, era desgraciadamente el mismo de los demás colegios grandes de la ciudad; y en cuanto a la intención de que en el corazón de los niños se grabara el amor a las cosas del cielo, y bien que es cierto que la mayor parte de los alumnos resultaban después hombres de fe, lo decisivo era entonces como siempre la formación del sentimiento que hacen las madres, en casa, antes de fiar su hijo al colegio. Seguramente las que se descuidan o no son bastante activas en abrir paso en el alma nueva al amor y al respeto de la religión, dejan a los educadores posteriores una tarea de resultados precarios.

El deseo del juego que nos escatimaban se hacía sentir en mí cada vez más fuerte. Si cambiándose el horario se hubiera asignado al recreo una parte de las horas de inmovilidad ante la mesa de la sala o sobre el banco duro de las clases, habría llegado a no extrañar tanto mi casa.

Al dar el prefecto con una palmada la señal de romper filas, eran como una explosión los gritos y saltos de todos. Los juegos organizados, como la barra u otros, eran practicados entre los mayores; nosotros los de la sala cuarta, nos divertíamos más locamente; pero el buen padre Poncelis sabía cómo darnos variedad en la diversión, y nos hacía alternar el interés entre carreras y otros ejercicios, y cuentos de algunas cosas de España. Como también era ingenioso de manos, tallaba objetos para enseñarnos, pitos con forma de taco de zapato que daban un sonido agudísimo, hondas para lanzar piedras a una gran distancia y con puntería fija, como la empleaban los pastores en su tierra, y muchas otras invenciones.

Pero todo eso era nada para mí en comparación del juego de la *chueca*, que provocaba todos nuestros ardores infanti-

les y que nos arrastraba en dos bandos apasionados golpeando en el patio la bola de madera que se trataba se hacer tocar el límite opuesto. El palo arqueado que me servía se me constituyó casi en un objeto de adoración; habría querido pasar el día y la noche abrazándolo.

Cuando venían los días de viento sur en septiembre, los volantines tomaban el lugar de las chuecas, y la hora del recreo, siempre corta, era empleada en pasarles los tirantes, atarles la cola y encumbrarlos. Las comisiones con los otros volantines del patio de los grandes, o de la calle o casas de afuera, daban realce al juego, y todos seguían con los ojos las peripecias de la acción que se pasaba por los aires. Reflexioné varias veces en que para los volantines era mejor el colegio que mi casa. El juego del trompo y el de bolitas de piedra o composición, con las que se hacía la troya o el *choclón*, eran también muy practicados y nos daban gran deleite.

Es fácil figurarse que las tareas de estudio revestían para todos nosotros, sin excepción, menos importancia que las de diversión; pero las obligaciones eran en parte ineludibles, y habíamos así de aprender forzosamente las primeras cosas necesarias. Teníamos que dejar por la noche en la misma sala larga de los dormitorios una plana en español, para hacernos la mano a la escritura; cuando nos levantábamos habían sido revisadas por el prefecto, y no dejaba yo de sentir un vivo placer cuando encontraba trazado con lápiz sobre mi escrito un signo que quería decir óptimo.

Los pasos de estudio nos aburrían enormemente y en las clases también nos esforzábamos lo menos posible en aprender las lecciones de geografía e historia santa, que eran las fundamentales de ese primer año que se llamaba de clase elemental. Las exigencias de los profesores eran, por lo demás,

moderadas y luego vimos que para no tenerlos descontentos seguía siendo lo principal guardar compostura en las filas.

El profesor de geografía se solía impacientar, y una vez pegó con una palmeta a un niño Rodríguez que llamábamos el Loco Cebolla. Otra vez, en esa misma clase, le soplábamos a un niño una contestación que debía dar sobre los ríos de Sudamérica; el caudaloso Orinoco, le dijimos, leyendo en el texto, y él repitió: el escandaloso Orinoco, en medio de la risa. Recuerdo que años más tarde, en clase de física soplaban a otro: amoníaco líquido, y él repitió: amoníaco lírico.

Pero llegó así un primer lunes de mes, que éstos eran entonces los designados para la salida. Desde el día anterior ya estábamos llenos de una alegría parecida a la de los navegantes en la víspera de llegar a tierra. Al despertar no se miraban entonces las paredes blancas de la alcoba, entre la penumbra del amanecer, como los sudarios de nuestra alegría, de nuestro placer, de nuestras inocentes y sencillas aspiraciones. Desprendidos de toda preocupación, prontos y alertas nos vestíamos con la buena ropa, nos lavábamos y peinábamos con cierta atención, corríamos al toque de la campana, nos íbamos sin abrigo a la misa, que no sentíamos frío, y en cuanto teníamos la venía corríamos a la calle de San Ignacio como pájaros des-enjaulados.

Encontraba en casa a mi madre y hermanos todavía en cama; y sobre todo los gustos de ver de nuevo a las personas y los objetos queridos, tenía el de apreciar el que también daba mi aparición por aquel día, que era el más corto entre los que el placer de la vida y la felicidad sin sombras acortan hasta el punto de que parezcan un solo lampo de brillo entre dos noches largas y negras.

La vuelta era hecha con pies de plomo, al obscurecerse esa tarde que no lo hacía tanto como mi ánimo. Llegábamos to-

dos cansados, medio atosigados de golosinas, a sentarnos sin transición en la sala semiobscura, frente a nuestras mesas, no a estudiar sino a seguir en cuanto era posible iluminándonos con los reflejos del día que fué, a rumiar todas las cosas que habíamos vuelto a poseer después de larga separación. Al acostarnos, la alcoba nos estrechaba más fríamente que el día de la primera entrada, y con su descolorida superficie y sus ángulos y líneas, todos rectos y secos, nos anunciaba nuevamente un trecho de privaciones de todo lo amable y de todo lo cariñoso y placentero de que acabamos de gozar otra vez como se goza de una muestra. Todos mis compañeros, aunque algunos parecieran aturdidos por índole, experimentaban las mismas sensaciones.

A las cinco y media de la mañana teníamos otra vez la llamada, seguida del recitado de las letanías a modo de segundo despertador. Pero ahora me había desnudado para dormir, porque mi madre se enojó cuando supo que no lo hacía y pidió ella misma al prefecto que viera si cuando dormía mi ropa y zapatos estaban fuera de la cama. Al encontrarnos todos los niños a la luz del día, nos mirábamos y notábamos las cortaduras de pelo que nos habían hecho, y la ropa nueva que traían algunos; en este caso se tosía con afectación y se hacía burla al de la ropa, el cual tenía que oír a cada rato: remojo! remojo!

CAPITULO X.

La monotonía de la vida comenzaba otra vez; el rigor inflexible del horario nos regia por completo; no había variedad en nada, ni siquiera en los juegos, ni siquiera en los movimientos y ademanes del padre Poncelis, lector de *Don Quijote*, el cual si una que otra vez dejaba escapar otra risita, volvía en el acto a su compostura habitual.

Después de nuestro desayuno, venía a la sala el suplente, para que el padre Poncelis fuera a tomar chocolate. El prefecto suplente era el padre italiano Curti, que en el mismo colegio vimos muerto pocos años después; tenía un acento cerrado para pronunciar el español, y cuando al sentarse en la tarima decía en voz alta: al lugar por orden! nos divertía el gesto elevado, casi trágico, que daba a su cara. Entonces nos pasábamos unas tablillas, o varitas mágicas, que nos inducían a andar hacia el patiecito frío que pertenecía en especial a nuestra sala, dándonos ocasión de faltar unos diez minutos a la dichosa mesa de estudio.

Bien que nos daban desde las nueve de la noche hasta las cinco y media de la mañana para dormir, todos sufríamos de no dormir bastante; la mayor parte de los niños no podían le-

vantarse a la hora de la llamada, que los sorprendía en otros mundos. Y algunos, como yo, estábamos desde las 8 de la noche con los ojos nublados y las piernas flojas, suspirando por la cama. En este mal talante nos tocaba a esa hora arrodillarnos para rezar el rosario, distribución que nunca faltó en mis seis años de colegio. Yo tenía pedido al prefecto que me hiciera llevar el rezo a la cabeza de las filas, pues sin eso, que me obligaba a tenerme despierto me caía de sueño, ya que nos era prohibido apoyarnos en ninguna cosa. La cena que seguía al rosario fué invariablemente perdida para mí; junto con sentarme me quedaba dormido, arrullado por la voz gangosa del lector; pues convenía en la gravedad de nuestro refectorio, que no comedor, no hablar sino oír alguna relación bien escogida y apropiada.

No recuerdo qué lectura era la de aquel año, pero una obra que no he olvidado y que nos leyeron después durante mucho tiempo, se llamaba *Los varones ilustres de Mallorca*. No ha sido por interesante que no la he olvidado sino porque el libro era muy grande, empastado a la española y con impresión antigua en que la *f* y la *s* eran parecidas, de modo que el lector, que era uno de los niños grandes, se equivocaba a menudo diciendo, por ejemplo, fuerte por suerte, salsa por falsa y otras cosas que solían resultar divertidas. Pero si no había en el refectorio alguna risa general, o un tropezón y quiebraplatos de algún sirviente, mi cena se enteraba siempre durmiendo.

Los días jueves, sin embargo, había una variación de importancia y era el paseo a la calle que hacía nuestra sala, como las demás, empleando en él unas dos o tres horas de la tarde que en los demás días eran de clase y de paso de estudio.

Salíamos en formación de a dos, y era importante tener un compañero entretenido porque la andada podía ser larga; el prefecto tenía cuidado de señalar los puestos, sin lo cual los

niños más listos y conversadores eran disputados para formar pareja. Ibamos a parar, caminando, en los cuatro ámbitos de la ciudad. Más abajo de la estación, por aquellos callejones polvorosos que después han trocado su nombre por el de avenidas; o arriba, por los tajamares; o al norte por los caminos que avicinan al cementerio; o por los senderos y basurales que seguían la dirección del Mapocho, junto con el cual iban borrándose y desapareciendo; o por el llano de Subercaseaux; en todos esos sitios podía encontrarse un día jueves en la tarde una división de nuestro colegio. Las filas se rompían en llegándose a des poblado y el prefecto, arremangado de sotana, se divertía jugando familiarmente con los alumnos, corriendo, escalando tapias y saltando acequias. Volvíamos al colegio muy cansados, pero con el ánimo ensanchado, como el horizonte nuevo de que habíamos gozado. Después del jueves, no quedaban más que dos días para llegar al domingo, día de juegos largos, de mejor comida y de recibir visitas.

Mi madre era regularmente la primera que llegaba a agasajarme con su cariño y sus canastas repletas de *volada*, a contarme lo que pasaba en casa y en la ciudad y a indagar con minuciosidad todos los detalles de mi vida. Luego que volvía a la sala o al patio, algunos compañeros me pedían del contenido de la canasta; les repartía con prudencia los bocados más tentadores, reservándome los que podían durar, pues todos los días a las 11 me venía una gran hambre que satisfacía con galletas o queso y frutas tomados de mis envoltorios. El pollo cocido, que casi nunca faltaba, daba motivo para gran algazara, pues lo tiraba entero a la rebatiña, y los niños se amontanaban metiendo veinte manos a despresarlo. A los dos minutos, naturalmente, no quedaban más que los huesos, aprovechados todavía para lanzarlos de proyectiles o meterlos en el pupitre de un vecino.

Así iban enterándose los días, las semanas y los meses sin acostumbrarme, yo por lo menos, ni al encierro ni al régimen, pero conociendo mejor los recursos y sacando de ellos el mejor partido que se me ocurría.

Mi primera comunión, con la de otros niños de mi edad y de mi condición, tuvo lugar en esos meses del principio; pero no se daba al acto la importancia y solemnidad que después le he visto tributar en otras partes. El padre Poncelis nos preparó, sin embargo, convenientemente, haciéndonos todos los días una instrucción especial; en la víspera nos hizo ensayar dándonos comuniones repetidas con hostias sin consagrar.

El día de San Luis de Gonzaga era de gran fiesta interior. Cayendo justamente en el día más corto del año, el 21 de junio, desde la mañana, todavía medio obscura, cantábamos sus alabanzas en la capilla del colegio. Después había gran misa con orquesta, y en la noche nuevos cantos, panegírico y muchísimos adornos y velas. En el comedor se repartían empanadas calduas y había *habladuría*, es decir, nos dejaban conversar, suspendiéndose la lectura de la interesante vida de *Los varones Ilustres de Mallorca*. No debía decir conversábamos, pues no habiendo *habladuría* fuera de los domingos y jueves, y grandes fiestas como la de San Luis, nos soltábamos, cuando nos lo permitían, como torrentes, vociferando con toda fuerza. El refectorio era entonces una algarabía, una confusión de gritos más bien que de palabras, mezclándose las voces ya un poco graves de los alumnos superiores con los sonidos penetrantes, agudos e incisivos, lanzados por los niños chicos. Se producían como ondulaciones, que subían y bajaban según andaba la facundia de lo comensales, esforzados todos en hablar más que en oír; a veces la ola de la gritería llegaba a tal altura que ahogaba y ensordecía, y parecía no podría ser más contenida por las paredes del refectorio. Llegado ese momento el padre mi-

nistro levantaba las manos, después las golpeaba, y produciéndose el silencio hacía que nos moderáramos; pero no tardaba mucho en volver la marejada, y entonces, si el ministro perdía la paciencia, subía el lector al púlpito y abría de nuevo el libro de Mallorca con pasta española entera.

Otro día de descanso venía en pos del de San Luis de Gonzaga y era el del rector, el padre Juan Pujol, celebrado principalmente con los cohetes que nos dejaban encender cuando entraba la noche. Como nos preparábamos de antemano, teníamos un caudal de paquetes de cohetes chinos y de petardos guardados para la ocasión. Otros sacaban de no sé dónde algunos objetos de pirotécnica elemental, como *guatapiques* y *viejas*, y el patio obscuro se convertía en un recinto fantástico, donde se agitaban y gritaban 150 niños que la noche, el fuego y el humo hacían parecer diablillos entreverados con diablos grandes, que así se veían los padres, con sus sotanas negras y bonetes de cuatro picos a modo de cuernos, que venían a mirar o mezclarse en la algazara.

Pasado San Juan y su veranito de fiestas, volvíamos a la monotonía de la antigua vida, invariablemente rígida, severa y fría.

Pero ya comenzaba yo a conocer algunas más todavía de las trazas y arbitrios que se podía emplear para no estar uno, en gran parte del día, como pegado en una silleta frente a la mesa, en un sitio de poca luz y sin tener qué hacer. Las lecciones para la clase, cortas y fáciles, alcanzaba a aprenderlas en el camino, en las filas; de suerte que aprovechando la distancia a que estaba mi mesa, y el enajenamiento producido en el padre Poncelis por las aventuras del ingenioso hidalgo, dejaba mi silla con presteza y, favorecido por mi propia mesa que me ocultaba, me ponía a jugar con uno de mis vecinos. Un hueco de puerta que por allí se encontraba nos permitía acomodarnos

mejor, y así nos entreteníamos muchas horas y durante muchos meses sin que el abuso fuera descubierto. He dicho el abuso; pero no sé si éste era mayor que el régimen de tener condenada a la inmovilidad a criaturas de diez años que, por naturaleza, deben de estar en acción o ejercicio de sus miembros más de la mitad del día.

Un incidente muy inesperado trajo por entonces una cierta amenidad a mi pequeña vida de colegial. Había entre los grandes un niño, o más bien un adolescente muy simpático, rubio y hermoso, listo y alegre, que me hacía señas desde los altos y me mandaba dibujos con versos humorísticos y caricaturas divertidísimas; era mi pariente y me quería dar muestras de afectación. Parece que en su sala, que era la de los mayores, todos sus compañeros lo pasaban también pendientes de sus invenciones, sin que los padres pudieran aplacar su espíritu chispeante que distraía y perturbaba en torno suyo. Determinaron, cansados de ensayar inútilmente otros medios, relegarlo por algún tiempo a la ínfima compañía de nosotros, los de la sala más pequeña.

Pero aquí se puso a enseñarnos mil cosas nuevas y graciosas; y yo, que quedaba con mi mesa cerca de la de él, y que me enorgullecía con haberme hecho su amigo de antemano, entré a lograr la preferencia de todas sus novedades y de las bondades de su carácter siempre expansivo y solícito. Las historias que hacía en verso de los personajes notables del colegio, desde el padre rector hasta el sirviente Padilla que tropezaba y quebraba a un tiempo diez platos de sopa, y desde el hermano Domingo de la portería hasta el alumno tenido por más feo y desairado, eran páginas famosas que nos pasábamos ocultamente de mano en mano, admirando y gozando a porfía de aquella oportuna y feliz poesía y de las láminas al lápiz que la acompañaban tomando lo más de la carilla del papel.

Con lo cual fué suspendida de golpe la estada de Carlos Morla Vicuña en nuestra sala y se le reintegró a su propio centro, que sin duda volvió a recibirlo con alegría. Siempre quedó amigo de Morla; desde aquel tiempo nos ha tocado encontrarnos en muchas circunstancias de la vida y en diferentes partes del mundo, siempre en confianza y amistad. A él le tocó firmar, como Ministro de Relaciones Exteriores, mi nombramiento de Ministro en las Legaciones de la República en Alemania e Italia.

El 31 de julio tenía lugar la celebración de San Ignacio de Loyola, con las mismas disposiciones de la celebración anterior de San Luis de Gonzaga. Era de un interés particular la marcha militar con que desde el coro nos despedían al concluirse las distribuciones de la capilla; la marcha tenía el compás de un paso redoblado y se prestaba a ser cantada con ganas por los niños del coro y por los de abajo, cuando su aire era realzado por los instrumentos de viento y el tambor. Aunque trunco, me vuelven a la memoria los versos, sonoros más que otra cosa, y el ritmo animado de la marcha de San Ignacio, después de muchos años en que muchas músicas diferentes he debido de percibir y retener:

*Fundador sois, Ignacio, y general
De la Compañía Real
De Jesús, escuadrón militar.*

.....
*Los esfuerzos guerreros de vuestro valor
Os infunden conquista de esfera mayor
¡A las armas, soldados, marchad!*

En los recreos se oía de nuevo el refrán de la marcha, cuya música, en realidad, cumplía con la primera condición del ca-

so: el acento viril y comunicativo, parecido al que debe de marcar a los himnos nacionales.

Y ya desde agosto parecía que se sentía en el aire del colegio que se ponía más ligero una especie de aroma precursora de la primavera y del asueto para las festividades patrias de septiembre.

Llegaban las fiestas y pasaban ligero, como todo lo bueno. Seguían los días precursores del verano, el cual no se anunciaba mucho tiempo en nuestro clima sin hacerse sentir de veras.

En noviembre nos dejaban a veces salir a nuestras casas los jueves, en vez del paseo doctrinal, con el objeto de que nos bañáramos, pues en el colegio no había baños. Como no los había tampoco en las casas, creo que nadie se bañaba; pero el paseo por la calle y la aparición en el hogar era lo principal.

La repartición de premios era la terminación solemne del año escolar; después de lo cual nos fuimos esa vez a nuestras casas, animados todos con el mayor contento imaginable. No recuerdo si me tocó algo en esa primera distribución de recompensas a la buena conducta y aplicación.

CAPITULO XI

Describir las emociones de la recogida de marzo después de los dos meses de recreaciones sería repetir para todos los años lo mismo que dejo contado de mi primera entrada en el colegio. Nuestra vida libre concluía junto con los ardores del verano; nuestros ánimos, doblados y tristes, se encontraban otra vez privados de la savia del hogar, de la familia y de la naturaleza.

El fin del largo estío se prolongaba dentro del colegio donde el polvo traído por el viento blanqueaba las hojas de los árboles que se mantenían en vegetación sólo a fuerza de riegos. Pero los días comenzaban a acortar y las mañanas a refrescar; la primera lluvia de abril era recibida con gusto; así también eran bienvenidas las primeras neblinas de mayo, que en los grandes patios borraban un poco las odiosas perspectivas de grandes paredes lisas y corredores cubiertos por tejados; esas líneas de fealdad se perdían entonces en el vapor condensado del aire, que en la mañana tomaba tintes rosados, y antes de anoecer se ponía de una transparencia opalina.

Los humos de las chimeneas se hacían más pesados y se les veía avanzar desde el sur, donde no había más que árboles y

unos pocos edificios; se acercaban extendiéndose por lo bajo y formando capas de color celeste. Las leñas quemadas afuera despedían aromas que no se volatilizaban como lo hacían antes en virtud de la extremada sequedad del verano, sino que duraban en el aire y penetraban hasta dentro de nuestras salas, trayéndonos las esencias sutiles de los palos de *guayacán* y de *coliguay*, que son sin duda las más olorosas, finas y nobles que pueden encontrarse.

Otras veces había puestas de sol entre las nubes de color de oro, que a mí por lo menos, me embelesaban por su variedad inagotable y por el resplandor de las luces que jugaban cambiándose sucesivamente en rosadas, rojas, violáceas y moradas. El azul infinito de nuestro cielo se matizaba con claridades frías hacia el horizonte; daba así más valor y relieve a los arboles que retenían porfiados, al caer el día, los rayos del sol que los hería.

Muchas tardes, al pasar a las clases de los altos me tocaba sentir las fragancias traídas por el viento y mirar esos cuadros del crepúsculo. Mi alma se sentía entonces más libre, nadie podía privarla de esos dones de la creación que se producían por los espacios y penetraban los recintos, y que la impresionaban dulcemente al través de los sentidos que se abrían ya a las emociones de lo grato y de lo bello.

Como todavía no habían sido edificados ni los cuerpos meridionales del colegio agrandado, ni la iglesia que lo ha completado hacia el poniente, las vistas eran más dilatadas; desde los corredores se divisaba, por el sur, y cuando los árboles se despojaban, hasta las alamedas de la chacra de Subercaseaux y los cerros de Pirque, que yo conocía bien. Por el oeste se podía correr la vista sobre murallas y casas bajas que se dejaban entrecortar por copas de sauces, álamos, acacias y otros árboles hasta el mismo pie de la cadena de cerros centrales. Los

eucaliptos, traídos más tarde, no subían con sus ganchos descompasados y su follaje incoloro a las alturas de torre que alcanzarían en años siguientes.

En vez del padre Poncelis, tocó el segundo año como prefecto de mi sala el padre Vila. Y al decir padre, en el colegio, dábamos en realidad a estos prefectos un título que no les correspondía, pues no eran más que simples aspirantes, o estudiantes, sometidos por largos años a las pruebas que impone la Compañía. El Vila nos caía poco en gracia; ni tenía indudablemente las cualidades requeridas para su empleo, que era delicado. Un rasgo suyo, y no el peor, era el miedo a los temblores de tierra; una vez vino uno cuando estábamos rezando; saltó pisándonos y atropellándonos para abrirse camino al patio, mientras nos quedábamos riendo de su precipitación. El prefecto Vila, nos dijeron más tarde, se hallaba casado en Lima; había colgado la sotana y dejado crecer su tosura adoptando otra compañía, no de Jesús. Entendí que la Orden lo había despedido con el miramiento, acostumbrado en tales casos, de hacerle trasladarse a otra parte primeramente.

Los niños eran casi todos los mismos del año anterior, se conocían mejor entre ellos y se notaba una cierta familiaridad que estaba bien; muchos eran parientes, o por lo menos hijos de amigos que cultivaban relación en la sociedad.

Esto no impedía que se pusieran entre ellos apodos ridículos, trazando con esto uno de los rasgos característicos de la vida del colegio. El sapo Achurra, el pavo Ureta, etc., era la manera corriente de designar a los de ese apellido; hasta que un buen día se dictó una especie de ordenanza para reprimir la costumbre.

Las peleas a puñetazos eran felizmente poco comunes, perteneciendo los niños, por lo general, a familias que les daban educación y buen ejemplo antes de mandarlos al colegio; en

mis seis años de estada yo no tuve más que dos lances. También éramos respetuosos con los prefectos y maestros, que no lo merecían siempre, sin embargo. La excepción estaba en nuestros enojos e impacencias cuando nos castigaban dejándonos sin la salida de los domingos recién establecida, o cuando nos ponían con demasiada repetición al pilar. Entonces los llamábamos mochos, o mochos de m..., lo cual no dejaba nunca de triplicar por lo menos la pena.

El castigo del pilar consistía en tenerlo a uno allí afirmado mientras los demás corrían y jugaban; no sé cuántos cientos de veces incurrí en él, pero sí recuerdo el fastidio que le tenía a ese suplicio de Tántalo, estúpido y mal aconsejado en todo sentido, desde que privaba al niño de lo que más bien le venía, que era el movimiento y el juego. Había ocasiones en que los prefectos se creían en el deber de reprimir tanta falta que los pilares del patio apenas alcanzaban.

Nuestra cama era malamente arreglada, después de levantarnos, por nuestras propias manos; y aquí se encontraba una de las distracciones de la vida encerrada: por la trama de la frazada corrían presurosas las pulgas, hundiéndose y escondiéndose en las espesuras de la lana; las perseguíamos hasta que podíamos cogerlas entre las uñas de los pulgares como habíamos visto se hacía por las sirvientes de casa, y las revantábamos con tal fuerza que sonaban y nos devolvían en la misma cara la sangre chupada.

La cacería de las chinches, precavidas y recelosas, era más difícil; no faltaban, sin embargo, niños diestros que sabían hacerlas mostrarse para en seguida aplastarlas de un golpe, dejándolas como pintadas en la pared o en otra parte.

Pero los seres animados que más contribuían a nuestro entretenimiento eran las moscas, que nos rodeaban en abundancia durante las cuatro estaciones del año. Un niño hacía con ellas

unos dibujos de color de púrpura, que yo encontraba hermosísimos por su disposición a la vez simétrica e imprevista. Consistía la obra de arte en un papel que había sido doblado por el medio comprimiendo una porción de cabezas de mosca dentro del pliegue; el zumo encarnado aparecía extendido en formas caprichosas a uno y otro lado del papel después de abierto y vuelto a aplanar.

Otros niños eran peritos en hacer cartuchos pequeñísimos de papel de seda para meterlos a las moscas por el vértice de su abdomen; las moscas volaban entonces pesadamente y todos las seguíamos con la vista y con tanto interés como si se tratara de un globo dirigible. En este orden de ingeniosidades hubo todavía uno que descolló, perfeccionando los arreos hasta llegar a hacer una travesura digna del gran éxito que alcanzó. Confeccionó unas banderitas, ligerísimas, aunque muy visibles, de los colores argentinos y brasileños, para soltarlas al aire confiadas a lo posterior de una mosca forzuda, en la clase que nos daba el padre Gorordo, argentino. Era en tiempo de la guerra del Paraguay, y del cual éramos partidarios; y la mosca, como si hubiera comprendido la chanza, se elevó dignamente por los aires, trazando espirales, en medio de la mayor admiración y alegría de los alumnos.

Las lauchas y ratones eran también abundantes y yo tuve ocasión de conocerlo bien porque me hacían estragos en las provisiones de boca. ¡Qué de veces, cuando me asaltaba el hambre de la mañana, iba a tomar mi queso y mis galletas y los encontraba medio comidos, hediondos y mezclados, como por burla, de negros vestigios!

Las ratas grandes habían elegido domicilio en el departamento de las despensas; pero allí las inquietaban los gatos, mantenidos a propósito, y que tenían libre circulación mediante las gateras o agujeros abiertos en las partes bajas de las

puertas. Por las mismas gateras pasaba siempre una corriente de aire cargado de olores, que todavía tengo presentes, de cocina, pescado seco, tocino y otros productos de España que hacían venir los padres.

Una enorme rata fué una vez untada con petróleo por el padre Poncelis; se le allegó fuego y corrió el animal envuelto en llamas a refugiarse entre las hendijas de un entablado, con riesgo de causar un incendio. Otra vez fué ejecutada una por la descarga de una pieccecita de artillería que tenía Eduardo Fabres; todo el colegio asistió al acto, habiéndose debido prolongar el corto recreo de la mañana para permitir que las punterías fueran bien hechas.

La fauna del colegio quedaba completada con las palomas, que siempre andaban en afanes por los tejados y sobre las tazas de la pila que había en medio del patio y jardín de los padres. Se armó una gran trampa para cazarlas en una ocasión; efectivamente cayeron muchas, con otros pájaros; creo que se pensó en la conveniencia de que no hubiera de ellas más por ahí, pues bien que los palomos daban buen ejemplo de fidelidad a quien los observara, a veces se ponían demasiado expresivos en medio de sus requiebros y murmullos.

Frente de la clase en que se cursaba el tercer año de latín y muy cerca de la ventana, se posaba una pareja de palomas cenicientas, de pechuga hinchada, con cambiantes rosados y azules en el cuello, que parecía tenerse dada una cita diaria sobre las tejas. Como ya estábamos en edad de traducir, comenzando a comprender, los versos de Virgilio y Ovidio, nos hacíamos hasta cierto punto cargo de ese idilio repetido, puesto por la misma naturaleza a nuestro alcance; lo mirábamos y seguíamos con simpatía, comentábamos sus peripecias y nos prometíamos observarlo todo, más y mejor, en la cita del día siguiente. Sentíamos mal cubierta por los dichos y humoradas la emoción

de ese ejemplo de poesía real y viva que contrastaba abiertamente con las severidades prosaicas y las reglamentaciones a que estábamos sometidos; no era el toque de la campana ni la amenaza del pilar lo que guiaba a las felices palomas.

Los niños tienen siempre mucha afición a los sirvientes, con quienes se acostumbran a formar en conjunto la categoría de súbditos dentro de las casas. En el colegio espíabamos las ocasiones de ponernos al habla con los que se hacían insinuantes a nosotros, y las de divertirnos a expensas de los otros.

El sirviente de mesa, Padilla, cantado por Morla, tenía no poco prestigio a causa de su aire desenvuelto y de las quebrazones que hacía, y que nosotros creíamos intencionales, hechas por diablura. A la cabeza de tres mozos más entraba Padilla en el refectorio, triunfante y recién peinado, vestido de blusa de mezclilla almidonada, trayendo una rodela de madera y los platos servidos y humeantes sobre ella. Al fin del servicio goteaba el sudor de su frente, amenazando rociar el postre, y le decíamos quedito que pusiera un paraguas, o le dábamos otra broma; nos contestaba con muecas disimuladas y verdaderamente originales.

José, el ayudante del hermano Domingo en la portería, era otro tipo; pesado, viejo y mal agestado, no se hacía perdonar su falta de gracia, sino por ser el portador de las órdenes de asueto cuando las había. Le llamábamos Pepe Zúñiga, habiendo alguien encontrado ese retruécano para expresar su cualidad predominante, que le venía de abajo, de los pies. Cuando entraba en alguna de nuestras salas, comenzábamos todos a estornudar de una manera seguida, cruel, y llevándonos las manos a las narices.

Los sirvientes, no obstante, tenían poco que trabajar por causa de nosotros; en la mañana nos sacaban las aguas sucias de la alcoba, y era todo. Nuestros zapatos eran lustrados por nos-

otros mismos, los jueves y domingos. El aseo de la alcoba y de su mobiliario era nulo. Cuando salíamos en el gran asueto de las fiestas de septiembre, parece que sacaban los sirvientes los catres y colchones para hacerles tomar sol por única vez. Sin embargo, la salud de los niños era por lo general excelente, acaso ninguno se enfermó de muerte durante mis seis años de reclusión. Recuerdo una epidemia de paperas, que vino con tal fuerza, que hubo que mandar a casa a la mitad de los alumnos y suspender la marcha regular de los cursos. La sarna pegajosa también tenía su asiento entre algunos niños, cuyas manos repulsivas estaban lastimadas por la comezón y el rascar; mandaron fuera en una ocasión a los más atacados, y a los pocos días volvieron sanos merced al empleo de pomadas sulfurosas. Los dolores de cabeza y otras enfermedades menudas eran atendidas, de un modo casero, por el hermano Ramis, el cual aplicaba invariablemente compresas de *agua sedativa* con olor de alcanfor.

Nuestras trazas de interior, eran, por lo menos durante el invierno, bastante descuidadas en parte y presuntuosas en otra parte. Usábamos abrigos de las formas más variadas; unas especies de capa con grandes paños cubriendo las mangas y que se llamaban *macfarlanes* eran los mejores. Había algunos que nunca abandonaban la bufanda, y otros las zapatillas de lana muy gruesa. Los pantalones nos quedaban casi siempre largos a pesar de que crecíamos de piernas, y al pisarlos por atrás los dejábamos en la trama, y hacíamos burla diciendo que el pantalón llevaba flecos.

Los buenos padres no dieron en obligarnos, ya que había tantas otras severidades, a abandonar el abrigo en el recreo por más frío que hiciera. Así he visto después es practicado en los colegios ingleses, y sucede que los niños entonces se echan solos a jugar y correr, en vez de quedarse afirmados a la pared

o paseándose gravemente en conversación como lo practicaban muchos en mi tiempo.

Las modas de afuera tenían, con todo, su influjo dentro de nuestros muros, y a medida que íbamos haciéndonos grandes nos fijábamos más en los vestidos y peinados que veíamos por la calle en los días de salida. El pelo se usaba menos cortado que ahora, con lo cual aprovechaban los que lo tenían crespo u ondeado, dejándose lo crecer cuanto era dable, mientras que los de pelo liso se lo hacían recortar en las peluquerías, por las mañanas de asueto, en forma que llamábamos de media melena.

Pero todo esto pasaba dentro de un número de alumnos reducido; eran los demás relativamente descuidados de su persona, no sólo en el vestir y calzar y en el afeitte, sino también en el lavar y mudar ropa. Es por esto que nos pareció a nosotros mismos extraña una plática que hizo una vez el padre Capelleti en día de retiro espiritual, en la cual, después de increparnos nuestras molicies, blanduras y regalos, concluyó gritando: ¡Al infierno con tus untos, al infierno con tus pomadas! Estoy cierto de que si algún niño molestaba a su vecino por aquel día con algún olor, no era con el de sus pomadas.

Después de los dos primeros años de colegio uno podía usar, mediante ciertas reglas de turno, la cancha de pelotas que recién habían edificado los padres. Se formaban partidos y el juego era acogido más que con gusto, con entusiasmo. Viendo más tarde, y comparando, he creído que el juego de pelotas a la española es un *sport* sumamente higiénico y atrayente, superior por muchos conceptos al *cricket* y al *foot-ball*; también venían cosas buenas de Aragón. No sé por qué no se ha adoptado ese juego en todos los grandes colegios de Chile para que fueran formados los músculos de piernas y brazos, y para que la ligereza de la mano, secundando la de los ojos, hiciera al hombre

listo en la percepción, en la resolución y en la ejecución de las cosas a su alcance.

El juego de la chueca primero, y después el de la pelota, me hacían pasar los recreos con una ligereza que debía de ser seguida por las horas mortales de los pasos de estudio. Por eso es que juzgaba mal aconsejado el sistema de tomar de los tiempos de recreo (los cuales serían intangibles en un sistema perfecto de educación), el necesario para los ramos llamados *de adorno*, como la música y el dibujo. La mitad de la semana, pues, quedábamos sin jugar en los principales recreos los que estábamos en alguno de esos aprendizajes, que hacíamos así de carrera y como suspirando por volver al patio, a correr y golpear la pelota.

El maestro de música para mí era Mister White, primer violín del Teatro Municipal, cuya fisonomía me era bien conocida por haberla observado en la orquesta. Pero al poco tiempo se enfermó y fué reemplazado por el otro primer violín, sólo principal, como él se titulaba, del mismo teatro. Monsieur Remy era menos indulgente, y como era artista de más importancia, se impacientaba, empleando severidades que me fastidiaban, tanto más cuanto que yo mismo reconocía mi poca habilidad para un instrumento difícilísimo como es el violín, cuya ejecución me gustaba sin embargo, y me tentaba. Quería, pues, dejar el estudio majadero y volverme a correr; pero también quería seguir luchando hasta pasar el primer tiempo en que las cuerdas rechinan y los dedos duelen. Al fin venció mi deseo de tocar y continué, aún después fuera del colegio, siendo un alumno pasable de Monsieur Remy.

También había profesores de otros instrumentos: de piano, de flauta y de concertina. Nos mandaban a estudiar en diferentes piezas del patio de los padres, y desde afuera se oía el desconcierto: soplidos de flauta de principiante, incisivos y des-

afinados; quejidos y voces raspadas como de gato con bronquitis, producidas laboriosamente por los violinistas; notitas secas o acordes como de música de bolsillo, dadas por las lengüetas de las concertinas, y escalas, picoteos y aires penosos de un piano viejo que hacía valer al mismo tiempo que las notas de sus alambres estirados los ruidos de su mecanismo y el golpe sobre la tecla de las uñas del tocador.

Con las de música alternaban las horas de dibujo, compartiéndose los días de la semana. Bajo la dirección de Mr. Lebeuf, en unas bancas de otra sala blanqueada como las demás, nos sentábamos en línea los alumnos de dibujo. Nos dividían en dos especies: los de dibujo natural y los de dibujo de paisaje, como si éste no fuera tan de la naturaleza como las caras y brazos de la primera especie. Con paciencia, buen humor y tranquilidad inalterables, Mr. Lebeuf nos miraba echar rayas, perfiles y sombras, y luego se sentaba en el sitio del alumno que recibía la lección, y le corregía y reconstruía en silencio todo su trabajo. Copiábamos modelos de litografía, y aprendíamos bien poca cosa, porque, en primer lugar, sólo teníamos dos horas por semana, cercenadas de los tiempos de recreo, y porque, después, el método no era el bueno. La copia de los dibujos hechos por otra mano, aunque sea superior, no enseña más que a seguir la interpretación ajena; la interpretación propia, que es la que vale, se aprendería mejor tomando por modelos, en vez de las litografías, algunos objetos reales cualesquiera, como son las figuras de yeso.

El dibujo es considerado, no sólo en Chile, sino también en algunas partes de Europa, como ramo de lujo casi superfluo, a no ser que sea practicado en vista de ciertas profesiones liberales, principalmente de las de artes plásticas. Esto es, para mí, una pura muestra del proceder de la rutina.

Cuando se considera que la vida tiende continuamente a ha-

cerse modificar por las materialidades que nos rodean, por las mil cosas necesarias al bienestar, a la seguridad y a la prosperidad tanto del individuo como de la comunidad, no se puede dudar de que la preparación para la inteligencia de las formas y de los colores, sea de las más útiles. Es el conocimiento del dibujo el que da esa inteligencia, y el que así nos permite conocer un plano y un proyecto trabajado en el papel, como discernir sobre sus cualidades con intención de crítica en el conjunto y en los detalles. Es la educación del ojo, por medio del dibujo, la que da después al espíritu certeza en la comparación de los objetos reales, sean animales, edificios, puentes, máquinas o buques, o en la apreciación de las cosas pequeñas de que tenemos que servirnos todos los días. Así, pues, cualquiera que sea el destino que espere a uno, hay que contar con que ha de serle muy útil el saber dibujar; vaya a ser abogado o médico, por ejemplo, le ha de dar más facilidades en su propio desempeño que el estudio del álgebra; al que venga destinado a cualquier ramo de ingeniería, le servirá más la preparación en el dibujo que todas las historias que le enseñan, y al que opte por otras profesiones, o por ninguna, siempre le ha de dar mayores facilidades de ilustración el dibujo que los ramos citados y que muchos otros más de los obligatorios.

Es el dibujo como un idioma universal que nos permite entender y dar a entender rápidamente, sobre el papel, con sus líneas y sombras, aquello que no sería posible hacerlo de otra suerte aun hablando y escribiendo largamente.

CAPITULO XII

Los sobrenombres o apodos que se prodigaban los niños antes de la prohibición, eran pruebas de su ingenio y mordacidad prematura; los aplicaban con no poco propiedad. Esa condición, junto con lo lacónico, fácil y sonoro del substantivo o adjetivo, hacía que todo se pegara al oído y que se hiciera en realidad costoso y como rebuscado el llamar sin apodo al que lo tenía ya consagrado. Pero la masa de los niños demostraba poco acierto en sus afecciones y preferencias. Daba la aureola de popularidad muy comúnmente a los que menos la merecían, y nada más que porque lucían ademanes desenvueltos o audaces, o eran simplemente forzudos; menospreciaban o tributaban completa indiferencia a los modestos, inteligentes y abnegados. Se parecían en esto a las pobladas y muchedumbres, que bien pueden ser compuestas en su mayoría de gente de buen corazón, pero que se demuestran en llegando la ocasión injustas, cobardes y crueles.

Había a la sazón un gran bellaco entre los mayores, burlón, insolente, ocioso y sin ingenio a no ser para insultar o atropellar a los compañeros. Pues bastó un no sé qué de original en su figura con piernas largas como de diablo flaco, y de cierta

audacia contra los maestros, para que fuera tenido, no diré en mayor estimación, pero sí en alta reputación de valentía de ánimo y de eficiencia en lo físico; era timbre de orgullo hablar con él o demostrar cualquier acto que diera fe de contarse con su especial relación.

Fama de travieso tenía, pero sin ninguna nota de popularidad mal merecida como la anterior, el cabezón Errázuriz, que no era otro que Federico, elegido después Presidente de la República en 1896, el cual hacía su último año de colegio, con Morla y otros, antes de pasar a la Universidad. Predestinación para altos cargos tenía también otro antiguo alumno, recibido ya de bachiller de humanidades, pero que permanecía en el colegio en calidad de huésped; era Facundo Machaín, llamado pocos años más tarde y siendo aún muy joven al mando supremo de su país, el Paraguay. Carlos Walker Martínez y Máximo Lira habían ya dejado el colegio cuando yo entré; estaba fresca la buena reputación de ambos entre los padres y alumnos.

La vida del colegio era, por lo demás, y en casi todas sus fases, igual a la del año anterior, como lo sería a la de los siguientes. Los españoles no son hombres de muchos cambios y novedades; la provincia de Aragón, de la cual no era la casa de Santiago más que un departamento apartado, seguía comprendiéndonos en su jurisdicción y dominándonos con sus antiguas leyes y costumbres.

Las mil cosas de la enseñanza o de la educación, sugeridas por la observación al espíritu práctico de los ingleses, por ejemplo, eran desconocidas por nuestros maestros, por más que ellas fueran de una sencillez elemental. Tenemos casi sin dejar juego libre a nuestros miembros de niño desde las cinco y media de la mañana hasta después del mediodía, hacernos pasar una gran hora de hambre antes de la primera comida, obligarnos a

guardar sitio de estudio frente a pupitres donde no había luz, medirnos tanto el sueño que no había quién no saliese como por fuerza de la cama, hacernos rezar tanto, tanto, en posturas incómodas, a las horas de cansancio, y por fin, separar los aposentos de cada niño, en vez de dejarlos a todos bajo la inspección de todos, es tener, digámoslo claro, ignorancia en el arte. Si con todo eso se quería hacernos hombres de golpe, la ignorancia era todavía mayor, puesto que no se contaba con la ley de las reacciones psicológicas, que nunca ha dejado de existir y regir.

Recuerdo bien esas horas, en que me esmeraba lo menos posible en aprender mi lección, largas horas de tedio regular, interrumpida por sólo las invenciones y trazas que me daba yo mismo para lograr minutos de variedad y de entretenimiento. Una índole contemplativa o perezosa encontraría allí su acomodo, así pensando en lo que conviniera al espíritu como no pensando, ni discurriendo, ni intentando nada; pero no era mi caso; quería siempre hacer algo, sobre todo algo que me entretuviera o divirtiera; la noción del deber que tenía de aprender lecciones no se podía grabar bien en mi conciencia, tanto más que teniendo no mala memoria, alcanzaba a prepararme en un momento, para no hacer el papel de flojo o de torpe en la clase.

Así enteraba mi tiempo de estudio por esos años de colegio, con jugar lo mejor que podía, o por lo menos con hacer cualquier otra cosa burlando la vigilancia del prefecto. Un libro que me habían tolerado tener, a más de los de estudio, era el *Tesoro del Teatro Español*, o recopilación de las mejores piezas clásicas de la lengua, cómicas y trágicas. Me tenía leídas casi todas las comedias de Lope de Vega, de Calderón y de Moreto; y me había preparado un pequeño teatro de papel, con los jardines, salas y demás decoraciones requeridas como para dar escena y hacer representar a los personajes.

Otras veces hacía de comer con los ingredientes que me traía de casa; y cuando la ubicación de mi mesa-cómoda, por la semiobscuridad y por la distancia del prefecto me lo permitía, armaba un figurón con mi abrigo puesto sobre un diccionario, de suerte que pareciera una figura de niño sumido en lectura. Dejando ese reemplazante, me escabullía al corredor cercano a dar conversación y ofrecer travesura a los niños que pasaban al lugar.

Pero tengo que confesar que había algunos de mis compañeros más ingeniosos en encontrar medios de ocupar su tiempo de estudio. Y ninguno lo era como Alonso Toro al haber domesticado, Dios sabe con cuánto trabajo y paciencia, una pareja de lauchas que supo guardar en su cómoda durante meses sin que se las descubrieran. Había construido una pesebrera para los animalitos, los alimentaba bien, y los rasqueteaba con un peine como si fueran caballos; les había hecho arneses diminutos y primorosos, mediante los cuales los enganchaba a una carroza, que venía también de la fábrica de sus propias manos, y los hacía moverse y obedecer a riendas y fusta.

Por las noches, los pasos de estudio nos eran particularmente insoportables; mala luz que recibíamos durante el día era entonces suplida por una vela de sebo plantada en una palmaria de latón amarillo. Uno de los niños, elegido entre los circunspectos, tenía el encargo de despabilar cada cuarto de hora, cuando la pavesa negra se ponía más alta que la llama.

En tales condiciones de preparación, sin embargo, nos presentábamos en las clases a combatir literariamente, divididos en bandos de Roma y Cartago y a disputarnos los honores, los triunfos y los trofeos. Roma tenía su lado donde pendía una bandera roja, mientras otra azul colgaba de una asta en el lado opuesto. El partido era presidido por el cónsul, que se sentaba el primero cerca del maestro; luego seguían el procónsul y

después el aquilífero, que se llamaba simplemente abanderado en el lado de Cartago, como quiera que allí no tenía adoptadas las águilas sobre sus pendones. Cada vez que un alumno erraba en la pregunta que le hacía el maestro, era corregido desde el otro lado y se obtenía un punto; y un cierto número de puntos daba derecho a un trofeo que pasaba a figurar en el partido vencedor, y que no era otra cosa que uno de los cuadros en que estaban inscritas las dignidades del partido vencido. A veces se llegaba a arrebatar la bandera, lo cual producía su cierta emoción en la clase.

Al fin de la semana se liquidaban los triunfos parciales y el maestro proclamaba al vencedor; entonces el cónsul gritaba un viva que era repetido con nuestras voces de gallos nuevos y que ensordecía a los que sólo miraban desde el banco de enfrente.

También se permitía una especie de guerra civil dentro de los mismos bandos para estimular la ambición de los estudiantes y hacerlos esforzarse por ascender de dignidad; los de abajo podían llegar hasta el puesto de cónsul corrigiendo los errores de los de arriba según ciertas reglas establecidas. Recuerdo que en una ocasión en que yo era cónsul de no sé de cual de los lados, estuve a punto de ser derribado por uno de mis compañeros que ya había apartado maltrechos al procónsul y abanderado que me seguían. Por lo general yo me afiliaba en Cartago, que gozaba de mis simpatías, por Aníbal, y porque al fin fué vencida. El puesto consular me lo tuve mucho tiempo como conquistado a firme, sin que la vanidad naciente se me viera aumentada con eso, pues muchas veces, sin transición, después de un triunfo clásico, aclamado y con bandera batida, el cónsul iba a parar al pilar por haber olvidado su compostura en las filas, en la terrible prueba de las filas.

Pero la consagración de los triunfos literarios iba más lejos, y juntándose con las recompensas debidas a la buena conducta

y aplicación, daba lugar a lo que se llamaba pomposamente Proclamación de Dignidades, hecha los primeros domingos del mes en el Salón de Actos, el cual no era, por lo demás, sino una sala tan grande como las de dormir y estudiar, desnuda y blanqueada con cal. Si hubiera que tributarle un nombre griego a la arquitectura del Salón de Actos, se la clasificaría como de estilo u orden espartano. Allí esperaba todo el colegio, sentado en bancos, la entrada solemne del Padre Rector, del Ministro y de los profesores. Un estrado en la cabecera contenía los asientos para ellos y para los alumnos laureados, que subían y quedaban algún tiempo exhibiéndose con coronas de flores artificiales, bandas y cinturas de seda. En seguida se repartían los *testimonios* o certificados que acreditaban la diligencia en el estudio y la buena conducta en la sala: papelitos de primera, segunda y tercera, blancos, violados y amarillos, que guardábamos preciosamente para llevar o mandar a nuestras casas.

Estas ceremonias en que uno ha tomado parte, vista otra vez desde la distancia de los años, parece ridícula y mal aconsejada; pero es cierto que contribuía al estímulo en el trabajo, provocando en los alumnos el deseo de verse reconocidos como aplicados, capaces y juiciosos; y no incitaba a la envidia o al despecho de los que quedaban abajo. Hay educacionistas que condenan las recompensas escolares como ocasionadas a fomentar vanidad en los unos y agriamientos y desmayos en los otros. Ello es que nosotros nos acordábamos mejor, sea con la gloria, sea con la adversidad, y que nunca quedábamos menos amigos, después que antes de las proclamaciones de las dignidades.

Tenía lugar la repartición de premios allá por los últimos días de diciembre de cada año; venían las altas autoridades del Gobierno y de la ciudad y las familias de los niños. El padre Capelleti preparaba una luz eléctrica muy fuerte, por medio de

una serie de baterías instaladas en los altos del patio donde el acto tenía lugar, y era la parte más celebrada del programa.

Antes alternaban la música, y los diálogos y recitados literarios. Morla hacía versos en inglés que declamaba otro alumno. A mí me tocó una vez recitar una poesía a la América, cuyo autor no era declarado; pero supe que lo era don José Pardo. Recuerdo todavía algunas estrofas:

*Pródiga derramó Naturaleza
Sus más preciados dones,
Engalanó de espléndida belleza
Las índicas regiones*

Creo que mi desempeño no fué lucido, porque me quedé parado una vez entre dos estrofas, y porque poco me aplaudieron al terminar. En cambio obtuve aplausos en aquella repartición de premios cuando me llamaron a recibir por segunda vez un primer premio por estudio; quizá era el del primer año de latín, porque en ese ramo tuve la suerte de figurar siempre a la cabeza.

En el orden piadoso había dentro del colegio una pequeña institución de preferencia, y que era la Congregación de la Purísima Concepción y de San Luis de Gonzaga. La había fundado el padre León, con los estatutos traídos por él de Roma, que sirven en todos los colegios de la Compañía de Jesús con igual objeto. Los niños recibidos en ella acreditaban primero su conducta, si no intachable, por lo menos superior a la de la generalidad. Luego eran incorporados solemnemente y se juntaban los domingos antes de la salida, a ensalzar a la Virgen cantando el Oficio Parvo, con medalla colgada al cuello por una cinta de seda de color celeste para los simples congregantes, y blanca para los *consiliarios* o consejeros que dirigían, bajo

los auspicios del padre director, los negocios internos de la Congregación, negocios que nunca conocí mucho por haberme quedado sin ascender desde la categoría de cinta azul. La medalla era de plata y muy grande; la hicieron estampar en la Casa de Moneda, pero con un cuño hecho especialmente en Roma; la he conservado toda mi vida. No la soltaré hasta mi muerte; es el único objeto que he conseguido guardar desde la niñez, y me da satisfacción y alegría verla suspendida fielmente de mi catre con su cinta de seda que hago renovar cada cinco años. He sabido que los miembros de la congregación, aumentados más tarde considerablemente se ocupan en visitar, socorrer y alentar a los encarcelados de Santiago, haciéndoles visitas colectivas, llevándoles regalos, armándoles algunas fiestas de entretenimiento y facilitándoles la recepción de los sacramentos.

Los ex alumnos congregantes que ya habían terminado sus años de colegio venían también a nuestras reuniones en que se juntaban, cantando, las voces de los hombres y de los niños. Macario Ossa sobresalía con su voz bien entonada, que yo me figuraba era como la de los tenores de teatro que había oído. Después del oficio y de una ligera plática o exhortación del director pasábamos a la pieza de él a conversar con los mayores, disposición tomada seguramente para crear y mantener la unión entre los alumnos actuales con los antiguos.

La advocación de la Purísima es la preferida de los jesuítas para dirigirse a la Virgen, como lo es la del Rosario para los dominicos y la de Merced para los mercedarios; en nada nos influenciaban más fácilmente.

Cuando antes del 8 de diciembre, la primavera que se pone apresurada bajo los calores de Santiago nos anunciaba ya su transición al estío, ofreciendo su mayor florecimiento que luego sería seguido de los primeros frutos, nos sentíamos dispuestos espontáneamente a levantar el corazón hacia el ser privile-

giado que veníamos imaginándonos rodeado de todos los dones y bellezas, de todas las fragancias y de todos los resplandores. La Virgen María nos ofreció el doble carácter, que en la última niñez o primera adolescencia puede uno comprender mejor que en otra época de la vida, de madre generosa y dulce en la cual se confiaba ciegamente y por instinto, y de reina de encantos superiores, que descuella espiritualmente sobre todas las hermosuras y todos los hechizos forjados por la concepción juvenil.

La dama del cielo estaba allí figurada, el día de la fiesta, en el altar por una copia de la pintura de Murillo, mirando arriba y haciéndonos con eso mirarla a ella, inspirada, llena de amor, rodeada de angelitos jugando con las nubes, festejada por los colores y las luces del ambiente, encumbrada por la luna naciente y vestida de blanco y azul con pliegues movidos por un torbellino de gloria. Todo esto parecía elevarse más y más por encima de los cirios numerosos; éstos ardían con una llama larga cuyo calor hacía ver en el aire ondulaciones transparentes que comunicaban vida fantástica al cuadro. Los candelabros dorados lucían penosamente sus destellos al través de las flores que en profusión cubrían el altar haciéndose más numerosas a medida que se acercaban al suelo, y que porfiaban a su vez por traspasar con sus aromas los humos dorados del incensario.

De pie, inmóviles, casi estáticos, con la cabeza alzada y los brazos cruzados, con la vista fija en la Virgen, allí estábamos nosotros, no implorando sino gozándonos en esa alabanza de luces y de colores, de brillos y de perfumes. La capilla se calentaba y el cansancio parecía ganarnos, pero venían los cantos y la orquesta a dar nuevo impulso; el alma se levantaba de nuevo acercándose a María, y en oración muda la reconocíamos y proclamábamos, hablándole íntimamente, más linda que las

rosas de Jericó y más esbelta que las palmeras de Gades, más clara que la estrella del mar, más elegante y fina que el olivo del campo y que el álamo que se refleja en el agua.

La devoción a la Virgen prendía pues, fácil, en todo el colegio; después he considerado esto como una suerte que tienen los discípulos de los jesuítas; pues en el andar de la vida queda ese sentimiento penetrándolo a uno suavemente, como los nardos o azucenas que se han tenido por delante una vez y que siguen dejándose recordar cada vez que uno quiere distraerse de las realidades de alguna mala atmósfera de las que en lo moral se presentan más comúnmente que en lo material. Si el conjunto de creencia, dogmas y prácticas que constituyen la religión que uno sigue en la vida pudiera ser comparado a una ciudad o una vasta fábrica o vivienda, la parte que tocaría a la Virgen María sería la del jardín donde se encuentra el recreo, la alegría y la vista del cielo alto.

CAPITULO XIII

Pasados los años me viene el recuerdo de la vida del colegio como la de una ocupación de tiempo que me ha marcado distintamente el período que va de la niñez a la adolescencia; pero no encuentro en el recuerdo ni variedades, ni situaciones de alternativa, como tienen que presentarse cuando se está en la vida libre y natural de la casa, de la familia y del mundo. Dentro de aquellos seis años de reclusión veo resaltar como lo de mayor trascendencia y que relegaba a otro término nuestras pequeñas emociones de los juegos, de los estudios y los castigos, la guerra con España que se desarrolló entre 1865 y 1866.

La circunstancia de que los padres del colegio eran casi todos españoles daba cierto aire de complicación internacional a nuestra propia vida interior. Fué circunstancia que no dejamos de aprovechar algunas veces. Si llegaba alguna noticia de sensación, forzando la rigurosa consigna de la portería a cargo del viejo hermano Domingo, los de la sala primera se formaban en batallón al terminar el recreo, armándose con las varillas secas de los árboles. Sonaba la campana, pero nadie obedecía hasta que el prefecto, penetrado de la alta dificultad de la situación y usando de buenas palabras antes que de amenazas, lo-

graba reducir los ánimos guerreros de la hueste y hacía tomar de nuevo la formación de filas a los muchachos que entraban convencidos al paso de estudio.

Era puramente en los días de salida cuando lográbamos leer periódicos y oír hablar de la guerra. Los godos, que nadie llamaba de otro modo a los españoles, tenían estrechamente bloqueado a Valparaíso, Coquimbo y Talcahuano, y esa actitud hostil que perjudicaba al comercio y que aislaba a Chile en una época en que no había ni un solo telégrafo al exterior, era la única que les era dado mantener.

Mas ellos tampoco avanzaban, y la guerra se iba tornando al ridículo; hasta que en noviembre de 1865 el capitán Williams Rebolledo sorprendió con la *Esmeralda* a la *Covadonga*, a corta distancia de Valparaíso, y la tomó con toda su tripulación después de un brillante combate. La noticia produjo naturalmente una explosión de contento y entusiasmo en Santiago; mi madre pensó en mí inmediatamente, y echó un suplemento de diario dentro de una bolsa de ropa limpia que me mandó al colegio, donde sabía que estábamos incomunicados. En cuanto leí el parte se lo llevé triunfante al prefecto Vila, el cual no bien se hubo impuesto, rompió el papel enojadísimo, diciendo que era mentira. Pero advertí al mismo tiempo a mis compañeros, y todo el colegio se sublevó en el recreo formándose en batallones y compañías, y negándose, esta vez seriamente, a obedecer a la campana; los padres tuvieron que contemporizar y el resultado fué que el recreo de ese día fué largo, gracias a la hazaña del capitán Williams Rebolledo.

Cuando en el verano de 1865 a 66 se fué, como de costumbre, mi familia a Valparaíso, vi desde antes de llegar a la estación del ferrocarril a la escuadra española fondeada allí cerca, frente al cerro llamado de la Cabritería. Había unas cinco fragatas, encargadas del bloqueo del puerto; eran del tipo común

de aquel tiempo en que los blindados eran escasos; su arboladura era alta y complicada y sus costados lucían la banda blanca de rigor donde iban las troneras con sus cañones cortos que asomaban la boca al mar.

Mi ocupación favorita durante ese verano fué observar los buques españoles y seguir sus movimientos con la mayor atención. En el edificio que se llamaba de la Bolsa, que se levantaba sobre el sitio ocupado hoy por el monumento de Prat, había un anteojo de trípode a modo de telescopio que servía para mirar a la distancia los buques que entraban; allí me iba, apuntaba a las fragatas españolas, y no soltaba el instrumento hasta que me cansaba. Un señor Möller, administrador de la Bolsa, me daba miradas al través de sus anteojos, que yo comprendía eran de intención de que me fuera; pero me hacía el desentendido, y me quedaba o volvía por la tarde, a ver qué novedad había en la escuadra. Uno de los buques estaba siempre de guardia, echando humo y moviéndose hacia afuera de la bahía para dar alarma en caso de sorpresa, o acudir a registrar cualquier barco sospechoso. Se veía con el anteojo cómo se movían los oficiales y marineros sobre la cubierta; y supe que cuando el viento era favorable se oía desde la playa más cercana el ruido de las maniobras, de la música y aun de las voces de a bordo.

Esa guerra de bloqueo revestía por aquellos meses un carácter pacífico, digámoslo así; los españoles no tenían gran cosa que hacer sino aburrirse a morir, y el mejor cuidado de las fuerzas chilenas de infantería y caballería que defendían la tierra, era de impedir que algún truhán fuera a disparar algún fusil en dirección de las fragatas, caso previsto como causal de bombardeo.

Años más tarde conocí en París a un oficial de la marina española que desempeñaba comisiones de su Gobierno en Fran-

cia e Inglaterra. Después de contarme en la conversación que, como él se mareaba, prefería no seguir a Londres atravesando el canal de la Mancha, se puso a hacer recuerdos de Valparaíso confirmando el hecho de que el hastío y la ociosidad e incomunicación en que vivían los bloqueadores, de que él formaba parte en calidad de guardiamarina, eran intolerables, maldades. Me agregó que los bloqueados eran ellos, y que por su parte él se las tenía compuestas para dormir mucho, mucho, y con tal sueño que, a veces, al subir a cubierta le sorprendían con la noticia de que la *Villa de Madrid*, su buque, había hecho una salva que él no había sentido.

En tanto había en los canales del sur una Escuadra Aliada, compuesta de la *Esmeralda* y *Covadonga*, y de algunos buques peruanos de cierto valor militar; pero el tiempo se pasó en discusiones y rivalidades de comando sin que nadie saliera del escondite hasta que los españoles volvieron a España. Cualquiera cosa que hubiera tentado la escuadra, sin embargo, habría sido mejor que aquella inacción que no es propia del marino ni del chileno.

Nuestros marinos han carecido, por lo general, de bastante audacia de imaginación, olvidando que esta cualidad ha sido siempre, en las guerras navales, la compañera del éxito y de la victoria. Cochrane no tenía ese defecto, antes bien el contrario, y por eso guió a nuestra gente a ejecutar un acto tan brillante como el asalto de la primera *Esmeralda* en el Callao. En la dichosa guerra de 1865 no faltaron ocasiones en que, si hubiera habido un Cochrane, la escuadra bloqueadora de Valparaíso o las fragatas destacadas en los bloqueos del norte y del sur, hubieran corrido los mayores peligros.

Cuando a vuelta de vacaciones se anunció que los españoles iban a bombardear, como para despedirse con algún estrépito, después de una campaña morosa de cerca de un año sin más

combate que el que les costó la pérdida del *Covadonga* y del almirante Pareja que se suicidó en consecuencia, surgió la idea de un desafío, que es lástima no se hubiera llevado a término pues habría habido una novedad en medio de los tiempos de cálculo frío del siglo XIX. El almirante Blanco Encalada a la cabeza de la Invisible Armada de los canales del sur, pedía que sólo se apartara la *Numancia* de las fuerzas españolas, para presentarles una batalla arreglada en ciertas condiciones, bajo la intervención de un almirante neutral. Este duelo, sin más precedentes que los ofrecidos por la historia de los tiempos antiguos o de la caballería andante, fué rechazado por Méndez Núñez, el nuevo almirante español, como también las demás insinuaciones que le hizo el jefe de la escuadra americana anclada a la sazón en Valparaíso; y la fecha del bombardeo fué fijada para el 26 de marzo, sábado santo del año, día en que los habitantes debían huir desde temprano a los cerros.

Hasta lo último se creyó que el bombardeo no tendría lugar gracias a la intervención del almirante norteamericano y de su monitor *Monadnock* con sus otros barcos, poder sobrado de la guerra de Secesión que acababa de terminar. Pero llegado el momento, perdiéndose esa única esperanza, la famosa escuadra del norte se movió tranquilamente hacia Quintero, y dejó las aguas libres a las fragatas de Méndez Núñez.

En Santiago, una gran parte de la población se agolpó en la Plaza de Armas a las diez de la mañana, hora anunciada para el bombardeo del puerto. A la catedral también asistía mucha gente al mismo tiempo, pues se cantaba la misa de gloria.

Yo andaba en todas partes, que duraba todavía el asueto de semana santa, y como me daban libertad para salir a la calle, quería tomar parte en todo lo que interesaba a la sociedad y al pueblo. La muchedumbre se hacía densa hacia el medio del portal del Oriente, donde estaba la única oficina pública de

telégrafos y todos hablaban de incidentes más o menos inverosímiles que harían suspender la resolución del almirante español. Poco después llegó a pesar de todo, el primer telegrama, diciendo que la escuadra había roto el fuego sobre los Almacenes Fiscales, y a la media hora otro anunciando el primer incendio causado por las granadas. La consternación, la rabia y el despecho estaban en el alma de toda esa gente que había llegado esperando tener una buena sorpresa, parecida al despertar que sigue a una pesadilla.

Poco a poco fueron organizándose, espontáneamente, pobladas que recorrieron la ciudad manifestando su indignación con gritos y ademanes amenazantes; los españoles del bombardeo quedaban tan lejos, sin embargo, que los tumultos tuvieron que dirigirse en contra de los pocos españoles, eminentemente inofensivos e inocentes, que habitaban o habían habitado hasta hacía poco la ciudad. Como sucede en casos análogos, los grupos de pueblo seguían a ciertos cabecillas que, sea por su mayor conocimiento de las cosas, sea, y esto es lo más común, por su aplomo y desenvoltura, se hacían dominantes de la situación. En una esquina de la Alameda se alzó uno, sobre la saliente en la esquina de una botica, y comenzó a arengar y vociferar. En mi edad y en mi estatura de doce años, no alcancé a acercarme al orador; pero recuerdo una frase que lanzó con alta indignación: "¡Han abierto un *abúsjero* en la Bolsa!".

Como las pobladas crecieran más tarde, me hube de volver a casa, de donde no me permitieron salir más. Me subí al balcón desde donde me había tocado mirar el incendio de la Compañía, y no tardó en armarse también allí mismo un gran bochinche. Vivía en la casa de enfrente, de los Fernández Cereceda, un clérigo español y creo que dos personas más de la misma condición; el populacho asaltó la vieja puerta de calle y las ventanas, profiriendo gritos de muerte; todo habría cedido al im-

pulso de tanta gente si no hubiera llegado una fuerza armada a impedirlo. Era un piquete de un batallón de la Guardia Nacional, como los muchos otros que recorrían la ciudad, defendiendo los puntos amagados. Allí quedaron frente a casa, hasta el amanecer del día siguiente; por la noche mi madre convidó a los oficiales a tomar té, y recuerdo haber visto sentados a la mesa, mientras les miraba de cerca sus espadas y sus uniformes de pantalón blanco, a los tenientes Arturo Zañartu y Hernán Echeverría.

En Valparaíso se había ejecutado todo en conformidad al programa, y las fragatas se habían lucido haciendo fuego a corta distancia e incendiando la parte más valiosa de la ciudad. Esa mañana tibia del último día de semana santa, había visto los pendones de Castilla colgando desairados de las arboladuras y amparando un fogueo vergonzoso contra una ciudad desierta que no tenía un cañón con que hacer la réplica y con que ofrecer la ilusión, por lo menos, de un combate a los artilleros españoles convertidos en incendiarios de casas y mercaderías.

Méndez Núñez era, sin embargo, un hombre de valer, y sintiendo, sin duda, lo poco honroso del hecho, salió para el norte, yendo con su escuadra a atacar al Callao, puerto fuerte y bien artillado a la sazón. Allí podría dar alguna aplicación a su lema que le ha sido esculpido al pie de la estatua que en España le han levantado después de su muerte: "Más quiero honra sin barcos, que barcos sin honra". La frase parece de español antiguo, y no la habría desdeñado Lope de Vega para alguna de sus comedias. Ello es que en el Callao peleó bien, exponiéndose en el fuego del combate, ganando honra sin perder barcos. Méndez Núñez es el último vástago de las ilustraciones navales de España.

Una guerra tan mal aconsejada como la que nos trajo Es-

paña en 1865, no podía ser sino uno de los frutos de la deplorable política que siguió el Gobierno de la reina Isabel II.

Después han sobrevenido desgracias sin cuento dentro de la misma península: guerras civiles, destronamientos, decadencias de administración y, por fin, la guerra con los Estados Unidos, que produjo la pérdida de las colonias. Un español muy sensato que he conocido me lo explicaba todo, echando la culpa igualmente a los sistemas de gobierno arraigados en Madrid, y a las costumbres admitidas para el despacho de los negocios. Parece que el empeño de amigos y parientes está siempre decidiendo en España de las cosas más importantes, sin que sean consideradas las aptitudes. Si a eso, me decía, se agrega el poco y el mal trabajo que resulta del hábito de levantarse tarde, se tiene el porqué del estancamiento español en el siglo XIX; ios negocios públicos atendidos en la medianoche, no dan resultado.

CAPITULO XIV

Vuelto al colegio, después de aquellas emociones causadas por lo que vi, por lo que oí y por lo que leí en los periódicos, llegó otra vez el día de comenzar la vida regular, al toque de la campana y al golpe de palmada de los prefectos. Todo era igual una vez más, así en la distribución del tiempo como en el sentimiento interior llevado por cada uno, de aburrimiento y de anhelo por el próximo asueto. El saber que los padres eran por su mayor parte españoles, si bien no nos animaba el odio, nos hacía más desagradable la sujeción, pues veníamos contaminados por la excitación que reinaba en la ciudad.

Los niños de familias opositoras decían que de todo tenía la culpa don José Joaquín Pérez.

Entonces la oposición era relativamente reducida, contando Pérez, por lo menos en Santiago, con una inmensa mayoría favorable. Lo que es yo, era acérrimo partidario del Gobierno, porque así lo eran en casa, porque mi hermano Antonio se iba a casar con una de las niñas Pérez, y porque éstas, que eran guapas, me trataban con cariño y con importancia, me saludaban y me hablaban cuando me encontraban dándome lugar a mirarles su lindo cutis blanco y sus bocas y dientes fresquísi-

mos En el día de San Joaquín, el 20 de agosto, iban comisiones del colegio, con dos padres y dos niños por cada sala, a felicitar al Presidente; siempre me tocaba a mí formar parte de los designados, lo que procuraba la satisfacción y la variedad de verme llamar aparte en los salones de la casa presidencial de la calle de las Monjitas.

Los meses y los años seguían después iguales y monótonos como si nada hubiera que reformar en el sistema ni en el horario. La edad de las amistades se venía pronunciando; en ese período comienza uno a sentir necesidad de comunicarse y acompañarse más especialmente con unos que con otros; lleva uno las simpatías y la franqueza allí donde uno siente que encuentran eco. Durante los recreos ya no jugaba uno indiferentemente con el que se presentaba, sino que era preferido quedarse en grupos para divertirse en compañía determinada armando chachotas o conversando de cosas de afuera.

Uno de los más recursistas de mi grupo era Clemente Fabres; su carácter jovial, a la vez que benévolo y animoso, nos ofrecía continuamente distracción y alegría; yo le perdonaba de buen grado la pesadez de sus manos, sobre todo cuando en compañía de Benjamín Amenábar, su paisano de Coquimbo como él le llamaba, se ponía con la cabeza adelante a empujar a cuantos encontraba hasta derribarlos. Amenábar, formando como un solo cuerpo con él, daba más fuerza a la máquina cuyas bielas eran los brazos de ambos moviéndose a compás y con el puño apretado; el que no se hacía a un lado era indefectiblemente aplastado por esa doble catapulta bajada de Coquimbo.

En una ocasión en que nos pareció del caso bombardear el huerto de un francés, vecino al patio del recreo, subió éste a una escala de mano, y asomándose sobre el muro divisorio, comenzó a gritar y a amenazarnos. Fabres fué entonces delega-

dó para replicar al francés, y, parece mentira, se subió por lo vertical del muro con sólo haber tomado un fuerte impulso corriendo como a estrellarse. No recuerdo cosas más cómicas que esa escena: el vecino, perorando enfurecido y visto nada más que de la cintura para arriba, y nuestro amigo que se le aparecía también gritando, metiéndole los dedos por los ojos, y sosteniendo su cuerpo, un corto instante naturalmente, por las puntas de los pies que porfiaban por subir sobre un plano vertical como lo hacen sólo los insectos.

Darío Zañartu, Ignacio Eguiguren y Manuel Pinto Concha eran también del círculo, como Juan Agustín Lazcano, que era el que hacía composiciones en verso cuando las circunstancias lo requerían. Raimundo Larraín Covarrubias era amigo y discípulo que se veía con nosotros casi únicamente en las clases, porque tenía mala salud y no podía seguir todas nuestras distribuciones. A veces, sobre todo en verano, nos gustaba más conversar que otra cosa, y nos sentábamos al efecto a la sombra, tras la cancha de pelotas; pero los padres, que no nos perdían de vista, dieron en la treta de hacer anegar esa parte antes de los recreos, con lo cual, y no sin maliciar la causa del aniego, nos íbamos a los corredores o a otras partes en que debíamos mezclarnos al resto de la sala.

El amor a la chacota y a los empellones y refriegas nos iba ganando cada día más, al punto que tenían que resultar algunas víctimas de los golpes y de las cargosidades. Había unos niños Mallea de Mendoza a quienes tocaba siempre, no sé por qué fatalidad, la peor parte. A pesar de la prohibición, sacamos un día una gran frazada fuerte para mantear ocultamente a uno de ellos. Así lo hicimos, pero con tan mala suerte para el infeliz, que en cuanto le hubimos encumbrado por primera vez, apareció el padre, y todos corrimos sin cuidar de esperar con la frazada al Mallea que estaba en el aire y que se dió un gran

golpe de caída. A los mismos Mallea llegó una vez una caja de turrón de Mendoza, hecho de uvas muy dulces, manjar exquisito y tan pegajoso como la liga con que se cogen pájaros. Alguien les sugirió que, como todos querrían turrón y era punto menos que imposible cortarlo o dividirlo, lo tiraran a la rebatiña; todos acudieron a disputar; nudos de seis u ocho niños entrelazados, y con las manos asidas al trozo, se formaron levantando polvo; y el turrón disputado se veía refregado por las cabezas y la ropa dejando a los luchadores en tal condición que para los peor parados no hubo más remedio que mandarlos a casa, a bañarse en agua caliente y vestirse de nuevo.

Otra afición, que no era de chacota, se nos venía despertando también en los últimos años de colegio, y era la de seguir en la calle y en los paseos a las chicas de catorce o quince años que más guapas nos parecían, o que de mejor grado se prestaban a recompensar con una mirada o una sonrisa fugaz nuestra constancia en caminar o en estacionar de pie en el buen sitio para encontrarlas. Las tardes de los días de asueto eran comúnmente empleadas en esas andanzas; las emociones que de ellas resultaban eran compartidas amigablemente por el grupo, y las aficiones así nacidas a niñas determinadas, con las cuales ni habiábamos siquiera, eran colectivas, digámoslo así.

Descubriámos otras niñas, que más bien eran de ventanas y balcones que de paseo; entonces el grupo o la pareja de muchachos rondaba con pausa y con método hasta obtener el triunfo de una seña con la mano u otro pequeño ademán de simpatía con el cual nos retirábamos contentos, creyendo cada uno naturalmente que era él el que interesaba. Esto no se llamaba a la sazón *pololeo*; el término no había hecho todavía su camino ascensional desde los peores lugares hasta los mejores salones de Santiago.

Dentro del colegio daban motivo a la conversación del co-

rrillo los incidentes del último día de salida, no faltando algunos compañeros que llegaran con historias abultadas y fantásticas o con aventuras como de novela, que por lo demás no tardábamos en echar a la burla que merecían.

Los condiscípulos de Coquimbo no tenían, por su parte, ponderaciones suficientes cuando se hablaba de niñas, para su paisana Zunilda Vicuña, la cual, según lo habrían jurado, era el más lindo pimpollo que por aquellos años abriera su donosura ante la luz de Chile entero. Les oponíamos tres o cuatro mocitas santiaguinas que, en realidad, comenzaban a lucir para seguirlo haciendo por muchos años más; pero los coquimbanos no cedían, y si la discusión se prolongaba armaban de nuevo la catapulta capaz de derribar paredes, y todo volvía a ser chacota.

CAPITULO XV

Durante el mayor tiempo de mi permanencia en el colegio, ocupó el puesto de rector el P. Pujol, de la España del Norte, como casi todos los demás padres. No le conocíamos de cerca porque el sistema establecía que los alumnos y él tuvieran poquísimos contactos; con eso le respetábamos mucho y le considerábamos dentro de un cierto misterio que contribuía al prestigio requerido.

Morla le llamaba el Gran Mogol.

En efecto, su andar era majestuoso y su mirar tranquilo, benévolo e inteligente; llevaba con más corrección y aseo su sotana y esclavina que cualquier otro padre; se afeitaba a menudo y parecía cuidar con cierta coquetería de su pelo blanco rizado. Decían los demás jesuitas, sus subordinados, que era muy capaz; lo era en todo caso para infundir respeto sin temor, hasta entre los más pequeños, valiéndose de maneras afables y empleando con medida conceptos fáciles y naturales al alcance de todos. Rara vez mandaba llamar a algún niño; si lo hacía era para algún asunto grave, y como sabía reconvenir sin amedrentar, sus intervenciones no resultaban estériles.

Una vez en que el espíritu se me sublevó contra los maestros,

decidí ahorcar a algunos en efigie, y al efecto hice unos retratos recortados que, con la soga al cuello, lancé al cielo raso de un corredor, atados a un bollo o amasijo de papel mascado. Allí quedaron las figuritas, algunas con la lengua afuera, balanceándose al viento, hasta que mandaron a un mozo con una escala a bajarlas. No hubo necesidad de entrar en averiguaciones para saber quién había sido el autor del desacato, pues yo era el único que hacía dibujos con parecido determinado.

Recibí inmediatamente la orden de presentarme ante el rector, y lo hice prefiriendo que me hubieran mandado derecho al encierro; pero el bueno y sagaz padre Pujol me reconvino sin dureza, más bien riéndose de mi idea; y no volví a hacer la broma.

No he olvidado, tampoco, el estribillo de una composición en verso hecha por un alumno de retórica, y declamada por otro más pequeño, un día de santo del padre Pujol:

.....
Y acá en nuestro pecho
Retrato bien hecho
Del Padre Rector.

El amor que inspiraba el rector que sucedió a Pujol, el padre Ugarte, no debió de ser tan grande en nuestro pecho, pues no recuerdo se le dedicaran versos. Era el padre Ugarte enormemente grueso, con un pescuezo descomunal y un vientre abultadísimo; nuestra disciplina solamente impedía que le hiciéramos burla. Pero como se saben bien los jesuitas qué hombres eligen para los altos cargos, era siempre el padre Ugarte, por su carácter reposado y por su ilustración, digno del rectorado del establecimiento que iba tomando mayor importancia de día en día.

La personalidad más destacada, el hombre representativo como dicen los norteamericanos, entre los maestros del Colegio, fué durante todo mi tiempo el padre José León. Este era hombre superior, de virtudes sólidas y de raras cualidades de espíritu y de corazón; hasta su figura y sus modales le designaban con la marca de excepción que todos le reconocían, sus alumnos, sus colegas de la Compañía y la gente de la sociedad de Santiago, donde tenía amigos, y muchos. Creo que si no hubiera estado el padre León tanto tiempo en el colegio, no hubiera éste tenido el prestigio que alcanzó.

La propia superioridad del padre le hizo gastarse, enfermarse y morir, todavía joven relativamente. Si faltaba el profesor idóneo para una clase de importancia, se recurría a él; si se necesitaba orador para un panegírico, a él se le mandaba preparar; si se sublevaban los niños, a él se le pedía que fuera a reducirlos en dos palabras; y si, por fin, fuera del colegio, había que hacer alguna visita o diligencia de importancia, auxiliar a un moribundo impenitente o convertir a un protestante, allí estaba el padre León con su cara dulce y su palabra persuasiva para tentar el desempeño.

Argentino, como el padre León, era el que le seguía en provechamientos de todas clases, ocupando alto puesto en la consideración de la orden y en la estimación y afecto de los alumnos. El padre Gorordo era otro hombre santo, inteligente y oportuno en toda ocasión. Tuvo, entre otros, el cargo llamado de Prefecto de Piedad. Con un sentido práctico llevado hasta el mayor grado posible en cosas de tanto aspecto abstracto como son las de la religión y de la moral, era el consejero seguro de las grandes y de las pequeñas ocasiones, el amigo de todo momento y el guía esclarecido en los pasos dificultosos en que solíamos encontrarnos. Murió también el pobre padre todavía joven, víctima de su trabajo siempre repetido.

Cuando la iglesia de San Ignacio se había hecho ya uno de los centros más atractivos de la vida religiosa de la capital, era de ver el confesonario del padre Gorordo asediado por una aglomeración de mujeres jóvenes de manto, iguales todas en su postura encogida, sentadas en el suelo sobre sus piernas dobladas, cubierta la cabeza más que lo acostumbrado, y esperando el turno de la tablilla. Eran mozas de las primeras familias que habían tomado como a moda o capricho no confesarse en otra parte. Indudablemente que ese ramillete de penitentes escogidas, ofrecía al psicólogo temas de estudio vivo, si no muy variado, a lo menos bastante atrayentes por lo positivos y verídicos que pasaban a través de la rejilla de cedro barnizado; pero las horas seguidas de inmovilidad en la iglesia, muchas veces fría, no mirando, ya por costumbre, más que el lado moral y de conciencia de las revelaciones, cansaron al padre hasta el punto de enfermarle.

—“Me muero del confesonario”, me dijo, estrechándome la mano con la suya fría y sudorosa, enfermo para no levantarse, hinchado y amarilloso. Pocos días después, en efecto, perdí, con pena sincera, a este noble amigo desinteresado. Supe, con su muerte, cuánto le había querido desde mi niñez.

Ello es que en mi tiempo, y a pesar de la gran mayoría en que se encontraban los padres españoles, eran los americanos los que descollaban en todo sentido; las lumbreras para la provincia de Aragón venían produciéndose en el extremo de las Américas, cerca de Patagonia.

Después de los argentinos habría que dar preferencia a los chilenos del colegio, sobre todo al padre Morel y al padre Sanfuentes. Al primero le tuve de prefecto de mi sala cuando ya me iba acercando a la clasificación de niño grande, y bien que recuerdo lo castigador que era y lo pronto para cercenarme recreos y asuetos por los majaderos delitos de las filas, debo de-

cir que le reconocía su carácter recto y su juicio seguro sobre cualquiera materia.

Dicen que antes de hacerse jesuíta el padre Morel era en Santiago librero y librepensador; estos empleos suelen ir juntos.

Sus superiores dedicáronle pronto a más alto destino que el de tener niños al pilar; le enviaron a Montevideo a hacerse director de seminario.

Los niños, que también son listos para explotar en los hombres lo que les conviene explotar, habíamos dado luego en las singularidades que tenía el padre Morel, y que eran la falta de olfato y la de oído musical; la primera era aprovechada en grande dentro de nuestra misma sala; nos poníamos a fumar sin más cuidado que el de no hacer muy visible el humo. El olor de tabaco no podía penetrar en las narices del prefecto siempre obstruídas por el rapé. Su falta de oído musical en el canto de la capilla, donde la piedad le incitaba a levantar su voz desentonada, nos servía de diversión y después le remedábamos en los recreos.

El padre Sanfuentes, hermano menor de don Salvador Sanfuentes, el conocido escritor y poeta de años anteriores, vivía en la República Argentina, y fué hecho venir al colegio de Santiago para que regentara la clase de filosofía. Era un jesuíta austero, reservado, lleno de talento literario y oratorio; sus hermosos sermones eran un regalo para los niños, y por cierto dignos de auditorio más vasto que el encerrado en nuestra modesta capilla; era superior su modo de enseñar y discurrir sobre materias casi fuera del alcance de nuestras mentes; obtenía resultados que sólo después pude apreciar. A más de brillante, era como un pedagogo alemán, de aquéllos que hacen penetrar las ideas a fuerza de método en la exposición y de voluntad de hacerse comprender.

Padre Ministro se llamaba el que corría con la vida material

del colegio, y lo fué durante todo mi tiempo el padre español Martos. Al lado de la portería, en el primer patio, se encontraba su sala de recibo, bien conocida de nosotros y de nuestras familias; en ella se ventilaban nuestros asuntos de ropa, de salidas por enfermedad, de excusas por llegar tarde o al día siguiente después de los asuetos, y de otras menudencias de la condición y de la edad.

Donde revestían más importancia, sin duda, las funciones del padre Martos, era en el refectorio que presidía, de pie e inmóvil en un sitio central, cuando se repartían los platos humean-tes dispuestos sobre las rodelas. Algunas veces se aventuraban los niños a quejarse de alguna mosca caída en la sopa, y como prueba presentaban el plato a la estatua que respondía invariablemente:

—¡Ca! Es un comino.

Había varios otros padres, catalanes la mayor parte, con quienes teníamos que hacer, pero que no gozaban de individualidad marcada ante nosotros; eran buenos jesuítas y buenos españoles, varones ilustres de Mallorca, circunspectos, inmutables y secos, leales, concienzudos, firmes de carácter y nada más.

No parecían tener gran afición por la niñez; ni tampoco la teníamos nosotros por ellos.

Venían después de los padres profesos y de los estudiantes, los hermanos coadjutores, ligados a la compañía por ciertos votos, y empleados para los oficios de orden humilde: sacristanes, dispenseros, hortelanos, etc. Estos nos gustaban mucho, y a su vez nos entretenían en cualquiera ocasión que se presentara; eran sencillos y alegres de genio, como que eran personas de pocas preocupaciones y menos responsabilidades. Cuando el viejo hermano Ramis tenía una de sus series de estornudos, se los alcanzábamos a oír aunque estuviera en la huerta, y la hilaridad del colegio se hacía incontenible.

Con tanto oír uno hablar, desde chico, de los jesuítas, de sus riquezas y de su índole aviesa, yo los observaba mucho y les tenía cierto temor y recelo. Luego me pude convencer, sin embargo, de que las riquezas estarían en otra parte porque después de escudriñarlo todo sólo encontré piezas muy sencillas con poquísima ropa y con amueblado sumamente pobre. La despensa no era mala, es cierto; contenía vinos españoles por el estilo del Valdepeñas, del cual me daban un vaso después de mis lecturas en el comedor, y tocino del legítimo de la península, del que procura al puchero realce apetitoso. Pero en los aposentos y en las personas y en todo lo demás, había suma sencillez o pobreza. La riqueza que tenían los jesuítas de Santiago era, en mi tiempo, la de su economía y prudencia en el manejo de los fondos; con sólo recibir 150 pesos anuales por la pensión de los alumnos y con unas pocas dádivas, llegaron a juntar, a los diez años, lo suficiente para comenzar su iglesia que es hoy en día una de las mejores de la ciudad.

Antes de su expulsión en tiempo de la colonia tenían, como es sabido, grandes haciendas en Chile y en el resto de la América latina; las explotaron con inteligencia cuando los demás no sabían qué hacer con las tierras; encuentro que no se les puede reprobar tal costumbre.

Respecto del disimulo, que debía de ser como la esencia de todo proceder de jesuíta, no sé si aun al salir estaría demasiado niño para descubrirlo; pero es seguro que más bien parecían culpables los de mi tiempo de cierta rudeza vascongada que no quiero decir fuera virtud sino defecto, opuesto al otro del disimulo o de la hipocresía.

Lo que sí han tenido siempre los jesuítas, es una profunda habilidad de conjunto, la cual les guía a todos y a cada uno. Su constitución es una obra maestra, dictada por un hombre genial y conocedor del alma humana como el primero; contiene

las disposiciones más prácticas y más eficaces que hayan sido puestas en ejercicio para regir sociedad alguna sobre la tierra. Si un gobierno, por ejemplo, hiciera como ellos, preparando a sus hombres y colocando después a cada uno en el puesto que mejor sirviera según sus aptitudes, no habría otro gobierno con mejor administración, ni más fuerte.

Andando el tiempo, y viendo y comparando las cosas del mundo, encuentro que es una puerilidad repetir y tomar en serio los cargos más corrientes que se hacen a los jesuítas. Las acusaciones que tienen prontas contra ellos, aun las personas ilustradas, valen todavía menos que las de las muertes de puñal y envenenamiento que se atribuyen a los masones, o las inmolaciones de niños cristianos hechas ritualmente por los judíos.

Tengo para mí que el fundador San Ignacio de Loyola fué, como Hernán Cortés en su tiempo, y Bismarck en el siglo XIX, la mejor muestra de lo que puede la gran voluntad unida a la inteligencia cuando se proponen hacer obra de gran alcance. De ahí es que la compañía que fundó, con miras altísimas, se esparció y prosperó por todo el mundo alcanzando a pesar de los obstáculos toda la influencia que se propuso y todos los fines que persiguió.

Los malos sistemas de educación y enseñanza de los jesuítas de mi tiempo provenían de un defecto lugareño, del conservantismo exagerado de las provincias del norte de España que les impedía examinar y comprender otros sistemas nuevos y más razonables que los mismos jesuítas de otras partes, como los de Inglaterra y Austria, por ejemplo, venían practicando desde tiempo atrás.

CAPITULO XVI

Me veo todavía, después de cuarenta años corridos, sentado frente a mi mesa-cómoda-pupitre, a las seis de la mañana, con mi lamparita de petróleo que reemplazó mi vela de sebo, despejada la mente y espantado el sueño con el lavado, pronto el papel blanco, la pluma y tintero, y a la mano los libros de estudio. ¿Qué vamos a hacer?

La primera clase tenía lugar después de dos pasos de estudio de más de una hora cada uno; y lo que había que aprender era poco, muy poco. Generalmente venía a ser de latín esa primera clase de la mañana, y la lección consistía en un par de versos de memoria, fuera de la composición escrita que la mayor parte de los niños llenaba con unos famosos disparates, al punto que cuando eran leídos en alta voz daban alegría a maestro y alumnos. Echado mi primer vistazo sobre el tema del día y bosquejada la composición, me ponía a tirar rayas o dibujar monos en el papel, enterando así el tiempo, ya que no me era dado largarme a jugar.

Cuando había ocasión, también sacaba mis libritos del bolsillo y hacía lecturas clandestinas.

En casa buscaba, en una pequeña biblioteca que había sido

de mi padre, las obras menos voluminosas, y di con una colección de los escritos de Cervantes y otra de los viajes del navegante Cook; ambas eran iguales por fuera. Las primeras novelas que así me traje y que cabían en el bolsillo de la chaqueta, eran *Rinconete y Cortadillo* y la *Tía Fingida*; ésta era divertidísima, pero llena de indecencias que no habría conocido tan temprano si la lectura del colegio fuera permitida y vigilada. Los viajes de Cook me instruyeron sobre la Oceanía y Gran Océano Pacífico, con los detalles de la navegación y de los descubrimientos del siglo XVII. Un día se apareció un compañero con una novela de capa y espada del escritor español Fernández y González, que seguía en literatura las aguas de Alejandro Dumas padre. Esto fué como un nuevo horizonte abierto; las aventuras del *Caballero Relámpago* y los *Amores de Alfonso VI* me llenaron de entusiasmo romántico; luego pasé el libro a mis amigos, y nos comunicábamos nuestras impresiones exaltadas y hablábamos de todos los lances ponderando la fantasía y el talento del autor.

Pero la lección de latín tenía que ser aprendida de todos modos para emplear parte del tiempo de estudio y para no hacer mala figura ni merecer censura o castigo en la clase; además había que mantener el puesto en Cartago para que a fines de la semana pudiéramos gritar fuerte y quitar algo a los romanos. Lo difícil eran los malditos versos de la gramática de Nebrija, de sentido impenetrable, y rudos para la memoria, a la cual servían de ejercicio gimnástico como las palanquetas de veinte kilogramos para los músculos del brazo.

Mascula sunt maribus quæ dantur nomina solum.

Femineis junges quæ femina sola reposcit.

Así comenzaba la instrucción sobre los géneros, luego venían las reglas para los pretéritos de los verbos y otras, en versos no menos rebeldes y de retumbancias ridículas.

Potoque potavi potatum dat quoque potum, eran las fases del verbo que significa beber, retenidas por muchos alumnos que no pudieron hacer caudal con otras sentencias más armoniosas y elevadas del buen Nebrija.

Y así íbamos, mal que mal, aprendiendo el latín que se enseña en los colegios. Las reglas y sus excepciones eran lo principal; conocer el sentido y la índole de la lengua latina, de sus frases y de sus palabras, era secundario; de suerte que veníamos, casi por nuestros propios medios y muy al fin, a formarnos un poco de inteligencia de esta base fundamental de los estudios humanitarios. Debo agregar que más de la mitad de los alumnos, quizá por dar alguna confirmación al refrán didáctico que dice: *quis vel qui, todos los burros se quedan aquí*, no alcanzaban ni a aprender las reglas, con lo cual tenían bien asegurado, por lo demás, el fracaso del examen completo que al fin se daba en el Instituto Nacional.

Los maestros jesuítas eran, sin embargo, bastante peritos en el latín; como en lo demás, era sólo el desconocimiento de los métodos prácticos y racionales de las cosas, lo que les impedía obtener resultados. Pasaban inapercibidas para ellos las ventajas que habría en hacer alternar con las arideces desesperantes de Nebrija, un poco de latinidades, si bien clásicas, agradables y amenas, como las de Julio César u otras. La historia de Tito Livio venía, es cierto, a ser traducida desde los primeros años, pero la ordenación de las frases era tan difícil para nuestras comprensiones, que nos resultaba solamente un tormento de más, sin que alcanzáramos a tomar en compensación el gusto de esas narraciones sobre los temas mil veces interesantes de la historia primera de Roma.

Cuando se nos puso en las manos a Ovidio y Virgilio, después de haber cobrado, a fuerza de pasar horas de clase, una cierta disposición para entender mejor, ya había algunos de nos

otros capaces hasta de gozar con la poesía latina. Los versos se nos quedaban en la memoria, y los repetíamos fuera de clase; en los pasajes escabrosos de las *Metamorfosis*, el maestro titubeaba, y nosotros le animábamos desde los bancos; y, por fin, intentábamos composiciones de nuestro propio peculio, que resultaban ser tonterías, puestas trabajosamente en verso, sacando cada palabra del diccionario de Valbuena y cada ritmo del *Gradus al Parnassum*.

La maestría de Ovidio en la forma métrica y su facundia creadora comenzaban a causarnos admiración y abrirnos paso a las pequeñas ambiciones retóricas de la edad.

En cuanto a Virgilio, el piadoso autor de la *Eneida*, por mediocre e incapaz que fuera aún nuestra clase, no tardamos en encontrar en él las bellezas desprendidas de su temperamento melancólico y de su profundo sentimiento de la naturaleza; las lecciones eran escuchadas con interés para no perder la hilación de las aventuras poéticas de sus héroes y heroínas, y hasta nos pasaba que estudiábamos con gusto preparando la ordenación y el significado de esos versos nobles, fáciles y llenos de alta inspiración.

La poesía de Homero, más dramática y substancial, nos fué desconocida, pues el estudio de los griegos estuvo siempre fuera del programa de las humanidades chilenas. Quizá por eso quedó, en mi naciente sentimiento del arte literario, la figura de Virgilio puesta por encima de la de todos los poetas y artistas. La primera compra que hice, cuando tuve algún dinero a mi disposición, fué la de un bronce, nada feo, representando a mi poeta medio desnudo y coronado de laureles. Cuando viajé más tarde por Italia, no dejé de pasar a Posílipo, cerca de Nápoles, a visitar su tumba, cuyo sitio queda al pie de una colina y cerca de la playa del Golfo azul. La tumba, no obstante, es apócrifa, y en realidad no hay de ella más que el nom-

bre; no se ve ni monumento ni otro vestigio serio que la consagre.

En mi examen final hecho en el Instituto me mandaron abrir uno de los libros de la *Eneida*, que casualmente nunca habíamos visto en clase; pero el latín de Virgilio me era en cierto modo familiar, y pude traducir y analizar el trozo contestando a todo y resultando mi prueba lucida según me dijeron los niños: Virgilio se hizo propicio a quien lo tuvo siempre por predilecto.

No tan bien me iba con Cicerón. Sea por su género retórico, filosófico o de polémica, sea porque ya me fuera asomando en el ánimo una cierta prevención contra la parte parlamentaria de la política, no hallaba ni gusto ni facilidad en las obras de este gran autor que con toda irreverencia, y aprovechando la ocasión de poner nuevos apodos, llamábamos, traduciendo, el garbanzudo, como a Ovidio el narigón y a Horacio el flaco.

Entre el Parnaso y el Foro por lo demás no podía dudar en ofrecer desde entonces mis preferencias al primero, que nos abría sus jardines y nos brindaba sus flores en medio de las dificultades del aprendizaje penoso.

No hay que tomar, me parece, la enseñanza del latín como un fin directo, y sí como una preparación excelente y principalísima para la retórica y para el conocimiento general de nuestra civilización, que es latina. En Inglaterra y Alemania son el latín y el griego la base de toda instrucción clásica, y debe de notarse que aunque no figuran estas naciones entre las de nuestro origen, ponen empeño en conocer y penetrar el espíritu de los latinos que dan, según reconocen, la mejor norma entre las admitidas para las bellas letras como los griegos la dieron para lo que tocaba a las bellas artes. El mantenimiento, con todo su vigor, de la lengua castellana, en medio de las desgracias y decadencias de España, es una buena prueba de la efi-

cacia del latín; la contextura, esencialmente latina, del idioma, es lo que lo ha hecho sólido y resistente. La enseñanza no interrumpida de la lengua latina, fundamento antiguo e incommovible de las humanidades españolas, es lo que ha formado los grandes autores clásicos y modernos, superados, quizá, en muchas cosas, pero no en el lenguaje.

Las clases de más afán, después de las de latín, fueron en mi tiempo las de gramática castellana, pues se acababa de fijar un programa de muchas exigencias, y era menester hacerse cargo en todos sus detalles, del texto de don Andrés Bello. Los jesuitas tuvieron que recurrir al más capaz de entre ellos para ponerlo de maestro, y se vió al padre León con la nueva incumbencia de enseñarnos la filosofía de la lengua, que no es otra cosa la gramática esa.

El solo nombre de don Andrés Bello nos hacía respetable y de mejor aceptación la tarea; no ha habido nunca un prestigio como el suyo en la enseñanza chilena.

Yo tenía aún la idea del autor en más alto concepto que los demás, por haber oído tanto hablar de él a mi madre, que fué vecina en la calle de la Catedral y muy amiga de él y de su familia. Me había contado que su esposa, doña Isabel Dun, inglesa, estropeaba el español cuando hablaba, cambiando los géneros de las palabras y diciendo el mesa, la coche, la caballo, etc.; hasta que un día don Andrés, ofendido, le suplicó que optara por un solo género, que así sólo se equivocaría la mitad de las veces.

No recuerdo haber conocido a don Andrés Bello; figuré, nada más, en la diputación del colegio mandada a sus funerales, y vi el ataúd que lo encerraba, en la capilla del Sagrario, en octubre de 1865. Pero he quedado creyendo que don Andrés Bello es lo más notable como hombre de letras y de ciencias que ha producido la América latina. En mi sentir, y con perdón

de los críticos y literatos, merece colocarse en altura no inferior a las primeras piezas literarias de la Península su silva "A la agricultura de la zona tórrida". Nuestra lengua es allí clásica, noble, exuberante, pintoresca y variada como ninguna otra. Comparo a don Andrés Bello con don Diego Portales en la eminencia de los servicios prestados a mi país en época que equivale a la de la infancia en los individuos; uno dió el rumbo a la educación, a la filosofía, a la retórica y a la legislación; el otro dispuso en la política y en la administración de tal suerte, que Chile se hizo pronto la excepción y el ejemplo para los otros países de su origen; cuando la influencia de ambos se vió debilitada por el tiempo y las circunstancias, se comenzó a vacilar.

La revolución en la escritura que produjo en Chile lo que todavía se llama la ortografía de don Andrés Bello, fué quizá un resultado, llevado a la enseñanza, de las ideas todavía subversivas contra la Metrópoli. Sólo esta circunstancia, con la del aislamiento nuestro respecto a España y los demás países de la misma habla, explican en don Andrés Bello la determinación de apartarse de una norma que permitía mantener al castellano en la universal integridad que le diera fuerza y perfección. La Real Academia de Madrid se apercibió más tarde del peligro, y dictó con suficiente autoridad las reglas de uniformidad ortográfica, sin cuidarse de que iba a provocar una herejía en Chile: uno de nuestros ministros de Instrucción Pública contestó afianzando por medio de un decreto la ortografía chilena!

Mi tío Pedro Vicuña contaba que había encontrado varias veces a don Andrés Bello en Peñalolén, sentado bajo los árboles, escribiendo sus artículos de *El Araucano*, diario oficial de entonces. Don Andrés quedaba horas enteras, bajo el follaje que lo defendía del calor, corrigiendo, borrando y volviendo a

corregir su composición; esto probaría que se contentaba difícilmente con lo que hacía.

Después de mucho trabajo del padre León y de un empeño excepcional de parte nuestra, el brillante curso de gramática se terminó en un descalabro; casi todos salieron mal en el examen tomado en el Instituto. En aquel día parecían estar los maestros del Estado más ensañados que de costumbre contra los jesuítas; los dos primeros discípulos que se llamó a la mesa, hijos del Presidente de la República, resultaron reprobados; y yo, que sabía estaba el tercero en la lista, tomé mi sombrero para escaparme, pero me detuve obedeciendo a un gesto casi suplicante del maestro; pasé a sentarme al banquillo, que no silla, y a encararme con tres hombres que sentía hostiles, y que luego me acosaron a preguntas difíciles haciéndome analizar y descomponer de toda suerte la primera estrofa de una de las fábulas de Iriarte. A la media hora me dijeron que recogiera mi votación, que resultó ser de aprobación unánime, y que me dejó contento por la escapada hecha y porque ya no estudiaría más gramática. El padre León, entretanto, daba lástima en su asiento desde donde no podía sino deslizar palabras discretas y amables para el tribunal de examinadores; salió al fin sudando y encendido de emoción y me dijo que conmigo habían sido aún más severos, pues habría merecido distinción y no aprobación; los demás niños siguieron saliendo mal en su mayor parte.

CAPITULO XVII

Era en realidad, una temporada de verdadera angustia esa de los exámenes en el Instituto, a lo cual íbamos forzados por las leyes de enseñanza preparadas por los mismos universitarios a quienes debían de dar provecho y satisfacción de dominio profesional.

Bien que los jesuitas, para que nos asustáramos menos, ponían cuidado en no hablar de la injusticia de los examinadores, ya por algunos días de antemano nos sentíamos atemorizados, al punto que varios niños se enfermaban de diarrea. Subíamos la Alameda hacia el Instituto, buscando la sombra de los nuevos olmos que habían reemplazado a los álamos en la orilla de la acequia, comunicándonos temores y anhelos, o repasando otra vez el libro; esperábamos el turno en la sala de exámenes, y cuando nos llamaban sentíamos como que nos encontraríamos en el momento más decisivo de la vida. Las caras de los profesores nos eran tan desconocidas como su voz; acaso habíamos oído hablar de algunos, pero casi siempre en términos de hacerlos más temibles. Nos corría frío por el cuerpo, los minutos de la prueba parecían horas y al fin contestábamos mediodremente lo que sabíamos bien, y enmudecíamos por falta de confianza cuando la pregunta era capciosa.

Esta era la condición en que mis compañeros y yo nos encontrábamos durante seis años para poder adquirir la estampa oficial que acreditara nuestro saber en los veintidós ramos de que rendíamos pruebas.

Pero nunca sentí mayor desconsuelo que en la ocasión de mi examen de filosofía, para el cual había llegado a tener conciencia de una preparación excepcionalmente completa. En cuanto me senté, un examinador me preguntó si tenían alma los perros. A pesar de la corta edad, podría haberle replicado sencillamente que no me habían enseñado filosofía de perros; pero me quedé como en síncope. Acertó a pasar casualmente por el corredor en ese instante el rector don Diego Barros Arana; entró cuando me vió en la berlina, pues me conocía, y como comprendió que aquello iba mal, intervino benévolutamente, con el objeto visible de que se me diera lugar a rescátar los primeros momentos; lo pude hacer, pero sin impedir que se viera en el platillo del veredicto una R, la única que conocí en mi larga serie de exámenes. Hizo más todavía el rector: se arregló allí mismo, y en consideración a los antecedentes de cinco años, que la R. me fuera trocada por otra A., de suerte que pude llegar al fin de las humanidades sin esa pequeña mancha.

Existían claramente todas las deficiencias que he señalado en la enseñanza de mi colegio, pero no era seguramente mejor la que se daba entonces en los otros grandes establecimientos de Santiago; antes es seguro que el latín y la filosofía eran allí cursados de una manera relativamente superior.

Era, sobre todo, en las ciencias físicas y matemáticas donde fallaban los maestros españoles, debiéndoseles abonar la excusa de la reciente innovación de los programas de la Universidad de Chile. Hubo de ser llamado para las clases de aritmética, álgebra y geometría un profesor del Instituto, el cual, sin embargo, resultó ser en su método más rancio que los mismos

aragoneses del colegio; a poco trecho sacó del bolsillo un largo ramal de cordeles y comenzó a distribuir *guantes*, a razón de media docena por cada mala respuesta. Esta novedad fué hecha saber por mí en casa sin perder tiempo; vino mi madre a hablar con el rector, y ese castigo tan brutal como inconducente fué suspendido apenas inaugurado.

Pero el profesor ese, era un famoso tipo, digno de la práctica adoptada para enseñarnos las ciencias exactas; no pude resistir a hacerle un día una caricatura en su traje de los días de lluvia, con macfarlan gris, el paraguas, y el cigarillo saliendo por entre los bigotes amarillos; la vió sobre su mesa, se rió y la echó al bolsillo. Cuando un niño se enredaba, lo cual sucedía a cada paso, le interrumpía el cálculo diciéndole:

“En seguida se multiplica por las cuatro patas del caballo de Napoleón y se eleva a la punta de la cordillera de los Andes; reciba media docena de guantes”.

Pero cuando faltaba poco para ir a la prueba del Instituto tomaba algunos alumnos en *pasos* particulares que se hacía pagar a 50 ó 100 pesos; les enseñaba especialmente una operación o demostración cualquiera y él mismo la preguntaba después en el examen que resultaba satisfactorio.

Sucede que cuando se trata de disponer planes de estudio se cree que nadie mejor que los docentes de las materias son los aptos para asignar a ellas el desarrollo que les corresponde. En Francia, cuando se trató de crear el bachillerato llamado moderno, se le ocurrió a un diario levantar una especie de plebiscito entre los profesores de latín de la nación entera; fueron unánimes en declarar que el mantenimiento del ramo era indispensable. Aunque tenían razón, es seguro que muchos votos habrían sido discordantes si, con saber tanto como sabían, no hubieran sido todos profesionales antes que profesores. Así también en Chile, siendo el cuerpo docente el que inspiraba los

programas, teníamos que era indispensable recargarnos, junto con los latines, las gramáticas, las historias, etc., de las disertaciones matemáticas que inventaba o que traducía un buen señor de la Universidad y que la Facultad respectiva conseguía le fueran adoptadas como texto oficial, con gratificación y renta. El resultado era que lo pasábamos aprendiendo demostraciones absurdas de aritmética, como la que prueba que dos y dos son cuatro, o ejercitándonos en operaciones que nunca se ofrece repetir en el curso de la vida, como las extracciones de raíz cuadrada o cúbica de una cifra; saber extraer la raíz de un árbol o de un diente resulta más útil para un chileno cualquiera. Respecto al álgebra, estoy seguro de que en toda mi vida no he encontrado una persona usándola para nada; hay autores científicos que ponen una que otra fórmula en sus libros; pero salvo casos determinados, ello es imputable a la pequeña dosis de pedantería de que difícilmente se desprenden los especialistas matemáticos.

En Inglaterra es considerado como más aventajado el alumno que hace en menos tiempo las operaciones y no el que raciocina mejor sobre ellas. Pero aun en este país, eminente por su espíritu práctico, no se ha llevado la enseñanza de los números en los colegios de instrucción general a las reformas que se le esperan indudablemente.

Es que esa fuerza inerte e irritante de la rutina es tan decisiva en estas cosas, que en la misma Alemania, donde el Emperador tiene una influencia y un poder tan vastos, no ha podido, a pesar de su iniciativa y de sus declaraciones terminantes, emprender la enmienda de estos ramos de estudios en el sentido que dejo indicado.

¿Qué decir ahora de las historias que nos obligaban a aprender y recitar casi de memoria, con sus fechas y listas de soberanos? Historia sagrada, antigua y griega, romana, de la edad

Media, moderna y de América y Chile; son seis, fuera de las especiales como la literaria y de la filosofía, de cuyo cumplimiento saber debíamos dar cuenta antes de los diecisiete años.

Figurarse que a esa edad puede uno sacar de la historia muchas más deducciones inteligentes que las que sacara un papagayo enseñado, sería demostrar poca perspicacia.

Estaba también concebida la enseñanza de la historia dentro de términos inadecuados y majaderos, digámoslo así; la relación descarnada de hechos remotos y extraños, y la enumeración de fechas, la hacían indigesta, difícil de retener y desprovista de toda la amenidad que de ella se esperara. Las vicisitudes de las guerras de sucesión, o las series de intrigas criminales dentro de las cortes de Europa no interesan para nada a un estudiante americano; nunca será bien útil el conocimiento de ella ni para él ni para la sociedad o el Estado a que pertenece.

Y casi no me atrevería a emitir con tanta franqueza esta opinión intentada a minorar la fuerza de "las lecciones de la Historia" si no hubiera visto que ella es la misma que profesa el ilustre filósofo Spencer en la parte de lo intelectual de su tratado de educación.

Se exigía, con todo, un idioma vivo en mi tiempo; me tocó ir a la clase de inglés, que hacía un profesor de afuera, que llamábamos el gringo Tapia; el apodo era irónico, pues lo aplicamos precisamente por tener el profesor de inglés, excelente persona por lo demás, una figura más bien indígena que inglesa. En el examen recuerdo que me tiraron tres D. al platillo, pues dejando a un lado toda falsa modestia, repliqué en inglés a las preguntas, como lo habría hecho ante mi vieja y buena maestra Miss Whitelock.

Algunos optaban por la clase de francés, que regentaba en el colegio otro caballero chileno, de anteojos azules y amane-

rado en la pronunciación francesa de la u. El resultado de las dos clases era que se aprendía a traducir un libro de ejercicios fáciles; pero ni a hablar ni a comprender. Una vez, en el año 1892, llegó a mi casa en París un amigo chileno que había sido profesor de francés en Santiago, no en mi colegio, sino en otro más grande; me pidió que ordenara a mi criado fuera a pagar al cochero, porque él no había podido entender lo que decía.

La física y la química habían sido recién introducidas en el programa universitario modificado, de modo que no estaban en situación de enseñarlas bien los padres del colegio; sólo se ensayó la clase de la primera de estas ciencias, poniéndose a la cabeza del curso el padre Capelleti, el cual era más bien astrónomo que otra cosa. El curso comenzó y concluyó mal; ni aprendimos nada que valiera la pena, ni menos pudimos presentarnos a examen en el Instituto.

Había, sin embargo, una pieza llena de aparatos para los experimentos, contigua a la que se ocupaba con la clase. Parece que el padre Capelleti tuvo sus recelos de que hiciéramos travesuras con los aparatos y se los quebráramos, porque no los quería mostrar y los dejaba encerrados, que si no se apolillaban era porque en su mayoría se componían de piezas de bronce y vidrio. Hasta que un buen día, cediendo a las instancias, sacó unas figuritas delicadas, unos como maromeros que servían para los ejemplos de equilibrios, estable e inestable. No bien estuvo el aparato acomodado sobre la mesa, llegó un pelotillazo lanzado por Clemente Fabres, pero tan recio y certero, que quebró por el medio al monito principal. El padre lloró de indignación, y no vimos más los misteriosos aparatos.

Me vino a tocar fuera del colegio el estudio de esos ramos nuevos, cuando los jesuitas me habían instruído ya en todo lo que era de su resorte, con excepción de la Teología.

A fines de 1869 terminaba mi relegación, a la cual no me

acostumbré nunca, por más que ya en ese último año se me trataba con ciertas consideraciones de antigüedad.

Nuestro curso se llamaba entonces el de los filósofos, y sufríamos el apelativo sin pestañear.

Me despedí cordialmente y salí colmado de buenos deseos, sin duda sinceros, de consejos y de recomendaciones sabias. Se me dió, además, un permiso en latín para leer libros prohibidos, obtenido especialmente en Roma.

CAPITULO XVIII

Esas recreaciones en que comenzaba el año 1870 fueron de verdadero ensanche para mi ánimo, gozoso por el presente y por la perspectiva de no verme más incomunicado del mundo y de la vida. Salí en términos de la mejor amistad con los padres, que ya comprendía me habían tratado por lo general con un interés preferente. Hasta el día de hoy me encuentro y hablo gustoso con los escasos sobrevivientes jesuítas de mi tiempo. Pero mi natural inclinación a mi casa y a la libertad que me esperaba era el sentimiento dominante; me proponía hacer mil cosas con mis amigos que también salían ese año de la jaula.

A mi familia la encontraba, naturalmente, en circunstancias diferentes, cambiada en su composición y con disposiciones de carácter más bien opuestas a las que le daban particularidad en sus años de niñez o primera juventud. Mis dos hermanos mayores eran ya casados y padres de familia; se ocupaban, no ya en pegatas, sino en sus negocios o en política, aunque es cierto que este arte no ha sido cultivado más que por Antonio, que lo tomaba con pasión, por temporadas, y después lo dejaba hasta otra vez.

En medio del verano de ese año hicimos, con mi madre y tres de mis hermanas y un primo, un viaje por mar al sur de Chile; era la primera vez que me embarcaba. El vapor que nos llevaba era el *Valparaíso*, de 900 toneladas, que era considerado como el mejor de la costa. Salimos del puerto a mediodía y sólo a las 10 de la noche del día siguiente pudimos llegar a Talcahuano, después de un mareo mortal que a todos acompañó durante la travesía. El pequeño vapor que entonces parecía de respetable fuerza y tamaño, luchaba y daba vueltas sus ruedas, casi sin poder avanzar contra un obstinado viento del sur que lo hacía cabecear sumiéndolo y levantándolo.

Nos tocó en Talcahuano bajar a un hotel miserable y desaseado donde tuvimos que permanecer unos días reponiéndonos del sacudón producido en las entrañas por el barco saltón.

No era otra cosa que un campo de arena fina el camino de Talcahuano a Concepción, camino pesadísimo donde se enterraban las ruedas del coche y las patas de los caballos. A los dos o tres kilómetros se veía asomar como de un hoyo el techo de pizarra de la catedral; después iban apareciendo copas de árboles, líneas de tejados, murallas, caseríos bajos y barreras de tranquillas.

Era la capital del sur, extendida inertemente a orillas del Biobío; sin tráfico, sin movimiento, sin vida, parecía una ciudad recién fundada y abandonada por virtud de extraño maleficio. De sus pocos habitantes, la mitad se encontraba en el campo y la otra mitad no salía de casa.

El Intendente era don Aníbal Pinto y el obispo don José Hipólito Salas; naturalmente, siendo la población pequeña, estas autoridades se encontraban peleadas.

El sol estaba quemante como en el norte, y reverberaba sobre el piso y las paredes blancas de los edificios; no había nadie aventurándose por las calles, desiertas al mediodía. A las ora-

ciones salían algunas personas que daban vueltas en torno del jardín de la plaza; un segundo encantamiento parecía tener lugar; y a la luz de los faroles, que se iban encendiendo a medida que la obscuridad se hacía densa, aparecían niñas, todas vestidas de blanco o de claro, guapas y muestras de la buena raza. Con paso cadencioso y muy juntas entre sí seguían paseando y volviendo al mismo sitio; animaban gentilmente el jardín con su movimiento regular y con sus figuras elegantes. La noche se ponía fresca, y a eso de las 10, todo el mundo se retiraba, se recogía, se perdía; entonces Concepción, más que una ciudad muerta, era la obscuridad, el silencio, la nada. No había venido aún el ferrocarril a comunicar su estremecimiento a las poblaciones del sur.

Como desde Concepción era corto el trecho a Lota, seguimos allí, atravesando el Biobío en unas barcas que parecían más bien balsas, y franqueando la demás distancia por sobre nuevos médanos, que alternaban el dominio del llano con otras tierras húmedas y verdes. La actividad de Lota, sus edificios industriales, muelles, chimeneas y trenes diligenciosos que ya salían del cerro para largar su carbón dentro de un barco, como volvían a esconderse para salir por otra parte y correr contorneando la playa; los jardines dispuestos sobre el promontorio, por entre cuyas ramas la vista se hundía en el agua verde, diferente de las aguas azules de más al norte; todo nos sorprendió y nos agradó en esa excursión que debía de parecer en algunos aspectos hecha por parajes de la costa de Inglaterra.

A los pocos días tomamos, volviendo al norte, el camino de Tomé, que sube y baja por los cerros que se levantan al oeste de la gran bahía. Me venía en el trayecto a la mente el antiguo camino de Valparaíso, tantas veces recorrido en coche cuando niño; pero aquí era el sur, y si bien los terrenos también eran rojizos y polvorosos, había una vegetación de arbustos agrada-

bles que verdegueaban dentro de las hendiduras, y plantas y árboles sueltos que se encontraban destacándose sobre los cerros alejados, o sobre el mar terso y claro de Talcahuano.

Para no afrontar otra vez el mareo, a pesar de que su penoso recuerdo había sido pronto olvidado, emprendimos el viaje de vuelta a Santiago, por la vía de Chillán, montando en los coches de la línea establecida.

El primer camino, por las lomas y colinas que imponen su variado curso al río Itata, era una novedad para quien nunca había salido de las provincias del centro. No habiendo tapias de barro seco a lo largo de los caminos, se podía gozar de la vista, que era dilatada a veces ofreciendo un horizonte de ondulaciones, y a veces cortada por cerros y barrancas con arbustos de color verde oscuro, a cuyo fondo trazaban curva las aguas limpias del río que se movía sobre ancho lecho de arena. Los últimos trechos de camino eran por terreno de arena fina color de plomo, que llamaban *trumaos*.

Después de Chillán, cuyo producto notable era de *miñaques*, o encajes de punto de hilo, que mi madre compró en grandes cantidades para llevar de regalo, emprendimos nueva jornada a Talca, sin más novedad que la travesía de muchos ríos y esteros, siempre de un modo primitivo, echándose el coche al agua a rodar sobre la arena o las piedras lavadas del fondo. El río Maule era el único que llevaba bastante agua para merecer una barca en uno de sus brazos.

Los caballos trotaban y trotaban sin desmayar; desde el pescante del coche era divertido seguir el compás de sus patas de atrás golpeando el suelo polvoroso; el juego de los músculos era regular como el de una máquina; el sudor, que comenzaba por grietas sobre el anca, acababa por bañar y poner lustroso a todo el animal; en los pliegues de sus propios miembros, o en las partes donde rozaban los tiros o correas de los arneses se

producía espuma blanca como de jabón. Recuerdo que esto me entretenía, en el curso del camino, junto con la contemplación del paisaje, o de los pueblos o casas que encontrábamos.

Y llegamos a Santiago habiendo tomado el tren en Curicó después de otro alojamiento en un hotel de Talca. Viajar así por el valle central, moviéndose uno casi de un extremo a otro, equivale a recorrer un mapa de Chile y recibir una nueva lección de su geografía que entra y se impone a medida que los caballos trotan. Las cordilleras iban creciendo y poniéndose abruptas con el avance hacia el norte; los cerros de la costa a la izquierda, más amortiguados en sus cimas y sin nieves, representaban los dibujos más redondos y las sombras menos violentas con que se expresan las cadenas de montañas bajas en los cartones de enseñanza. En el espíritu se hacía la lección al revés, y la inducción hacía pensar en el signo, que es el mapa, antes que en la cosa significada, que era el país real y positivo.

CAPITULO XIX

Tuve que matricularme en el mes de marzo para cursar en el Instituto Nacional, en calidad de alumno externo, los ramos atrasados y lograr el título de bachiller en humanidades. El patio del externado se encontraba por entonces hacia la calle de San Diego, que se llamaba San Diego Viejo, en contraposición a la calle paralela de más arriba que se llamaba de San Diego Nuevo antes de ceder su nombre colonial a Arturo Prat, nuestro héroe moderno, que bien pudiera reclamar si resucitara de verse ya demasiado invocado en los letreros de todo el país. Las nuevas asignaturas añadidas al antiguo programa eran la Historia Literaria, el segundo año de Filosofía con su respectiva Historia, la Física y la Química, la Historia Natural y la Geografía Física; aprendiendo todo esto, y con mis estudios académicos que ya tenía concluidos, tendría derecho para crearme a fin de año un verdadero sabio.

Don Diego Barros Arana enseñaba él mismo la historia literaria, paseándose con un cigarro encendido en una sala grande repleta de alumnos que nunca hablaban de él sin llamarlo por el apodo de "palote"; explicaba la lección y disertaba con claridad, hablando él la mayor parte del tiempo, y sólo diri-

giéndose al fin de la hora a alguno de los alumnos, casi siempre a Rafael Egaña que era de los pocos que parecían entender o tomar interés en el curso.

La física y la química corrían a cargo de don Diego Torres; las salas de estas clases eran oscuras y estrechas para contener el tropel de estudiantes que las invadía. El doctor Philippi regentaba la clase de historia natural, se le escuchaba con gusto a causa del buen método que empleaba, y con veneración que ya la infundía su antigua carrera en la ciencia y el profesorado.

Era la clase de segundo año e historia de la filosofía la que tomamos menos en serio. Caí en junta con Cornelio Saavedra y Alberto Orrego Luco, a cual de los dos más traviosos y ocurentes, y armamos luego entre los tres y otros adeptos una compañía que de todo podría tener menos de filosófica. El paciente y respetable profesor don Ramón Briceño, "don Briche", no bien tenía expuestas las premisas de su explicación, debía de hacerse cargo de dudas absurdas o de objeciones extravagantes que le proponíamos sin dejarle tiempo de replicar antes de otra nueva cuestión.

Había a la sazón una compañía de bufos franceses en el Teatro Municipal, y aprendimos allí una retirada cómica con la cual terminaba un acto de petipieza. Al día siguiente la ensayamos, cantando en francés y bailando, y así nos retiramos al terminar la clase, dejando al buen maestro mirando y sin poderse dar cuenta justa de la naturaleza y causa psicológica de tal algazara.

Pero, no obstante las nuevas relaciones, tenía yo que echar de menos a mis anteriores amigos, conocidos, antiguos y probados, del Colegio de San Ignacio. Fuera de unos pocos del mismo Instituto, ya pupilos o únicamente asistentes a los cursos como yo, me veía sin amistades ni buen compañerismo. Era sólo

por la tarde y por la noche cuando podía encontrarme y divertirme con mis primeros y verdaderos condiscípulos. Había muchachos, como los nombrados y otros pocos, con quienes hice y he seguido después haciendo buenas migas, pero los demás eran del todo indiferentes o de mal trato para mí. Ya en la calle había cobrado recelo a los *institutos*, que traían por la ciudad fama de malcriados y atrevidos, pues provocaban cuando encontraban a los alumnos de otros establecimientos, sobre todo a los de colegios religiosos, y armaban con ellos batallas a puñetazos. Hubo una, un par de años después de este último año de humanidades, con los alumnos de los Padres Franceses, que fué famosa entre colegiales por el coraje y empuje que en la lid demostró Luis Larraín Alcalde, de este colegio. Fué eso como un primer anuncio de la intrepidez de este joven, que lo llevara más tarde a recibir en la frente un balazo mortal en el campo de Miraflores.

En los lugares en que se producía aglomeración de gentes, como la de mujeres en las iglesias, operaban igualmente los *institutos* prendiendo los vestidos de unas con otras por medio de alfileres, o haciéndoles diferentes jugadas de peor gusto.

Yo me las compuse no haciendo caso de las pequeñas burlas que me hacían en un principio, y luego me dejaron en paz.

En las clases nos sentábamos entreverados externos e internos; si el maestro me tomaba la lección, todos me *soplaban*. Esta costumbre era como sagrada. Una vez don Diego Torres, el profesor de física, que había observado a un interno que me hacía chanzas por estar mejor vestido que él, y que luego se ponía a *soplarme* la respuesta a la pregunta, aprovechó la ocasión para reprender al importuno, diciéndole que pusiera cuidado más bien en no incomodarme que en auxiliarme, pues seguramente yo sabía mejor que él lo que tenía que responder.

Los profesores con que tuve que hacer eran benévolos, y por

lo general capaces en su ramo. Creo que el personal interior del Instituto, los inspectores, eran por lo contrario muy deficientes y desprovistos de condiciones para el delicado cargo que desempeñaban. Los internos me contaban los tropeles que se producían adentro y las impropiedades que solían proferirse casi en los propios ojos y oídos de esos empleados mal pagados y peor preparados, que tenían, sin embargo, que dar educación culta y moral: ellos mismos nunca la habían recibido.

Veía yo entonces que se acercaba la meta suspirada del bachillerato, y me ocupaba seriamente en prepararme a dar los últimos exámenes. Encontraba tiempo, no obstante, para pasear y divertirme con mis amigos, y para ir a las sesiones de la Cámara de Diputados, de la cual estaba continuamente oyendo hablar en casa, pues mi cuñado Melchor Concha y Toro era Ministro de Hacienda y se encaminaba a ser personaje en la política. El Ministro de lo Interior era don Miguel Luis Amunátegui, y todo el Gabinete se reunía por la noche en casa de mi madre, en el escritorio de mi cuñado, contiguo al salón donde la familia recibía a sus tertulianos. Yo tocaba el violín con mi hermana Carmela que me acompañaba al piano, y Amunátegui se asomaba a pedir más, diciendo que la música le endulzaba las amarguras del Gobierno.

A los pasillos y puertas de la antigua sala de la Cámara de Diputados, desde donde se oía y se veía de cerca, me hacía entrar Agustín Fragua, mayordomo del Congreso, empleo que le consiguió mi madre. Pero las sesiones me entretenían poco; los discursos eran muy largos, y lo único que me admiraba en ellos era el tiempo que empleaban los oradores para decir una cosa que podía explicarse en pocas palabras. Don Manuel Antonio Matta hablaba siempre, y era el único que se ponía de pie para hacerlo; tenía una voz hueca muy especial.

El edecán del Congreso era el Coronel Bustamante, y llegué

a ser muy su amigo; le encontraba siempre en la sala que se llamaba secretaría, donde había mesa puesta con muchas cosas buenas que comer, y me invitaba bondadosamente dándome el ejemplo con comerse unos cuantos pasteles.

Gran sensación produjo en aquel año, 1870, la guerra que se declaró entre Francia y Alemania; la mayor parte de la gente creía que vencería Francia, cuyo poder militar era deslumbrante; había otros, sin embargo, que estaban por Alemania, por haber sido la agredida; decían que los prusianos tenían más preparación y mejores generales. El telégrafo no llegaba entonces más que hasta Panamá; allí tomaban los vapores las noticias publicadas por el diario *La Estrella* y luego que llegaban a Copiapó eran entregadas al telégrafo chileno que las hacía llegar a Santiago. Una noche de septiembre conseguí que me dejaran entrar en la oficina telegráfica de la Moneda, donde se esperaban las noticias de las grandes batallas de agosto. Allí estaba el presidente Pérez, los ministros y unos pocos altos funcionarios, con el grabador francés Mr. Bainville. Todos rodearon al telegrafista, silenciosos y emocionados, mientras leía en la huincha los desastrosos detalles de Gravelotte y de Sedán, y la rendición de Napoleón III. Mr. Bainville lloraba, pálido y tembloroso.

Los sucesos relatados causaron gran sorpresa, pues el prestigio de las cosas de Francia no tenía más límite en Chile que el prestigio inglés, el cual era entendido más bien para las cosas del comercio y de la navegación. Los pocos chilenos que habían estado en Europa no hablaban sino de París y de Napoleón; las principales tiendas y librerías eran francesas; los sabios y artistas que se habían conocido más en el país habían venido también de Francia: Gay, Pissis, Courcelle-Seneuil, Monvoisin, Brunet-Desbains, Enault, etc.

Las peripecias de la campaña franco-prusiana fueron después

conocidas principalmente por las correspondencia que desde Europa estuvo mandando a *El Mercurio* de Valparaíso Benjamín Vicuña Mackenna, el cual andaba de viaje por la salud de mi hermana Victoria con quien se había casado hacía dos años. Se publicaban esos relatos con el seudónimo de San Val, tomado de las primeras sílabas de Santiago y Valparaíso, y al poco tiempo de comenzar a aparecer eran leídos por todo el mundo, que se deleitaba en la forma clara, amena y dramática en que venían concebidos.

No menor impresión causó en aquel año de memorables eventos europeos, la nueva invasión de Roma por las tropas de Víctor Manuel. Los franceses que la defendían la evacuaron para volver a defender su propio suelo; aprovecharon la ocasión los piemonteses, y fácilmente abrieron la brecha por donde entraron a tomar la ciudad de Pío IX. Los buenos católicos en Chile, naturalmente, se sintieron heridos e indignados, como los del resto del mundo. Para ellos perdía la nación que se tomaba por capital a la ciudad de los Papas las antiguas simpatías captadas en el esfuerzo y los sacrificios. Personificados éstos en el Rey Víctor Manuel, hubieron a su vez de trocar la popularidad de su figura abierta y campechana en sentimientos de repulsión y malquerencia.

Traigo esto a colación para explicar con nuestro ejemplo el fenómeno de la cierta animadversión general de que sufre políticamente la Italia desde entonces. Bien que los gobiernos se han conformado a la cosa juzgada en Europa y América, los hombres no han olvidado, en cuanto católicos, el despojo del Pontífice, y como nada es más fácil que mantener una corriente adversa a otro país, la Italia ha estado sirviendo de blanco a muchas hostilidades, ocultas o manifiestas, venidas de todas partes. La verdad de esta observación ha sido comprobada en una notable publicación hecha por un estadista liberal italiano en los

finés del siglo pasado con el fin de impulsar el arribo de una solución que hiciera cesar el entredicho del Vaticano y del Quirinal, menos perjudicial a la Iglesia que a Italia.

Ya a la vuelta de ese año, y después de haber rendido mis últimos exámenes, me sometí a la prueba final que por sorteo me tocó ser de latín, y obtuve el grado y diploma de bachiller en humanidades. Me sentí lisonjeado en mi amor propio y ganado por un sentimiento (que ahora veo no era más que petulancia y suficiencia) de seguridad en mis medios y de universalidad de conocimiento. ¿Acaso se había escapado del programa un solo ramo de enseñanza clásica y científica?

Transcurridos los años, me veo convencido de la vanidad de muchas de esas cosas y me he vuelto escéptico hasta de la eficacia de la misma mentada institución del bachillerato, vestigio de Salamanca, que da patentes de sabiduría precoz y que causa el primero de los mirajes engañosos de la vida, el de creerse uno apto porque tiene título.

La primera tentación que viene al bachiller es la del empleo público; de los que franquearon conmigo las pruebas, entraron la mayor parte a estudiar leyes, con el ojo puesto ya, y por sugestión de sus propias familias, en un empleo judicial o administrativo. Dos de ellos han llegado a ser notarios de Santiago y otro ministro de la Corte Suprema; los demás no consiguieron empleo y se vieron sin preparación práctica para seguir otros caminos.

Y recorriendo en mi mente las situaciones que me ha deparado la vida, maestra de fecunda observación positiva, no puedo resistir al deseo de desmenuzar el haz de los antiguos aprendizajes que me fueron impuestos. Me creo capaz de discernir ahora claramente entre lo bueno y lo malo, entre lo útil y lo inútil, entre lo que faltaba o falta todavía y lo superfluo o dañino por exceso.

El latín es bueno y útil por cuanto disciplina el discurso, y dentro del espíritu hace buscar para el concepto una forma levantada; no se da uno cuenta de ello, pero cuando ha estudiado latín comprende mejor el significado y el alcance de las palabras y de las frases del propio idioma castellano. Y quien está destinado a la retórica y a la elocuencia, no alcanzará seguramente, sin conocer el latín, la maestría clásica de los que han venido sucediéndose en dictar la norma en todas partes y desde los grandes tiempos romanos.

Lo malo está en que se abrume al alumno con las arideces de las declinaciones, conjugaciones y demás reglas, y en que no se le haga hacer más ejercicios de recitación y de traducción, de suerte que en la temprana edad en que los idiomas se aprenden fácilmente, le quedara grabada, digámoslo así, la índole de discurrir y de expresar que tiene el habla latina. El idioma griego que encierra, por su parte, el campo de las raíces latinas, enseñado naturalmente en menor proporción, debería ser adoptado simultáneamente, como en Inglaterra y Francia.

Esto que dejo dicho, y que quisiera establecer, ha de extrañar a los que persiguen los fines prácticos y directos así en los estudios como en las demás partes de la educación; pero la lengua y las letras deben ser mantenidas en altura para que no degeneren; propender a este fin es obra práctica y de fines directos.

El desarrollo que se daba a las historias y matemáticas puras era, por el contrario excesivo; habría valido más dejar sitio y tiempo para otras cosas de mejor aprovechamiento.

Bastaría aprender bien, es decir, con explicación de los fenómenos económicos y sociales que han dejado olvidados los autores de los textos, una sola Historia Universal, comprendida dentro de sus grandes líneas. A esta historia no habría más que agregar una especial de Chile, pero también comprensiva,

como la que ha publicado Francisco Valdés Vergara, en 1898, y en forma de lección práctica de las cosas de nuestra actividad, del comercio, de la agricultura, de las minas, etc.

Concebida como se encontraba, la enseñanza de los números era el azote de nuestras pobres mentes juveniles, que en balde se esforzaban por seguir las demostraciones del libro, que poco demostraban, y las explicaciones del maestro que solían dejarnos más confundidos. En vez de los Pitágoras de quince años que parecía querían hacer de nosotros, se habría obtenido, con un programa inteligente, alumnos que supieran manejar los guarismos y ejecutar con rapidez y precisión las operaciones elementales que son las útiles; se nos habría preparado para entender las prácticas y las condiciones del crédito o las bases generales de los negocios privados y de la Hacienda Pública.

Respecto a la Geometría, se nos hacía entrar en lucubraciones complicadísimas descubriendo propiedades ocultas a los triángulos, a las pirámides y a los planos que hacen intersección en un cono. Pero apenas se hacía mención de las mensuras de terreno o de su nivelación y triangulación, de la estimación de los volúmenes, etc., de todas las cosas, en suma, que en la vida del chileno, siempre interesado de un modo u otro, en la agricultura o las minas, llegan a ser necesarias de saber.

Ningún empleo mejor se daría al tiempo cercenado de las historias y de las matemáticas de recargo, que el de ciertas asignaturas que se crearán forzosamente un día, pero que convendría tener cuanto antes en práctica, para el bien individual y para el adelantamiento general del país. En primera línea se pondría la enseñanza de la Higiene, que evita las enfermedades y aleja la muerte. Después vendría la Gimnástica, con el fin de mantener el vigor físico, el desarrollo y hermosura de los cuerpos, y la moralidad juvenil. Los grandes juegos organizados en partidos como la pelota a la usanza de Cataluña, el *cricket* y el

foot-ball son verdaderos cursos de gimnástica, a los cuales no debería substraerse el alumno en condiciones normales bajo ningún pretexto; antes bien deberían figurar en los programas como ramos esenciales de educación.

A la Física y la Química que nos enseñaban, sobaban elementos doctorales de cálculo y de fórmula, faltándole también dirección práctica e intención de aprovechamiento en vista de los medios chilenos en que debía de suponerse estaba destinado a moverse el estudiante. Muchas leyes de mecánica había en la primera de estas ciencias, con más demostraciones numéricas, y de puro cálculo, siendo que la materia es esencialmente objetiva. De allí es que se nos preparaba empeñosamente para que pudiéramos recitar las leyes del péndulo, por ejemplo, pero olvidando dársenos la instrucción sobre la máquina de vapor o sobre los aparatos eléctricos de uso corriente.

En la Química reinaba un método parecido, pues su nomenclatura por medio de letras y números requería lo mejor de nuestra comprensión: debíamos proponer y resolver los problemas como si fueran cuestión de matemáticas especulativas. El estudio real de los objetos, las cualidades de las materias y sus reacciones en determinadas circunstancias, no tenían la misma importancia ante la exigencia universitaria. Se concebía, en una palabra, el sistema de estas enseñanzas de los cuerpos y de sus propiedades, como si se tratara de enseñar la Suma Teológica de Santo Tomás, formando elementos dentro de la propia comprensión del sujeto, en vez de tener por delante la experimentación del objeto, como único y principal punto de partida.

Algunos de mis discípulos encontraron después la vocación de mineros; creo que no les ha servido de nada la preparación química que les procuró el programa que vengo criticando. Lo que es vocaciones industriales de base química, no se

produjo ninguna entre los que estudiaron junto conmigo; la idea de enriquecerse vendiendo productos inorgánicos u orgánicos teniendo los ojos puestos sólo en las letras y números trazados en la pizarra, o en las pequeñas retortas del laboratorio, y sin la menor insinuación hacia el ejemplo y la práctica, era cosa imposible de producirse.

En cambio, había otro orden de conocimientos que en mi tiempo no iba tan mal; la enseñanza religiosa era hecha, si bien de un modo somero, con método regular y con apoyo de libros bien apropiados. Lo primero que venía era la Historia Sagrada, después el Catecismo y por fin el ramo llamado Fundamentos de la Fe. Los alumnos se formaban así conciencia de su religión personal y nacional, que también fué de sus padres y antepasados, y de la madre patria desde muchos siglos antes que nos diera ser y origen. Me parece que el tema era interesante.

No sé qué criterio ha presidido a la supresión posterior de estos ramos; pero si fué para proteger la libertad de pensamiento, estoy seguro de que nadie quedaba obligado a ser buen católico por el sólo hecho de haber rendido esas tres pruebas ante una comisión oficial; al contrario, los futuros enemigos de la religión oficial aprendían antes de la supresión lo necesario para no incurrir durante los debates futuros en vulgaridades e ignorancias.

De suerte que el estudio de la religión era útil aun a quienes no querían seguir en la práctica o en la idea católica.

Y respecto a los conservadores de la antigua creencia, mejor que a nadie les viene siempre el estar al corriente, de una manera lógica y razonable, de la parte substancial, por lo menos, de su religión que aman, defienden y propagan. Es la imitación sin discernimiento de las cosas francesas lo que llevó a la mutilación de esa parte del programa.

Después han venido las influencias de la enseñanza alemana a hacerse sentir; y siempre ha quedado, sin embargo, el vacío de aquello que los mismos alemanes, en sus colegios o gimnasios, se cuidan de tener lleno; el estudio de la religión es obligatorio en Alemania como rama de enseñanza secundaria.

CAPITULO XX

Antes que terminara ese año de 1870, y en la misma fecha 18 de diciembre, ocurrió otro famoso incendio. El Teatro Municipal daba un concierto en que cantaba Carlota Patti, la hermana inválida de la célebre Adelina Patti casada con el marqués de Caux; en Santiago llamaban a la primera la *Patti coja*, en contraposición de la segunda, Patti Caux. La Carlota cantaba admirablemente, como nunca se había oído en Chile. La acompañaba el violinista Sarasate, que era entonces un principiante y que después y durante muchos años ha sido tenido como el primero del mundo, el pianista Ritter de posterior fama europea también, y el tenor italiano Antenori, algo viejo y gastado, lo que hizo decir de él a Ramón Barros Luco, cerca de mí, que *antes tenor* habría sido.

Concluída la función, cuando los pasillos estaban repletos de gente que se retiraba lentamente, se apagó de repente el gas; pero nadie se alarmó creyendo sólo que un guardián solícito habría cerrado las cañerías antes de tiempo. Era que el incendio había comenzado.

Al salir los últimos espectadores se vieron las llamas asomando por la parte del proscenio. Un cuarto de hora después el

teatro entero era un hogar que lanzaba al cielo volcánadas de fuego.

Sin saber por qué ni para qué, me encontré incorporado al año siguiente en el primer año de leyes de la Universidad; o, más bien, fuí inducido a entrar en ese orden de estudios siguiendo a la mayor parte de los jóvenes de mi condición, y cumpliendo el deseo de mi madre, que tenía el camino de la preparación abogadil como el mejor, si no el único, que me convenía.

Tampoco había mas caminos que tomar. El ramo de ingeniería estaba desprestigiado a causa del pésimo método que se seguía, el cual era naturalmente de enseñar matemáticas puras hasta el cansancio; los graduados salían sin saber cómo hacer un puente, ni un canal, ni un muelle, ni nada; los trabajos públicos, con raras excepciones, eran encomendados en el país a ingenieros extranjeros. La ingeniería de minas parece que era mejor comprendida en la Universidad, pero siempre resintiéndose de la falta de espíritu práctico. El Ejército y la Marina eran de poquísima importancia; a la Academia Militar de Santiago, establecimiento que ocupaba un vetusto edificio en la calle de la Maestranza, y donde se preparaban los futuros guerreros como lo hacían en España un siglo antes, se mandaba por lo general a los niños incorregibles; a la Escuela Naval de Valparaíso, situada allá en una callejuela del barrio del Almendral, tampoco se destinaba más que a los niños a quienes debiera asignárseles como buen porvenir un puesto de oficial en la segunda *Esmeralda*, que ya estaba vieja, o en las corbetas *Chacabuco* y *O'Higgins* que, aunque nuevas, no eran mucho mejores. Esa era toda la escuadra.

Fuí, pues, a tomar matrícula ante un señor con el título de Prorector, o rector de pró, como le decían los muchachos. El verdadero Rector era don Ignacio Domeyko, el sabio mineralogista; y también tuve que hacer con él para arreglar debida-

mente mis papeles. La instalación de las aulas se encontraban en el gran patio con columnas dóricas, entrando a la izquierda. El edificio de la Universidad, levantado según los planos de Mr. Enault, no se encontraba terminado interiormente sino por aquella parte.

Lo primero que hace un muchacho que entra en nuevos locales es ponerse a registrarlo todo. A poco andar, me encontré con un gran salón, hacia la Alameda, lleno de estatuas, bustos y ornamentos de yeso; era la clase superior de dibujo, o más bien, la Escuela de Bellas Artes, completa, que entonces existía, pues de allí tomaban igualmente vuelo al porvenir los pintores y escultores. La regentaba un maestro alemán llamado Kirbach, cachigordo de figura, rubio y de ojos pequeños defendidos por gruesos anteojos en montaje de oro. Era artista de cierto valer, adoleciendo del pecado frecuente de los profesionales de su país; pedante en la pintura, acometía temas terribles, como las escenas de Shakespeare, o hacía retratos con efectos dramáticos sacados de las luces del fondo o de las sombras del propio personaje, aunque éste fuera un benemérito presidente de Chile, o un apacible santo encargado para un altar.

Pronto me dieron ganas de incorporarme también a este curso, donde había lindas cabezas griegas que copiar y donde me lisonjeó la idea de poder hacer un gran dibujo tan perfecto como uno que estaba haciendo Onofre Jarpa, del Torso del Belvedere. Pero poco después de incorporado tuve que retirarme, porque las horas de clases eran incompatibles con otras cosas que me tocaban en mi nueva vida. Lo sentí, porque supe que Kirbach había dicho que mi primer dibujo, una oreja de tamaño doble, le había dejado bien impresionado.

En el primer año del curso de leyes tenía la preferencia el estudio del Derecho Romano, el cual era tenido así como el estudio del latín para las humanidades. La concurrencia de

alumnos era enorme, como que era ese también el principio de otra serie de años, serie que comenzaba con el asistir de la mayor parte de los bachilleres frescos venidos de todos los colegios, para terminar, como un río que avanza perdiéndose por arenales secos, en un número reducido de abogados de diploma. El maestro era don Cosme Campillo, el cual gozaba de una envidiable reputación de jurisconsulto competente y honrado; tanto habría dado, sin embargo, tener en vez de él a cualquier otro maestro, pues los discípulos, quizá sobrado jóvenes para hacerse cargo de materia tan grave, pensaban más en divertirse que en atender a sus lecciones.

Es cierto que éstas eran poco atractivas. Una que versaba sobre los cónsules y procónsules llegó a hacerse famosa; cuando preguntaba el maestro en qué se diferenciaban esos funcionarios, contestaba el discípulo enumerando las diversas atribuciones que a uno y otro correspondían; pero entonces le interrumpía el maestro para decirle que la primera diferencia estaba en el nombre! Primera lección de abogacía.

Sea como quiera, antes que entrara don Cosme, ya teníamos armada todos los días una pecha tremenda en los bancos; los que a fuerza de presión saltaban afuera, eran burlados a gritos por toda la clase. Al entrar el maestro se producía silencio, y se contestaba cuando pasaba lista. Después se retiraba un buen número de alumnos, y era llamado a sentarse en el banquillo de enfrente, de entre los que no se habían escapado, alguno que demostrara interés o aplicación al curso; casi siempre tocaba ese desempeño a Ramón Angel Jara, el futuro orador sagrado y obispo de Ancud.

Nos íbamos juntando afuera los que preferíamos un paseo por la ciudad a las disertaciones indigestas del aula. En grupos alegres de a cuatro nos largábamos, ya a comer empanadas caldúas en la Alameda, ya a comprar alfajores y bizcochos a una

Verdadera Sobrina de Antonina Tapia que tenía su dulcería en la calle de Baratillos, hoy de Manuel Rodríguez.

Merecen, en mi sentir, un especial recuerdo las cosas de comer que encontrábamos por las calles de la ciudad. Lo más sólido eran, por cierto, las empanadas caldúas que, cuando recalentadas a la intemperie, ofrecían sus mejores condiciones de buen olor y sabor; las mordíamos por una punta con toda fruición, y en seguida íbamos vaciándoles el jugo, la carne y la cebolla, concluyendo por hacer desaparecer el armazón de masa que contenía esa mezcla picante y sabrosísima.

Las tortillas de rescoldo tenían menos aficionados, pero reconocíamos que eran, aunque más llanas y desabridas, bocados de mucho mérito, sobre todo si las cogíamos calientes, de la especie de cama con frazadas y sábanas donde el amigo tortillero las tenía guardando el calor del horno, que nosotros hacíamos durar todavía durante las excursiones abrigándolas en el fondo del bolsillo.

Por los días de calor nos refrescábamos, disimulándonos un tanto entre los troncos de los árboles de la Alameda, con el mote y huesillos que nos ofrecían los caseros que acechaban nuestra salida por la puerta de la Universidad. El jugo de los huesillos era servido primero en una taza de porcelana abigarrada, y luego, con una cuchara de latón, se hacía rebalsar el líquido y las frutas secas y cocidas que contenían, mediante la adición del mote frío, amarilloso y resbaladizo. ¡Qué bueno era todo eso!

A esa edad no hay hora para comer, ni repugna un dulce por ser ofrecido antes de almorzar. Lo único que impedía llenarnos siempre de ellos, era que el bolsillo no solía andar en relación con el apetito. Verdad es que esos dulces de Antonina eran exquisitos y de una variedad tentadora: el alfajor blanco relleno con alcayotas almibaradas o cabellos de ángel, como

los llaman en España, o con pasta blanda de miel, o con manjar blanco lechoso, espeso; el alfajor de color de marfil viejo bañado en no sé qué preparación de grasa azucarada; y el alfajor alto con cuádruple estratificación alternada, de pasta de miel y de masa, eran manjares deliciosos, dignos de nuestra gratitud a los antepasados españoles que nos transmitieron su secreto desde los árabes.

Y no muy atrás se quedaban las tortitas rellenas, los bizcochos con masa de anís, y las roscas que crujían entre los dientes llenando la boca de un gusto bueno, sano y sencillo. Los camotillos, en forma de pequeños cascos de buques con la quilla arriba, de color verdoso y transparente, eran los bocados finales de esas meriendas que ya de hombres grandes habríamos encontrado empalagosas, pero que entonces saboreábamos con sincero deleite.

Otros días nos dispersábamos en parejas que luego se encontraban y reunían en algún sitio donde había interés, como en los edificios en construcción u otro lugar de trabajo público. Nos trepábamos también en ómnibus, de los que había introducido en Santiago don Carlos Huidobro, antes que las líneas de tranvías se hubieran extendido.

Los ómnibus eran traídos de Londres y rodaban enganchados a tres caballos, llevando en grandes letras cada uno el nombre de una provincia de Chile, como si fueran una flota de compañía de navegación. Pero a poco andar quebró la empresa, o se quebraron los vehículos en los horribles empedrados de las calles, con lo cual volvimos a hacer a pie las excursiones del derecho romano. Me acuerdo de haber encontrado uno de aquellos mismos ómnibus, mucho más tarde, en un camino de campo, montado sobre un pértigo y con dos gruesas ruedas de carreta a los costados; lo que probaría que estábamos en situación, por aquel primer tiempo, de movernos con yunta de bue-

yes antes que a la usanza de Londres. La implantación posterior de las libertades municipales en la República me ha hecho recordar el caso de los ómnibus.

A las otras clases de derecho no prestábamos, por lo general, mucha mayor atención que a la de las leyes romanas. Con excepción de pocos alumnos, nos encontrábamos los de ese curso de 1871 en disposiciones de poco aprovechamiento, siendo que éramos estudiantes de derecho sólo por desearlo u ordenarlo así nuestros padres o apoderados.

Yo, debo confesarlo, era de los peores. Si llegaba temprano a clase, era nada más que para organizar la partida de recreo que se iba a la calle. El deseo de estar en movimiento y diversión se sobreponía al deber de recibir seriamente las lecciones. Me parecía también que a fines de año encontraría medios de salir de mis exámenes no menos bien que los compañeros que durante la hora entera no se movían de los bancos. Y, en cuanto a la materia misma de la nueva enseñanza, pocas hay que me hubieran provocado menor inclinación; mil cosas solicitaban mi curiosidad antes que las leyes.

Si conocía su importancia, también vislumbraba cuánto hay de convencional en los principios y de dudoso en la interpretación de ellas. En ciencias positivas y en los estudios consiguientes a su aplicación práctica, no habría sido mal alumno quizá; pero de tales cosas no se hablaba en Chile.

Don José Joaquín Pérez enteraba en aquel tiempo sus últimos meses de presidencia; en mi familia todos lo sentíamos, porque éramos partidarios de su política, y celebrábamos su destreza y oportunidad para solucionar todas las dificultades. La oposición no dejaba de ponerle obstáculos que él salvaba muchas veces mediante su inalterable sangre fría y decidida voluntad de no exacerbar el ánimo de nadie.

Una vez, después de un *meeting*, llegó a su casa, seguido

de un enorme concurso, una diputación de caballeros radicales, montt-varistas y liberales extremos, a pedirle garantías para la libertad de imprenta. Don José Joaquín, que los esperaba, los hizo entrar en el salón, y no bien habían comenzado su exposición, sacó del bolsillo un diario de caricaturas llamado *La linterna del Diablo* en que él venía en la primera página, grotescamente desfigurado, puesto en un nicho de altar como santo, y con un zapallo en la mano. Se concibe que la comisión fué puesta en mal talante para seguir desarrollando sus cargos y aspiraciones de mayor libertad.

Supe que en otra ocasión tuvo una salida muy ingeniosa para librarse de un importuno que, apoyado por ciertas recomendaciones, pudo introducirse a hablarle de su negocio dentro del propio despacho de la Moneda. Era un inglés llamado Mr. Leigh, agente de una compañía que quería establecer el primer cable telegráfico de la costa. Mr. Leigh era masón, y creyendo que el presidente lo sería también, le hizo al entrar un signo convencional correspondiente a un grado determinado. El presidente quedó inmutable, y luego el inglés ensayó un signo diferente, pero sin mayor éxito; tentó otro todavía, más extraño, y correspondiente a categoría más alta. Entonces llamó el presidente al edecán y le dijo que sacara afuera a ese caballero que, según las muecas que venía haciendo, temía estuviese loco.

Muy de casa de los Pérez era mi primo Januarío Ovalle, que era festivo, gracioso, ocurrente y dispuesto a comilonas y que así como daba bromas las recibía de buen grado. Después de la mesa, dijo una noche de las fiestas patrias, al presidente mirándole el peinado de sus canas formando copete, que se le figuraba una copa de helados de leche; en el instante le replicó don José Joaquín que ya él se lo habría querido comer si fuera así.

En septiembre de ese año tuvo lugar la transmisión del mando de la República; en reemplazo de Pérez, que había terminado, entraba el nuevo elegido don Federico Errázuriz. También había *convenciones* entonces, que desempeñaban el mismo oficio de las posteriores, de prestigiar o de dar por concebida legítimamente dentro de un partido la candidatura de un hombre. Para la convención de ese año, los directores de la tramoya se arreglaron de modo que resultara candidato gobiernista o presidente, que lo mismo venía a dar, Errázuriz. Unos pocos, representantes del elemento más liberal de la misma agrupación, votaron por don Alvaro Covarrubias; no querían a Errázuriz por demasiado conservador; y se equivocaron.

Yo conocía también personalmente a don Federico, por haberle encontrado en la tertulia de la familia del Presidente Pérez. Aunque ambos eran personalmente muy diferentes, los acercaba el mismo estilo de confianza tranquila y francamente republicana que tenían. Pérez en su conversación y en el centro del círculo que se le formaba, era todo un filósofo, discurría sin inmutarse sobre cualquier cosa, porque era hombre instruído, observador, y que había viajado; con toda calma esperaba el buen momento para su dicho, que siempre era de alcance, y después se sonreía con una expresión de astucia inteligente y bien intencionada.

Errázuriz era un tanto más zalamero y afectado, según el antiguo y alto uso de la aristocracia santiaguina, pero dentro del límite requerido, y sin menoscabar con eso una cierta afeblidad especial de fisonomía y de ademanes, que hacían de pronto cobrar simpatía a la persona. En gran parte le sirvió ésto para hacerse de partidarios.

Para celebrar al nuevo presidente, como para despedir al antiguo, que durante diez años había gobernado en paz, hubo grandes bailes. Me dieron un convite extraoficial, median-

te el cual asistí a ver la fiesta sin ponerme frac, que no lo tenía aún. El patio de la Universidad fué entablado, alfombrado, decorado y cubierto de un toldo; hacía, no obstante, mucho frío, pues era a mediados de septiembre. Recuerdo que Rebeca Bello, nieta de don Andrés, y que era muy de casa, se acercó a hablarme luego que me vió tratándome de ocultar en la penumbra del corredor, y que me ofrecó un baile chanceándose. Rebeca Bello era una de las niñas más lindas de aquella época; más linda aun la hacía ver la dulzura ideal de su expresión, su mirada azul suavísima y las cortinas de pelo rubio que se abrían en lo alto de su cara blanca y rosada que parecía dar luz.

Las costumbres sociales, en lo que respecta a fiestas nocturnas, eran algo rudas todavía por aquel entonces; no era de mal tono entre los caballeros sobrepasarse en la bebida de la cena; y si la reunión era de carácter político, era excusable hasta el tomar una franca borrachera. Aunque aquella noche no me quedé hasta el fin, alcancé a ver a muchos conocidos enchampañados. Después supe que un pariente mío, alegrado en demasía, había bailado cueca con el cochero de la Presidencia, Pantaleón, al retirarse del salón las señoras y señoritas de mayor respeto.

Esas manifestaciones de partido se hacían entonces con un concurso muy general, pues provenían de un enorme fondo de fuerza política, que no ha vuelto a ser conocido después: Pérez y Errázuriz representaban la unión de las dos corrientes más poderosas. El conservantismo y el liberalismo venían marchando juntos desde hacía tiempo, no declaradamente, pero sí en el espíritu de la política dominante. Eran sólo exigencias de los extremosos de uno y otro campo, las que producían movimientos y dislocaciones: pero siempre los fines de Gobierno y de administración eran perseguidos como de mancomún, resultando de ella tal armonía beneficiosa, que el país prospe-

raba a paso seguro, y que el prestigio de sus instituciones llegó a la mayor altura entre los demás países de su origen.

El Gobierno era fuerte, y la mayoría de los chilenos se sentía bien gobernada.

Los cursos de leyes seguían con su antigua regularidad después de los días festivos de septiembre. Imperturbables y puntuales como un reloj, los profesores asistían a sus clases a repetir las mismas lecciones del año anterior; y los alumnos volvían, los unos a atenderlas con seriedad y los otros a evitarlas largándose a pasear.

Entre los buenos del patio se encontraba Germán Riesco, predestinado a subir alto por el camino de la magistratura; Miguel Valdés Morel, que venía conmigo desde los jesuitas, y los Aguirre Vargas que eran también de los aplicados.

Cuando se trataba, no obstante, de hacer alguna pegata oportuna, se podía contar con la cooperación de todos. Las vacas escuálidas que estacionaban en la Alameda ofreciendo su leche de mal año a los transeúntes, solían ser entradas al patio y aun a las clases. Parece que una vez los alumnos de Derecho Natural juzgaron del caso encerrar en su sala a un burro, que fué el único ser que encontró el profesor al entrar. Este se retiró, y al día siguiente dijo a los alumnos que iba a tomar el hilo de explicaciones de dos días atrás, porque sólo uno de ellos había asistido a la última clase.

Al acercarse los exámenes me puse por mi cuenta, a estudiar un poco más; pero tropezaba respecto al derecho romano con el inconveniente de que no había tratado alguno escrito que pudiera aprovechar. Reuniendo unos malos legajos compilados por antiguos discípulos, me puse a aprender en ellos lo que no había querido ni podido adquirir del profesor. Pero en llegando el examen no se me tuvo piedad, conocido como era por uno de los primeros paseadores de la clase: tuve dos bolas ne-

gras, declaro que bien merecidas. Mis otros dos exámenes, de derecho natural y penal (el código de esta última especialidad no había sido dictado aún) fueron buenos.

A la vuelta de recreaciones, herido un tanto en mi amor propio, me encerré a estudiar de nuevo para rehabilitarme de aquella mi primera y única reprobación. Dí otra vez el examen y resulté aprobado.

CAPITULO XXI

Es punto menos que imposible, sin tener vocación y a los 18 años, seguir estudios como los de derecho que no tienen en sí más que un interés especial de profesión. Como yo, había ya varios otros que sólo iban a clase con el ánimo de dar exámenes y de terminar con todo si era posible, por darle gusto a su padre. Se encontraba en esto una buena parte de la fuerza y de la energía de la juventud gastada casi a pura pérdida. Los hombres de la generación anterior, formados en una educación estrecha, hacían seguir la misma rutina a los que de ellos ahora dependían, sin discurrir en nada más. No nos rebelábamos abiertamente por no dar contrariedades en la familia y por no conocer, dentro del limitado horizonte de Chile, otras vías de enseñanza. El llegar a ver el nombre de uno puesto en plancha de bronce con el predicado ABOGADO no era bastante aliciente, si uno pensaba ocuparse después en cualquiera otra cosa y no solicitar empleo público.

En estas disposiciones, yo y muchos amigos volvimos a los cursos, incorporados formalmente en el segundo año de derecho, pero con la atención puesta de preferencia en otras cosas. Tomábamos nuevo gusto a los paseos y a los ejercicios físicos,

a la sociedad que nos entreabría sus puertas, a las lecturas y a la música.

La ciudad y el país iban entrando en un período de progreso marcado, fruto de la seriedad y parsimonia con que habían administrado los gobiernos.

Mi cuñado Vicuña Mackenna, que vivía con nosotros en casa de mi madre, había sido nombrado intendente de Santiago, y su inventiva y actividad prodigiosas me tenían entretenido y como embargado; le pedía ocupación en alguno de sus trabajos y me salía con él a inspeccionar, eludiendo las lecciones de código civil, ya la apertura de la Avenida del Ejército Libertador, o la del Camino de Cintura, o los polvorazos con que se comenzaban a abrir las rocas del Santa Lucía. En sus conversaciones no dejaba mi cuñado ocasión sin aprovechar para decir cuánto le fastidiaba el espíritu abogadil con que se le venía contrariando en sus empresas; no estaba esto encaminado a levantar el prestigio, ante mis ojos, de la Universidad cuyo solo nombre comenzaba a parecerme una mentira, pues su universalidad se reducía al patio de leyes, mereciendo apenas contarse las otras secciones o facultades en que se incubaba la ciencia. La mejor de éstas era relativamente la de medicina, asentada por entonces en un sucio local de la calle de San Francisco.

Cuando Vicuña Mackenna tenía ya asegurados todos los terrenos, menos uno, para completar su Camino de Cintura, el dueño del último se puso terco y no lo quiso ceder. Invocaba su derecho de propiedad; y tenía razón, aunque en el fondo era un majadero, pues se le ofrecía un buen precio para que no estorbara una obra de beneficio público a punto de terminarse. Una noche llevó Vicuña Mackenna cien peones y abrió el camino, entregándolo al tráfico desde el amanecer.

Los vecinos del cerro levantaron también el grito al cielo,

porque las piedras saltaban de las faenas y caían como proyectiles sobre sus tejados. Mientras se tramitaban las reclamaciones que también llevaban todo el aspecto del mejor de los derechos, mi cuñado mandó activar los trabajos y llenó el cerro de mineros que por la tarde entregaban sus hoyos taladrados en el granito, llenos de pólvora y con la mecha lista. Los cornetas de la policía daban entonces tres toques preventivos; los vecinos, rabiosos, se ponían bajo los umbrales de las puertas o se escondían en lugar más seguro, y las descargas comenzaban. El cerro de Santa Lucía se convertía en un volcán peligroso, volaban las piedras en todas las direcciones, perforando techos, quebrando vidrios y destruyendo plantas en los jardines del vecindario.

Era la lucha abierta entre la legalidad y los anhelos de un hombre lleno de ideas de progreso, ideas que quería poner en práctica a toda costa. Sucedió que la mayor parte de la opinión se puso, con todo, de su lado, y el presidente Errázuriz le prometió su apoyo pues comprendía que no había otro modo de reformar la ciudad. Los hombres mas graves rasgaron sus vestiduras.

Yo encontraba esos procederes dignos de aplauso; y apoyándome en los principios más latos del derecho natural, de que acababa de dar examen, animaba con toda seriedad a mi cuñado para ir adelante sin reparo. Siempre se encontrarían también leyes que le defendieran.

Mi inclinación a las cosas positivas y tangibles y la distancia de mi ánimo a las que son contingentes, convencionales, subjetivas y de resultados impalpables, me llevaban, buscando el contraste, a la distracción cada día más pronunciada de mis estudios universitarios; iba a las clases a engañarme con el cumplimiento imaginario de una obligación.

Tomaba, pues, como si fuera cosa de mi incumbencia, el mayor interés por las grandes obras que se estaban diseñando

en la ciudad. Soplaban, también, por aquellos años de 1872 y 1873 como un viento de renovación. Los partidos políticos se dislocaron, pasando el conservador a ser de oposición, y subiendo al poder para formar número, los radicales y los liberales extremos, con otros de los descontentos. No era esto lo que me animaba, sin embargo, antes lo sentía, por ver que el auge relativo a que Chile había llegado era debido precisamente al concurso de esos elementos, más o menos conservadores, que perdían ahora el rumbo que mejor cuadraba dentro del país.

En los negocios privados también había novedades. Entró no sé qué fiebre de especulaciones, sobre todo a propósito de las minas del norte, que agitó hasta a los hombres más circunspectos y metódicos de la ciudad.

El oficio de corredor de comercio se formó espontáneamente y se abrieron los primeros escritorios de juego de bolsa en la calle de los Huérfanos. Bancos nuevos aparecieron dos o tres, y las sociedades anónimas se formaban casi diariamente, ganándose enormes comisiones los agentes o inspiradores de cada nueva combinación. El mineral de Caracoles, en el desierto del norte, dió por sí solo base a un sinnúmero de empresas, que mas que de minas eran de papel; muchas hubo que liquidar poco después, dejando a los más listos de los accionistas enriquecidos como por encanto, y a los menos, empobrecidos o totalmente arruinados.

Pero estas cosas las conocía de oídas y por los diarios; la transformación de Santiago era lo que me preocupaba mas vivamente. Temprano, a las seis a veces, ya estaba en el faetón del intendente, y salíamos a ver los trabajos, seguidos o acompañados del asistente Allende o del ayudante, capitán Luna, de la policía. Buen provecho a la clase de código.

Las subidas que hacíamos al Santa Lucía eran arduas, los pocos senderos antiguos habían desaparecido bajo la lluvia de

peñas rotas que caían de las explosiones de cada tarde. Trepábamos como cabros por las breñas con el ingeniero Mr. Ansart que daba cuenta y explicación de todo. La actividad de trabajo que reinaba por dondequiera tenía los visos de una obra afanosa, loca e imprevista.

Los siglos habían visto al Huelén de los indios y al Santa Lucía de los españoles y de los chilenos, impertérrito bajo el sol ardiente de Maipo, sin haber sentido sus granitos angulosos tocados más que para la erección de los dos fuertes de la Colonia. Ahora se habían apoderado de él, rompiéndole, las más duras de sus aristas, grandes y numerosas faenas de trabajadores que, obedeciendo al trazado del ingeniero, le abrían caminos en la parte mas inaccesible, le ligaban con puentes las rocas más disparejas y le construían calzadas y parapetos de mampostería que parecían irse a los aires. Vicuña Mackenna gastó una energía y una inteligencia asombrosas en todo eso; porque nadie comprendía en un principio, ni facilitaba la empresa. El mismo, que vislumbraba la obra como algo digno de su empuje y de su fe, no sabía a punto fijo qué forma darle ni de qué aspecto revestirla. Y hombres profesionales capaces de unir el cálculo del constructor al ideal del artista, no los había en Santiago.

Había pedido, pues, bocetos y programas a Mr. Enault, a Manuel Aldunate y a otros. Este último presentó una acuarela romántica que levantaba sobre el cerro todo un poema de torres, ojivas y almenas desarrollándose entre rocas, apoyándose sobre muros medioevales que subían, bajaban o entornaban el gigantesco peñón, y escalaban por fin, el cielo con sus flechas superiores.

No obstante su fantasía casi irrealizable, esta idea era la buena, pues consultaba la unidad artística que debe buscarse en toda obra de belleza que ha de ser juzgada por los ojos; fué

seguida en parte, y de ella se tomaron las grandes líneas que ha conservado el Santa Lucía.

Pero mi cuñado no tenía, como acontece en tratándose de los que en el fondo son literatos, una percepción bien fija de lo estético-material; no concibió bien lo que sería el cerro si se hubiera perseguido su transformación en cuanto le fuera posible dentro de aquella idea: no lo vió en su imaginación destacándose de las aplastadas fábricas vulgares del contorno, y alzándose como un monte encantado, con recintos y castillos inexpugnables, con manchas verdes de cipreses u otros árboles tupidos, oscuros y severos, con hiedras trepadoras de las rocas y de los muros, y con jardines al pie, que dieran al conjunto mayor realce por contraste. Hubo en ello algo como una paralogización.

Vinieron los quioscos y las pequeñas construcciones de madera, con techos de lata o de fierro acanalado, y aquello tomó casi definitivamente un aspecto, en su mayor parte, como de juguete alemán, con casitas, teatrinos, pabelloncitos y arbolitos de quitar y poner.

Un día, no obstante, cuando haya una dirección estética, se devolverá al Santa Lucía el aspecto que le corresponde, romántico y sencillo, vasto y caballeresco; entonces se verá mejor la genial previsión de Vicuña Mackenna, de convertir esa reventazón de basaltos en un sitio de rara hermosura, en el mejor adorno y en la única originalidad de Santiago.

El Camino de Cintura fué otra obra de gran alcance municipal, pero que en último resultado vino a producir un efecto del todo contrario al que se persiguió con ella. Decía Vicuña Mackenna, y era cierto, que el área desproporcionada de la ciudad era lo que impedía el establecimiento de buenos servicios municipales, y que había de ser circunscripto su desarrollo horizontal, que no parecía conocer límites. Ideó que estable-

ciendo aquella ancha avenida de circunvalación se iban a detener y perderse en ella todas las calles que se estaban abriendo como impulsadas por fuerza centrífuga, desde los buenos barrios antiguos hacia los arrabales de los cuatro vientos. Pero vino a verse otra cosa: los propietarios de terrenos frente a la nueva vía no pensaron más que en abrir por lucro nuevas calles y disponer a lo largo de ellas nuevas construcciones de malas casitas y de conventillos sucios y ordinarios, sin servicio de aguas ni de desagües.

Otra ocupación urgente para Vicuña Mackenna, aunque todo era urgente en aquel tiempo en que se trataba de sacar a la ciudad de sus pañales y de hacerla moverse y enderezarse y andar como una ciudad europea, era la terminación del Teatro Municipal, comenzado a edificar dos años antes sobre sus propios escombros y aprovechando sus muros, que todos quedaron de pie. La reconstrucción había sido encomendada al arquitecto Chelli, italiano y edificador de iglesias; pero la ornamentación del interior, es decir, los balcones y las cariátides que los soportan, así como el gran arco del proscenio, fueron obra de un ornamentador de París que mandó, sobre medida, sus yesos para que fueran simplemente aplicados. Nadie se acordó, sin embargo, de la parte alta y del cielo raso de la sala, que fué nada más que entablado con láminas de madera de álamo, como si se tratara de una cosa cualquiera provisional. Antes de inaugurar el nuevo teatro encomendaron al pintor escenógrafo Bestetti que pintara aquello para que tomara cierta consonancia con el resto. Bestetti era un artista muy capaz, y pintó su decoración del cielo raso en unos pocos días, encuadrando en ella unas cuatro telas vistosas que habían llegado de Roma.

Ello es que el teatro se inauguró con gran contento de todo el mundo, aunque hubo otro cuidado de la víspera que tam-

bién fué resuelto por los medios expeditos que sabía emplear el Intendente. Un ingeniero anunció que las vigas del foyer no estaban calculadas para soportar el peso de mucha gente en movimiento, en cuyo caso podría el piso hundirse y haber una catástrofe. Para probar lo contrario e infundir confianza hizo subir Vicuña Mackenna a cien policiales y les ordenó ejecutar marchas y contramarchas, y todo se pasó sin novedad.

Llegó una famosa compañía lírica, contratada en Milán por don Agustín Prieto, y se inauguró, ella y el teatro, con una representación de la *Fuerza del Destino* de Verdi. Los cantores, la orquesta, coros y decoraciones, eran mejores que los conocidos en el antiguo teatro quemado; todos hablaban de esas cosas, y se veía acentuarse la predilección de Santiago, como sucedía en las otras grandes capitales de la América latina, por ese género de espectáculo dispendioso pero atrayente. Los miembros de la Municipalidad ponían la mayor atención en su teatro, cuyos cuidados solicitaban su tiempo y consagración dejando en cierto olvido los servicios primordiales. En el palco que se había reservado entre las columnas de la derecha, dispusieron la apertura de una ventana desde donde se viese el movimiento de entre bastidores; allí cerca quedaba también una puerta que daba acceso al proscenio, de suerte que la inspección era fácil y que todo quedaba a la mano.

El público del nuevo teatro pasó a ser de condición entretenida, pues se perdió después de un ruidoso pleito la propiedad de los antiguos palcos que pretendían conservar las familias patricias. Pero las costumbres eran, poco más o menos, las mismas: mucha asistencia los domingos, poca los demás días, y gran algazara en el café durante las festividades patrias. La alegría-cobrada ante el mesón iba a estallar a la sala. Recuerdo que en aquel año un joven muy conocido se levantó una vez de su asiento de platea cuando la orquesta preludiaba el tercer

acto de la *Fuerza del Destino*, y dijo en alta voz al director: Señor Tulio, tenga la bondad de tocar un pedacito del *Trovador*.

Pero mientras se terminaba el Teatro Municipal había florecido otro que se llamaba Lírico, improvisado dentro de un edificio para una gran panadería que se estaba fabricando en la calle de la Moneda; el nuevo establecimiento fué así llamado la panadería lírica. Se representaron allí zarzuelas españolas y operetas francesas, animadas por bailoteos y desenvolturas que parecieron interesantes a juzgar por la concurrencia que atraían. Los artistas franceses eran del todo secundarios, aun en comparación de los verdaderos introductores del género, que fueron los que poco antes habían dado en el Odeón de Valparaíso una serie de funciones muy animadas. En Santiago se produjeron discusiones en la prensa a propósito de estos espectáculos nuevos y poco decentes. Augusto Orrego Luco publicó una serie de artículos en contra de ellos que fueron muy notables por las cualidades superiores de escritor que en ellos reveló; todo el mundo los leyó y comentó.

El actor trágico italiano Rossi también apareció entre nosotros por aquel tiempo, y tuvo todo el éxito que se podía encontrar en una capital lejana y aislada como era Santiago. Hizo el gran servicio de revelar una faz nobilísima del arte, que había sido todavía nada más que vislumbrada, pues los españoles o chilenos que se habían dado a conocer eran declamadores de mal gusto, que no podían pedir un vaso de agua en las tablas sin hacer oír aspiraciones y quejidos. Rossi demostró en sus representaciones del *Hamlet*, por vez primera, el poder del resorte dramático, e hizo sentir las emociones que vienen de las honduras del alma. En *Romeo y Julieta* no estaba tan bien, por aparecer el mancebo un poco rollizo y con más de 40 años, pero recitaba con tanta ternura y tenía tan buena ré-

plica en la que daba su colega la Palladini, que el público lloraba y se sentía como asido, durante esas escenas angustiosas del amor que obra en medio de los campos del odio.

Traía también Rossi en su repertorio las mejores piezas del teatro moderno, sobre todo francesas e italianas; pero su recuerdo se me ha puesto opaco en comparación con el de Romeo y Julieta. Verdad es que en esta tragedia he encontrado siempre la expresión más poderosa del arte dramático, y por ella la más brillante revelación del artista insuperable que es su antor Shakespeare. Si la suprema razón del mérito de una obra de arte está en la emoción que produce, se puede aquí tributar al genial inglés el más alto de los conceptos imaginables, y ponerlo fuera de toda comparación.

Los jóvenes amantes de Verona que no miran, en medio de las circunstancias más crueles, sino el uno al otro, embargados por la pasión, olvidados de los peligros, desligados de todo interés extraño, ingenuos a la vez que heroicos, encaminados a la muerte donde terminaba cualquiera aventura en aquellos terribles tiempos de guerras de familias; en segundo plan las figuras del tranquilo hermano Lorenzo, del brillante Mercucio, y de la aya; en el fondo la ciudad veneciana, rica, alumbrada, caliente en sus interiores, abiertos de noche a la alegría y al orgullo de los bandos, como fría, romántica y pálida en sus crepúsculos que dejan ver el ciprés y la casita blanca de la colina a través de la ojiva tallada; esos son los elementos que ha agrupado allí el poder imaginativo de Shakespeare. Movidos por él los personajes se dirigen a su fin, arrastrándonos por el interés que infunden, enlazándonos en su propio destino y abatiéndonos en su fatal terminación.

Es natural que en mi edad de entonces los trances amorosos en el teatro me produjeran impresión más acentuada que los de otro tema; pero también después he seguido viendo en Ro-

meo y Julieta la obra saliente de la juventud de Shakespeare, mayor intensidad en el sentimiento que en cualquiera otra; corre por toda ella un cierto lirismo melancólico, una dulzura anhelante y unos tales arranques de poesía y de alta pasión, que no he podido menos de estimarla, como la más inspirada de su autor y como la primera, en absoluto, entre las producciones de su género.

CAPITULO XXII

Muchas disertaciones y artículos de prensa se hicieron sobre aquellas representaciones, extendiéndose los críticos, de preferencia, en las reflexiones que sugería Hamlet. Hasta yo, que no podía tener títulos de fundar opinión, hice un escrito que deslicé anónimamente en el buzón del diario que se llamaba *La República* y que se editaba en su imprenta de la calle de la Moneda. Tuve la satisfacción de ver mi prosa al día siguiente, y por primera vez, en letras de molde.

No encuentro ahora bien que se atribuya a las obras de arte, sean literarias o de los demás género, tantas intenciones recónditas y elevadas como las que se atribuían en las críticas a Hamlet, siguiéndose el ejemplo de algunos eruditos europeos. Los ingenios creadores, mientras más grandes y originales son, menos recurren a simbolismos y complicaciones, propios, sí, de los hombres de imaginación secundaria.

La emoción patética que fluye de todas las escenas de esta tragedia era sencillamente la que sentía el dramaturgo, al disponer, como dentro de un cuadro, los elementos que encontró en la vida del príncipe atormentado y de los seres que le rodeaban. No pretendía Shakespeare, me parece, personalizar en él teorías psicológicas, ni enmarañarse en las operaciones del áni-

mo solicitado por pasiones encontradas y sentimientos extremos.

La poderosa inteligencia de poeta y el corazón de artista presintieron, dentro de Shakespeare, una obra de impresión penetrante; diéronle forma escénica sin ceñirse a reglas ni convenciones y resultó la sublime tragedia. No hubo más probablemente, a despecho de los literatos de tres siglos que han llenado volúmenes de lucubraciones para explicar aquello que quiere ser sentido y no explicado.

Una prueba de la grandeza suma de las obras de Shakespeare está en mi sentir, patentizada en los ensayos hechos por los músicos para darles realce. Gounod ha ilustrado a Romeo y Julieta, después de haberlo intentado Bellini y otros, allegándole melodías en realidad dulcísimas y motivos sinfónicos bastante hermosos; pero el espectador sale más frío de la audición de la ópera que de la del simple drama. Lo mismo ocurre ante el Hamlet puesto en música por Ambrosio Thomas, y ante las demás transcripciones musicales tentadas en Italia y en Alemania sobre los temas trágicos o cómicos ofrecidos por Shakespeare.

Por el contrario, deben de haber obscuridades y otros defectos originales en el Fausto de Goethe, porque no impresiona bien, por lo menos a nosotros los latinos, sino cuando se le juzga a través de la música discurrida para su acción por Gounod, por Berlioz o por Boito. La Margarita puesta en música es más ideal que la del poema; casi me atrevería a decir más poética. La claridad, mérito predominante en el arte francés, da a Gounod especialmente medios de hacer comprender en forma concisa, justa y espiritual, muchos de los pasajes del Fausto que antes nos quedaban estéticamente desestimados.

Entonces se hablaba también de esto con motivo de la representación que se dió, una vez abierto el Teatro Municipal,

de la ópera de Gounod. Y era tal la poca costumbre del público de juzgar bien del drama lírico, que recuerdo el continuo cargo de música enredada y demasiado profunda que se hacía a la del Fausto, que se oía por primera vez. No se tenía el oído preparado más que para las melodías elementales del viejo repertorio italiano. El público de Santiago no estuvo, sin embargo, tan descaminado como lo estuvieron en un momento los propios críticos y el público de París, cuando allí se estrenó esa notable pieza; éstos encontraron, después de la audición, que los trozos que merecían ser retenido eran el valse, el coro de soldados y el aire antipático de las flores de Siebel. Los críticos de Italia que siempre eran, naturalmente, literatos, fueron también de opinión, juntamente con su público, que el "Barbero de Sevilla" de Rossini era obra vulgar; así fué como esta comedia puesta en la música más chispeante que sea dable oír, fué silbada en la primera noche, hasta tal punto que los amigos del compositor se fueron a buscarle en su casa, y prevenirle contra todo acto de desesperación. Afortunadamente le encontraron durmiendo.

Los literatos, a fuerza de escribir, inducen a pensar como ellos respecto de las obras de arte que, por predisposición orgánica, no aprecian bien generalmente; los abogados, dentro de la política y de la administración, suelen hacer algo parecido.

El gusto tan marcado por la ópera italiana se encontraba para nosotros satisfecho por la compañía lírica llegada entonces. Una estrella, que nos pareció de primera magnitud, lucía en medio de ella, Elena Varesi. Salvo el canto de Carlota Patti, que era de trozos de concierto, no se había oído ninguno mejor que el de la Varesi; siempre afinado y seguro aunque un tanto tenue, ágil y limpio como el de un canario, y escalador del diapasón hasta alturas inverosímiles, valió a la artista el apodo

de *flauta mágica* que algunos le dieron, no sin su pizca de malicia, pues recordaban también con él la extremada flacura de la artista.

Merece no ser olvidada en la revista de los espectáculos de esos años la nueva aparición que hizo la zarzuela española, que alternó sus temporadas con las del trágico Rossi en el teatro lírico de la calle de la Moneda. El empresario era un cantor llamado Villalonga, y la primera tiple una Montañés de poca talla, pero de no mala voz. En la zarzuela de un acto "La colegiala", cantaba ella la habanera que se hizo desde entonces popular entre nosotros con el nombre de "La Paloma". Durante muchos años no había persona con oído que no la cantara o entonara en sus momentos de distracción; pero llegó a aburrir, como tema pegajoso e insistente que era. Cuando un cuarto de siglo más tarde llegué a Alemania, me encontré con "La Paloma" como música de novedad y última moda; era el trozo favorito del Emperador que se repetía en los mejores lugares de reunión; lo que probaría que también puede haber cosas que surgen primero en Santiago que en Berlín.

Encontraba favor entre nosotros el género de zarzuela, que alterna el recitado con el canto y que se presta a lo sentimental como a lo cómico. Algunas de las piezas eran sumamente agradables, como el Juramento y los Magiares, que lucían escenas de verdadero interés de teatro, bien concebidas y desarrolladas por libretistas hábiles, al lado de otras divertidísimas, en que el tenor Cuello hacía reír al público hasta decir basta. El leguito del convento de los Magiares se hizo como un personaje popular en todo Chile, pues las compañías españolas que eran de poco personal y escasos accesorios se movían por las provincias repitiendo lo más aceptado de su repertorio.

Se ve, por la sola precisión de estos recuerdos míos, que me encontraba a la sazón más dispuesto también para atender

al teatro que para seguir estudios. Iba, con todo, a la Universidad y aprendía mi Código Civil, con poco empeño y menos afición. Seguía en mejores disposiciones el Derecho Internacional, y leía y escuchaba lecciones, como los demás, sobre Economía Política. En las horas del día en que no andaba de paseo, leía libros, generalmente franceses que, en cambio, me instruían en muchas cosas del mundo, de la política y de la vida moderna de Europa. A fuerza de leer en francés, aprendí bastante el idioma; para mis dudas y para la manera de pronunciar recurría a mi madre, que no lo hablaba mal a pesar de no haber estado nunca en Francia. Mis lecturas me producían deseo de viajar y de ver en Europa esas cosas que formaban la materia literaria de mis libros o que venían reproducidos en sus grabados.

Tenía cierta afición a la economía política; pero no sé por qué se la llamaba ciencia. Lo propio de la ciencia es la exactitud, la demostrabilidad irrefutable de sus principios, pudiéndose poner por caso a las matemáticas, la astronomía, etc. Y no hay una tesis de la economía política que no se preste a mil contradicciones, como que los principales tratadistas vienen siendo conocidos por su habilidad en exponer lo contrario a lo que han expuesto y dado por sentado los de bando opuesto. El estudio de la economía política debería tener otra forma, que indujera al estudio de los fenómenos positivos y a su aplicación práctica al comercio y a los negocios, a la hacienda pública y a la estadística, sin tantas doctrinas ni disertaciones.

Pero en esto de la economía política había sucedido en Chile el hecho, que no deja de ser curioso, de que el gobierno había encargado en años anteriores un especialista francés, M. Courcelle-Seneuil para que regentara la clase e inculcara principios a la juventud. Pues nadie paró mientes en que ese profesor era un sectario del libre cambio, tal como entonces se

entendía que debía ser practicado en Francia y en Inglaterra. Formado en la política económica del Segundo Imperio, cuando aquellas dos naciones marchaban de acuerdo para dominar en los intercambios del mundo por medio de sus capitales, de su navegación, de su comercio y de su industria aventajada, por más honesto que fuera no habría de cambiar el profesor sus antiguas teorías por sustentar las que convinieran en un país como Chile, en un todo y diametralmente opuesto en condición económica a Francia e Inglaterra.

Siendo por otro lado el primer catedrático del ramo que llegara, se comprende que pudiera trazar a su gusto la senda de sus alumnos, futuros legisladores, hacendistas y maestros de Chile. Y de allí es que, como en estas materias se empecinan los hombres poco menos que en el campo religioso, quedó el país sujeto a las teorías buenas para la Francia del Segundo Imperio hasta que se extinguió la generación de los alumnos de Mr. Courcelle-Seneuil. Sólo a fines del siglo XIX nos hemos podido sacudir, en medio de un movimiento hecho de abajo para arriba, de las disposiciones legales que venían haciéndose sentir, principalmente en la aduana, basados sobre las teorías de las naciones ricas e industriales del Viejo Mundo.

La clase que, en cambio, se ponía atrayente era la de Derecho Público que hacía don Jorge Huneeus, el autor de la conocida obra llamada *La Constitución ante el Congreso*. Huneeus llegaba con la mayor puntualidad, vestido siempre más que correctamente, con elegancia, andando apresurado y fumando un cigarro habano de lo mejor; los alumnos, apretados en los bancos hacían pronto silencio y se disponían a escucharle con atención. Nadie se salía, como pasaba en los cursos de los otros profesores, antes bien esperaban hasta el fin dando muestras de interesarse. Al prestigio que tenía Huneeus como abogado y orador parlamentario se unía, para mantenernos en de-

dicación incansable, la verbosidad prodigiosa y los ademanes eminentemente cultos y caballerosos que le caracterizaban. El estudio de la Constitución de Chile, en tales condiciones, era bueno y provechoso; se desprendía de él un cierto sentimiento de cariño a nuestras instituciones y de orgullo por el continuado sostenimiento que de ellas habían hecho los chilenos desde el año de 1833 en que había sido dictada la Carta.

Casi se podía descubrir ya, sobre todo en esa clase, qué alumnos se disponían a tomar el rumbo de la abogacía, de la política y del empleo público, tres cosas que parecen diferentes, pero que allí no lo eran en el patio de la Universidad. No pocos tenían desde entonces ganado su puestecito en la Administración; recuerdo que tomaban cierto aire grave que los ayudaría más tarde en el prestigio forense y político; vestían de paño negro liso y pensaban bien lo que decían, de suerte que se les tenía por jóvenes aprovechados y de porvenir. Venían dando cierta razón anticipada a lo que escribiría más tarde Elisée Reclus en su *Geografía Universal*: "Pero en Chile, como en el Perú y Colombia, es al foro y al perseguimiento de las *ciencias políticas*, a sea a las luchas electorales y al periodismo, a lo que aplican casi todas las energías de la juventud instruída". Bien que Reclus, como muchos extranjeros enemigos de Chile en razón directa del extremado radicalismo o jacobismo que profesan, nos trata mal en muchos de los capítulos de su obra, no andaba errado en el concepto referido. De los jóvenes que cursaban en los diferentes años de leyes, muchos eran dignos verdaderamente de ser tenidos como capaces; iban a ser abogados naturalmente, y sus buenas inteligencias y las demás cualidades quedarían circunscritas nada más que a esa profesión y a la de la política que le es casi inseparable.

Tomando el hilo desde el cabo, teníamos entonces que el Estado venía recibiendo en su *Alma Mater* de la Universidad

a los mejores bachilleres, para guiarlos por camino de flores hasta la ancha portada del funcionarismo o de la política por profesión. El que después no encontraba puesto (no era posible ofrecérselo a todos) se iba a ver en mala postura para comenzar vida independiente: no estaba preparado más que para abogado político o empleado público.

De ahí se desprende también que sería de más justicia y de mayor provecho nacional el que, sin dejar de interesarse el Estado en la buena enseñanza de las leyes, hiciera contribuir a los gastos de ella a aquéllos que la disfrutaban, para poder invertir más en otras enseñanzas superiores, o en la elemental o primaria, de que se encuentra y encontraba privada la mitad del pueblo de Chile. En las grandes naciones de Europa, la asistencia a los cursos universitarios, de leyes u otras, es pagada y bien pagada.

Politiqueros, casi todos los estudiantes lo eran; lo contrario habría sido como un seminario donde no se hablara de religión. El movimiento de la época había sido, por lo demás, sobradamente trascendental para que los pichones de estadistas hicieran de él caso omiso. Los muchachos liberales provenían principalmente del Instituto Nacional y los conservadores, en gran parte, del Colegio de San Ignacio o del Seminario; también algunos conservadores venían de los Padres Franceses y pocos del mismo Instituto Nacional o de liceos de provincia. Pero no quería decir esta coincidencia que el sistema de los educadores hubiera marcado el pliegue en el ánimo de los alumnos, sino que los padres o familias, que son los verdaderos influenciadores de la niñez y juventud, habían preferido los planteles de educación según sus propias ideas.

Había en Santiago un club político ultraconservador instalado a la sazón en el piso superior del Palacio Arzobispal, y se llamaba Club de los Amigos del País. Algunos de los miem-

bros prominentes de él se bajaron de las alturas cuando sintieron que los vientos soplaban en otra dirección que prácticamente les convenía más; también hubo entre mis condiscípulos unos tres o cuatro recién incorporados al club, que hicieron cambio de frente en las mismas circunstancias; todas las épocas y todos los países y todas las edades son iguales para verse cosas de éstas.

Entretanto, siempre andábamos por esas calles de Dios, de mañana y con el código bajo el brazo, inspeccionando los trabajos nuevos o repitiendo visitas a las dulceras. La costumbre de irse al centro de la ciudad, a los portales y pasajes, para mirar y seguir a las niñas guapas que después de misa entraban de manto a las tiendas, no había sido adoptada aún, a lo menos con la regularidad observada en años posteriores. Más bien se iba con ese objeto y a esos sitios por la noche, después de la comida, que no era en ninguna casa después de la seis de la tarde.

Allí cerca de la Universidad estaban abriendo un gran hoyo que después rellenaron los albañiles con sólida mampostería de piedra de cerro, como para sostener el peso de una torre. Era el cimientó de la estatua de O'Higgins, que demoró un largo tiempo en estado de tal. Cuando quedó asentado el monumento con su caballo encabritado como se les ve en las pruebas de equitación o en los rodeos de campo, se hizo una gran fiesta cívica. Se quiso desagraviar la memoria del héroe por la tardía manifestación y se desplegó todo el aparato posible.

Ya en Valparaíso me había tocado asistir al desembarco del féretro de O'Higgins, en medio de un cañoneo formidable. La escuadra de Chile, bajo el mando del almirante Blanco Encalada, había ido al Callao a recibir solemnemente los preciosos restos y había vuelto escoltada por la fragata peruana *Independencia*. Los buques de guerra extranjeros y las baterías del puerto lanzaban salvas de contestación que llenaban el espacio

de humo blanquecino y hacían temblar las puertas y ventanas de la ciudad.

Vicuña Mackenna, que acostumbraba recitarme en privado sus discursos, para aprenderlos antes de declamarlos en público, contribuyó a la fiesta con uno corto y muy oportuno en que decía en nombre de Santiago que al padre de la patria que nació huérfano, lo adoptaría ella, confiriéndole la más alta nobleza de que pudiera disponer. Don Eulogio Altamirano, que ya tenía ganada fama de orador, fué encargado de hablar en nombre del Gobierno. El exordio de su arenga fué contrariado por la irrupción que hicieron dos veces las bandas de música, mal disciplinadas que formaban en la inmediación. Todavía recuerdo la frase: "Basta observar, señores, la pompa inusitada de esta solemne inauguración"... Brrum, prrum...

Volvió a comenzar el orador: "Basta observar, señores",... y de nuevo las bandas, con todo su estrépito de instrumentos, le interrumpieron. A la tercera vez le dejaron hablar.

CAPÍTULO XXIII

Desde aquel tiempo ya se hacían excursiones de verano a las regiones del sur o a las cordilleras, con el fin de conocer el país y de gozar de las brisas frescas, que huyen en esa estación de las provincias del centro. Recuerdo bien una que hice hacia el sur, recién salido del colegio, con mi hermano Antonio y con Ramón Barros Luco.

Conocimos en Concepción, por aquel verano, al almirante americano Turner, que vino a Chile a bordo del *Kersearge*, buque famoso por haberse batido en duelo con la corbeta *Alabama* de los confederados, en las aguas de Cherburgo. En el combate se había ido a pique la *Alabama* y comenzó poco después el célebre proceso de reclamaciones que hicieron los Estados Unidos a Inglaterra, por haber facilitado elementos al *Alabama* durante la guerra de secesión.

El almirante Turner y cuatro de sus oficiales fueron nuestros compañeros en la expedición por el Biobío. Nos llevó un vapor curiosísimo que hacía por ahí su negocio mientras se trabajaba en el ferrocarril: era una especie de remedo de los vapores de ríos americanos, con las calderas en la proa y la máquina en la popa, moviendo una rueda posterior que impulsaba toda la armazón. Los tubos de vapor corrían a lo largo atravesando

los camarotes que con esto iban calientes como hornos. Por los costado del barco se extendía una como plataforma que venía a quedar a un metro sobre el agua, y sin reparo o baranda de ninguna clase. Allí nos sentábamos todos en hilera a gozar de las variedades del paisaje, de la vista del agua transparente y de los remansos del río.

Salvo el almirante, que era un hombre serio a la vez que benévolo, los yanquis venían alocados como terneros recién sueltos y se hacían entre ellos travesuras como nunca las había visto ni oído. Un oficial llevaba las piernas colgando, sentado sobre la plataforma, cuando otro le enterró en una de ellas un alfiler. Se paró el agraviado tranquilamente, y dió tal empujón al del alfiler que sólo le vimos zabullirse y después manotear en el río, asentando pie en un bajo. Otro oficial le disparó entonces con una silla sobre la cabeza, diciéndole que se sentara mientras iba el bote a pescarle. En efecto, hubo que parar el vapor y traer al oficial bañado, el cual, para demostrar su buen humor, comenzó por abrazar al almirante dejándole casi tan mojado como él, y siguió con los demás, que se escapaban gritando por toćas partes. Durante un cuarto de hora, el vapor se convirtió en una pura algazara.

Por la noche a la una llegamos al pueblo de Santa Juana; todo el mundo dormía. Bajaron los yanquis con sus revólveres, haciéndoles yo coro con el mío, y en medio de la plaza comenzó el fuego, y siguió hasta que se acercaron con prudencia unos policiales y después otros más, y luego otra gente de la Gobernación que no atinaba a explicarse aquello. Tuvimos que lamentar sirviendo yo de intérprete. Después de algunos trámites y diligencias con las autoridades, medio vestidos y de ojos hinchados, nos volvimos, ya aclarando, al vapor de la rueda trasera. El almirante, que había oído las descargas, recon vino esta vez a sus oficiales.

Los indios andaban sublevados en esa temporada y el servicio de coches no funcionaba, de modo que no pudimos ir más allá de Nacimiento.

En otro verano posterior me dirigí a las cordilleras desde la hacienda del Guaico de don Fernando Lazcano. Con su hijo Juan Agustín, mi amigo y antiguo condiscípulo, organizamos el viaje haciendo muchos preparativos; teníamos sirvientes y arrieros, cabalgaduras, camas en almofrecas y cajas con víveres de lo mejor. Nuestros propios caballos eran sobresalientes y llevábamos dos cada uno. Las armas eran fusiles Winchester de repetición.

Tomamos el camino del río Teno y nos fuimos internando en el valle angosto y prolongado de su hoya, perteneciente a la hacienda del Guaico. Las subidas comenzaban más suavemente que en las cordilleras del norte; también había más vegetación y más numerosos y corpulentos árboles. Generalmente el sendero iba orillando una corriente de agua, que corría o saltaba sonando entre las piedras, a medida que nosotros caminábamos trepando y siguiendo de cerca o de lejos su misma variada dirección. A las pocas horas el valle, más y más estrechado, se convertía en quebrada y luego empezaban las gradientes fuertes. Los árboles se ponían más tupidos, formando manchones de bosque obscuro con helechos por tapiz y con trepadoras enredaderas en lo alto.

La naturaleza era magnífica en todo el trayecto, y su parte verde y viva se extendía por muchas horas en el ascenso. Después venía otra zona menos risueña, donde la nieve de los meses de invierno aplacaba los lujos de tanto florecimiento, y más arriba nos encontramos con tierras empinadas, áridas, de color metálico, con agujas sobre la parte más alta, como torres de catedrales.

El sol se puso, mandando luces rosadas a los pinos, y haciendo con su abandono que el aire se helara en pocos minutos.

Los mozos nos hicieron las camas bajo unas rocas saltadas que nos abrigaron del sereno, y dormimos mejor que bajo las colgaduras que hacen los tapiceros, hasta que al amanecer montamos de nuevo a caballo y seguimos adelante con el guía mientras la demás gente levantaba el campamento. Por la tarde subimos a la cumbre por el sendero que conocían nuestros hombres, y comenzamos a divisar los primeros guanacos que, prudentes, se apartaban a una gran distancia cuando avanzábamos. Pero ya al día siguiente los encontrábamos en manadas, les apuntamos con nuestros rifles y cazamos siete cada uno de nosotros.

Era curiosa la costumbre de esos animales, que huían agrupados quedando siempre dos como en acecho, dejándose acortar la distancia del cazador, pero permitiendo a los otros ponerse a salvo.

Habíamos visto que las rocas grandes del trayecto estaban marcadas con números y signos de pintura roja; era que unos ingenieros ingleses, que hallamos trabajando al día siguiente, habían venido haciendo un trazado de ferrocarril transandino. Decían que la empresa sería relativamente fácil, por mayor regularidad en la formación de las montañas que se van empinando allí más suavemente que en los otros pasos conocidos al pie del volcán de Aconcagua. Por cierto que no habría yo creído entonces que treinta años más tarde, aun no habría un ferrocarril a través de la cordillera que, al ligar el Pacífico con el Atlántico, nos acortara de diez días la distancia que nos separa de Europa.

La vuelta la hicimos, por humorada, con la mayor precipitación, y estableciendo un *récord* que no creo haya sido ganado después. Salimos del lado argentino, atravesando a las tres de la

madrugada el río Colorado en su primer desarrollo entre los cajones interiores de los Andes. Habiendo mandado disponer desde la víspera algunos caballos de remuda en el camino de bajada, llegamos el primer día al anochecer al propio punto de partida, a las casas del Guaico, donde no podían creer en la jornada de cerca de cuarenta leguas que habíamos hecho. Apenas pudimos bajarnos de los admirables caballos, que habían salvado distancias más propias de una locomotora que de un animal impulsado por músculo. Con los ojos inyectados de sangre y todo el cuerpo molido, yo, por lo menos, no tuve fuerzas más que para echarme a la cama, sin comer. Pero la juventud lo arregla todo; después de dormir doce horas, nos levantamos frescos y con sólo las piernas y espaldas embarazadas al mo-vernós.

Otros viajes de vacaciones me tocaron por aquel período, a diferentes partes del sur, Valdivia, Angol y la antigua frontera del Malleco, Lebu y muchos otros puntos. Una temporada corta de invierno fué también dedicada a la provincia de Coquimbo, y principalmente a la ciudad de La Serena.

Desde Lota hasta Lebu, yendo en excursión a Valdivia, hice la travesía por tierra, a caballo, para evitar un trecho de mareo y para conocer esa parte de los territorios de la costa. Y fué ese otro galope de cerca de dos días, por sobre los promontorios vecinos al mar, al través de despoblados hermosísimos, bajo árboles, en algunos trechos, de negro follaje y magnífica corpulencia. La vista era continuamente de suelos ondulados y empastados y de horizontes imprevistos, ora trazados con la línea azul del mar, ora circunscriptos por las colinas que se perfilaban con orlas de árboles y arbustos tupidos y siempre negros.

Esa vegetación del sur de Chile tiene como su nota característica el color obscuro y solemne que a uno se le antoja tenían

los bosques sagrados de la antigüedad. Las hojas son como achaloladas, y los troncos y ramas tienen la contextura y la verdadera fuerza de lo hecho nacer para resistir. Azotan sobre ellos los vientos fríos y salados del océano, recios y constantes; caen lluvias copiosas que duran meses, y el árbol soberbio y el arbusto pequeño, pero fornido, resisten impertérritos, dando en cada primavera sus brotes de retoño que reponen de la poca pérdida de las hojas caídas, duras y secas. Casi no se conoce la edad de las plantas en esa flora inmutable; los verdes tiernos de la planta exótica no se encuentran, aunque se les busque en septiembre u octubre, ni tampoco se quiera encontrar las entonaciones calientes de los follajes de otoño vistas en las pinturas o conceptuadas en las poesías, pues todo es, al contrario, severo, sobrio y adusto.

En los bajos húmedos y en la enramada defendida del viento no faltan ni las verbenas ni los copigües, ni dejan de florecer las fucsias, sobre todo cerca de las márgenes del bosque, pero esas son pintas, no más, al pie de un gran cuadro de naturaleza solemne, en que predominan las formas incoloras y oscuras del bosque o de los árboles sueltos.

¿Quién no ve en todo esto una semejanza con la propia raza indígena de la región? El araucano, formado en su tipo corporal y moral bajo tales influencias, es como el roble de la montaña del sur; nada le inmuta ni perturba; las emociones se producen en él con la mayor lentitud y cuando han llegado a hacer proceso a través de substancia resistente y empedernida, no acusan mutación en el semblante, ni otra expresión o señal de haberse afectado el ánimo. Su vida se ha pasado regularmente a la intemperie, pues la choza es más bien destinada a mujeres y niños. Los accidentes de la edad apenas se presentan en su cuerpo de pasta diferente a las conocidas, sus dientes duran sanos y blancos hasta el fin, su pelo es compacto, persis-

tente y negro como las hojas del boldo. Su apego a su tierra y a sus costumbres es como el de las raíces en el suelo que no ceden más que a la fuerza de máquinas especiales.

El interior del río de Lebu tiene un poco más de gracia en su aspecto; las colinas que le entornan sus curvas son más moderadas y los arbustos, quizá por la inmediación del agua dulce, tranquila y limpia que les baña los pies, parecen más verdes y flexibles, mas dispuestos a balancearse al soplo de la brisa mitigada.

Unos pocos días paré en el pueblo, esperando el vapor que me llevara a Valdivia. Cuando me embarqué vinieron a acompañarme hasta el muelle don Maximiano Errázuriz y su hija Amalia, de doce años. Estaba don Maximiano en Lebu para veranear y para atender su establecimiento de minas de carbón; yo había pasado algunas tardes en su casa, donde dejé hecho en el álbum un retrato de la niña tocando el piano y con su trenza de pelo rubio que le colgaba por la espalda. El álbum apareció muchas veces en la casa, años más tarde, cuando la niña era mi esposa.

Llegué en seguida a Valdivia, que me produjo la sensación de un lugar extranjero, no tanto por los alemanes que la poblaban en gran parte, como por la diferencia de todo lo que se veía respecto a lo conocido en las provincias del centro. Los cerros eran bajos y verdes, las aguas claras y de poca corriente, el cielo algo empañado y el aire húmedo. Corrían sobre el río alegres vaporcitos y en su tersa superficie se reflejaban casitas de madera y fábricas más grandes, de cervecerías y otras industrias, todas de estilo simple pero denotando nuevas disposiciones que correspondían a la gente también nueva que las ocupaba.

Esos buenos colonos alemanes habían prosperado poco a poco, y sin saberlo habían dado a la ciudad su cierto aire de antiguo villorrio del Rin o del Elba. El gran empuje germánico

producido después de 1870 no había llegado a ellos, por cierto, pues se habían desprendido del suelo patrio, cuando producía todavía poetas y filósofos en vez de los grandes guerreros, estadistas y comerciantes que han marcado a la nueva Germania el puesto predominante que tiene. Fuera de una gran cervecería, no había nada de notable que se debiera a los modestos alemanes. Se decía que la agricultura no podía ejercerse por causa de la inseguridad de los campos, donde los animales eran robados y las casas salteadas frecuentemente.

Mis correrías por los campos que hacen las hoyas del Malleco y del Renaico, me sirvieron para dejar vistas unas hijuelas que más tarde compré en el primer remate que hizo el Gobierno de sus tierras llamadas de la frontera. La región me parecía toda hermosa; era de ondulaciones suaves y dilatadas, cortada de oriente y poniente por pequeños ríos y esteros corriendo como dentro de un profundo foso, cubierto siempre por una flora tupida y vigorosa que parecía querer ocultar el curso del agua.

Reinaba la soledad más completa; no había caminos, ni puentes, ni indicio alguno, no diré de civilización, pero ni siquiera de ser aquella parte, y no lejana, de una nación cualquiera. (Una tarde llegué, muy cansado de haber galopado todo el día con los dos granaderos que me acompañaban, a pedir alojamiento en una misión avanzada cerca del pequeño pueblo de Mulchén. No había camas ni pieza que ofrecerme, pero me dejaron dormir sobre el mesón de la sacristía.

La ida a Coquimbo fué con motivo de acompañar a mi madre, a quien habían indicado el viaje por salud. Conseguimos llevarnos a nuestro primo Enero; y como allá en La Serena encontramos otros alegres primos y amigos, y nada teníamos que hacer ni mucho que ver, nos dedicamos al jaleo, como diría un español. Todo era almuerzos, comidas y tertulias, a no ser que fueran *once*, cenas, músicas y otras diversiones. La vida

apática y singularmente monótona de la ciudad inducía a nuestros amigos coquimbanos a recibirnos con un cierto estrépito que yo, a lo menos y Enero, retornábamos lisonjeándonos con la idea de sobrepujar a los amigos. En cuanto obscurecía, cogía yo mi violín, y entonces las salidas, aunque fueran por calles principales, tenían lugar a son de música, y todos bailábamos avanzando ante la gente que no acertaba a explicarse aquel carnaval. Carlos Vicuña Guerrero hacía versos de circunstancias; Enero, yo y otros primos representábamos escenas en italiano, imitadas del repertorio de Rossi; las niñas, parientes o amigas de La Serena, cantaban con guitarra, tocaban el piano y bailaban, y todos nos divertíamos locamente, como niños, de la mañana a la noche.

En ocupaciones de minas y un poco de agricultura empleaba su tiempo la gente de La Serena; pero el que por esa vía hacía fortuna se podía tener por casi seguro que iría a emplearla en Santiago, comprando casa y hacienda. El movimiento de emigración, en aquel año, iba despacio, sin embargo; las minas estaban malas y los productos de los campos eran exiguos, como los mismos campos de la provincia. No había, pues, que extrañarse del aire moroso de toda la ciudad que parecía no haber salido del período español. Si Pedro de Valdivia, su fundador, reapareciera, no se perdería en sus calles, que no llevan trazas de convertirse en calles de una nueva Chicago.

CAPITULO XXIV

Pero donde más veo que estaba niño es en la vida que volví a tomar en Santiago, vida de actividad gozosa y bulliciosa, apenas interrumpida por horas de alguna ocupación útil. También estábamos en un período feliz de escasez de contrariedades públicas, de ninguna cavilación internacional, y de política interna de puros discursos en el Parlamento y editoriales en los diarios que no hacían mal a nadie. Era el año 1872.

Como por otra parte los negocios particulares de la gente atravesaban por época de bonanza, el buen ánimo se hacía general y reinaba así en la sociedad entera como en cada uno de los hogares que no tenía motivo especial de excepción. El mío, con una familia numerosa y recibiendo siempre muchos amigos, era naturalmente uno de los más alegres de la ciudad. Los domingos se hacía estrecha para los convidados la gran mesa; después de la comida llegaba más gente y entonces, con la conversación de los grupos que discurrían o de política o de las cosas de la ciudad, o de los negocios del día, y con la música del piano que todos pedían y nadie escuchaba, el que entrara en el salón amarillo que daba a la calle Morandé podía preguntarse en qué acontecimiento grato y repentino se encontraba toda la casa.

Una vez tocó también a los transeúntes de la calle gozar de la fiesta. Enero estaba aquella noche radiante de contento y de oportunidad. Comunicando a los otros su humor, se armó por sí un baile singular en que él, cogiendo un cordón de seda de las cortinas hacía pasos graciosísimos imitando a las bailarinas del teatro. Tomando el mismo cordón y abandonándolo por momentos, y como desarrollando una escena de mímica, Vicuña Mackenna replicaba con movimientos ágiles; Ramón Barros Luco, a la sazón Ministro de Hacienda, y mi hermano mayor, Pancho, banquero ya conocido en la ciudad, no queriendo quedar en zaga, hacían al grupo principal su rueda de piruetas, con la mayor elegancia y agilidad que les era dable desplegar. Mi hermana Carmela en el piano y yo con el violín dábamos a la danza un ritmo irresistible ejecutando con presteza las cuadrillas de la *Belle Helene*, de Offenbach.

En esto, mi madre, que nunca dejaba de ser advertida, se paró a cerrar los postigos de la gran ventana, que era bastante baja para que pudiera verse todo desde la calle. Y no fué poca su contrariedad cuando vió que la precaución era tardía; pues se había juntado, sin que se notara a causa de la obscuridad exterior, una gran cantidad de gente que miraba aquello extasiada y haciendo quién sabe qué comentarios.

Mi casa había recibido ese don de Dios, la alegría, que tomaba otra forma diferente a las antiguas pegatas de mis hermanos, pero que siempre se conservaba latente para estallar con cualquier buen pretexto que cuadrara con la situación de personas grandes y establecidas como eran ahora las de la familia.

Con mis amigos tenía yo otras reuniones, de diferentes órdenes, que siempre iban acompañadas de chacotas, muchas veces pesadas. Una de las reuniones era para cultivar el *box* bajo la dirección de un profesor yanqui que nos enseñaba a tirarnos

puñetazos feroces. Otra era de magnetismo, con mesas que contestaban dando con los pies golpecitos, cuyo número correspondía a una letra del alfabeto. Este misterio nos llenaba de curiosidad y nos atraía fuertemente, pues entre los cuatro que nos juntábamos para las experiencias no había ninguno que quisiera burlarse o engañar a los otros. ¿Qué es el magnetismo de las mesas o la transmisión de la voluntad por el contacto? No es ni farsa, ni fenómeno explicable. Allá veremos si la ciencia nos lo explica, cuando salga del período de crisis en que ella misma reconocer estar.

Menos en serio aun que todo eso, tomábamos la obligación de servir de oficiales en los batallones cívicos, de cuya constitución y aspecto poco marciales hacíamos chanza en cualquier ocasión. Cuando nos *tiraron los despachos*, hubo algunos, sin embargo, que hicieron pronto su composición de ánimo, movidos por el oculto deseo de vestir casaca los domingos. Recuerdo que una mañana sorprendimos a uno del círculo mirándose al espejo puesto de uniforme con las prendas que tenía su hermano mayor. En virtud de mi propia afición a las cosas militares, yo no quería ser oficial cívico de ninguna manera, y me puse a hacer empeños entre personas del Gobierno que me prometieron me harían librar. Entretanto, el comandante Gómez Solar, del batallón N.º 2, me hacía asistir a las *Academias* en que se nos daban las primeras nociones. Toda la instrucción convergía, luego se echaba de ver, a que se hiciera buena presencia en las paradas y desfiles. Salir en esas condiciones al frente de una mitad de soldados peludos, con pantalón almidonado, era muy poca tentación; y no seguí en mi asistencia al cuartel más que esperando la tramitación de mi licencia, que no tardó en dictarse.

En los dichos batallones cívicos, la base de la ciencia militar se encontraba principalmente en los sargentos, lo cual de-

mostraba una vez más la facilidad natural de nuestra gente del pueblo para esas cosas. Los oficiales nuevos se colocaban en la formación al lado del sargento, y le preguntaban con disimulo lo que debían de mandar en cada ocurrencia. Eran también los sargentos los que manejaban la soga que representaba una mitad de soldados, cuando la Academia se trasladaba al gran patio del cuartel a operar sobre el terreno. Un soldado cogía entonces el otro extremo de la soga, y el subteniente gritaba dando órdenes secas en medias palabras y con gesto enérgico; pero como no entendía bien lo que iba a pasar, sucedía que él mismo se encontraba enredado en la soga, que tenía que saltar.

Pero el motivo de mayor entretenimiento en aquellos dos años fué el Club Musical que se fundó bajo la presidencia de don Gabriel Tocornal, y que tomó en alquiler el salón llamado anteriormente de la Filarmónica en la calle del Estado. La Filarmónica, institución que debió llamarse de otro modo, porque no cultivaba la armonía sino la danza, había tomado asiento en el Teatro Municipal y dejó vacío el local de la calle del Estado que, antes de llegar el Club Musical, estuvo, sin embargo, ocupado por un café con billares, que se llamaba el Casino.

Aquí nos instalamos, pues, y organizamos una orquesta de aficionados, y coros de hombres, como no se habían visto todavía. El mayor refuerzo de ejecutantes venía del Seminario, o sea de los jóvenes que allí habían tenido alguna preparación cuando internos, bajo la guía del sacerdote don Tristán Venegas. Los directores de orquesta eran indistintamente Francisco Rodríguez Cerda, Francisco Vergara Donoso, o Enrique Tagle Jordán, todos alumnos del Seminario. Desgraciadamente los instrumentos representados en la colección eran casi todos violines o flautas, como que son los más generalmen-

te empleados por agrado; pero luego apareció un joven Benedetto con su violoncelo, y otros con clarines; Nephtalí Guerrero se abnegó aprendiendo el oficleide y yo la viola, y así fuimos completando. Orellana se llamaba el que pusimos al contrabajo, como profesional y pagado, pues no llegó el entusiasmo de ninguno hasta habérselas con ese instrumento que con ser colosal no deja de ofrecer dificultades para producir sus zumbidos profundos que, por otra parte son como la base de toda sinfonía. Orellana nos hacía además el oficio de los sargentos en los batallones cívicos; era eximio en la métrica musical, y cuando nadie atinaba con el compás él nos lo señalaba. Era motivo de celebración cuando Orellana, vestido de soldado, pues pertenecía también a una banda militar, pasaba marchando en las formaciones, soplando en su gran instrumento de bronce y mirándonos de reojo.

A los pocos meses de práctica nos pusimos a dar conciertos públicos que tuvieron un éxito enorme: eran gratis. Alternábamos en ellos las oberturas, los coros con o sin acompañamiento, los trozos de ópera, los valsés y uno que otro solo de canto o de instrumento. Todo lo hacíamos bastante mal, sea dicho en justicia, porque nuestra educación musical había sido deficiente, y porque los directores no infundían bastante respeto; los *pianos* eran poco observados, como si cada cual quisiera que la niña preferida de la concurrencia le oyera a él sobresalir; los prestos resultaban confusos, porque los que tenían mejor ejecución concluían su compás antes que los otros; y los acordes sonaban sin acuerdo, lanzando los más nerviosos su nota antes de la indicación de la batuta.

No obstante, pudimos preparar relativamente bien una misa solemne de Santa Cecilia, que alcanzamos a ejecutar tres veces en Santo Domingo, en las Agustinas y en San Juan de Dios. Aquello no salía mal, antes hubo de producir no poca

impresión la masa orquestal y coral que presentamos después de hacer en nuestro salón ensayos repetidos. Un tenor de la zarzuela, Mariano, vino en nuestro auxilio, y sobre todo el Credo, que era el de Mercadante, que trae pasajes teatrales y frases patéticas, obtuvo un verdadero éxito.

Dentro de la asociación del Club Musical, como las congregaciones dentro del colegio, hicimos otra, aunque muy reducida, para cultivar el coro a secas entre unos cuantos adeptos. Nos proveímos de buena música a cuatro voces de maestros alemanes, principalmente de Franz Abt, y aprendimos a cantar, por lo menos con afinación, no pocos coros que, después de bien ensayados de memoria, nos lanzábamos a hacer oír en la calle por la medianoche. Salíamos generalmente de a uno por voz, teniendo cada uno derecho de llevar el cuarteto a dar serenata frente a la ventana de la pieza donde dormía la prenda. Al día siguiente, ya sabíamos qué impresión había producido el despertar al sonido imprevisto de la armonía vaga y dulce que se alzaba desde nuestro coro oculto dentro de la sombra de la luna. Una vez se acercó a nosotros un policial con apariencia entre somnolienta y desconfiada, y nos dijo que le había gustado mucho el canto, y que se le había figurado que éramos *pai-recitos*.

A la música clásica apenas nos atrevíamos, y eso era en dúos, tríos y cuartetos solamente. Eramos en el Club el reflejo de las ideas y de los conocimientos musicales de la época, que disponían de un horizonte estrecho; y si sabíamos y conocíamos algo de los primeros grandes maestros, no nos era posible hacer oír de ellos más que las cosas fáciles de ejecución y simples de comprensión. Por lo demás, lo que no era música de ópera, oída de antemano en el teatro, no encontraba sino pocos oídos que impresionar. Las oberturas italianas más fáciles, y las francesas de Auber, eran las obras que gozaban de favor in-

mediato; las primeras porque preludiaban los aires favoritos de la pieza, y las segundas porque dentro de su gran vulgaridad encierran acentos fáciles y compases animados, que uno cree hubiera ya conocido en algún circo de equitación por lo menos.

Después he leído en obras de algunos filósofos de la educación que la música, con toda su nobleza, es ocasionada a falsear algunas fibras del alma y a dar ciertas morbideces a los corazones que se dejan mover por ella. Pero creo que esto no es aplicable sino de una manera del todo individual; hay sin duda casos en que el exaltado en pasiones, lo estará más si oye composiciones simpáticas a su estado de alma; la melancolía, por ejemplo, sería llevada hasta la profundidad con allegar ante él que sufre de ella la música adecuada. Pero frente a las masas de público, en el teatro, en el templo, en el concierto, en el salón, en la calle, la música comunica sentimientos buenos; infunde gran elevación en el patriotismo y ternura en el afecto religioso, da delicadeza en el amor y pulimiento en la mera alegría o en el placer indeterminado. Sólo Offenbach, el maestro de la opereta francesa, ha buscado y encontrado al lado de sus temas burlones, que tienen, es cierto, harta gracia, otros de pura algazara y de orgía, en que rebaja la intención artística hasta lo más desenfadado, hasta lo obsceno.

La verdad es que en Santiago no alcanzaron a propagarse las aficiones a la música, considerada como arte social; no prendió nunca la asociación coral ni el deseo o necesidad de las grandes audiciones sinfónicas que infunden tan grata emoción en un público. Y todo habría venido bien, sin embargo, para mitigar las rudezas de hábitos de sociedades nuevas y apartadas como es la nuestra.

En cuanto al cultivo de la música clásica en privado, no se hizo más tampoco, porque nosotros mismos no la conocíamos, como he dicho; ni comprendíamos que valía la pena trabajar

un poco para llegar a poder interpretarla. Si bien nos reuníamos algunos para tocar u oír los andantes o adagios más conocidos de Beethoven, que sabíamos admirar, o algunas páginas de las más fáciles de Mozart, cuya nítida belleza se patentizaba de por sí, no íbamos más allá, pareciéndonos que allí concluía el Parnaso; y que de Schubert bastaba la serenata, como para muestra un botón, y que Bach era como un matemático en sonidos. Palestrina y Vitoria, y los demás primitivos eran nombrados nada más que por los muy eruditos; nadie en Chile podía haber sospechado siquiera la emoción inefable que se desprende de los cantos de Palestrina, a cuatro voces, que se contestan, se apartan, se entrelazan y por fin se juntan para elevarse hasta el mismo cielo.

Lo preferido en las familias era la transcripción de música de óperas y los valsos, mazurcas, etc., de compositores franceses o alemanes. Chopin era ya apreciado, no obstante, y las pianistas sobresalientes tenían siempre a la mano alguna de sus piezas.

La moda no alcanza a Chopin. En todas partes del mundo, y entonces como ahora, causaba impresión su música apasionada y nerviosa que revela el persistente dejo de la tristeza aun en medio de un torbellino de notas. Parece que sus dedos agitados buscaron en el teclado un eco a los sentimientos de amor a la patria perdida, o una derivación a los otros dolores que se amontonaban y complicaban dentro de su corazón. Deja descubrir en medio de los compases rápidos del vals o dentro de las cadencias de la mazurca, inflexiones tan lastimeras como las mismas que le inspiraban un nocturno; tiene a cada instante ideas de esas que uno acaricia precisamente porque atormentan. ¿Quién no recuerda haber oído a los que en casa estudian el piano la repetición de los pasajes de Chopin que in-

filtran gotas de melancolía, aunque uno esté al oírlos distraído u ocupándose en otra cosa?

Después del teatro, era en las iglesias donde se oía mas música de público. Música sagrada, propiamente dicha no se encontraba más que en la Catedral; las demás eran músicas profanas y profanadoras; las novenas daban ocasión a tocatas sobrado indevotas en que hasta un piano sonaba, y un piano dentro de un templo es todo un contrasentido. Los trozos eran naturalmente de ópera romántica, brindis de la Traviata, arias del Barbero de Sevilla, etc. El Miserere del Trovador venía a ser en la colección, el tema más religioso. Todo lo cual es prueba de que había faltado en el mismo Seminario, de donde estaban saliendo los aficionados, un curso, aunque fuera somero, de ilustración sobre música sagrada para los futuros sacerdotes.

Pero en la catedral nunca hubo orquesta, ni menos piano, sino que se entendió bien que el órgano era el instrumento requerido por el culto. El maestro Tulio Hempel dirigía la capilla de cantores con cierta autoridad, y la mantenía dentro de un repertorio adecuado. El canto llano a cargo del chantre Arrieta, español, se desempeñaba honorablemente, dentro del coro de los canónigos, y con asistencia de las voces incisivas pero afinadas de los seises vestidos con roquete y sotana de bayeta encarnada.

La música militar era propiamente la única destinada a la turbamulta, al pueblo de Santiago que no iba a la ópera. No era ella tan mala como podía esperarse, pues los músicos de banda que la desempeñaban eran siempre inteligentes para aprender a tocar a compás y echarse en seguida a la memoria cualquiera cosa por larga o difícil que fuese. La dirección era mala y de ahí provenía que se oyeran pasos dobles u otras composiciones que salían a lucir en las retretas, verdaderos mama-

rrachos puestos en instrumentación de viento, y que en nada aprovechaban para la educación de los sentidos del auditorio.

El músico mayor de la banda era generalmente el propio autor de las piezas; con eso está todo dicho. Hubo uno, sin embargo, Raimundo Martínez, del batallón N.º 2 de infantería cívica, que tenía su talento de compositor y que habría llegado a ser algo si hubiera estudiado; sus piezas de baile alcanzaron boga y entraron de la calle a los conciertos y a los salones.

CAPÍTULO XXV

Seguía por entonces ocupando la atención de la ciudad el intendente Vicuña Mackenna, con sus mil proyectos, sus obras en realización, y sus escritos; la majadera política quedaba en segundo término.

Para todo alcanzaba la actividad de este hombre extraordinario, que daba razón al que sostiene que con voluntad, el trabajo da tiempo para más trabajo. Yo le veía escribiendo después de las doce de la noche y levantarse a las seis para largarse a visitar la ciudad. Se hablaba con mucho encomio de su celo y se decía que sólo dos Intendentes anteriores, Bascuñán Guerrero y Echaurren, se habían acercado a la manera de él. El primero había organizado los servicios municipales y trazado ciertos planes de mejoras locales que eran, en realidad, muy adelantados para esas épocas apartadas, oscuras y sin elementos de enseñanza ni comparación. Echaurren se había dedicado a las cosas fundamentales de la vida urbana, dejando a un lado el aspecto ornamental del arte edil; fundó mercados y persiguió con el más abnegado tesón el mejoramiento de todos los servicios, en cuanto se referían sobre todo, al bienestar y a la salubridad de las capas humildes de la ciudad; el aseo público se elevó a su más alta expresión. Recuerdo que los opositores li-

berales le atacaban, porque no era tampoco de los que se andaban con muchos miramientos cuando había un bien que hacer; Justo Arteaga Alemparte, el periodista mas ingenioso de su partido, escribía una vez que Echaurren había visto una escoba en el cielo y que se había dicho: *in hoc signo vinces*, como Constantino ante el lábaro.

Vicuña Mackenna abarcó todas aquellas esferas y en su fantasía entrevió además un Santiago realzado por obras de belleza y animado por fiestas y alegrías sociales nunca vistas.

Ensalzado y triunfante, pues la ciudad casi entera le seguía y cooperaba en sus empresas, divisó para su mal otro signo en el cielo, que no fué ni el lábaro ni la escoba, sino la banda tricolor. Quiso ser presidente, y tener un campo de acción más vasto; pero se vió después que no había contado bien con las altas voluntades que decidían y que con tiempo se tenían formados sus propósitos.

Seguía entretanto desempeñando su período con mayor brillo. Cada día y simultáneamente empujaba las grandes obras de transformación; abría exposiciones, reunía congresos y comisiones de interés público, celebraba concursos, organizaba fiestas sociales y populares, dirigía expediciones a la cordillera en busca de más agua potable, inauguraba estatuas y monumentos, trazaba avenidas, hacía pavimentar las calles y por fin llenaba los diarios de la mañana y de la tarde con decretos, actas y memorias de lo que iba haciendo. La gran publicidad a la americana era su debilidad, y Enero le llamaba Holloway, que era el nombre de un droguista de Nueva York que tenía llenos los periódicos con sus avisos.

Ello es que, antes que se dictaran las nuevas leyes municipales, un mandatario de voluntad como éste podía durar en bien de la comunidad, y contar por lo menos con el tiempo y con el apoyo que le diera el Presidente de la República para des-

arrollar sus ideas. Después han venido los primeros alcaldes que viven al día soportando la tutela, y no pocas veces la envidia de un cuerpo colegiado ignorante, que ha sido puesto sobre, en vez de ser dejado bajo de él; ya no florecerán más ni los Bascuñán Guerrero, ni los Echaurren, ni los Vicuña Mackenna.

Una de las ideas felices de éste fué la organización de la Exposición del Coloniaje, en el viejo edificio español de la Plaza de Armas, situado donde hoy se levanta la Casa de Correos. La comisión directiva era presidida por Guillermo Matta, y yo serví de secretario, sintiéndome satisfecho de ese primer cargo que parecíame como una función pública.

Aparecieron en el concurso, en cantidad superior a lo que se esperaba, muebles y carrozas antiguas, pianos del siglo XVII, telas y vestidos de mujeres o de hombres con las modas de antaño, retratos, armas, servicios, alhajas, cajuelas talladas, imágenes religiosas de todas layas y no sé cuantas cosas más. Muchos de los objetos tenían valor no sólo arqueológico, sino también artístico, y no pocos traían procedencia de mérito histórico comprobado, por haber pertenecido a hombres o familias eminentes de nuestra antigüedad.

La falta de preparación artística y la de interés por lo pasado, que siempre caracteriza a las sociedades nuevas, fué lo único que impidió que la Exposición del Coloniaje tuviera el éxito que merecía. Mucha de la gente que entraba decía que no valía la pena pagar por ver esas antiguallas y vejestorios en desuso.

Por aquella sazón acababa de ser armada la ferretería del Mercado Central que Echaurren había hecho venir de Inglaterra; y habiendo encontrado Vicuña Mackenna que el edificio quedaba demasiado hermoso para entregarlo así no más a los carniceros y verduleras, decidió aprovecharlo en una temporada de exposiciones y de fiestas sociales que colmaran los deseos

novedosos de la gente. Con toda prisa se armó, bajo los ornamentados galpones, una variada exposición de industrias y artes, con objetos manufacturados chilenos y extranjeros; y a los pocos días, mientras una orquesta encumbrada ejecutaba la Sinfonía Pastoral, en otro extremo se podían mirar, entre los cuadros, las cuecas pintadas por Caro en Valparaíso, que fueron el objeto de la predilección del público.

A Vicuña Mackenna gustaba ese eclecticismo que cuadraba bien con las cualidades de su espíritu; y todavía agregó al programa, para terminar, un baile monstruo, que resultó ser un fiasco también monstruo.

Se alfombró todo el mercado y se le adornó con plantas y flores; se le iluminó con grandes lámparas de gas, y se dispuso una mesa fenomenal cuya provisión y servicio fueron contratados con el Hotel Santiago en diez mil pesos. Pero los danzantes, que acudieron en gran número, pues eran los días del dieciocho, se encontraron, como en los bailes presidenciales anteriores, con un aire helado en el interior, no habiéndose pensado en cerrar los huecos del edificio, que era ventilado como correspondía a su destinación. Se refugiaron en el departamento de comedor, después de tratar de calentar el cuerpo bailando, y entonces se encontraron con que la cena era mala y con que la mesa de los diez mil pesos estaba principalmente recubierta de grandes piezas amoldadas en sebo blanqueado; esto vino después a ser demostrado en un proceso.

Ese Hotel Santiago era, por lo demás, de averías. A él también vino a parar el duque Tomás de Génova, en un viaje que hacía por el Pacífico, a bordo de un buque de guerra italiano. Toda la ciudad tuvo que hablar de la cuenta que le pasaron a él y a su séquito, y que creo no fué pagada sino con una rebaja considerable. El Hotel estaba constituido como sociedad anónima, y se hallaba instalado en el edificio recién terminado del

Portal Fernández Concha. A pesar de esos negocios, o más bien a causa de ellos y de otros abusos quebró a poco andar, después de haber sido, con mucho, el de mayor lujo que hasta entonces se conoció en Chile.

Se veía que las cosas de lujo entraban con facilidad en Santiago, donde el momento era propicio por los buenos negocios de minas y por las riquezas, reales o aparentes, que venían trayendo a circular los propietarios, capitalistas o especuladores de las diferentes partes del país.

Muchas de las casas con fachada de palacio que ostenta la ciudad fueron edificadas entonces. Dos canchas de carreras se abrían los domingos: las de la Sociedad y del Club Hípico; se formó una sociedad del Teatro Chileno que iba a levantar un gran edificio para comedias en la calle de la Catedral, esquina de la de Bandera, y se proyectaban otras empresas no menos grandes. La Sociedad Hípica alcanzó a vivir; pero el Teatro Chileno murió sin nacer, habiendo fallado la suscripción al capital. La Iglesia del Salvador, concebida en estilo gótico y para levantar un par de torres agudas que debían de punzar el cielo, comenzaba a ser trazada por el arquitecto Burchard; y por fin Lathoud dibujaba, siguiendo las líneas nada menos que del Palacio de la Industria de París, el futuro palacio de la Quinta Normal para la Exposición de 1875.

El Club de la Unión que había llevado una vida modesta en los altos de la casa esquina, entre las calles de Huérfanos y del Estado, donde después se instaló el de Septiembre, compró la casa de balcones en la Alameda, que había edificado el americano Mr. Haviland. Pidió a París un mobiliario de las mayores comodidades y de toda elegancia, se adornó con estatuas de bronce y se edificó, en terrenos del jardín interior, un suntuoso templete para los billares. Eligió de presidente a don Luis Cousiño, y se hizo un verdadero centro de alta vida. Don Luis

Cousiño era el árbitro de las elegancias de la ciudad, a la que reveló los mil detalles del buen vivir europeo. Tenía muy buena figura, maneras sumamente caballerosas, un trato culto y fácil adquirido en la sociedad cosmopolita de París y una gran fortuna, unida a un sentido discreto y oportuno para gastarla con generosidad. Sus coches y caballos eran los mejores que se habían visto; su vestir era irreprochable, llevaba flor al ojal, y fumaba cigarros, cuyo perfume recuerdo haber ido sintiendo en la calle a más de diez pasos de distancia. Júzguese, así, de la impresión que Cousiño había de causar entre las personas de la sociedad de entonces que conservaban hábitos de la antigua frugalidad, pero que el nuevo ambiente disponía a hacer adoptar cualquiera reforma oportuna. Sus allegados se ponían también flor, imitaban sus trajes y maneras, creyendo la cosa fácil, y los hubo que hasta visiblemente se esforzaban en tomar aires de parecido físico.

Se había traído Cousiño de Europa, a un señor Arana Bórica, a quien encomendó el trazado y plantación del parque que lleva su nombre, y que fué un obsequio suyo a la ciudad. Hizo venir también crías nuevas de caballos, vacas y otros animales, habiendo sido reputado como un verdadero evento entre los anales hípicas, la llegada del potro Fanfarrón, el más lindo alazán que se hubiera visto o soñado hasta entonces. El Fanfarrón después de ganar todas las carreras, dió prole triunfante que arrebató durante años los mejores premios de la cancha.

Para tener derecho a blasones hípicas, se acreditaba después un tanto de sangre fanfarrónica, así como en la aristocracia colonial del siglo XVIII hubo de adoptarse como aforismo que el que no era Lisperguer era mulato.

El mismo Arana Bórica anduvo ocupado, por cuenta de Cousiño, en hacer el trazado y constitución de una ciudad balneario en Quintero; se llegó a hacer la demarcación y la venta

de lotes del nuevo Trouville, aunque la empresa se sintió ella misma prematura, y no prendió. Al Intendente Vicuña Mackenna prestó también Cousiño su valioso concurso en muchas obras útiles, y a las instituciones privadas de instrucción primaria dió empuje por medio de donaciones cuantiosas.

Fué atacado el pobre Cousiño por una violenta tuberculosis que le llevó a morir en el Perú. Le hicieron después funerales en el templo de Santo Domingo de Santiago, y dispuso el Intendente que el carro mortuario, simbolizando el progreso, fuese arrastrado sobre rieles y por una locomotora enlutada, desde la Estación hasta las puertas del templo. El espectáculo fué verdaderamente imponente.

Naturalmente, mi espíritu curioso y entusiasta hacía que yo observara con todo interés esas fases de la vida social, figurándome que ya me iba a incorporar entre los que hacían papel. Lo que me impedía presenciar mi corta edad de 18 años alcanzaba siempre a ser anotado en las conversaciones y en la lectura de los diarios, y lo que era materia más bien de apreciaciones era discernido por mí preguntando a los que más sabían, o comparando lo que traslucía con las lecturas de libros, romances u otros.

Porque no sólo la transformación de la ciudad y el socorro diario de la política daban tema; sino que se ofrecían a la discreta consideración de la gente bien informada no pocos asuntos escabrosos y negociados incorrectos. Amoríos de un género nuevo en Santiago y especulaciones poco honestas o por lo menos fuera de la órbita conocida como lícita, andaban por ahí todos los días produciéndose, o dándose las apariencias de producirse por primera vez. Pero también la experiencia me ha hecho ver más tarde la mala inclinación de juzgar las cosas por su peor lado que todos tenemos; y quiero atribuir a ella, en gran parte, el caudal de suposiciones o de hechos admi-

tidos de aquellos años, sin desconocer por eso que el sacudón de novedades y lujos trajo los ánimos a una cierta excitación, removedora de la antigua serenidad del chileno.

Que el placer y la fortuna fueron un aliciente más fuerte desde entonces, es innegable.

Creo que, hasta el día de hoy, fué por aquellos años de 1872 y 1873, cuando se pudo notar la mayor transformación de orden moral que ha sufrido Santiago desde la Independencia. El estado soporífero que sigue al despertar, se manifestaba todavía después de medio siglo, cuando el auge de los negocios, la mayor comunicación con Europa y los Estados Unidos, y la presencia de Vicuña Mackenna en el poder local vinieron a comunicar algo como una corriente de vida nueva a todos los órganos.

La administración general, que acostumbra entre nosotros más bien adoptar rumbos señalados por la práctica y el estudio, comenzó ahora a imponerlos desde arriba; entró en el movimiento y mandó seguir, entre otros trabajos públicos, la construcción del Palacio del Congreso paralizada desde hacía más de diez años, lanzó los programas de la Exposición Universal, nada menos, de 1875, e inauguró los trabajos del Ferrocarril del Sur, que no llegaba más allá de Curicó.

Fué llamado el arquitecto Keli por el Gobierno, para que, basándose en la planta no sólo trazada sino en gran parte ejecutada, del arquitecto Enault, llevara adelante la terminación del palacio destinado a ambas cámaras. Lathoud dió por su parte principio en la Quinta Normal al palacio de la Exposición y don Juan Slater, antiguo subcontratista en el ferrocarril de Valparaíso, se hacía adjudicar la construcción del nuevo ferrocarril del sur. Recuerdo el brindis de este excelente y genuino yanki, pronunciado con sintaxis y acento de su modo, en medio de las fiestas de iniciación que se hicieron en Curicó, a don-

de fué con el Presidente una gran comitiva en la que yo también tuve lugar. Dijo que todo sería terminado bien, y a tiempo, y que él mismo se pondría de riel, en el último caso, para dar paso a la locomotora.

La Exposición vino a abrirse en 1875, cuando yo me encontraba fuera del país; pero supe que tuvo resultados malos, contraproducentes, debido a la ignorancia que reinaba en la materia. Fué dispuesta en sentido de que las cosas de lujo, que ya no era menester fueran estimuladas, tuvieran la mejor parte de atención; de suerte que las exigencias, en vista de los nuevos modelos de París, se hicieron más grandes en las familias; los carruajes ya no habían de ser más que de Million Guet o de Binder, los amueblados de Krieger, los plaqués de Christoffe y los cristales de Baccarat. Y como el buen discernimiento en todo era imposible, se compraba con todavía mayor estimación el lote de estatuas de pacotilla, cinceladas en mármol florentino, y miles de otros objetos de arte falsos que salieron de Europa a deslumbrar por primera vez en nuestras apartadas playas.

CAPITULO XXVI

¿Y mis queridos estudios de la Universidad? No, no me era ya más posible tomarlos en serio, ni seguir yendo irregularmente a las clases a pensar en cosas del todo diferentes y a distraer a otros que pudieran estudiar. Mi madre misma no insistía; se contentaba con ver que no perdía del todo mi tiempo, haciendo yo en casa buenas lecturas, dibujando, tocando el violín e interesándome de cerca en muchas cosas que aunque no pertenecían al socorrido camino universitario, no dejaban de ser en extremo útiles para un joven.

Tenía la suerte de preferir los libros instructivos a las novelas, que falsean la vida y pintan a la sociedad ofreciendo por modelo a sus excepciones. Buscaba las obras clásicas que venían mas mencionadas en la Historia Literaria que debí aprender durante mis humanidades, y me daba el placer de leer algunas de las españolas, francesas, inglesas e italianas en su lengua original. El francés lo aprendía cada día mejor, leyendo solo, pero en alta voz; el inglés ya lo sabía, y el italiano me lo tomé por asalto, apoyándome en lo que había oído en el teatro. Con José Alberto Bravo, que era mi amigo y compañero de músicas y serenatas, decidimos aprender también alemán, y llamamos un grave profesor del Instituto llamado Rhoener a que nos diera

lecciones en casa. Algo aprovechamos, pero veo otra vez, al acordarme, lo mucho que tarda en disiparse la niñez; solíamos meternos como gatos debajo de la sobremesa al aparecer el profesor, nada más que para mirar su desconcierto de no encontrarnos cuando ya al entrar por la pieza vecina nos había sentido aprender la lección y ensayar la pronunciación en alta voz.

Entre mis lecturas tenían toda mi preferencia las obras de mi cuñado; él mismo me contaba la historia de sus libros, que en parte yo le había visto escribir admirándome de la celebridad con que llenaba las cuartillas de papel y con que compulsaba y extractaba los documentos. Verdad es que también fué siempre otra admiración mía la habilidad de los cajistas de imprenta para entenderle su letra, que es la peor que he conocido. Al último había dado en escribir con lápiz, para no perder tiempo en entintar.

Se acusaba mucho a Vicuña Mackenna de ligereza en la preparación de sus obras, y de poner fantasía en lo que necesitaba ante todo exactitud de narración o exposición. Naturalmente, habiendo escrito cerca de cien volúmenes, no pudo contraerse a cada uno como si sólo hubiera escrito diez; y a esta consideración hay que agregar todavía la de que murió casi joven y después de haber ocupado otra parte de su vida en la política, en la administración y en los viajes. Pero no es exacto que no buscara seriamente el lado documentario de sus historias, aunque las convirtiera a veces en crónicas amenas.

Por lo demás, no había que esperar de un espíritu imaginativo como el suyo el procedimiento metódico y frío que preside al trabajo de otros historiadores, pongo por caso a Barros Arana. Sus obras de incidentes y peripecias de nuestra vida antigua no podían, para que a ellas allegara la intención de arte que les ha dado mérito, ser meros resultados de piezas confrontadas y revisadas; así no se habría podido escribir *La Quintrala*,

por ejemplo, que es uno de los pocos pasajes románticos legados por nuestra larga era de coloniaje monótona y aburrida.

La idea patria estaba muy desarrollada en el ánimo de Vicuña Mackenna. Por eso era inclinado a dar tinte dramático a sus escritos que se referían a la creación de la República y a las vicisitudes de su desenvolvimiento, dando nombres pomposos a cosas que, literaria o filosóficamente, merecerían otros títulos modestos. *La Guerra a Muerte de los Pincheira*, que hacía pensar en campañas históricas o tradicionales de otras partes, fué simplemente algo como una gran batida a salteadores por las montañas del sur. *Los ostracismos de los Carrera o de O'Higgins*, nos llevan igualmente por la imaginación a poner en parangón los episodios clásicos de la Grecia con nuestra política, que entonces como ahora solía obedecer a móviles pequeños, pequeñitos.

El débil de Vicuña Mackenna estaba más bien en su juicio sobre los demás hombres; pero por un fenómeno imputable quizá a su extraordinaria percepción literaria, se equivocaba menos en lo que atribuía a los muertos que conocía por tradición o a través de los documentos, que en lo propio de los vivos a quienes veía y con quienes hablaba. Una vez le dije a propósito de un sujeto que él estimaba de una manera opuesta a la mía, que no me explicaba su criterio de historiador cuando le veía pronunciarse tan erradamente sobre los hombres presentes.

Tuvo Vicuña Mackenna la gran cualidad de hacerse leer. La historia de Chile es, en sus libros, algo más que la enumeración de los hechos de esos siglos en que no ha habido mucho de extraordinario. Haciendo resaltar los caracteres notables, describiendo los sitios con propiedad, disponiendo las acciones con propósito a veces dramático, a veces cómico y siempre intencionado a dar vida y movimiento a las personas, sus páginas interesan y cautivan, los sucesos se revisten de importancia

inesperada y del conjunto se desprende un mayor amor al país donde se encierran esa vida y esos hechos felices o desgraciados.

En sus obras que no son de historia, el autor desplegó tal viveza de espíritu y facilidad de estilo, que hasta ahora no ha habido quien le sobrepuje en Chile. Pero las hacía en demasiado poco tiempo, y hay muchas de ellas en que la materia se encuentra descompaginada y diluída, como si se hubiera tratado de cumplir compromiso llenando hojas. Si las hubiera rehecho en menor forma como se aconsejaba a Verdi que hiciera con el caudal de melodías esparcidas en sus óperas, su bagaje literario tendría más valor dentro de menor extensión.

Los demás libros chilenos me tentaban mucho menos, y en cuanto a los autores españoles, debo hacer mención que aun la gente mas lectora y erudita que yo, les hacía poco caso por aquel tiempo. La librería española de don Pedro Yuste que había en la esquina de la calle Huérfanos y la Bandera, pasó a pertenecer a un francés, Mr. Raymond; y así, con los otros dos librereros conocidos de la ciudad, Guy y Ducheilar, quedaba el comercio de libros en manos francesas casi exclusivamente.

Algunos años después han vuelto los librereros españoles; y a tiempo, porque se necesitaba ya fomentar la buena lectura en la lengua propia, antes que las nuevas generaciones de escritores comenzaran a hacer aceptar, como lo han conseguido los escritores argentinos, un lenguaje todo mezclado de galicismos y de giros que pugnan de por sí con la índole del español.

El Quijote lo había leído cuando niño, como lo hace todo el mundo. Después lo volví a tomar, gozando de él sólo moderadamente; las partes primeras me encantaban, pero las últimas me parecían pesadas. Creía, no obstante, que don Quijote era la primera en punto a literatura de cuantas obras había producido el mundo; si no, ahí estaban como prueba las infini-

tas ediciones en todos los países, los juicios de los críticos, y la enseñanza de cuantos maestros había oído y conocido.

Cuando leía libros franceses creía naturalmente que era petulancia y vanidad nacional poner a las piezas de Molière por delante de todo; pero cuando estuve después en Francia pensé que motivos habría en realidad para que una opinión tan fundada y general y en tal país fuera la buena, y me decidí por Molière, sobre todo cuando le vi representado por los irreprochables cómicos del Teatro Francés. En Inglaterra no se pensaba lo mismo, sin embargo; y ni Cervantes ni Molière podrían equipararse al mas grande de los genios, que es Shakespeare; y esto, en suma, es lo cierto y razonable. Es reconocido, por otra parte, y principalmente en Italia, o por los que se han dedicado a estudiar sus autores que han sucedido a los grandes escritores romanos, que el primero entre los primeros es el Dante, poeta inmortal de mundos superiores. Y, por fin, he debido convencerme más tarde en Alemania de que, a pesar de todo, Schiller y Goethe, destinados a surgir dentro de una misma esfera de gloria olímpica, han colmado las condiciones requeridas para merecer honor superior e incomparable, tomando una altura a que ningún hombre se puede acercar... Y es así también como se juzga de los soldados de cada país. El chileno, nunca vencido, tiene que ser para nosotros el primero; el francés, como lo aseguran en Francia, nunca ha perdido sino por culpa de sus jefes; el inglés mira a todos de alto abajo; y el alemán ¿quién se atrevería a disputarle la supremacía?

Es que si hay individuos que son candorosos, el candor colectivo y nacional es en algunos respectos el más notable de todos; extravía o circunscribe los juicios y ocasiona no pocos males entre los que no saben discernir con filosofía abierta y criterio propio.

Satisfechas las primeras curiosidades, no seguí, sin embar-

go, leyendo con mucha dedicación en esa temporada; si un libro no me ofrecía un interés especial me contentaba con hojearlo. Era mi impaciencia de ánimo lo que no me permitía detenerme en ver bien lo que exponían los autores. Pero no sé si esta mala cualidad mía sea en todo caso perjudicial, porque el leer mucho a los autores que tienen arte para decir bien lo que quieren decir, y en el supuesto de que saben más que el lector sobre la materia tratada, trae el peligro de dominar la conciencia y de hacer creer finalmente que es juicio propio lo que no es más que el resultado de la retórica ajena. He conocido varios hombres que a fuerza de leídos habían perdido el libre albedrío de la crítica, y que no tenían el sentido de la oportunidad ni para decidir ni para aconsejar en nada.

El libro que más influenció mi vida de entonces fué uno que es ahora muy poco conocido, y que entiendo se ha agotado en su única edición francesa: *Paris-Guide*, hecho para la Exposición Universal de aquella ciudad en 1867. Ahí venía, en dos volúmenes gruesos, formando como una enciclopedia, el resumen del progreso alcanzado en Francia, descrito, explicado y ensalzado por tales escritores que más que una guía resultaba ser aquello un monumento literario. La introducción era de Víctor Hugo. Las materias, debidamente clasificadas, seguían tratadas por Renan, Sainte-Beuve, Littré, Michelet, Laboulaye, Teófilo Gauthier, Saint Victor, Alejandro Dumas padre e hijo, Taine, Paul Feval, Jorge Sand, Maxime du Camp, Sardou, León Say, Julio Simon, etc.

A la cabeza venía Víctor Hugo con cuarenta y cuatro páginas de prosa que, debo confesarlo, aunque maravillosamente escritas me hicieron la menor impresión. Es tal la hipérbole del concepto y la suficiencia del espíritu, que uno viene a ver allí nada más que el abuso del talento literario. ¡Y qué dón de profesía tiene el gran poeta!

Comienza por predecir que en el siglo XX no habrá más que una gran nación que se llamará Europa, y cuya capital será París. Nos explica esto con frases magníficas que ocultan, en mi humilde sentir, otras tantas vaciedades. Y encumbrando, y encumbrando a París, llega hasta ponerlo en un ridículo que no merece: "Cuando París se equivoca, tanto peor para el buen juicio universal. La brújula está loca. El progreso queda un instante a tientas".

Véase cómo hace ahora Víctor Hugo en ese mismo escrito el augurio inmediato. Era ese el año de 1867, es decir, cuando sólo tres faltaban para la terrible invasión de Francia terminada por la coronación del emperador de Alemania en Versalles y por la rendición de París.

"Las apoteosis se encuentran en peligro.

"El rey de Prusia es grande; tiene corona de laurel sobre su moneda. También la tiene sobre su cabeza. Es casi un César. Va en camino de ser emperador de Alemania. Pero París va a sonreír. Es terrible.

"¿Qué hacerle?

"Sin duda, los uniformes del rey de Prusia son hermosos, pero no podéis obligar a París a admirar la pasamanería del extranjero.

"Muchas cosas serían o querrían ser; pero la risa de París es un obstáculo".

No obstante el despliegue de tantas exageraciones y fatuidades, agravadas por la circunstancia de ser ofrecidas por uno de la casa, mis impresiones del *Paris-Guide*, realzadas por la brillantísima pléyade de los demás escritores, se vinieron a sintetizar en nuevo deseo, reavivado, de ir allá, donde mil otros motivos de tentadora curiosidad me habían sido sugeridos por relaciones de parientes y amigos viajeros. En poco tiempo más ya no me sería dable permanecer en Chile, supuesto que tenía medios pecuniarios y otras facilidades para realizar mi deseo.

Mr. Remy entretanto venía regularmente, dos veces por semana, a darme lección de violín. Se estaba poniendo viejo y cuidaba más que nunca de su persona conservada y acicalada; su melena era lustrosa y bien teñida, su ropa era elegante y siempre escobillada aunque también lustrosa de tanto uso, sus botines acharolados y su sombrero de copa alta daban reflejos azulados, su corbata de raso negro brillaba en cada pliegue; nada de opaco le gustaba. Enero subió una tarde a la pieza de altos en que estábamos, a dúo, repitiendo un estudio de Kreutzer, y le ofreció un boleto de una rifa organizada en beneficio del hospital de La Ligua. Al día siguiente llegaron dos cargadores a llevarse un amueblado de salón con que se encontró favorecido Mr. Remy cuando en su casa despegó el boleto. Pero resultó que el amueblado era de juguete y la caja que lo contenía casi cabía en el bolsillo.

Y una noche en que al pasar por la calle del Estado miré dentro de un almacén de música donde estaba sucediendo algo, encontré que mi pobre profesor acababa de morirse repentinamente mientras escogía unas piezas. Su vida la había pasado tocando, su nombre mismo eran dos notas, y caía entre hojas de música. Fué muy sentida su muerte en la ciudad, por haber sido el mejor profesor llegado hasta entonces, y un excelente hombre además.

Quien sabe si por cultivar el arte del dibujo y de la pintura sin sujetarme a maestro ni escuela de ninguna especie, llegué a elevarme en él más que en el de la música, en el cual siempre he tenido, por lo demás, mejor discernimiento que facilidad de ejecución. Mientras gastaba horas y días en aprender con corrección una composición para violín relativamente fácil, no tenía mas que coger un lápiz para dejar concluído en poco tiempo un apunte, o retrato o paisaje, que resultaba interesar más que mis tocatas. Desgraciadamente di en el gusto de hacer cari-

caturas, ramo de aplicación delicada, pues el caricaturado no perdona nunca; me vi muchas veces solicitado con fines políticos u otros, pero habiendo comprendido a tiempo lo inconveniente de la cosa, no quise prestarme por más que estuviera seguro del éxito. Asuntos inofensivos se me presentaron, no obstante, y los aproveché cediendo al pedido de mis compañeros que me celebraban. Para el Club Musical hice, imitando al caricaturista alemán Busch, que fué un gran maestro y del cual procedió Caran d'Ache, el caricaturista de *El Fígaro* de París, una serie de cuadritos representando las variedades en la expresión que toma un pianista frente a su instrumento. No sé qué se hicieron cuando se liquidó el Club.

La caricatura había tenido hasta entonces, y después ha seguido teniendo, mal florecimiento entre nosotros; han salido muchos periódicos a explotarla, pero en ninguno se ha revelado nunca un dibujante inteligente o ingenioso. Por lo contrario, sólo se ha podido publicar láminas insulsas, y cuando han puesto mayor empeño en hacerlas graciosas o picantes han caído en lo soez y en lo inepto.

Se hablaba, no obstante, del talento que había desplegado en ese pequeño arte de la guerra política y social el pintor Antonio Smith, el mismo que tomó y conservó celebridad como paisajista.

En tiempo de don José Joaquín Pérez hubo un mendocino llamado Zuloaga que también hizo circular con profusión dos periódicos satíricos, *El Charivari* y *La Linterna del Diablo*, pero bien que sus composiciones litografiadas andaban de mano en mano, como cosa divertida, no pasaban de ser obras campechanas, que para zaherir con la intención requerida se hacían explicar por un texto lleno a la vez de conceptos burdos.

Como ocupación de beneficencia, y ésto lo recuerdo con satisfacción en descargo de conciencia por el mucho tiempo des-

tinado al propio aprovechamiento o al placer, tomé la de hacer una clase elemental de dibujo en el Patrocinio de San José en la calle de Santa Rosa. Mis alumnos eran todos huérfanos y de extracción variada, de doce a quince años, y torpes en sumo grado para lo que les iba a enseñar; no pude conseguir que me hicieran ni pasablemente un simple rectángulo de lápiz en papel de oficio.

Desde entonces me he quedado creyendo que nuestra gente es poco dotada para este arte, y nada ha venido todavía a hacerme cambiar de opinión. Quizá para la escultura, que reproduce la forma de un modo más directo y material, se encuentran mejores disposiciones; así parece haberlo demostrado la experiencia posterior.

La calle de Santa Rosa era, pues, recorrida por mí a pie en los dos sentidos cuando me tocaba día de lección, no habiéndose establecido por ahí ninguna línea de tranvías; prefería yo también romperme los zapatos andando sobre las piedras de la acera antes que meterme en un coche de posta que me rompiera el cuerpo entero con sus barquinazos. De ida y de vuelta veía en muchas casas de alero y pared blanqueada, de mala catadura y de puerta entornada, muchachas que se asomaban por la ventana o hacían la guardia de pie cerca de la misma puerta, pintadas de solimán y carmín, ridículamente vestidas, feas la mayor parte, picadas de viruela algunas y de flor en el pelo o sobre la oreja. No todas me dejaban pasar de largo sin mandar una palabra o sonrisa.

Algunas noches eran dedicadas a sesiones de directorio de las escuelas de Santo Tomás de Aquino, bajo la presidencia de Monseñor Eyzaguirre, en su casa de la calle de la Catedral. Me habían incorporado en la junta y en ella dábamos cuenta de la marcha de las diferentes escuelas pertenecientes a la institución que visitábamos, en parejas, ciertos días de la semana.

Radical, bombero o masón, todos han querido serlo en la primera juventud, según un dicho moderno santiaguino. Pero no hay tal; como yo eran muchos los compañeros a quienes por ningún lado sentaba ser radical y nunca lo pensaron. Lo que sí había era un número de muchachos de 18 años que pasaron más tarde a ser liberales y aun conservadores, dando asidero al dicho santiaguino, así como también hubo conservadores, aunque muy pocos, que hicieron la evolución inversa. Entrar de bombero era más tentador porque había alegría y jarana en la junta, y porque el móvil es tan generoso como simpático. Yo estuve a punto de formar parte del grupo de fundación de la quinta compañía, que salió de entre algunos de mis camaradas.

Lo que es la masonería, consiguió tentar a bien pocos que yo conociera, y éstos eran, todavía, los que menos se distinguían por las esperanzas de porvenir vinculadas a sus méritos o a su posición social.

Nos teníamos formada la idea, la mayor parte de los jóvenes de mi tiempo, de que la masonería chilena estaba constituida, en el fondo, como una asociación de asistencia mutua, a la que se plegaban los que sufrían más que de falta de fe religiosa, de falta de fe en ellos mismos. A mí y a casi todos mis amigos nos hicieron insinuaciones, por lo menos una vez, para entrar en las logias donde según se nos aseguraba la libertad de conservar las creencias era fundamental. Nos lo decían de buena fe, pero después he venido a entender que los verdaderos fines de la masonería chilena, rama que viene de troncos italianos y franceses, no pueden ser conocidos de cualquier iniciado que se mueve con los solos fines declarados de fraternidad, beneficencia, etc. Los iniciados cooperan, a cada instante y sin saberlo, a objetos políticos, sociales y religiosos, o más bien antisociales y antirreligiosos, que son acordados y señalados desde lo alto, desde un Gran Oriente de Chile, por ejemplo, para los

casos de Chile, o desde un jefe universal, para los casos universales.

Las principales instituciones masónicas de Inglaterra, Estados Unidos y Alemania son diferentes; no tienen de común con las otras más que el nombre y ciertos atributos alegóricos, los delantales bordados, triángulos, compases, etc. Así es como se explica uno esta masonería tan conservadora, que pone al rey a su cabeza, al paso que la masonería latina es tan reformadora y demoleadora que se la ha visto minando a la misma monarquía italiana a raíz de la ocupación de Roma, después de haberla sostenido con todas sus fuerzas para hacer el destronamiento del Papa.

DE 1874 A 1884

CAPITULO XXVII

Primer viaje a Europa.—Londres de primavera, ciudad encantadora.—Llegada a París.—Don Javier Rosales y don Alberto Blest Gana.—Florián.—Vuelta a Londres.—Adelina Patti.—Lo gótico y lo romano.—Deauville.—Los chilenos en París.—Pintores y músicos.—Revolución francesa e Inquisición española.—Italia.—Florencia y Miguel Angel.—Roma y los genios del arte.—Pío IX y Víctor Manuel.—Nápoles y Venecia.—Las capitales de Europa.—Vuelta a Chile por Magallanes.—Manuel Pardo.—Viajes al sur y norte.—La guerra contra el Perú y Bolivia.—El héroe Arturo Prat.—Segundo viaje a Europa.—Mitre y Sarmiento.—Parientes de Francia.—Estada en Roma.—La administración Santa María.—Pedro Lira y el movimiento artístico y literario.—Tercer viaje a Europa.—Don Rufino José Cuervo, el gran lingüista.—Lourdes.

Viña del Mar, en aquel entonces, no era más que una hacienda, perteneciente a doña Mercedes Alvarez de Vergara. Tenía su estación de ferrocarril, en forma de un pequeño *cottage*, hecho por los arquitectos ingleses de la línea.

Tras la estación, y paralela a los rieles, había una calle corta de casitas que parecían de cartón, modestas y aseadas, dispuestas en fila como un tren, por el jefe de la estación, don

Enrique Bohn que en ella había invertido sus economías. Fuera de eso no había más que las casas de la hacienda, a donde se llegaba por una alameda sin frondosidad, de álamos de poco desarrollo, que así crecen en los terrenos de la costa. Las aguas de la quebrada, que tiene su profundidad detrás de la actual iglesia parroquial, regaban pequeños potreros extendidos entre el cerro y los arenales del estero, es decir, donde hoy se levantan las mejores casas y más apreciadas calles de la población.

En una de las casitas de la calle de Bohn, alquilada por una de mis hermanas, vine a parar la última noche antes de embarcarme. Ya tenía el consentimiento para irme a viajar por Europa, y mis aprestos, que no eran muchos, estaban terminados. Eché unos terrones, tomados del pie del cerro, en el medallón que según era moda colgaba de la llave de mi reloj; ese recuerdo de la tierra querida me acompañaría después en mis ausencias. Con la bendición de mi madre y seguido de mis hermanos y algunos amigos, me fuí al *Patagonia* que zarpaba para el norte el 14 de marzo de 1874.

Los viajes eran relativamente más fáciles que ahora. En más de un cuarto de siglo, cuando la navegación del mundo entero se ha transformado, duplicando la celeridad y las comodidades del servicio, las distancias de Chile a Europa y a los Estados Unidos han quedado casi las mismas. Así lo demuestra el viaje que me tocó.

Desde Valparaíso se dirigió el vapor a Arica, donde vi la aduana de hierro y un buque de guerra norteamericano dejado en seco dentro de la tierra, por el hundimiento del suelo o levantamiento del mar, sucedido pocos años antes en medio de un terremoto. Después siguió a Mollendo, donde la mar boba lo balanceaba más que en medio del océano; y a los cinco días en todo entraba al Callao, donde el agua estaba tersa y

lechosa cubierta cerca del puerto por numerosas embarcaciones de comercio y de guerra.

Los pasajeros no eran muchos; de suerte que fuera de mi consagración al mareo no tenía como ocupar bien mi tiempo en las conversaciones, que son lo importante en la vida de a bordo. Venía una señora peruana, casada con un Mr. Watson, socio enriquecido de la casa de Gibbs de Valparaíso; iban a establecerse en Inglaterra después de haber colmado su programa mediante algunos años de trabajo. En mis navegaciones posteriores siempre he encontrado extranjeros enriquecidos que dejaban a Chile. Es un mal para el país, pero no sería justo culpar a quien vuelve a su propio hogar; tienen la culpa principalmente las autoridades o poderes locales que no ofrecen al habitante ni seguridad, ni comodidades, ni agrados como los hay en Europa; quieren dejarlo todo a la naturaleza, sin contar con que el hombre de hoy no se contenta con el buen clima y el cielo azul. A Mr. Watson y a su señora me habían recomendado unas familias que con ellos vivían en la intimidad; eran diligencias que había solicitado mi madre, por el cuidado que le daba el verme partir solo. Conviene anotar, en justicia, que los Watson no hicieron caso de su recomendado.

En el camino habían subido pasajeros peruanos que en la conversación me armaban disputa revelando mala voluntad hacia Chile. Como no había cumplido yo veinte años, me gustaba la polémica, y les daba réplicas hirientes. Cuando me sacaron a colación las fuerzas navales del Perú, les aseguré que en poco tiempo más estarían supeditadas, y que, por lo demás, sus famosos monitores no se podían mover. Uno de ellos saltó, y me dijo con entonación de profeta que había otros que se movían, que se llamaban *Huáscar* e *Independencia*, y que acaso los veríamos por segunda vez en Valparaíso ya que allí habían

estacionado primero cuando venían de Inglaterra, después del retiro de la escuadra española en 1866.

La rivalidad estaba germinando; no se había hablado aún ni de cuestiones con Bolivia ni de tratados secretos; pero daba cuidado en el Perú la invasión de brazos y de iniciativas chilenas en el desierto. Por su parte, Chile quería a toda costa salir de su papel secundario y tomar el puesto que le correspondía, teniendo la conciencia de su buena y honesta organización.

Sucedía (y desgraciadamente sucede todavía) que en el trato mutuo de las naciones de Sud América, sobre todo entre las vecinas, ni se conocían ellas lo bastante para estimarse en lo bueno y provechoso, ni lo bastante poco para no pasarlo incomedándose. En las sociedades de capital sudamericana ocurre lo propio: cada hombre tiene sus enemigos que, a ser la ciudad más grande y su gente más distraída en otros negocios, le estimarían mejor o le dejarían en paz.

En el caso del Perú entraba por no poco la idea orgullosa y antigua de la supremacía del virreinato, idea que venía transmitiéndose no ya en el manejo de la política internacional, sino que en el modo de ser de la casta dirigente, que a su vez la transmitía a los diferentes círculos; la prensa la tomaba en seguida; y he ahí la avería diseñándose. Los periodistas, que generalmente se ocupan más en entretener, influenciar y halagar, que en instruir a su lector, tiraban sus líneas en los diarios de Lima con todo desenfado, y, copiando los planes que interesaban en Europa, se daban a clasificar las naciones americanas, según su fantasía, en naciones de primera, de segunda y de tercera clase. Los peruanos resultaban naturalmente potencia de primer orden, junto con el Brasil y la Argentina; Chile venía en segundo término con Bolivia, Venezuela y Colombia, y con verse en el tercero debían de contentarse Ecuador con Paraguay y Uruguay. ¿Podrá darse mayor ociosidad?

La palabra *hegemonía* no la habían descubierto aún en el diccionario.

Antes de desembarcar para irme a Lima se me acercó un oficial de buenas maneras, que no supe si pertenecía al ejército o a la policía; me hizo muchas preguntas y me acompañó a tierra. En el tren le encontré otra vez y se me sentó al lado y no me dejó de dirigir conversación hasta el fin. Creí que estaba encargado de sonsacarme algo sobre la situación de Chile, o que me había tomado por alguna otra persona que tenía encargo de vigilar.

Parecióme la ciudad de Lima, la primera del extranjero que conocía, muy digna de la curiosidad del viajero que más y más en mí se despertaba con los nuevos incentivos. Su interés estaba no en sus nuevos edificios o establecimientos, que ya en eso Santiago la superaba, sino en algo más raro de encontrar, porque ni se fabrica ni se compra; era una ciudad original y pintoresca, con fisonomía propia, que no era ni americana ni española, ni antigua ni moderna. Sus calles, sus casas, sus templos y palacios, su aspecto entero, era, en una palabra, colonial. Las disposiciones y móviles de las personas habían cambiado; pero la decoración del fondo no podía ser sino la misma del Virreinato. La arquitectura de las iglesias era peculiarísima; derivaba, sin duda, de la española del siglo XVI. Pero, habiéndose permitido, al trasplantarse a las regiones nuevas de las Indias, más fantasía en la intención y mayor libertad en las líneas rebeldes a la norma clásica ostentaba todos los caracteres de la creación propia y adecuada a un sitio determinado. Era arquitectura limeña; la única hermosa, atrayente y genuina, que se encuentra en Sud América. Los obispos, las comunidades conventuales, o las autoridades civiles han puesto, sin quererlo, empeño en destruir en todos los demás países lo que pudiera acercarse o rivalizar con lo de Lima.

Otros edificios públicos antiguos eran igualmente característicos, pero más sencillos. Donde otra vez se encontraba lo rico en arte, era en una que otra casa particular de abolengos y aristocracia criolla; recuerdo haber visto una cuyo patio principal era una verdadera preciosidad; en la misma Sevilla, que fué como la casa madre de las colonias de Sud América, no se le ocurrió seguramente a un arquitecto el dar con tan ricas ornamentaciones de ventanas, pilares, puertas y balcones, como las de aquella casa.

Me quedé unos diez días en Lima, habiendo dedicado uno entero a la excursión, por el ferrocarril de Oroya, hasta Matucana, donde vi en la iglesia la particularidad de un altar con un apóstol Santiago a caballo, de madera, puesto en tamaño natural sobre la mesa.

En la capital misma no quedaba mucho que ver. Las personas de la sociedad que podía conocer por medio de cartas que traía se encontraban ausentes en su mayor parte.

Relaciones sociales existían entonces muy buenas entre familias de Santiago y de Lima, varias de ellas se encontraban mutuamente enlazadas por matrimonios. Lo que traía los ánimos un poco predispuestos en los salones contra los chilenos, era la circunstancia de que algunos de éstos habían burlado la hospitalidad, cometiendo no pocos abusos. También había animosidad, de carácter popular, en contra de la gente menuda de Chile, venida a los puertos principalmente, y que se hacía notar por viciosa y pendenciera. Alguien me dijo que era culpa de esos aventureros el que Chile no fuera mejor estimado dentro de la nación peruana.

La sociedad alta de Lima es muy distinguida; si no la aprecié allí mismo, lo pude hacer antes por nuestras venidas a Santiago, y sobre todo por el grupo de personas principales establecidas en París que conocí muy poco después.

Mal que pese a los latinoamericanos del Atlántico, que ya bastantes ventajas han encontrado en la circunstancia de quedar cerca de Europa, las sociedades más finas y nobles de América son las que se han desarrollado en los sitios más inaccesibles; y ello se explica: las ciudades transandinas se poblaron con el elemento español de la buena época, que allí llegó y se propagó libre de mezclas o influencias. De allí es que se encuentran ciertos rasgos en el estilo de la vida superior que no es dado percibir en las otras capitales que se han hecho más grandes y prósperas precisamente en razón de haber recibido pobladores de todas partes, portadores no tanto de antecedentes de elevada cultura cuanto de nuevos hábitos de actividad y de ideas positivas y emprendedoras.

Apenas tratadas, y aun a la simple vista, revelan las buenas personas de Lima, sobre todo las mujeres, ese no sé qué de transmitido más que enseñado, que no se encuentra más que en las sociedades y en las familias antiguas.

Así los hidalgos fundadores de la casta se pudieron perpetuar aún mejor en su trasplante a las sierras de América que dentro de su propio suelo español, sujeto al estancamiento.

Las nuevas influencias americanas, el ambiente muelle y demasiado templado de Lima, las temperaturas secas, extremosas, y la falta de electricidad de Santiago, el aire elevado de Bogotá, han hecho su obra a través de las generaciones; pero en todos esos centros están siempre sobresaliendo individuos que por su buen habla, por sus ademanes cultísimos, por su visible firmeza de carácter a pesar de cierto amaneramiento del modo de ser, y hasta por su figura parecida a los antiguos señores de golilla, están diciendo que son de buena sangre.

Las mujeres limeñas son no sólo el mejor tipo de la criolla clásica, aterciopelada y ondulante, de palidez fresca y sana como las asclepias de invernáculo, sino que dan, en medio de su

trato fácil y cariñoso, toda la impresión de la dama bien nacida y discreta.

Embarcado de nuevo a bordo del *Santiago*, capitán Bird o Pájaro, como luego le llamamos, salí con rumbo Panamá, anunciada como sola escala la de Paita. ¡Qué horrible lugar éste! Es un pedazo de Africa, seco y caliente, desprovisto de todo; de él no se puede decir ni que tiene mal aspecto, porque no tiene aspecto alguno.

En pocos días llegó el *Santiago* a Panamá, y nos quedamos todos a bordo esperando el día de partida del *Nilo*, anunciado desde Colón. Panamá no puede dejar más que recuerdos de calor, de lluvias y de verdura vista por donde quiera, hasta sobre las torres de la iglesia recubiertas por mosaicos de madreperla. La travesía del istmo, en un tren llovido que a uno parece más bien sudado, tenía su interés, sin embargo; los montes cubiertos de una vegetación vigorosa y las quebradas igualmente verdes llenas de helechos, de entre los cuales brotaban los plátanos con sus grandes hojas tersas, claras y sedosas, y las palmeras elevadas, eran un espectáculo curioso y opulento de que se podía gozar tanto como lo permitía la postración del calor del trayecto.

En seguida de haber señalado mi camarote y dejado mi neceser en el *Nilo* bajé a pasear en Colón, con un joven inglés llamado Smith que venía desde Valparaíso, y que apenas había apercibido entre los otros viajeros. Smith me iba a tocar por compañero de camarote hasta Inglaterra.

Era tal el calor, que decidimos bañarnos en un estero, bajo el reparo de una enramada que nos invitaba con su sombra. Al comenzar a desvestirnos se acercó un muchacho que nos preguntó qué íbamos a hacer, y luego que le contestamos, se rió replicándonos que no bien entráramos al agua, nos devorarían los caimanes.

Se había oscurecido el horizonte y cargado de colores des-templados; brillaron relámpagos y se acercaron los truenos. Poniendo proa a la tempestad, que era poco recia, salió el *Nilo*, con rumbo a Jamaica, a tomar más pasajeros como lo hacía en todas las escalas.

Smith también quiso que me hiciera masón, vistas las ventajas que las logias ofrecían a los viajeros. Convencido de lo inútil del empeño, se bajó él solo a pasar la velada con sus hermanos de Kingston; pero tuvo la desgracia de volver borracho, y de encontrarme tan poco avenible que le amenacé con denunciar su estado al capitán si no se quedaba quieto.

La navegación siguió sin novedad a través de las Antillas, hasta Santo Tomás, la isla fea, parecida a Paita, donde se tomaba carbón y agua para la gran travesía. Los jóvenes van siempre a tierra; recuerdo que los remeros del bote nos hicieron entrar los codos porque se había visto que los tiburones, como los que venían siguiéndonos, saltaban a pescar gente cogiéndola de los brazos. ¡Y adiós Santo Tomás; adiós, Mar Caribe! Prometí no volver a pasar más por ahí: el mar es traidor, el clima es deprimente y no me ofrecían interés los sitios tropicales, desprovistos de novedades, de civilización y de belleza artística. Comprendo que un naturalista botánico encuentre mucho que ver en medio de esa exuberancia vegetal; pero el paisaje es monótono, de un verde parejo y crudo; el cielo está desprovisto de matices. A los pintores no se les ocurrirá nunca ir a tomar esas impresiones.

Pasado Santo Tomás, las aguas del Atlántico estaban obscuras y horriblemente disparejas, a la par del cielo cubierto de nubes negras y amenazantes. Caí postrado de mareo, y Smith, en el camarote superior, quejándose a gritos, angustiado y vomitando, parecía volver otra vez de la logia de Kingstone. El

viejo mayordomo Marsol quería auxiliarnos y aliviarnos, pero en balde.

Al día siguiente estaba todo lo mismo, si no peor; se sentía el viento, pero faltaba el aire; la atmósfera estaba pesada; sentía perder toda la energía y no me importaba figurarme que el vapor, cuya hélice se salía a azotar la superficie del agua, se hundiera de punta o se volcara. La frente me sudaba y me venían fatigas que terminaban por náuseas mortales y convulsiones. Como una visión de reproche, se me presentaba en la imaginación Viña del Mar, serena, fresca y perfumada por el viento del cerro, o la casa de mi madre en Santiago, cómoda, vasta y llena de personas alegres y queridas.

Calmó un poco el viento e hice abrir la ventanilla, pero a poco andar se entró por ella el mar; había sido tan grande el desparpajo del interior que las maletas y sacos, alocados, y después de haber tomado todas las posturas, se habían abierto y vaciado de sus contenidos; el agua, que quedó mucho rato sobre el piso, hacía flotar los pequeños objetos: un rizo de pelo de niña de Santiago, atado en cinta celeste, flotaba y corría al lado de un zapato de Smith, sobre el líquido que buscaba afanoso su nivel. Los pantalones, colgados de los garfios, se libraron del baño, pero se balanceaban como péndulos, tomando a veces una dirección que parecía horizontal. Todo eso era ridículo, y así lo percibía yo, dando en torno miradas como de moribundo, sin embargo.

El bueno de Marsol me hizo tomar limonada efervescente y ciruelas secas; algunas horas más tarde me incorporé sobre mi camilla, comí algo y pude dormir en la noche. Ya en la mañana del otro día me levanté y me aventuré a andar, casi más con las manos que con los pies, pues los vaivenes y cabeceos no habían cesado. Sentado a la mesa, el vino de un vaso se me coló por el puño de la camisa, como si fuera la boca, y corrió has-

ta el fondo. Recostado después en mi silla, sobre la cubierta mojada por la lluvia, resbalé, y me habría caído al mar, con silla y todo, sin la presencia oportuna de un pasajero francés que me sujetó.

Y así se portó el Atlántico hasta que el 28 de abril divisamos, con alegría del alma, las costas del sur de Inglaterra con sus escarpas blancas y mesetas verdes sobre las cuales al través de los anteojos alcanzábamos a ver primero los faros y después algunas habitaciones. Vapores y veleros había por todas direcciones; con sólo esto ya parecíamos estar en la populosa Europa. Entramos en seguida a Plymouth pasando cerca de una isla artificial, blindada y artillada, y dejando atrás a varios grandes buques de guerra.

En suma, aunque la navegación había sido mala, los numerosos pasajeros que el *Nilo* había encerrado en sus flancos de hierro, llegaban buenos y contentos. No hubo más desgracia que la de un individuo que padeció de un ataque de *delirium tremens*. El médico le había mandado encerrar en su camarote, olvidando que allí quedaba una botella de Agua de Florida; se la tomó el infeliz y se murió carbonizado. Me tocó ver por primera vez la ceremonia de sepultar en el agua.

CAPITULO XXVIII

Al recordar en Londres, en mi buena cama ancha del hotel, lleno de bienestar, repasaba como después de un sueño feliz las impresiones y los pequeños incidentes de mi llegada a Inglaterra: mi descanso en Plymouth que me quedó pareciendo la más linda ciudad que pudiera verse; el viaje en tren a través de los verdes condados del sur, de nombres retenidos en la memoria desde la geografía de Miss Whitelock, mirando las ensenadas del mar, los prados con vacas y los arbustos y cercas vivas recién en flor; la travesía de pueblos y ciudades con torres de iglesias góticas; la pasada frente a Windsor que levantaba sus almenas viejas y su torreón dominado por el estandarte real; la llegada a la estación de Paddington con la última despedida de los compañeros de viaje; el trajín dentro de la ciudad buscando un hotel que no estuviera lleno; la vista de todas esas calles y plazas del barrio más animado y elegante de la metrópoli; el aspecto de la gente, bien traída, con aire contento, rubia y hermosa; y por fin, la vida, actividad y prosperidad patentizada en todo, hasta en los animales grandes, briosos y lucientes que arrastraban los coches y carretones.

No quería perder el tiempo y me levanté temprano; no tanto como una media docena de *minstrels*, teñidos de negro, de som-

brero alto, cuello exagerado, enorme corbata y pantalones listados, que ya acechaban en la calle al primero que asomara por una ventana, para darle una serenata. Me cantaron con acompañamiento de banjo y me hicieron grandes reverencias con el sombrero en la mano, puesto para recibir el chelín que cayó con sonido de papirote sobre cartón.

Me largué después por esas calles de Dios, a andar y ver más y mejor; en la tarde anterior no había alcanzado más que a formarme una ligera orientación en el espíritu. No me cansaba de mirar los edificios, las tiendas, las calles y la gente, y no sabía, después de observarlo todo, donde se encontraban las más grandes diferencias que tenía Londres con Santiago y con Valparaíso. Fijándome un poco me pareció que, en lo material, debía de ser el mayor contraste el del pavimento de las calles, suave y mantenido como para permitir la enorme y variada circulación que me asombraba. Pero no menos notable era para un chileno el buen traer de los transeúntes, que si no todos vestían elegantemente, por lo menos se les veía aseados, con el pelo corto y zapatos decentes. Las diferencias de las casas no eran tan marcadas, pues en Chile las había buenas en los barrios principales de Santiago y Valparaíso.

Debe tener mucho de justo esa manera de ver, porque lo propio, en sentido inverso, es lo que impresiona al inglés en Chile. Cuando ven los bueyes y las carretas, las piedras saltadas y los hoyos de las calles, se preguntan qué clase de gente y de vida es la de esas ciudades; y cuando encuentran a la mujer despeinada y de manto y al hombre de poncho, quieren, naturalmente... fotografiarlos, y mandar las figuras a casa como prueba de que están en país exótico o semi-bárbaro.

En esos años fué de Ministro de Su Majestad Británica a Chile, Sir Horace Rumbold, que concluyó su carrera de Embajador en la corte de Viena. Estuvo también de lance con los

soldados en una formación, quiso romper las filas y le echaron atrás; pero acudió Vicuña Mackenna y otros amigos que consiguieron satisfacerle y desenojarle antes que se hiciera un caso como el de Diego Whitehead, cuyo epílogo fué la *Sutlej* amenazando bombardeo. Quiero recordar a Rumbold porque al retirarse de Chile escribió un librito en que no nos trataba mal, y decía que Santiago se le figuraba un centro de palacios italianos, rodeado de tolderías de Constantinopla. En Londres veía yo cuanta razón tenía un inglés en no comprender el orden social nuestro que efectivamente permite levantarse la casa estucada, grande y suntuosa, cerca del conventillo sucio y del rancho miserable.

Saliendo fuera de los centros de comercio y de los de elegancia, que son diferentes, y se han situado a una legua de distancia, se encontraban calles interminables donde vivía la gente pobre en casitas limpias, bien fabricadas y agradables, con buen aire y vista de arbolados. ¡Qué envidia me daba!

Diez días enteré, sin querer conocer a nadie, ni juntarme con nadie, visitando sin cansarme, desde la mañana hasta la noche, lo que la ciudad me ofrecía de mejor y de más fácil acceso. Me era todo tan nuevo y sentía tal satisfacción en proceder independientemente sin sujetarme a programas impuestos, ni a voluntades ajenas, que habría prolongado por meses mi estada; pero tenía personas que ver, cartas que entregar y diligencias que cumplir en Francia. Diciendo hasta luego a la ciudad por la que había cobrado pronto y duradera simpatía, tomé una mañana el tren, con billete directo hasta París. El viaje duraba entonces tres horas más que ahora.

Antes de la siete de la noche, ya estaba explicando al cochero de mi fiacre de galería, que debía de llevarme a ver la Opera Nueva por los bulevares vecinos, la plaza Vendôme, el

Louvre y las Tullerías, después de lo cual me dejaría en el Hotel del Louvre.

Aprovechando la luz del día que quedaba, y dando una última revisión a mi maleta chilena y a otra, conteniendo mis elegancias compradas en Londres, bien estibadas todas en lo alto, emprendí la jira mediante la cual no haría figura tan demasiado de recién llegado ante los chilenos con quienes contaba encontrarme en la noche. Sacando fuera la cabeza desde el principio de la calle de Lafayette, divisé el levantado perfil de la Opera, el "monstruo informe, concebido en noche de orgía y abortado en día de sangre" como lo llamó Veuillot. Mi fiacre dió una vuelta en torno del edificio, que ya conocía bien por fotografías, y que encontré era por cierto hermosísimo; seguí hacia la plaza Vendôme, en cuyo centro se había armado un andamio enorme que ocultaba la columna en reconstrucción. Casi al pie de los maderos paró un landó con gente que me reconoció y me hizo señas: era el de la señora doña Enriqueta Pinto de Bulnes que iba con sus hijas; me bajé a hablarles con todo el gusto de quien llevaba cerca de dos meses sin ver una cara amiga y chilena.

Mi antiguo amigo Manuel Tocornal vino a verme en seguida y renovamos pronto la amistad infantil que nos había unido. Su madre y su tío, el gordo, vivían con él, en un elegante departamento de los Campos Elíseos, donde encontré una cariñosa acogida y casi un hogar propio. Entraba ahí todos los días como antes a la casa de la calle de la Bandera en Santiago.

El Hotel del Louvre, convertido algunos años más tarde en tienda colosal, era entonces para los chilenos como la capital de París, así como reconocían en ésta, de acuerdo con los propios escritores franceses, a la capital del mundo. Me vine a hallar, pues, casi en familia y dentro de un foco de gente escogida de Santiago, de señoras, caballeros, niñas y jóvenes amigos, o conocidos por lo menos. Don Javier Rosales, que quedó

establecido en París después de haber sido el representante de Chile hasta la llegada de don Alberto Blest Gana, llamaba a ese hotel los Baños de Colina, refiriéndose al constante comadreísmo de los paisanos que llegaban y que a veces se entretenían más, a pesar de estar en París, dentro que fuera del hotel.

Sin poder abandonar el prurito de la comparación, cuando al día siguiente lo vi todo con la luz de la mañana, me pareció París más diferente aun de Santiago que Londres; las casas eran elevadísimas y todas de piedra oscurecida por la humedad; el aspecto era menos risueño de lo que me había imaginado.

Entre la gente que se veía hormiguar, sin embargo, el tipo no era tan diferente del chileno como podía serlo el inglés; luego se notaban muchos hombres y mujeres morenos o por lo menos de pelo oscuro como lo tiene la generalidad en Chile. El contraste estaba, respecto de los habitantes, más bien en el contento, la agilidad y viveza que demostraba el transeúnte de París, que va mirando por todo y que parece libre así de afectaciones como de preocupaciones. Luego supe también que, salvo la casta de los holgazanes, el parisiense es tempranero y trabajador, ducho en su oficio y muy lince en el trato. La parisiense, tal como la vi en la calle, en los teatros, tiendas y otros lugares, parecióme singularmente simpática, y en general más guapa de lo que creen los que han ido por ahí que es principalmente elegante y coqueta. Al contrario, se encontraban fácilmente tipos de jóvenes muy bien torneadas, de proporción justa y talle esbelto, de cabeza bonita, con cara y facciones finas. El que ande la parisiense con más gracia que otras, cogiéndose discretamente la falda para que no arrastre; o que vista y se calce mejor que ninguna, no es motivo para que se la desmedre en otros atributos que le son propios.

Una cosa que me comenzó a fastidiar, desde la misma llegada, fué la costumbre francesa de no fijar ni los precios de algunos servicios, ni la expresión de aquellos datos necesarios que, por su naturaleza, debía de ser la verdad misma. El extranjero que toma un coche sabe lo que vale el viaje, pero después viene el *pourboir* que es aleatorio, y que uno alarga a medida que es más amenazante el gesto del cochero; si uno coge un diario de la tarde, encuentra que trae la fecha del día siguiente, para engañar al comprador de provincia; si come en el restaurante, ponen en la cuenta el cubierto, que nadie se come, naturalmente; si va al teatro, no le dan el asiento comprado si no unta la mano a una vieja llamada *ouvreuse*, que en vez de servir estorba, y así en muchas cosas.

En medio de la bullente actividad de la ciudad se alzaban entonces humeadas y tristes, las ruinas de los incendios de la Comuna. Una parte del palacio del Louvre con su gran frente que se llamaba Tullerías, la Corte de Cuentas, el Palacio Real y el Ministerio de Hacienda estaban ahí en esqueleto, y siempre imponentes, esperando la refacción, en el mismo centro de la ciudad.

Era, por los mismos días de mi llegada, el tercer aniversario de las proezas de aquellos energúmenos que, sublevados frente al enemigo, pusieron fuego por dondequiera, e hicieron matanzas que avergonzaron al mundo y concluyeron de aterrar a Francia, recién vencida y desangrada. Siniestros y bufones, hicieron dar saltos a los rehenes que' fusilaban para matarlos "al vuelo"; ruines en todo, sus batallones que tuvieron dominado y vejado a París, fueron los mismos que en cada salida contra los prusianos, iniciada con vino y con cantos de la Marsellesa, terminaban la jornada con una vuelta atropellada hacia los muros. Uno de los encerrados durante el sitio me contó que cuando había gran salida en armas, se iba él a esperar

cerca de la puerta correspondiente de la ciudad; y antes que amainara el tiroteo lejano, veía llegar a caballo y a pie, en des-pavorido tropel, a los regimientos movilizados. Otro amigo me mostró en las inmediaciones del parque Monceau unas áreas cerradas y despobladas donde, derrotados por las tropas nacionales que mandaba el marqués de Gallifet, los últimos regimientos comunistas quedaron acorralados; para ahorrar tiempo y trámites, se dió orden de fuego contra ellos a las ametralladoras, y quedaron los infelices muertos, amontonados por miles, por regimientos.

Pero el perdón viene pronto para los crímenes de guerra civil; y así es mejor.

No tenía yo para qué indignarme demasiado viendo por la prensa que los mismos franceses iban olvidando. A un cochero le pedí su opinión sobre la Comuna, y volviéndose entero sobre el pescante me dijo: *c'est la vraie republique*. Y después se ha visto al mismo Gallifet formando ministerio con comunistas sobrevivientes, y aliados para la revisión del famoso proceso contra el capitán judío Dreyfus.

Mac-Mahon, que estaba a la sazón ocupando la presidencia, después de Thiers, encabezaba un gobierno que se honraba con la reorganización que hacía en Francia y con la refacción, en París, de lo destruído por la Comuna. El ejército había trabajado admirablemente; me acuerdo de haberlo visto en revistas y paradas demostrando una gran disciplina y fuerza de cohesión, vestido, equipado y armado de tal modo que a nadie que no lo supiera, le habría ocurrido que todo era obra de sólo tres años.

Cerca de treinta años más tarde, bajo el gobierno extremo, apoyado en socialistas, de Mr. Loubet, ya no sería posible decir otro tanto del mismo ejército: los estadistas de esta escuela habían de hacerlo retroceder.

Puede ser juzgada la política de aquella sazón después de los años que han transcurrido, como una de las que dan mejor muestra de la terquedad de los hombres, que les hace posponer lo que creen bueno para la nación, con tal de no dañar los intereses de su partido o sus propias aspiraciones.

Las primeras cámaras de la tercera república francesa, reflejando el pensamiento del pueblo, estaban compuestas de una mayoría de monarquistas, y de pocos republicanos relativamente. Creían los primeros que las inclinaciones disolventes de los últimos traerían la desunión de los franceses y el decaimiento de la patria. El gobierno seguía siendo republicano, sin embargo, pues las fracciones del mayor número no podían ser verdadera mayoría parlamentaria a causa de la mortal rivalidad que las dividía.

Los orleanistas querían entronizar al conde de París; los legitimistas seguían de súbditos del de Chambord que perdió el reino por empecinarse en que la bandera fuera otra vez blanca en vez de tricolor; y los bonapartistas, que habían de perder pronto en la guerra de los zulúes a su príncipe imperial, preferían cualquier cosa antes de ver un monarca implantado que no fuera el de ellos.

Y es así como se pudo abrir camino la República, moderada primero, radical en seguida, y perseguidora y ribeteada de socialismo en su último término conocido.

En tanto, los dos ojos me parecían poco para mirar todo lo que me ofrecía la capital: museos, teatros, paseos, exposiciones, tiendas infinitas, gentes, caballos y carruajes de la mayor variedad; caminaba de día cuanto podía, y no era poco; cogía un coche cuando me cansaba; en la noche daba mi atención al espectáculo y me acostaba gozando con la nueva excursión decidida para la mañana siguiente. El aire de París me excitaba y comunicaba nuevas fuerzas; las cosas bonitas, atrayéndome

como el imán, me hacían moverme sin pensarlo, las músicas me renovaban; y sobre todo ahí estaban los veinte años, que son la fuerza y el espíritu siempre despierto y dispuesto. Sin hacer caso de otros museos, en frente tenía el del Louvre con sus colecciones de productos del arte humano, recogidas y escogidas en todo lugar y en toda época.

En las calles, y por sus largas avenidas, los castaños de la India que se gozan brotando en París y ofreciéndole sus erguidos penachos, multiplicaban sus flores para dar a la ciudad el anuncio, desde sus copas verdes, de la nueva primavera. Treinta teatros convidaban al deleite intelectual y artístico de todas las esferas. Las exposiciones abrían sus puertas; entre ellas estaba el salón de pinturas y esculturas. Sobre las anchas aceras de los bulevares, o bajo las galerías de piedra del Palacio Real, mil y mil vidrieras, como otra exposición permanente, lucían los más preciados ejemplos de la industria y del arte.

A cada instante se encontraban hombres que se veía eran dechados de elegancia de buena ley, y mujeres de igual condición, sin afeite excesivo ni color chillón. Los coches rodaban o se detenían en la apretura, impacientándose los caballos que retenía un cochero irreprochable, grueso, importante, rapado y tieso; un buen número de ellos tenía por dueño a una cortesana vistosa y pintada pero divertida por sus atavíos y aires satisfechos, menospreciativos y casi altaneros; otra parte de los coches arrastraba a hombres acicalados, muestras de vividores, indígenas y exóticos, de corbata flamante, sombrero planchado en la mañana y polaina clara. ¿Por qué los hombres dan tanta más risa que las mujeres cuando a ella se exponen? Y los restaurantes; y el Circo de verano, a donde uno iba a ver las cuadrillas de Madame Angot bailadas a caballo, y el jardín de Mabile, donde parejas de hombres y mujeres, vestidos como todo el mundo, bailaban *cancán* levantando al aire las piernas y ha-

ciendo un efecto tanto más extraño cuanto que no estaban sobre las tablas y que ninguna fantasía los rodeaba; y las músicas que a uno le esperaban en los diversos sitios; todo era atractivo, novedad y sensación viva que embargaba y fascinaba.

Era el mismo París de Napoleón III, que seguía siendo París ante todo. Los grandes trastornos y las convulsiones que había sufrido tres años antes debieron de cambiar o regenerar muchas cosas en la vida de la ciudad; pero era el caso de repetir como para los individuos: genio y figura, hasta la sepultura. Antes y después de la caída del imperio no se hablaba sino de las corrupciones y de las molicies que habían de atraer el fuego del cielo sobre la moderna Babilonia. El fuego vino de lo alto y de lo bajo, y todo quedó como antes: los de París armando el fandango, y atrayendo a él a todos los fandangueros del mundo, para después decirles, cuando se tocara el punto, que son los extranjeros quienes vienen a pervertirles.

A Dios gracias, no me sentí demasiado dominado por tal conjunto de elementos; encontré calma suficiente para irme despacio observando, y gozar con moderación.

Pero había en París un amigo y antiguo condiscípulo, que en esos mismos días estaba dando mejor prueba de firmeza; había llegado derecho a encerrarse en un tercer piso, en el barrio latino, con una honorable familia que le ofrecía buena compañía y le enseñaba el francés. Florián, así le llamaremos, fué mandado por sus excelentes padres, pertenecientes a la antigua nobleza santiaguina, a olvidar sus amores contrariados con la hija de un boticario. Ahí le encontré en su pieza, con un libro en la mano a pesar de lo poco letrado por temperamento, sentado frente a una mesa, sobre la cual estaba puesta en marco nuevo la fotografía del bello y adorado tormento, iluminada por coloretos que demostraban eran rojizos sus cabellos. No tardó en hacerme confidencia de lo que ya me sabía, añadiendo con aire resignado y firme, que nadie le haría cambiar. Como le vie-

ra, en realidad, poseído de dolor interior, me despedí ofreciéndole nuevas visitas para confortarle, e instándole, aunque inútilmente, a que me prometiera ir al otro lado, y a salir a pasear conmigo. El *otro lado* era el barrio de París donde estaba el hotel del Louvre, con los principales teatros y entretenimientos.

Pasados algunos días, al llegar con otro amigo a los Campos Elíscos en una de esas tardes de mayo en que se parece querer afianzar el buen tiempo, divisamos en el fondo de un camino, y destacando su gran figura sobre un arbusto de lilas, a Florián en persona. Avanzó hacia nosotros, denotando en sus ademanes y en su vestir de levita nueva, que el corazón venía menos contristado. Caminamos juntos un trecho en dirección del Arco de Triunfo, que diseñaba su masa de arquitectura clásica contra el fondo de oro dejado por el sol al traspasar las colinas, y nos fuimos a comer a uno de los restaurantes del sitio. Entramos en seguida al Circo, y después de la función volvimos a pasear por esas avenidas encantadas a donde llegaban músicas, voces y luces de globitos que, como sartas de perlas, festonean alrededor de los conciertos de aire libre.

Florián estuvo casi alegre en la comida; en el circo se divirtió francamente, y a la salida, en la bulla de los jardines y al roce de la gente que pasaba alborozada bajo la influencia del aire enfiestado, ligero y templado de aquella noche, nos declaró que se sentía como en metamorfosis, y que ya su propósito sería, ante todo, el de no contrariar más a sus buenos padres.

París había obrado.

Desde entonces Florián, que no perdió tiempo en hacer su mudanza al hotel del Louvre, pasó a ser el más animado y festivo de los compañeros chilenos. Su buen humor inalterable, su caballerosidad a las derechas, su disposición perenne al chiste y la broma, su recuerdo repetido y siempre oportuno de las cosas de Chile, sobre todo de las del campo, su modo de reír y

mirar de soslayo, y hasta su corpulencia extraordinaria que parecía hacerse excusar con quites y timideces de movimiento como las de un huaso en un salón, hacían que buscáramos su compañía a cada momento y para cada ocasión. El caballo Topete, que había dejado cerca de Santiago, venía a colación en todo momento, y sabía mezclarlo en sus observaciones sobre la vida de París o sobre las cosas de Chile. Más malicioso que ilustrado, tenía Florián salidas oportunas para cada ocasión, y en último caso sacaba versos de cueca o estribillos de Madama Angot, y aun se paraba a zapatear como en las chinganas. El francés que hablaba era rudimentario, con pronunciación llana a la española, haciendo terminar cada frase con un *s'il vous plait* afectado y melifluo.

Perfeccionada ya la importante evolución operada en el ánimo, decidió Florián escribir a su padre. Se encerró un día entero y dejó terminada una carta en que después de comunicar las nuevas decisiones, que sin duda serían recibidas con gran júbilo, pedía 5,000 francos para hacer un viaje a Tierra Santa. Entretanto, nos iríamos a Londres con varios otros amigos a pasar una buena temporada de paseos, excursiones y visitas de monumentos y museos.

CAPITULO XXIX

En Londres comenzamos por proveernos de asientos para las funciones de Opera, pues en aquella estación parecían tenerse dada cita todos los primeros cantores del mundo.

Adelina Patti sobresalía y dominaba; no queríamos perder ocasión de oirla y verla. Digo verla porque Florián, por un fenómeno psicológico que no es del todo inexplicable, se sintió enamorado en el curso de la primera representación y declaró que el canto de Adelina, con tenerlo maravillado, no era más que un detalle de esa criatura encantadora que él quería ya en conjunto. No se pudo conformar bien con nuestras explicaciones, tendientes a probarle que era locura pretender salir de la admiración artística, o cuando más, de una inclinación del todo platónica, hacia la triunfante cantatriz que no nos era dado ni ver fuera de las tablas.

El canto de la Patti era, en realidad, una cosa excepcional y extremadamente digna de cautivar los sentidos y aun el alma. Los viejos decían que nunca había oído nada mejor, y es también seguro que desde entonces hasta hoy no se ha levantado, no diré quién iguale, quién se acerque siquiera a la peregrina cantatriz. Su registro de voz alcanzaba desde las notas más bajas hasta las alturas de la más aguda de las tiples; una noche

cantaba con papel de contralto; a la función siguiente aparecía de soprano y no se veía cual era el más propio de su garganta. Los trinados y repiqueteos más difíciles los hacía corriendo, como jugando, al terminar una escena. Destacaba cuando quería el timbre plateado de su nota sobre los *tutti* más bulliciosos de los coros y de la orquesta, o, recogiendo las vibraciones, hacía silenciar al teatro para que la escucharan en otras inflexiones apagadas, graves y llenas del más dulce sentimiento. Su vocalización era exquisita; en los momentos dramáticos daba a las palabras un acento de actriz consumada, llena de fuego y pasión, mientras que en los pasajes de pura ejecución parecía convertirse en un instrumento de mecánica ideal y primorosa, que pronunciara sílabas y diera notas, siempre puras y cristalinas, ligeras y afinadas, justas y brillantes hasta la perfección. Hinchábasele la garganta, al despedir la voz, como a las aves que gorjean y quiebran los sonidos.

En Adelina Patti era todo eso un don innato y divino más que una facultad cultivada, y uno creía al fin que más debía de costarle no cantar que cantar.

Agréguese todavía la lindura de su persona, animada de toda la gracia y gentileza del mejor tipo español; sus ojos negros y dientes blanquísimos dentro de la boca regalona que se abría para dar paso a la voz, su porte agradable, sus movimientos de cuerpo fáciles y distinguidos, y todavía su vestir incomparablemente rico y de buen gusto. He ahí a la artista más encumbrado que me ha tocado ver y oír.

Recorriendo y comparando dentro de mi memoria y reunidos en un solo haz todos los ramos del arte escénico, no encuentro ni hombre ni mujer a su altura.

Se hallaba la Patti separada de su marido el marqués de Caux, y ni quería llamarse ni marquesa, ni Caux. A fuerza de decirse amores con el tenor Nicoloni que la estrechaba tanto

como en las tablas era dado hacerlo a un Fausto o a un Raúl anhelante, confundiendo el vaho y haciendo vibrar doblemente las notas del dúo, un buen día lo tomaron en serio, y se arreglaron para casarse, por rito griego. Parece que el tenor era también casado por su parte; pero así se pasan las cosas... en el teatro. Después de muertos Caux y Nicolini, ha vuelto a casarse la Patti con un caballero sueco.

Florián, a todo esto, dijo que se encontraba demasiado joven para tantas emociones, y que además, en las calles de Londres, y en las tiendas, en el hotel, y a donde iba, estaba encontrando unas tales preciosidades de inglesas rubias y rosadas, fuera de lo que tenía que sufrir en el teatro, que iba a tomar el partido de volverse a París donde relativamente su vida podría ser tenida más dentro de quicio. Costaban además muy caras las diversiones de Londres, y la carta al papá pidiendo para ir a Tierra Santa no estaba sino recién salida.

Pero habíamos alcanzado a visitar y a comprender un poco de memoria los monumentos obligatorios: la torre de Londres con los sitios precisos de los calzados históricos, cuyo recuerdo traído en el discurso del guía me dejaba indiferente o aburrido; la Abadía de Westminster, que ya interesaba más, por su gótica hermosura y por los monumentos de tanto hombre grande, conocido y glorioso que encierra: el Támesis y sus puentes colosales, el Parlamento, etc. Este último edificio, sin tener, en realidad, las vastas proporciones que las vistas fotográficas parecen querer atribuirle, se ve grande y esbelto, rico y fantástico, por favorecerlo su situación al borde del agua que le hace crecer por ilusión, y por allegarle la bruma del aire la elevación que le hace perderse en el cielo con sus calados de piedra y sus torres agudas.

El Museo Británico encierra el objeto de belleza más completa que pueda enorgullecer a la Metrópoli: los frisos del Par-

terción de Atenas. Sala Elgin se llama la que los contiene, en recuerdo del Ministro inglés que negoció con los turcos, mientras se adueñaban de Atenas a principios del siglo XIX, la compra barata de esas obras incomparables, debidas al propio cincel de Fidias.

Lord Byron, amigo de la Grecia, clamó e hizo denuncios célebres del abuso; pero se le contestó que esas reliquias estarían siempre más seguras en Londres que en Atenas. Todo el mundo conoce los relieves de los jinetes griegos que galopaban en caballos de pescuezo ancho, cabeza pequeña y patas nerviosas; los animales más fogosos se encabritan y rompen la serie mientras que los jóvenes que los montan, manto al aire, pierna medio desnuda colgando con desenvoltura, y manos empuñadas en actitud de sujetar, miran adelante, serenos y fieros, para que las distancias que ordenan la cabalgata no sean alteradas.

¡Quién lo hubiera pensado! Venir uno a admirar las obras clásicas, del tiempo de Pericles, a la isla oscura, desconocida, bárbara, del Mar del Norte, donde ni el sol ni la luz que requiere el mármol pentélico han de llegar nunca... Pero Albión ha hecho su camino desde entonces y se ha constituido en vasto imperio como el de los romanos, que tumbaron a la Grecia para ser ellos tumbados a su turno. Y ésto me hace pensar, aún que no viene justamente al caso, en la profecía de Lord Macaulay, que dice que cuando el viajero de Nueva Zelandia vaya a mirar las ruinas de Londres, el catolicismo y el papado estarán en pie como ahora. Es cierto que en los últimos veinte siglos todo se ha dislocado o trastornado, menos la Iglesia.

Pero volvamos a mi Londres, refrescando recuerdos e impresiones de esa época feliz en que no estaba dispuesto a filosofías, sino a gozar de la vida buena y mil veces entretenida que tenía por delante.

Los parques distribuidos por medio de los más ricos ba-

rrios eran la mejor belleza de la ciudad; podía creerse uno en pleno campo, pues ni los cantos de ave dentro del follaje faltaban, ni las manadas de corderos bajo las añosas encinas, cerca del estero. Se podía, desde algunos sitios, volver la vista en todos sentidos hallando sólo prados y arbolados que, muy al fondo, dejaban percibir flechas de torres o coronaciones de palacios públicos.

Y me acordaba de Santiago, donde nadie casi tiene idea de las ventajas del espacio y de la verdura en medio de lo poblado. La sequedad y reverbero del sol hacen ver los objetos más cercanos de lo que están, impidiendo todo ese encanto de la vista que proviene de las brumas frescas de la vegetación y de las distancias teñidas de azules y de violados blanquecinos.

Siempre acompañado de amigos santiaguinos, completaba los días en trajines de galerías de pinturas y otras curiosidades, o en los paseos a pie al Hyde Park, o en ir a satisfacer en las tiendas las tentaciones de compras, que eran frecuentes, no por necesidad, sino por la cumplida elegancia de los objetos ofrecidos. En materia de artículos para vestimenta de hombres, es sabido que Londres tiene lo mejor. Con ir uno a pie a los prados de césped de la entrada del parque, tiene a la vista y a modo de documentos que consultar los mejores ejemplares de moda y de figura a que sea dable aspirar.

Para hacer visitas de sociedad, confieso mi débil compartido con la mayoría de los jóvenes de mi país, de no haber querido hacerlas, por hurraño, ni en los casos en que eran casi una obligación. Traía desde Chile una carta para una alta dama que me habría hecho conocer familias principales; pero me contenté con ir a dejar, doblada la punta, mi tarjeta con título de *attaché*, que ya lo tenía, en manos del portero de Lady Herbert of Lee. Lord Dundonald, el nieto de Cochrane, también había sido

mi amigo en Chile, y hasta en mi mismo pieza había vivido en casa; no le busqué en aquella ocasión.

Otro amigo de Chile era un oficial de la fragata *Topaze*, hijo del almirante Cafin. Le encontré un día en el paseo, y no pude evadirme de su convite a comer con su familia en Greenwich. Recuerdo que después de la comida pasamos los hombres a la biblioteca y como los demás no fumarán, pedí permiso para hacerlo, y me contestó mi amigo que perdonara, que nunca se fumaba en casa. Pasado un rato, salí con disimulo al jardín que estaba todavía claro en esa tarde de junio, saqué mi cigarro, y llegó otro que me rogó volverlo a guardar porque tampoco se fumaba en el jardín. Con lo cual, y a poco, me despedí a respirar el humo de mi cigarro junto con el aire libre de la calle.

Un corto viaje por Escocia y la Inglaterra del norte era el complemento obligado de la estada de primavera en Londres. Allá fui a parar y conocí a Edimburgo, la Atenas boreal que tiene templos griegos de piedra, y días domingos mortales, mucho más protestantes que los de Londres, sin más comida ni bebida que la indispensable para llegar al lunes. Alojé una noche en una deliciosa posada de las montañas, en los Trosachs, donde todo era comodidad y limpieza, y gente amable y prevenida, donde el aire fresco y ligero de las montañas quedaba iluminado hasta cerca de las once de la noche, y donde vi, volviendo de la caza y precedido de un perro, un escocés legítimo, grande y rubio, de pierna desnuda, faldas cortas de paño y boina con pluma. Después hice un trecho de coche y otro en vapor sobre las aguas del lago Katrine, que parecían un espejo puesto para que se miraran las nubes.

Todo eso era hermosísimo y de un marcado sabor natural y puro; las rocas, las aguas y los árboles, los cerros y el mismo cielo parecían gozarse en el aire que todo lo envolvía libre y vivificante.

Pasé, viniendo al sur, a dar un vistazo al colegio famoso que los jesuitas tienen en Stonyhurst. Creo que es el colegio más de lujo que existe; había muchachos en él que hasta coche, caballo y criado propio tenían. Naturalmente los *sports* se tomaban el lugar preferente de los programas. El objeto de mantener una institución de esa clase en ese pie, era de inducir a las familias que, por un motivo u otro viven y crían a sus hijos en la opulencia, a no tenerlos por ahí sueltos, sino entregados a buena vigilancia, y a ciertas enseñanzas serias y hechas por excelentes maestros.

Los cursos de niños chicos comportaban los ejercicios clásicos generales de la educación inglesa. Y el establecimiento principal y sus dependencias, con sus parques, grandes patios y canchas de juego, era magnífico; atraía tanto y parecía tan risueño que me hizo pensar al momento en los grandes colegios de Chile que, llámense de San Ignacio, o Instituto, o Seminario, o Padres Franceses, huelen a prisión, y hacen siempre atravesar sus umbrales con un sentimiento de angustia en el corazón, como al franquear las puertas de los establecimientos penales.

A Liverpool y Glasgow los he conservado dentro de la misma celdilla de mis impresiones como dos ciudades, si no iguales, tan parecidas que no vale la pena diferenciarlas en el desarrollo del recuerdo.

Todo era tráfico comercial, casas de escritorio, no poco barro y bastante lluvia, uno que otro edificio gótico o griego, que de los dos estilos son aficionados los burgueses de ambas villas, río o brazo de mar con grandes vapores y veleros, y barcas chicas y lanchas a vapor que se mueven entre las grandes masas flotantes como los transeúntes entre los coches y carretones; interrupción inesperada de un gran parque de verde tierno; nuevas calles con tiendas y mucha gente afanosa de

ambos sexos; humo y trenes que corren silbando sin llamar la atención de nadie, y sin espantar a ningún animal, pues aquí se han criado juntos caballos, locomotoras y lanchas a vapor.

Como de todo gusta uno probar cuando tiene veinte años, me volví de noche de Londres a París. Iba a juntarme otra vez con Florián y a combinar mis excursiones para el verano que estaba comenzando. Pero Florián, que antes era nada más que perezoso para levantarse, se había puesto de tal modo noctámbulo, que al llegar a buscarle me replicó desde la cama que volviera a las cuatro; a esta hora se levantaba ya habitualmente, de suerte que no había que contar con él ni para viajes ni para otra cosa que no fuera divertirse en la noche, y ésto no me convenía porque a mí, por el contrario, me daba sueño temprano.

Me fuí, pues, solo, a hacer mi primera excursión por el Continente. Navegué el Rín visitando de carrera sus ciudades principales y deteniéndome un poco más en Colonia con el fin de mirar bien la Catedral. Las torres estaban en construcción; en lugar de ellas se veían unas armazones colosales de madera, que se perdían en los cielos por poco que se cubriera la atmósfera. Estaba entonces la Catedral no despejada en medio de una gran plaza, como ahora, sino circundada de casas viejísimas arrimadas a sus muros, cual conchas que se adhieren a la piedra. Edilmente considerado era menos perfecto, pero, sí, mucho más pintoresco; hoy se presta mejor a la fotografía, pero tal como la ví parecía una estampa de la edad media.

El interior de la Catedral es como el de los otros monumentos de su género, admirable por el efecto de elevación, que de los sentidos va al alma, producido por la prolongación vertical de las líneas que todavía, después de la interrupción de los chapiteles, parece que siguen buscando el cielo hasta que mueren en la intersección de la ojiva. ¡Qué de poemas no se

han hecho, en prosa y en verso, y desde Víctor Hugo hasta Huissmann, para ensalzar las arquitecturas góticas!

No seré yo, por cierto, quién pretenda demoler esas ideas estéticas, cuyos buenos fundamentos reconozco y aprecio. Quisiera decir, no más, que el arte gótico, en cuanto a la construcción religiosa se refiere, no cuadra tan bien con la idea cristiana como el arte romano.

Lo gótico nació en época dada y no tiene porvenir; el entusiasmo que inspira en los libros reviste en gran parte carácter de despliegue retórico y de erudición arqueológica; se presta así a la descripción romántica como a la disertación histórica y psicológica; ahí está de ejemplo la inspirada Nuestra Señora de París de Víctor Hugo. Pero el cristianismo, o digamos mejor el catolicismo, estaba antes y sigue después del período gótico. Las ojivas no ofrecen en la apariencia y en la realidad, la solidez inmutable que ofrece el otro principio, el del arco romano, inventado oportunamente como anunciando la nueva era, y destinado a vivir y a perdurar.

El arco o el medio punto romano es como la iglesia romana; es la forma que no se hunde ni se quiebra.

Son bien hermosos los efectos que a uno esperan dentro de la catedral gótica; las vidrieras pintadas presentan, con la luz, mil historias religiosas y alegorías de color y diseño, a través de sus composiciones llovidas y polvorientas. Repitiéndose en sucesión de alineamiento, los haces de columnas que soportan las bóvedas van destiniéndose, con el alejamiento interior, como los recuerdos en el espíritu, y se ponen suavemente azulados y reposan y distraen de lo más cercano, de lo presente que es real, duro y quebrantador. Eso es también hermoso e induce a la meditación.

Pero ahí hay inferioridad al arte romano que, dentro de sus condiciones, ilumina al templo por parejo, y que con efec-

tos más positivos muestra las sólidas riquezas, los materiales preciosos y los adornos escogidos con que por dentro lo reviste. Así es también la religión católica: da al alma en sus dogmas luces de amor, de entusiasmo y de consuelo, y ofrece en su culto símbolos que expresan las esperanzas y alientan los anhelos santos, en forma clara, perceptible, rica y variada. Es, por fin, más católica la sensación del que entra confiado, sintiendo olor a incienso y a flores. en una basílica explayada y luciente, que la del que, a través de la penumbra gótica, oliendo la humanidad de la piedra, penetra en las melancólicas naves de la catedral medioeval, romántica y fría.

En Roma nunca prendió el arte gótico.

De Colonia pasé a Bélgica, que recorrí en todo sentido, Baedeker en mano. La impresión que más me ha durado es la del cuadro del *Descendimiento* de Rubens, en la Catedral de Amberes: es una de las primeras obras maestras de la pintura.

La escena patética y complicada de bajar a Jesús muerto desde la cruz hasta los brazos de las santas mujeres y de los discípulos, había tentado a muchos artistas de los más geniales; sólo Rubens la concibió y ejecutó con gran amplitud y con pasmosa ciencia de dibujo y de coloración. Hizo una escena de muerte, llena de vida trágica.

Rubens tuvo en su carrera el doble oficio de pintor y de diplomático. Educado por los jesuitas de Amberes, fué destinado a las leyes, pero prevaleció su fuerte inclinación a la pintura, y después de pocos años de estudio bajo maestros flamencos, tomó vuelo a Italia, a hacerse impresionar principalmente en Venecia: se ve en sus obras la influencia de Tiziano y Veronese. Su primera misión diplomática fué a Madrid y se dice que su fina inteligencia, su pulidez y sus cualidades lengüísticas le permitieron en todo un lucido desempeño. Fué mandado por segunda vez en embajada a España en 1628, después de haber

estado en París pintando, por llamado de *María de Médicis*, la serie de grandes obras que, frescas todavía, se ven hoy en el Louvre. Se hizo amigo de Velásquez, y uno y otro hicieron varios retratos de Felipe IV. Y su misión más importante y en la que obtuvo el mejor éxito fué la que se le confirió para concluir la paz con Inglaterra, con Carlos I. Con la misma mano con que escribía las actas, trazaba en una gran tela *La Paz y La Guerra* que hoy posee la Galería Nacional de Londres.

Desde Bélgica me pasé al Havre en Francia, parando un día, ya que había andado mirando catedrales góticas, a visitar la de Amiéns, que es también de las notables de Europa.

Atravesada en un vaporcito la desembocadura del Sena, me encontré en Deauville, frente a Trouville, donde los Tocornal me esperaban para que termináramos al lado del mar la estación de verano. Deauville y Trouville son casi la misma cosa; separa a ambos pueblos un simple riachuelo que, al bajar la marea queda reducido a una insignificancia de agua. Ahí van los de París en julio y agosto, huyendo de los calores; en el mismo Deauville los sufrí de tal intensidad como si hubiera vuelto al Istmo de Panamá. Nuestros calores de Chile, que en Santiago, por ejemplo, son bien fuertes, dejan respirar siquiera por la noche; estos de Francia, pesados y húmedos, parece que se hicieran más hostigosos al ponerse el sol. Pero a los tres o cuatro días la electricidad acumulada en la atmósfera revienta en truenos y rayos, y el agua se desprende a cántaros desde las nubes preñadas; el suelo y el aire se refrescan, y queda lugar a esperar hasta que se forme otra tormenta.

La vida parisense puede ser estudiada en este sitio como en su quinta esencia; todos los veranos vienen, siguiendo la moda, los personajes del gran mundo, las damas del medio mundo y la gente menuda que pulula en el mundo chico y mezcla-

do de la gran capital; el extranjero lo ve aquí todo con gran facilidad y muy pronto.

El lado de Deauville era tenido como más distinguido que el otro; el Jockey Club tenía alquilado un pabellón independiente, en el mismo hotel en que yo paraba. Sus criados vestidos de librea de media pierna, y pantalón corto de raso, circulaban con aire de suficiencia y atendían a que ningún cuidado faltara a los elegantes socios. Los hombres y las señoras más reputados por el lujo de su vida se iban desde las diez al dilatado arenal de la playa, a mirarse en calzón y blusa de baño. Las bañeras salían al encuentro de las mujeres mojadas y las sobrecubrían con una capa de hilo de mota; mientras los hombres, que se bañaban menos, conversaban, generalmente de carreras de caballos, mirando distraídos o poniéndose un monóculo. A los pocos días, ya sabía yo quienes eran casi todos; me guiaban las de Mendeville, que eran unas preciosas chicas de Montevideo, amigas mías que habitaban mi hotel, y que conocían personalmente a mucha gente.

De noche había bailes en el salón del casino, al son de una famosa orquesta que comunicaba por sí sola movimiento y alegría. La fiesta, que era del mejor tono, terminaba con toda compostura a las once. Pero ya por los pasillos, y mirando de afuera por las anchas ventanas, rondaban a esa hora los gacilanes, impacientándose porque las señoras no se retiraban de una vez. Me acuerdo de haber oído a un príncipe conocidísimo que decía: *¡Sont elles embêtantes les femmes du monde!* mientras esperaban para entrar las del mundo secundario.

Comenzaba entonces otro programa, que era para mí de la mayor novedad. Los mismos caballeros de la primera hornada, y otros nuevos, se ponían a bailar, con damas sueltas e independientes, venidas de Trouville, una sola cuadrilla a lo largo y ocupando todo el salón. Avanzando y reculando hacían

muecas extravagantes, soltaban los brazos, miraban al suelo, quebraban el talle, saltaban de lado, taloneaban y después presentaban la planta del pie, agachaban la cabeza poniendo el cuerpo de soslayo, y levantaban las piernas como para dar un rodillazo o un puntapié; todo sin agitarse y sin perder el compás de la música. Era el cancan *comme il faut*. El más entusiasta y divertido en los movimientos que hacía era un banquero principal de París, el que le seguía eran un pintor de nota, el de más allá era de elevada familia histórica y gran fortuna, y así. Se divertían los señoritos; y no estaba eso en mis papeles.

El campo suavemente montañoso de la Normandía da a esos sitios mayor encanto que el de sus hoteles, quintas y casinos; el aspecto de ellos es el mismo del campo inglés, separado por el mar de la Mancha. Las aguas del mar en cambio, son feas, de un verde sucio y desagradable; traen en suspensión los residuos de París acarreados por el Sena; no tienen profundidad para perderlos y disolverlos.

CAPITULO XXX

Los baños de Colina, o sea el Hotel del Louvre, no me convenían ya cuando volví a París por el otoño. Después de los viajes agitados y de las muchas novedades que habían impresionado mi imaginación, sentía que necesitaba un poco de recogimiento. Deseaba igualmente gozar de la libertad que no era posible encontrar en medio de la comunidad de compatriotas y compañeros que, por estar bajo el mismo techo, me obligaban a participar en su manera de vivir, aunque no estuviéramos de acuerdo en muchas cosas.

Alquilé, pues, un pequeño departamento, en la que después se llamó *rue Cambon*. Y como tenía un dormitorio demás, se lo ofrecí a Florián, que había entrado en el propósito de hacer economías; me lo aceptó y se instaló; pero no lo vi casi nunca. Cuando me levantaba por la mañana, dormía como un muerto; y se levantaba cuando yo había salido para no volver hasta la media noche; así es que pasábamos hasta una semana sin encontrarnos.

¡Pobre Florián! Se había inveterado en el noctambulismo. Cuando después volvió a Chile siguió lo mismo, hasta que perdió la salud y la vida. Sentí mucho su muerte porque era buen amigo, era generoso y era caballero. A París le habían manda-

do a olvidar amores. Pero con olvidarlos olvidó otras cosas que también hace olvidar París, el cual es un famoso remolino para disolver buenas nociones o transformarlas en otras, a veces opuestas a las primeramente adquiridas.

Uno de esos días en que Florián había salido para no volver sino cuando yo estaba en el segundo sueño, se aparecieron dos chilenos a pedirme que les aceptara convite para ir a comer con ellos.

Los sujetos me inspiraron ciertos recelos y me excusé.

Al día siguiente se me aparece otro compatriota amigo, buen muchacho aunque escaso de espíritu y de carácter. Era divertido y le llamábamos Canturmeni. Venía pálido, desgreado, con la camisa arrugada y desabrochada.

—¿Qué le pasa, mi amigo?

—Es lo que vengo a preguntar a usted—me respondió.— Figúrese que C. y C. vinieron a llevarme a comer con ellos ayer por la tarde. Les acepté; fuimos al Café Riche, y no me acuerdo de nada más. Esta mañana me encontré en mi pieza vestido, como recordando de una pesadilla inexplicable. Al incorporarme y tocar mi ropa me noté sin dinero, sin reloj y hasta sin los botones de la camisa, tal como usted me ve; y no he acertado más que a venir a contar a usted lo que ha oído. ¿Podré sospechar que C. y C. me han embriagado o narcotizado para robarme?

Mientras hablaba Canturmeni, daba en mis adentros gracias a Dios de la escapada que yo había hecho, pues los bellacos eran los mismos que se habían fijado primeramente en mí. Y la historia no sería tan sugeridora si no recordara aquí mismo que uno de ellos había sido diputado en Chile para ocupar todavía, después del caso, un puesto de cierta consideración en la representación extranjera.

En el curso de mis otros viajes, he visto nuevas ocasiones en

que algunos sudamericanos que llegan a París, cuando no tienen más recursos para vivir, en vez de volverse a su país tranquilamente, se echan por allí en busca de expedientes para dilatar sus permanencias. La capital de los placeres los subyuga, los marea, los hipnotiza; la parte sensual y regalona de la vida es la que ellos han adoptado, y cuando llega el momento de abandonarla para seguir la que siempre les ha correspondido, pierden el tino, pasan por todo.

La estación de otoño venía despojando los árboles de las avenidas. La lluvia fría y continua entumecía las hojas que luego se llevaba el viento y que recogían los barredores municipales; por la mañana se levantaban las primeras neblinas que revestían a la gran ciudad de colores pardos, rosados, amarillosos o azulados según la hora del día.

Pero la influencia del tiempo no alcanza a la vida de París. Al contrario, la gente que volvía del campo y de los viajes se repartía llenando los interiores, dando mayor animación a la sociedad, a los templos, a los hoteles, a las tiendas, a los museos, a los estudios de artistas.

Mis días se me hacían cortos, alternando sus horas entre lecturas y el estudio de la música, a cuyo fin me tenía comprado un armonium que me esforzaba en aprender a tocar; mis salidas no eran tanto a pasear como a frecuentar los estudios de algunos pintores con los cuales me había hecho amigo, a mirar nuevamente las obras de los museos y a encontrar en otros sitios muchas otras satisfacciones del espíritu.

Particularmente era amigo de Miralles, el pintor catalán que a pesar de su juventud, se tenía hecha reputación pintando parisienses de las que se ven por la calle, en los salones, de visita, en la vida diaria. Había adquirido una gracia especial, para interpretar ese tipo elegante y simpático de la mujer, y vendía

sus cuadros apenas terminados, fresquitos, como le decían dándole broma, sus colegas españoles.

Un día llegó Miralles entusiasmado a buscarme para decirme que un *marchand de tableaux* quería comprar en 300 francos una figurita que yo había hecho en su estudio y que allí había dejado para retocar.

Pero el gran pintor de la mujer contemporánea era por entonces Stevens, belga de origen y avecinado en París.

También fui su amigo, y me complazco recordando su figura simpática y sus nobles modales de gran señor.

Era uno de mis gustos ir a conversar con él mientras trabajaba. Naturalmente, sabía de arte como pocos, y me hablaba con espiritualidad y franqueza instruyéndome en cosas que me interesaban enormemente. Creo que, en su género, Stevens no tuvo rival en todo el siglo XIX.

En la escuela francesa eran Bonnat y Carolus Duran los que descollaban. El primero, a mi juicio, ha sido también en ciertos respectos el primer pintor de su época; ha hecho retratos con tal energía de forma y tal exactitud de modelación que llegan a parecer personas en exposición, vistas en presencia real antes que figuradas sobre la superficie de una tela. Es cierto que, por lo demás, era un artista sin gracia, desprovisto de imaginación. Hablé pocas veces con él, lo suficiente para notarle en el espíritu la misma dureza e inflexibilidad que caracterizaba su arte. Carolus Durán era lo contrario: conversador y expansivo, atento y obsequioso. Lo primero que me mostró cuando me llevaron a verle fué una caricatura de él recién hecha por el rey de Portugal, mientras pintaba en la corte de Lisboa los retratos de la familia real. Sus obras eran igualmente de una ejecución más fácil, de un colorido más variado e insinuante que las de Bonnat. Entiendo que nunca fueron a Chile cuadros de uno y otro; eran demasiado costosos.

El más reputado artista, sin embargo, que ha tenido la Francia en esa época, ha sido Meissonier, que conocí de vista únicamente, y pocos años antes de morir. Era el pintor de Napoleón I y de su tiempo. Su fama era enorme y los precios de sus cuadros en la misma proporción de su fama. El llamado "1814", en que Napoleón, montado en su caballo árabe blanco, pasa la revista desde una eminencia del terreno mientras lo aclaman al galope los soldados que desfilan por el primer plan, es una obra maestra completa. No es concebible una mejor ejecución, después de una más espléndida concepción.

La obra era relativamente pequeña; esta circunstancia hacía que produjera más impresión, por cuanto se abarcaba la escena en conjunto y en detalles a la vez. La compró un millonario americano, creo que por 500,000 francos.

Así veo que van a parar a los Estados Unidos muchas de las principales pinturas y esculturas europeas. Dentro de un siglo habrá que ir allá para contemplar la producción del arte europeo en los siglos XIX y XX.

Meissonier era para los artistas un ejemplo de consagración y de conciencia en el trabajo. Después de su muerte, la viuda me mostró en el estudio del gran pintor el terreno en que colocaba una escena militar. Era una mesa con tierra, sobre la cual se veían las huellas de la artillería y de las patas de los caballos; todo había sido hecho con el mayor cuidado, y era en realidad como miniatura de un suelo hollado por el pasaje de una batería de a caballo, después de alguna lluvia.

Por aquel tiempo se había terminado y estaba por colocarse en su sitio definitivo una serie de pinturas decorativas que me parecía serían las más hermosas de su género. Me refiero a la obra de Baudry, destinada al *foyer* de la Nueva Opera. Baudry, cuando recibió el encargo, se fué por tres años a estudiar en Italia las grandes composiciones dejadas por Miguel Angel y Ra-

fael en el Vaticano, y por Veronese y Tiepolo en Venecia. Lo hizo con tanto acierto y con tan buena aplicación de su propio talento, que ya es admitido que no se ha producido cosa superior desde el tiempo de aquellos grandes maestros de la pintura decorativa y mural.

Como la Nueva Opera se estaba terminando dentro de un opulento concurso de arte, con detalles de escultura, de pintura y arquitectura concebidas con tanta riqueza como novedad, pedí permiso al arquitecto para que me dejara un día recorrerlo todo, mirando de cerca los trabajos. Subí por los andamios del interior y pude estudiar de cerca, como en una escuela de aplicación, el arte superior con que se estaba dando la última mano a ese monumento grandioso que puede ofrecer inagotables modelos de castigada hermosura y de inventiva y riqueza desbordantes. Es demasiado lujo, sin embargo. No requiere una sala de teatro tanto relieve, tanto adorno, tanta pintura. Parece signo de decadencia el ver convergidos hacia un teatro los cincuenta millones de francos en piedras, granito, mármoles, bronce y mosaicos que al fin resultó costando el llamado monstruo informe por Luis Veillot.

La historia de los pueblos es la historia de sus monumentos, decía Thiers. El recargo de ornamentaciones y la riqueza de los materiales de la Nueva Opera eran el resultado de la vida social, política y económica del segundo imperio. La Francia estuvo deslumbrando al mundo hasta su desgraciada guerra de 1870 en que venció una nación de usos y costumbres más severas. Después de la crisis, se vió que el imperio legaba a la república sus lujos y ostentaciones; la república pudo haberlos rechazado o modificado, pero al contrario, los adoptó con gusto; creyó que todo era un motivo para mantener la supremacía artística de París ya que la supremacía militar se marchaba indefinidamente hacia Berlín.

Y así llegó el 1.º de enero de 1875, fecha de la inauguración del monumento. Al acto se daría gran solemnidad, pues asistirían a más de las autoridades francesas, el alcalde y los regidores de Londres, en procesión y traje de carácter. Me costó mucho conseguir un par de asientos, para mí y un amigo chileno; se los debí a una empleada muy antigua de la Opera cuyas preferencias me tenía aseguradas para casos como estos, merced a las correspondientes propinas.

La Judía fué la pieza de estreno, y recuerdo claramente las expresiones de los expectadores, que llevaban sus ojos maravillados, de la sala que reverberaba con luces de gas, de perlas y brillantes, de dorados, de escotes blancos y cabezas rubias de miradas curiosas y felices, a la escena en que se sucedían, con fondo de espléndidas decoraciones, los variados pasajes del drama lírico de Halevy. Un torrente de bailarinas, jóvenes, guapas y elegantes, hizo irrupción en un momento dado. Era el *ballet* que iba a comenzar correcto y acompasado, para terminar en un deslumbrante torbellino en que las ondas de los flexibles miembros y de los tules se confundían con las ondas de la luz, en que las tablas del proscenio retumbaban sordamente bajo la doble cadencia de la danza y de la música.

La Opera de París era entonces más brillante que ahora; eran superiores los artistas y el desarrollo escénico era más cuidado y más lujoso. Después se ha puesto a seguir el movimiento descendente que arrastra a algunas ramas del arte francés. Los nombramientos de directores se hacen por empeño, y el director a su vez toma influencias políticas inesperadas.

Se le ha acusado de tener hasta setenta diputados interesados en la empresa sea pecuniariamente, sea por influencias y parentescos que se refieren a compositores, a artistas y a bailarinas. Todos los años se producen, a gran costo, óperas nuevas que van a un fracaso seguro, y se desdeñan composiciones de

éxito universal, si el autor es extranjero, lejano de aquellos intereses. La subvención del gobierno, de más de un millón de francos anuales, no corresponde al brillo actual de la institución.

En ese teatro sin embargo, me ha tocado ver una función que no quiero dejar de recordar. Era el *Fausto*, que enteraba quinientas veces de ejecución. Gounod fué llamado a dirigir personalmente la orquesta. Era un hombre muy simpático, con fisonomía abierta y ojos chicos vivísimos. Antes del último acto, toda la sala puesta de pie le aclamó con delirio; mientras él se volvía a agradecer, se había levantado el telón, y entonces todo el personal del teatro, en número de más de doscientos, y en seguida los músicos, se unieron en el aplauso, y le confundieron hasta hacerle llorar con sus voces y ademanes de exaltación.

Yo estimo a Gounod, con Berlioz y, después con Bizet, Saint Saëns y Massenet, como lo mejor de los músicos producidos por la Francia.

En el *Fausto*, el género llamado drama lírico se encuentra en su más alta expresión. Es que Gounod era un artista completo, de corazón lleno de afectos, de imaginación cultísima, de inclinaciones guiadas siempre por el amor de lo grande, de lo bello, de lo bueno.

Era íntimo amigo del conocido escritor Monseñor Gay, con quien se consultaba en lo teológico de sus oratorios u otras piezas religiosas. Pero quería Gounod enunciar él mismo, disponer de su puño y letra las fases literarias de la obra que le sometiera su libretista Barbier; mientras que Monseñor Gay, dotado por su parte de un considerable talento de músico, quería entrometerse en las melodías o frases armónicas que concibiera el maestro. Me contaron que la bellísima canción del *Fausto* lla-

mada *La copa del rey de Thulé* fué el fruto de una transacción: Gounod escribió la letra y Monseñor Gay, la música.

Los teatros de comedia, y sobre todo el Teatro Francés, son otro constante atractivo de París. Parece que el que no los ha visto no sabe lo que es buen teatro, buena comedia, buenos actores. Debo confesar sin embargo que, corriendo el tiempo, he descubierto defectos que han enfriado las apreciaciones por mi parte. Los teatros de París son estrechos e incómodos, y una vez que entré en uno de día, lo encontré de tal suerte desaseado que de noche no volví. Las comedias son, sin duda, muy ingeniosas por lo general, pero en el fondo son todas parecidas aunque la forma en que se presenta el tema aparente novedad; es rara la trama que no sea un simple adulterio. Parece que no hubiera en la vida otras situaciones que fuera lícito explotar a un autor francés. Desde el teatrillo del *Palais Royal*, donde el asunto viene a ser ofrecido con detalles de crudeza bufona, hasta las tablas del teatro francés, donde hay actores de talento superior, de maneras distinguidas, uno puede contar de antemano con que va a presenciar una intriga basada en la infidencia de alguno de los esposos.

Los teatros han hecho la propaganda, sin quererlo, a ese género de situaciones que desgraciadamente no son muy raras en las grandes sociedades donde domina el lujo y el placer; es acaso así como han sido hasta cierto punto legitimadas e incorporadas en las leyes, mediante la consagración del divorcio; y ello ha sucedido después, hace pocos años. Lo sembrado en la escena y en el libro ha sido cosechado en las costumbres.

CAPITULO XXXI

Algo que me tenía llamada la atención desde entonces es la otra propaganda contra la Iglesia católica que se hacía por la escena, con el drama y con la ópera. Los compositores judíos como Meyerbeer y Halevy, contribuyeron a la vulgarización de episodios históricos, que traídos dentro de un deslumbrante aparato artístico, debían de hacerse apreciar en todo el mundo. ¿Quién no ha presenciado, por ejemplo, y en medio de intensa emoción, la escena trágica de la bendición de los puñales en la ópera *Los Hugonotes*?

Los conjurados católicos llegan sigilosamente al son de música adecuada; aparece un coro de cardenales y obispos de diferentes órdenes, seguidos de otros eclesiásticos, beneficiados, abates y hasta monjas. Los trombones de la orquesta lanzan sonidos terribles. Va a comenzar la bendición.

Los religiosos extienden las manos y miran al cielo, mientras la música, en un grandioso *crescendo* reforzado por las trompetas y el bombo, se convierte en un verdadero raudal de armonías y melodías que lo cautiva a uno y lo impresiona hasta el punto de dejarlo temblando.

La matanza de San Bartolomé no se olvidará ya.

Y uno cree que fué mandada hacer por el mismo Papa.

Entretanto, cuando se ve la parcialidad con que se relatan los hechos del día, y cómo se adulteran los sucesos que uno mismo presencia, fuerza es dudar de lo que se ofrece como hechos remotos verídicos, sobre todo tratándose de una guerra de religión, y todavía con origen de cuatro siglos atrás.

La asistencia del clero y de los frailes en aquella famosa escena histórica no sólo ha sido negada desde hace tiempo, con documentos, sino que se ha probado que el clero se ocupó en salvar y ocultar a muchos de los perseguidos. Los calvinistas, cuando la ola de muerte llegó a Toulouse, se asilaron en los conventos de la ciudad. El obispo de Lisieux se lanzó personalmente a defender a los protestantes; y así en Nimes y en otras ciudades.

El crimen fué un crimen de Estado; y el Papa, que era el suave y paciente Gregorio XIII no tuvo conocimiento de él sino después de sucedido. El historiador Martin, que es harto hostil a la iglesia cuando puede serlo, dice que Gregorio "lejos de secundar las intrigas de San Bartolomé, ni las conoció".

Hay otro drama francés, de Chénier, llamado *Carlos IX*, en que aparece presidiendo a la bendición de los puñales el Cardenal de Lorena. Pues resulta que el día ese de San Bartolomé se encontraba en Roma el dicho Cardenal, según la nueva publicación de Henry Hello (1), en donde encontré casi todos estos datos.

La mejor manera de explicarse uno tantos hechos antiguos criminales, que con razón nos parecen ahora otras tantas monstruosidades, es considerando las épocas en que se producían. La razón de interés público o de satisfacción privada decidía, dominando sobre cualquier otro principio. Era una filosofía perversa y de la cual nadie se admiraba, la que regía los criterios y las acciones.

(1) "La Saint Barthélemy". París-Bloud & Cie.

Hoy felizmente los sentimientos cristianos y humanitarios se hacen hasta cierto punto imprescindibles; no se puede, sin caer en estado de salvajismo, vivir en guerra por ideas o solucionar por una matanza como lo hizo la corte de Catalina de Médicis, un estado de agitación por el estilo de aquel en que traían a la Francia los Hugonotes en la mitad del siglo XVI.

Pero conviene recordar algo más todavía, para convencerse uno, en seguida, de que ha tocado a los católicos la peor parte en las propagandas y en las recriminaciones, después de no haber tocado la mejor en las persecuciones a mano armada.

Parece que la Reina Isabel de Inglaterra se puso luto cuando supo lo de la fiesta de San Bartolomé de Francia. No pensó que estas atrocidades resultaran ser como simples represalias de las cometidas bajo su propio reinado y bajo el de Enrique VIII. Las víctimas católicas de la Reforma fueron estimadas en setenta y dos mil, en cuya cifra se comprendían dos reinas, tres arzobispos, dieciocho obispos, tres abades, quinientos entre priores y simples monjes, etc.

Parecen los tiempos de Nerón. El número de víctimas entre los Hugonotes o protestantes, que lo mismo significa, fué estimado, entretanto, por un censo del llamado *Martirologio Protestante* en 15,168, y sólo en 2,000 por La Lopelinière, escritor calvinista contemporáneo. Y lo que es ellos, los Hugonotes, no se habían andado cortos cuando se les presentó la ocasión. Sólo en la región de Beauce, los calvinistas triunfantes destruyeron trescientas iglesias. Y sobre el suelo de la Francia entera, alcanzaron a ciento cincuenta las catedrales y abadías arrasadas.

Pero la famosa matanza de 1572 en que fueron víctimas los calvinistas el día de San Bartolomé, había sido precedida de otra, cinco años antes, y que es menos conocida, por no haber tenido lugar en París, por no haber sido puesta en música, y sobre todo por haber sido contra los católicos. Esta fué la *Miche-*

lade, como la llamaban los de Nimes, por haber tocado en el día de San Miguel; y fué una matanza espantosa.

Los católicos, encerrados en el ayuntamiento, fueron degollados sin piedad. Se hacía bajar a los subterráneos uno tras otro a los infelices, que eran recibidos y ultimados con dagas. En la torre se habían apostado hombres con antorchas para que dieran luz a la escena. Otros salieron a sacar a los católicos de sus casas; y el degüello duró desde las once de la noche hasta las seis de la mañana.

Angulema debió rendirse a los Hugonotes por entonces. Al guardián del convento de San Francisco lo estrangularon en presencia de Coligny, y el hermano Avril, de ochenta años, lo degüellan, y lanzan su cuerpo dentro de una letrina. Y en una casa de un vecino llamado Papin, donde encontraron algunos católicos, los amarraron en paquetes de a dos y los abandonaron para que el hambre hiciera que se comieran entre ellos.

Vienen otras cosas mucho más crueles y salvajes, citadas nominativamente, en una obra contemporánea publicada en Amberes. Pero no vale la pena seguir. Los tiempos aquellos, *le bon vieux temps* como dicen los franceses, quedan suficientemente conocidos.

La Inquisición me viene ahora a la mente, la horrible Inquisición que en los libros, los dramas, los discursos, y en la conversación de cada momento, aparece como un baldón para el catolicismo. Recuerdo que aun antes de conocer el significado de las palabras, ya la oía citar por algunos amigos y parientes de casa, como cosa execrable, de que también el Papa tenía la culpa. No es extraño que, cuando después he encontrado la ocasión de informarme, de leer y de comparar con mi propio criterio, el tema me haya vuelto al espíritu. Me he formado de él una opinión que creo muy justa.

No fué, evidentemente, instituída la Inquisición con el objeto de imponer la fe. No podía proceder así la Iglesia que ha

mandado y todavía manda misioneros por todo el mundo no a matar, sino a morir. La Inquisición fué un tribunal, establecido por el concurso de la autoridad civil y de la autoridad eclesiástica, para el conocimiento y la reprensión de los actos tendentes a arruinar la religión. Esta definición la da Lacordaire, y es exacta. Los abusos la desnaturalizaron por todas partes; y los poderes civiles, los reyes y sus delegados, apoyándose en la influencia que tenían dentro de sus procederes, la convirtieron en máquina de crueldad que nadie, por cierto, piensa ahora en excusar ni menos en defender.

El concurso de la Iglesia fué real y positivo. Era élla misma la que decidía sobre la fundación de tribunales; pero hay que descargarla de las responsabilidades de sus miembros, sobre todo los españoles, que aun siendo eclesiásticos, por su índole dura y cruel llegaron a violar sus preceptos; hay que establecer alguna diferencia entre élla y los poderes nacionales y civiles, que fijaban y aplicaban las penas. La Inquisición era como una rama de la justicia española que, como tantas otras cosas de la época, era bárbara, inhumana y tenebrosa. Las confiscaciones decretadas, que fueron cuantiosísimas, beneficiaban a la caja real.

Me parece que muchas de las opiniones en la materia, sobre todo las que culpan al Papa y al clero, son formadas en lecturas de panfletos y no en la historia; son modificadas por la imaginación antes que por la realidad. Aquella época de costumbres rudas en general y de desprecio por los sufrimientos, por la muerte, era época simultáneamente de fe ardiente esparcida por todas las esferas: la herejía era mirada con horror; era como traición nacional. Fuera de la herejía, y esto se ignora también generalmente, tocaba juzgar a la Inquisición los crímenes contra la naturaleza, y a los bandidos y seductores, a los usureños, etc.

Y en todo caso conviene no olvidar la regla impuesta por Thiers, que "es injusto juzgar de hechos e instituciones de una época con las ideas de otra". Muchos de los crímenes o delitos que hoy sería considerados como de fuero privado eran entonces crímenes de Estado, eran atentados sociales, que el poder civil reprimía o dejaba reprimir con mano de hierro.

A los brujos o hechiceros, por ejemplo, como hace notar don Juan Valera no recuerdo en cuál de sus libros, los quemaron en Alemania y Suiza en número mayor que los quemados en España por la Inquisición; y a nadie se le ocurre citar semejantes barbaridades.

El repulsivo nombre de Torquemada, el Gran Inquisidor, ese sí que lo conocemos desde chicos. Lo que no corre es que el Papa León X le excomulgó en 1552, por causa de sus rigores, y a pesar de las instancias de Carlos V.

Bajo el nombre de Congregación Romana del Santo Oficio había sido fundado en Roma, ante los ojos del Pontífice, un tribunal de Inquisición; no dió sentencias de muerte.

Si hubo alguna, como la de Giordano Bruno, que ha sido negada, puede ser atribuída a la acción del *brazo secular*, pues el fraile este, del cual me ocuparé otra vez, se había hecho acreedor a otros castigos fuera de los que merecieron, según las costumbres de la época, sus herejías y apostasías.

Durante la Revolución Romana de 1849, Sterbini y sus colegas, para suscitar odio contra el gobierno papal, hicieron llenar el Palacio de la Inquisición con osamentas de pretendidas víctimas humanas; como no era fácil encontrar verdaderas, las habían suplido con huesos de asnos, de perros y de caballos. La superchería fué descubierta (1).

No es el caso ya de decir: así se escribe la historia. Se podría exclamar entre risas: así se comprueba la historia.

(1) Lafón lettres d' un Pèlerin, Roma.

La condenación de Galileo es el reproche más conocido contra el Santo Oficio de Roma. Se cometió el error de creer que el sistema descubierto genialmente por ese sabio era un atentado contra la Biblia, un avance falso que debía ser condenado por la teología. Y el Santo Oficio resultó tan equivocado en ésto como en que la tierra no se movía en torno del sol; pues ni afirma la Biblia que es el sol el movedizo, ni dejó de ser muy cierta la afirmación del sabio ante el Tribunal y que todavía viene repitiéndose como un eco de enseñanza filosófica: *e pur si muove...*

El castigo de Galileo se redujo a cuatro días de prisión.

Después se le dió el palacio de uno de sus amigos como lugar de detención, con criados, y con miramientos de todo género. Seis meses más tarde pudo volverse a su propia *villa* de Arcetri, cerca de Florencia.

¡Qué diferente fué la suerte de Lavoisier, el sabio químico que cayó en las manos de la revolución francesa!

Sin más, le condenaron a muerte por haber pertenecido al cuerpo de los llamados *fermiers généraux*. Pidió la gracia de algunos días para terminar un experimento, y el Tribunal replicó: la República no tiene necesidad de sabios.

¡Qué noción de República se habían formado esos tuncantes!

El número total de víctimas de la Inquisición, que dan los libros y discursos, es generalmente muy exagerado. El historiador inglés Gibbon cree que siempre es inferior al que produjo la imposición del protestantismo en los países del norte.

Es sabido que fué en España donde se mantuvo con más rigidez el tribunal; es que allí fué la Inquisición, antes que todo, un tribunal político que funcionaba contra judíos y moros, enemigos del reino. Por eso, y a pedido de Fernando e Isabel, fué fundada en España, desde 1481. Las repetidas instancias de Portugal hicieron que también se estableciera en este reino veci-

no, desde 1536, bajo Juan III. En ninguna parte fué tan cruel como en España.

Llorente, sin embargo, no estima en más de 34,658 el número de los que perecieron por el fuego en el espacio del funcionamiento de la Inquisición en España, que fué de 427 años. Las prisiones, y otras penas, fueron naturalmente muchas más. Y adviértase que Llorente, clérigo suspendido y apóstata, fué secretario de la misma Inquisición, de la que se hizo después el más formidable enemigo.

Estas cifras me hacen recordar las citaciones históricas que son comunes en nuestras controversias parlamentarias de Chile.

La Inquisición es argumento cursi, de mal gusto, es arma gastada, pero ha de salir a lucir cuando menos se piensa. Había un diputado, en tiempo de Santa María si no me engaño, que en un discurso contra los conservadores (¿qué culpa tenían?) gritaba:

—¡Allí están los dos millones de víctimas de la Inquisición! ... Otro diputado al lado, corrigiendo al orador, levantó en alto los tres dedos de la mano derecha, para que se viera que no eran dos, sino tres, los millones de las víctimas.

Pero los libros y artículos, los discursos y las insinuaciones de todo género que a uno le llegan de todas partes para denigrar la Inquisición, por más que uno la haya siempre rechazado, son pocos en comparación de los que vienen a probar que la Revolución Francesa es digna de los mayores encomios, de la celebración de los republicanos de todo tiempo, del agradecimiento universal. Y, sin embargo, fué peor que la Inquisición, o más bien, fué una segunda Inquisición, más cruel, más violenta, más salvaje.

Los jacobinos guillotinaron, bajo las asambleas Constituyente y Legislativa, y bajo la Convención, en seis años, 30,157 personas.

Fuera de estas víctimas que murieron en las más grandes ciudades, hubo, sólo en Nantes: clérigos, mujeres y niños fusilados, 1,064; clérigos, mujeres y niños ahogados, 2,460; nobles ahogados, 1,400; artesanos contrarrevolucionarios ahogados, 5,300.

La cifra de los suicidas en toda Francia fué, bajo el terror, de 4,790; la de mujeres que malparieron y murieron por el mismo terror, fué de 3,400; y por fin, la de los muertos en prisión de más de 6,000. Total, y en números redondos 54,000 muertes violentas en 6 años; unas 20,000 más que las de la Inquisición en 6 siglos!

La Revolución, dice el libro francés de Mr. Romain (1), de donde he tomado casi todos estos datos, fué una carnicería, y la Francia se convirtió en un matadero. Pero hay que agregar la lista de los emigrados, que según el cuadro que tengo a la vista, fué de 15,949 nobles, con 9,130 mujeres, también de la nobleza, 28,729 sacerdotes, 7,847 comerciantes y 9,224 propietarios, 2,877 legistas, 25,729 artesanos, 868 mecánicos, 552 banqueros, notarios, etc. A las víctimas hay que agregar los males, como los robos, incendios, la suspensión de negocios y estudios, y la ruina de la instrucción gratuita en que se ocupaban en gran parte los 30,000 clérigos y las 5,000 religiosas que fueron asesinadas o huyeron.

El mismo Renán exclama ante el Terror: "fué debido a la colaboración de todos los crímenes y de todas las insanidades, obras de locos y de malvados", y Taine, que es uno de los escritores críticos de la Francia cuyo liberalismo nadie pone en duda, escribe por su parte:

"La Convención, asamblea de cobardes, dominada por bandidos, se entregó al fango y a la vil espuma que sobrenada en las grandes ciudades y que había obtenido la rendición de la

(1) Georges Romain. *L' Inquisition*. Paris Bloud.

Bastilla el 10 de agosto. Toda la canalla y todos los ladrones que París encierra y que la facción ha enrolado forman la retaguardia. Y se agregan las mujeres perdidas, y con ellas las ladronas y prostitutas a quienes han dado franquicias y enrolado los hombres de septiembre. Esta basura antisocial hormiguea en las sesiones de la Asamblea, de la Comuna, de los Jacobinos y del Tribunal Revolucionario. Tal es el pueblo que reina sobre París y la Francia: 5,000 brutos tunantes y 2,000 mujeres perdidas”.

¡Y quieren que uno admire la Revolución Francesa!

La de San Bartolomé, la Inquisición, la Revolución Francesa, son tres expresiones que uno desearía no fueran repetidas ya sino como lección. Si se les agrega las guerras de religión, las matanzas de católicos en Inglaterra, Alemania y Suiza, y la persecución y opresión de Polonia, bien se puede dar gracias al cielo de que ya parece no es posible se repitan de hecho cosas como éstas.

A los veinte años, sin embargo, uno vacila. El criterio moral quiere independizarse de las normas impuestas por la familia y por el colegio, y el ánimo se deja, si no seducir, a lo menos inclinarse a lo que oye en las incidencias de la conversación y del discurso, a lo que encuentra bien expuesto en el libro. Viene después la lucha; los que uno cree sentimientos generosos por una parte, y los principios de justicia y verdad inmutables por la otra. El corazón y la razón se juntan por fin, ven claro y señalan el buen camino. Al decidir mi criterio hacia él, sentí como un peso de menos.

Todavía, en este capítulo se puede recordar la expulsión de los Judíos de España ordenada por Fernando e Isabel, los reyes católicos. El hecho fué condenado como inhumano primero, y en seguida como ocasionado a dejar a España sin las industrias que los judíos ejercían con la inteligencia que les es pecu-

liar. Por llamarse católicos los reyes, la culpa cae en el catolicismo naturalmente, y se la remueve en cualquiera ocasión.

Hoy, sin embargo, el caso es juzgado en la historia con espíritu más crítico y más filosófico, como es igualmente juzgado, por otra parte, el caso de los escritos de Maquiavelo. Ya hemos visto que las ideas generales, el modo de ser y las exigencias de una época dada deben modificar completamente los juicios que sobre ella hayan sido formados dentro del criterio de otra época. Pero aquí quiero, más bien que hablar sobre la injusticia o justicia de la medida, observar que los reyes de Aragón y de Castilla tomaron con ella resoluciones de política y administración que, mirándose bien, han dado razón a los que hoy las aprueban.

Los judíos eran entonces, como lo son siempre y ante todo, usureros. Parece que el pueblo español que bajo aquellos grandes monarcas se empeñaba casi exclusivamente en dar cima a la unificación de la España y a la victoria definitiva contra los moros, se encontraba literalmente agobiado de deudas. Estas deudas eran de tal naturaleza, que se liquidaban a cada paso con la ruina definitiva del deudor, en beneficio del acreedor judío. He ahí una circunstancia que ya impresiona un tanto a favor de la medida.

Otra circunstancia, proveniente de la propia índole religiosa del judío, el cual no se bate sino por sus ideales, era la de que cuando se pedía el empuje y el sacrificio a los hijos de la nación entera, los judíos, extranjeros de raza y de aspiración, no iban al campo de la guerra, no se sentían llamados. En los países que no les pertenecen no les gusta ni la guerra ni la agricultura: ni espada ni arado. Tras de un mostrador, sobre la caja, es donde se encuentra bien.

Bastaría con eso. Pero algunos historiadores modernos insisten en que la España se ha librado positivamente de no pocos

males con haber despedido a tiempo a los judíos, antes que dejarles en perpetua humillación como viven hoy día en Alemania, o bajo persecución sangrienta como los tienen en Rusia. España es casi la única nación que no ha tenido guerras de religión; con judíos, prontos a enrolarse en cualquier partido anticatólico, quizá no habría sido así.

CAPITULO XXXII

Después del capítulo precedente creo que no puedo hacer menos en obsequio del paciente lector que pedirle me acompañe en mi primer viaje a Italia para comunicarle emociones más gratas, contemplaciones más risueñas, impresiones más simpáticas.

La San Bartolomé, la Inquisición, la Revolución Francesa, los judíos, me exigían un desahogo del espíritu, una explicación pública y de buena fe que alcanzara hasta otras almas juveniles asaltadas por mi mismo anhelo de sentir y juzgar rectamente. Ya está hecho; y como si saliera de una controversia acalorada necesito del aire libre de las excursiones, de las sensaciones serenas del arte. El país más hermoso del mundo nos espera.

Acababa de pasar el 1.º de enero de 1875. Florián se había ido a Tierra Santa formando parte de una especie de caravana organizada por Monseñor Eyzaguirre. Los 5,000 francos habían sido mandados tres veces por el papá de Florián; los primeros se habían empleado en pagar deudas, los segundos en vivir unos meses, y sólo los terceros en el santo objeto del viaje. La caravana tuvo un triste término con la muerte inesperada de su ilustre director, acaecida a bordo del vapor de vuelta.

Mi madre y mi hermano Antonio con su mujer habían venido de Chile, y todos juntos partimos al sur de Francia para comenzar la vuelta por la Península. Nos acompañó también Francisco Undurraga que estaba en Roma de estudiante, y que fué a París a recibir a mi madre. Su espíritu alegre y su conocimiento adquirido del idioma italiano, habían de hacer doblemente apreciada su compañía durante el viaje.

El primer alto fué hecho en Lyon. Las ciudades de provincia en Francia tienen un cierto sello, ¿cómo diré?... de provincialismo. Sin duda es de allí de donde ha venido el vocablo. No son mal delineadas ni mal edificadas; no les falta animación; pero tienen un no sé qué de vulgar en sus detalles de edilidad y en el aspecto de sus burgueses. No es el tamaño reducido ni tampoco el mal traer de las capas de población inferior lo que decide del provincialismo. Santiago, a pesar de sus arrabales sucios, no sería provincial ni aun en Europa, donde hay tantas ciudades superiores; le circula cierto ambiente de distinción por sus calles principales. Tampoco son provinciales las ciudades grandes de Inglaterra, ni de Alemania, ni de Italia. Recorriéndolas no se hacen notar por ninguna peculiaridad que las rebaje, aunque sean ciudades secundarias. El provincialismo lo comprende inmediatamente el que viaja por las ciudades de Francia, aunque se llamen Lyon, Marsella, Burdeos, etc.

En aquel tiempo no se habían organizado los grandes expresos de Europa que llevan al viajero como volando. De suerte que los viajes cómodos se hacían divididos en muchas jornadas. De Lyon fuimos a Niza. Los trayectos se nos hacían cortos, gracias a las humoradas de nuestro primo Undurraga. Yo le acompañaba de buen grado. A pesar de mi independencia y de mis lecturas y contemplaciones habidas, los veinte años me

traicionaban. Las chacotas del colegio renacían en cualquiera ocasión.

Niza, con la alta Saboya, pertenece a la Francia sólo desde 1866. Fué una especie de galardón ofrecido a Napoleón III por su concurso a la liberación, contra los austríacos, de la Italia del Norte. Si el servicio fué grande, el premio fué óptimo.

Pocos sitios del mundo hay mas hermosos que Niza. Los extranjeros del norte, desde California hasta la Rusia van a ella todos los años a llenar sus hoteles vaciando los propios bolsillos. Les atrae el clima, el juego, la belleza del mar azul, de las montañas plantadas de olivares, de los pequeños valles floridos, tras de cuya cerca levantan su copa obscura los naranjos cargados de frutos.

Los caminos son perfectos; ruedan los carruajes con la suavidad de una embarcación. Los hoteles a donde se llega y que uno elige entre centenares, son espaciosos, cómodos y abrigados. Hay, día y noche, música y espectáculos de todo género. Y en medio de esa atmósfera de contento y de molicie se encuentran, complaciéndose, caballeros de toda condición, desde el vividor americano o europeo, satisfecho, gordito, bien vestido y bien peinado, hasta el joven pálido y delgado como un poeta, amenazado por la tuberculosis y que vino empujado por los vientos fríos del polo; desde la señora de la aristocracia que uno conoce por su vestir modesto, obscuro y distinguido, hasta la aventurera de París, satisfecha, sonriente, presentada y teñida de oro en el pelo y de encarnado violento en los labios.

Como si todo esto fuera poco, y como si no siguieran todavía al lado de esta gran perla de la costa otros sitios encantados como Cannes, Menton y Beaulieu, desde cuyas cimas la superficie azul del mar se mira más dilatada al través de las dracenas y de las mimosas en flor, allí está Monte Carlo, empinado en la

mitad de la montaña: la suprema tentación, la tentación de las tentaciones.

Monte Carlo es un lugar dotado, por la naturaleza y por los hombres, con todas las formas posibles de la seducción. La ruleta y las mesas donde se talla con naipes están situadas dentro de un palacio fantástico que se alza, mirando al cielo y al mar, sobre un terrado de céspedes y violetas, adornado de las más raras palmeras. Por dentro hormiguea la gente, ansiosa de mirar, ávida de ganar, codiciosa de ganar otra vez. Contiguo a las salas, abre sus puertas un salón de conciertos, de riqueza maravillosa. Una orquesta que toca con perfección ofrece sus acordes para que el jugador encuentre un rato de reposo. Se entra a oír una sinfonía, acompañada en la imaginación por los luses de oro que allí cerca se golpean, y se vuelve obsediado a apuntar de nuevo, a perder la última moneda o a ganar otro poco más.

El arte en todas sus fases está puesto al servicio de los sentidos, los cuales por su propio instinto conducen al dinero, a los luses que chorrean sobre el tapete verde de las mesas. El culto, es el del Becerro de Oro.

El principado minúsculo de Mónaco tiene a Monte Carlo por su centro y por su fin principal. Es un Estado ridículo, embutido en el departamento francés de los Alpes marítimos, de 21 kilómetros cuadrados, y con una población de 12,500 habitantes. La Constitución, el presupuesto, las instituciones y todo, es la ruleta y el treinta-y-cuarenta. El príncipe ejerce mando sobre 35 gendarmes, pero tiene una renta enorme; le tratan de Alteza Serenísima. No es el empresario de la ruleta, pero la da en alquiler a una *Sociedad de Baños de Mar*, la cual, como por añadidura ocupa y explota el Templo del juego.

Antes había otro garito famoso en Baden-Baden, donde acudían en verano los devotos de la ruleta. Pero el Emperador Gui-

lermo I, poco después de coronado lo mandó cerrar. La responsabilidad de Monte Carlo que ya es el único que de su especie queda en Europa, pesa sobre la Francia, que lo tolera vista la gran riqueza anual que por motivo de él queda en el Litoral.

El tren nos llevó todavía un día entero por la llamada clásicamente La Riviera, entre los cerros y el mar ligúreo, bordeando las playas y penetrando los promontorios por medio de túneles cortos. A la derecha se veían las olas llegar hasta cerca de los rieles, por la izquierda alternaban con los cortes del cerro los bosquecillos de limoneros con frutos dorados, las quintas risueñas, las pequeñas ciudades con casas altas de muchos pisos, pintadas de colores claros, de alero saliente, con colgajos de ropa blanca, secándose al sol. Estábamos en Italia.

Génova es una ciudad soberbia, edificada sobre planes y cerros, guarnecida de montañas que circunscriben el puerto y la población. La topografía no se entiende; se ven calles que cruzan por lo alto y jardines suspendidos que oponen sus árboles y arbustos, sus juegos de aguas y sus flores ante la vista de quien mira al cielo; se ven plazas en otro nivel inferior, con vías de ferrocarril que entra al mar, y diques que entran a tierra: es una ciudad de tres pisos.

Una calle es toda de palacios, sin excepción. Las familias patricias, rivales de las de Rusia y Venecia, aristocracia de guerra y de comercio, de honor y de riqueza, levantaron esas residencias orgullosas, donde los arquitectos vienen hoy a aprender las formas, y los filósofos la inestabilidad del mundo. Los palacios han pasado en su mayor parte a otras manos; las ruedas de la fortuna y del poder han tenido tiempo de girar.

Los genoveses han sido siempre notables navegantes. Cristóbal Colón es hijo de Génova y lo primero que ve uno saliendo de la estación es su estatua. De Génova parten hoy numerosas líneas de vapores a ambas Américas. Parece que hubiera un

destino establecido para que las poblaciones italianas, siguiendo la estela del gran descubridor, se fueran a vaciar en los nuevos Continentes. Llevan nueva sangre, mejores hábitos que los de los criollos, ideas de empresa y de industria, y ejemplos de esfuerzo y de economía.

Y la Italia, y Génova, como esas plantas que mientras más producen más se desarrollan, crecen en población y riqueza a medida que dan hombres a la América. Es un vivero humano que fructifica y que se renueva, que brota y se reproduce, generando nueva vida sobre las regiones que el genovés Colón fué a descubrir.

La corona del Mediterráneo se la disputan Marsella y Génova. Pero quedará en estas manos. El auge de la navegación y del comercio de Italia es muy considerable; su salida principal está en Génova.

Después de otra corta jornada por la costa, a través de sitios parecidos, siempre cubiertos de quintas, jardines y limonares, llegamos a Pisa, cuya curiosidad más célebre es la torre inclinada. Parece que la torre, el *campanile*, hubiera cedido por su base durante la construcción, y que así siguieron levantándola, hasta que su gravedad se vió comprometida. La cima está cerca de cinco metros fuera del plomo. Allí subía Galileo para hacer sus experiencias sobre la caída de los cuerpos. Cerca, en el mismo sitio, se encuentran la catedral, el bautisterio y el Campo Santo.

Todo está fuera de la ciudad; con eso se encuentra favorecido el efecto extraño de esos edificios, todos hermosos y antiquísimos, aislados de la vida presente, encerrados dentro del mismo cuadro del cielo y montes en que lo concibieron los artistas de hace siete siglos, cuando Pisa era poderosa, cuando en su recinto se armaban brillantes cruzadas y expediciones de conquistas sobre las islas y el litoral del Mediterráneo. Por la

noche, bajo el claro de la luna, aquello parecía un sueño, una ilusión de siglos olvidados, no contados, una decoración de teatro sin espectadores ni sonidos. No había un alma, ni un edificio vecino con luces o ruido que hicieran volver a la realidad.

Pero la realidad es que desde que Doria con los Genoveses la derrotó por mar, y los de Florencia por tierra, Pisa cayó definitivamente. Hoy tiene 27,000 habitantes. El Arno corre triste por entre malecones casi desiertos. El movimiento que más se nota es de inglesas con Baedcker que van conversando en voz baja, o leyendo antes de llegar a los monumentos. No vimos más, y seguimos impacientes a Florencia.

Florencia quiere decir ciudad de flores, sus armas son un lirio, un *gilio*. El nombre de Florencia hace pensar en el Dante, que allí nació, en Miguel Angel que con Rafael y Leonardo de Vinci allí trabajaron juntos, en los Médicis, en Maquiavelo, en Donatello, en Galileo, y en muchos más hombres grandes si los hay en las letras, las artes y las ciencias. Fra Angélico también es de aquí; el humilde fraile, pintor santo que hacía cuadros del cielo y que cuando se cansaba de pintar era ayudado por un ángel que le adelantaba el trabajo.

Desde hace muchos siglos corren todos a Florencia buscando las más altas satisfacciones de los sentidos y del espíritu. Sus colinas suaves, donde serpentean caminos fáciles, rodean el centro poblado, ofreciendo a todas las vistas un fondo agradable, armonioso, tranquilo. Las *villas* blanquean por doquiera, destacándose de la florida vegetación de las faldas o del horizonte que se dora desde temprano, antes que el sol lo toque. El interior de la ciudad, donde están las calles modernas que se miran con hoteles y tiendas, se encuentra dominado por monumentos y palacios imponentes que uno ha conocido por

lecturas o fotografías, pero que impresionan y sorprenden, como si nunca hubiera sido dado llegar a contemplarlos de cerca.

Florenia tiene un foro, como los antiguos, donde el pueblo se ha reunido en las últimas ocasiones. Es la *piazza della Signoria* y la *Loggia dei Lanzi*, que data del siglo XIV.

Esta tiene la forma de una galería o pórtico que puede servir de tribuna en los comicios. Es un sitio de empleo peculiar, que sólo se ve en pocas ciudades de Italia. Pero como el florentino es artista ante todo tiene su *loggia* adornada con varias obras maestras, como las tiene en su salón un coleccionista. Allí está el Perseo de Benvenuto Cellini, que tiene en la mano la cabeza de Medusa, chorreando sangre de bronce; más allá el rapto de las Sabinas, Judit y Holofernes de Donatello y otros broncees y mármoles que toman parte, digámoslo así, en la vida pública de la ciudad.

Santa María de las Flores se llama la catedral, el *duomo*. No tenía entonces, en 1875, su hermosa fachada de mármoles policromos, con la Virgen de mosaico que abriga al niño en su manto blanco mientras ruedan sobre las gradas del trono las naranjas y las rosas. Es la Virgen de Barabino, hoy conocida y reproducida por el mundo entero.

Como en Pisa, hay un bautisterio de mármol frente a la puerta del duomo; fué conocido y saludado por el Dante. Tiene puertas de bronce, hechas en el siglo XV, que contienen tableros con relieves de tal suerte bellos, que dijo Miguel Angel que eran dignos de cerrar el Paraíso.

La iglesia de Santa Croce se encuentra cinco minutos más allá. Es un monumento vastísimo, elevado desde el siglo XIII, y que por su significado, por sus formas y proporciones, por la indecible solemnidad de su aspecto interior, cautiva y sobrecoge desde que se franquea el dintel. Luego se ve el mausoleo de Miguel Angel con estatuas que simbolizan la Pintura, la

Escultura y la Arquitectura. Poco más lejos está el cenotafio del Dante; los restos han sido guardados por Ravena; la inscripción dice: *Onorate l'altissimo poeta*.

Después sigue el monumento de Alfieri, el poeta trágico. Más allá está Maquiavelo, que por el mundo tiene más fama de malo que la merecida. Los críticos modernos se ocupan en rehabilitarle; dicen que dijo con franqueza lo que otros condenan pero practican, y que la época era toda de infidencias, de arterías y dobleces. Después de conocidas sus obras principales, tengo para mí que fué Maquiavelo uno de los más esclarecidos servidores de su patria. El adjetivo que se deriva de su nombre lo veo aplicado como una afrenta injusta a personas que, dada su época, son peores que él por cierto, y que en ningún caso tienen su talento y sus otros méritos.

Rossini, el inmortal compositor de *Guillermo Tell* y el *Barbero de Sevilla*, ha sido enterrado más adentro; y a la vuelta, por las naves de la izquierda, encontramos, entre otros, los monumentos de Galileo, y del otro gran músico, Cherubini.

Santa Croce es, pues, el panteón de la Toscana, pero encierra restos y recuerdos de tal suerte valiosos que se deben al mundo entero.

Se levanta, en medio de la ciudad otro *duomo* alto, sólido y casi macizo. Es la iglesia de San Lorenzo cuya Nueva Sacristía, construída por Miguel Angel para abrigar los restos de los Médicis, contiene obras de arte sublimes, acaso producidas por única vez en la sucesión de los siglos. Uno de los monumentos recogidos ha entrado dentro de sí mismo, y piensa protos está coronado por la estatua de Lorenzo sedente, que en fundamente. Es la estatua del pensador, *il pensioroso*, y representa la persona de Lorenzo de Médicis. El artista no se fijó en el parecido ni hizo tampoco un puro simbolismo, sino que hizo

una alegoría moral, dando forma y cuerpo a las cualidades que suponía en su héroe.

Del arqueólogo romano Rossi se ha dicho que hizo hablar a las piedras. De Miguel Angel se puede decir que hizo pensar al mármol.

Hay otras figuras medio acostadas que completan los monumentos; el día, la noche, el crepúsculo y la aurora. El día y la noche han suscitado la mayor admiración desde que fueron hechas y vistas; las otras quedaron inconclusas. La noche puede representar más bien el sueño o sencillamente una mujer que duerme, pues estos mármoles parecen animados: se ve la blandura del cuerpo, se siente la circulación y la respiración de la persona dormida antes que la figura fría, de materia dura, que equilibra o perfecciona un monumento.

Miguel Angel es uno de los mayores genios de la humanidad: es además un carácter admirable, lleno de virtudes raras. Es la rectitud, la fuerza, la fe, la ciencia, el trabajo en la voluntad como personificación.

Aunque siempre genial y grandioso en la pintura y elevadísimo en la poesía, su vocación es la escultura, con la cual da la expresión que quiere a sus ideas. De allí nacen esos grupos y figuras aisladas con que representa al Hombre Dios y a su Madre, a David, a Moisés y otros personajes, todos ellos llenos a su vez de carácter y voluntad, musculados y palpitantes, casi vivos, casi moviéndose con el fin que les corresponde. Sus creaciones tienen algo de giganteo como es el alma del autor; son dominantes por gesto y actitud, son fascinadoras por su alta intención y maravillosa ejecución, son únicas por la elocuencia que se desprende de la mirada, de la actitud, y a veces del mismo movimiento de los ropajes. Miguel Angel, hombre sublime y atormentado, concibe otros hombres sublimes y robustos,

que son como titanes; le mueve la obsesión de lo fuerte y de lo grande.

Uno se siente cansado, abrumado, y sale de la Nueva Sacristía mirando distraído, y casi con gusto, las figuritas de alabastro de las tiendas, que están por allí, recordando y reconociendo las pequeñeces y las realidades de la vida. Se va uno naturalmente a la primera colina, a San Miniato, para mirar a la ciudad desde un sitio explayado, mientras queda aún en los sentidos y en el alma la emoción desprendida de las grandes ideas hechas substancia en el mármol, que inventó y encerró en aquel recinto Miguel Angel.

Desde San Miniato se ve la ciudad entera; se domina el conjunto sin que se pierdan los detalles; es una vista clásica, un embeleso de hermosura, una mirada dentro de la historia.

La ciudad es más bien pequeña; sus 200,000 habitantes viven concentrados; las colinas avanzan hasta cerca de las calles de Florencia. Sobre el verde azulado que algunas ofrecen como fondo se destacan la torre de la Señoría y el domo con su *campanile*. Se ven otras torres antiquísimas y muchos tejados que no han debido de cambiar su apariencia en varios siglos. El Arno corta la población en línea recta; se levantan, en su borde, palacios y habitaciones comunes que descansan sobre la misma orilla, tocando el agua; sirven para atravesarlo varios puentes y, entre todos, uno característico, flanqueado de baratillos y confundido por otros puentes o pasajes por lo alto que van de los palacios de una ribera a los de la otra.

La vista de cuatro siglos atrás no debía de ser muy diferente, tomándola desde el mismo sitio. Me sentí libre para imaginarme trasladado a los días del Renacimiento, que aquí en Florencia encontró su foco de donde envió luces a las demás ciudades de Europa. También es cierto que nada mueve a la contemplación histórica como el mirar desde una altura una ciudad o una

región; la vista dilatada induce inmediatamente a recoger en la mente una síntesis de los hechos, de sus causas y consecuencias, y hasta de sus alcances al porvenir.

Confieso, sin embargo, que en mi edad y en aquellas circunstancias eran las cosas de arte las que comprendía mejor, las que me dejaban impresionado. Italia era de ellas como el santuario, en medio del cual me había llegado a encontrar.

La pintura, en Florencia, no está menos en honor que la escultura y las demás bellas artes. Pero si me pusiera a recordarlas, me costaría comenzar y no tendría cuándo concluir. Báste-me decir que sólo en la galería Pitti, que viene desde los Médicis, hay doce cuadros de Rafael, y que en *Los Oficios* hay cuadros de toda escuela y de toda época, en variedad y riqueza que ninguna otra galería de Italia ha superado.

CAPÍTULO XXXIII

A Roma llegamos por la noche. Subimos a un ómnibus del hotel con Undurraga y el Cónsul General de Chile, don Joaquín Santos Rodríguez. El Cónsul Rodríguez, que nos esperaba en la estación, era el todo para los chilenos que venían a Roma; así como servía al país, así quería servir a todos y a cada uno de sus hijos. Creo que no he conocido un hombre más leal, más oportuno, más honrado y bueno en todo sentido, más afecto a Chile, al país que siempre sirvió y nunca conoció.

El ómnibus era una sonajera terrible de vidrios que no dejaba oír los gritos y cantos con que Undurraga celebraba su vuelta a Roma y su encuentro con don Joaquín. El camino al hotel era largo, y me acuerdo de haber preguntado cuánto faltaba para llegar al centro, cuando me contestaron que ya estábamos en la Plaza de España, medio a medio de Roma. Lo viejo y lo feo de los edificios me hacía ver con la luz de los faroles como que anduviéramos todavía por arrabales. Mi madre y demás de la familia viajera estaban ya en el hotel cuando nosotros llegamos. Se convino en que a la mañana siguiente nadie iría a la Basílica de San Pedro, para que, reunidos después de almorzar, fuésemos juntos, bajo la dirección de un guía, a compartir las primeras emociones y sorpresas. Pero yo, con mi primo Undu-

rraga, habiendo salido temprano de correría, no nos contuvimos y nos fuimos allá. Aislados, o en grupos formados con nuevos amigos encontrados, fueron igualmente apareciendo los demás de la comitiva. Todos faltaban al compromiso movidos por impaciente e irresistible curiosidad.

Después de venir mirando por toda Italia templos viejos y otros interiores oscuros, de superficie borrada por los años y de cornisas y otros relieves polvorientos y de colores sucios o por lo menos desvaídos, mi primera impresión al entrar a la augusta Basílica fué de luz explayada, de armonía, de magnificencia, de abundancia y de nobleza. Los mármoles, que parecían recién bruñidos, lucían y reflejábanse en los pisos, en las pilastras y columnas, en los altares y sarcófagos, mientras de las bóvedas blancas y de los otros miembros superiores lanzaban destellos y fulgores los dorados de los rosetones, los mosaicos y los follajes de la ornamentación.

Todo se veía puro y neto. Los detalles se me ofrecían con precisión y claridad. Mi percepción ante la obra de arte, que había tenido tiempo de aguzarse con el ejercicio, me hizo sentir, en seguida, que me encontraba ante la primera de las maravillas del mundo.

Callado y sin querer oír, me fuí avanzando por la nave central. Me pareció que mis pasos eran más cortos, que me movía sin ganar distancia, y era efecto de lo colosal del tamaño, al mismo tiempo que de lo justo de las proporciones. Las torres de la catedral de Santiago, puestas bajo la bóveda del templo no alcanzarían a tocarla. Llegado bajo la cúpula, me sentí en realidad pequeño, muy pequeño, ante esa esfera levantada por las alturas, encima de las bóvedas. Sostenida por cuatro pilastrones recubiertos de mármoles y flanqueados por estatuas colosales, apoyada en seguida sobre otros cuatro tímpanos de mosaicos, la cúpula desartolla su magnífica concavidad entre lí-

neas arquitectónicas de proporciones clásicas. Estas líneas le dan su belleza y elegancia; el gran espacio le permite producir la emoción serena del que mira al cielo; porque, positivamente, Miguel Angel, invadió aquí un pedazo del cielo.

Por entre los altares del crucero y de las naves se ostentan monumentos soberbios que encierran los restos de varios Papas. Hay todos los estilos, hay todas las épocas, como que la iglesia es católica de lugar y de tiempo. Desde el Bernini hasta Canova, los grandes artistas han querido todos ofrecer su tributo a la gloria de la Basílica. Han hecho obras considerables, que parecen desbordarse de los límites impuestos; de tal suerte son ricas de imaginación, de factura y de materiales.

En los nichos de la nave del medio se levantan colosales las estatuas blancas de los fundadores de las órdenes, San Bruno, San Francisco, etc. Allí veo a los grandes españoles, San Ignacio, Santo Domingo, Santa Teresa.

Después de dos horas en que vagué mirando esas bellezas de comprensión fácil y que antes se imponen que dan lugar a estudio e interpretación penosa, sentí que estaba saciado, que dos horas de goce estético y moral de tal intensidad eran bastantes. Mi satisfacción era mayor, considerando que en parte eso era mío, supuesto que era del Papa y por consiguiente patrimonio de los católicos.

La Plaza de San Pedro es igualmente grandiosa, la forman dos galerías o columnas de piedra dispuestas en arco como dos brazos que se tienden y recogen para abrazar. Cuando el Pontífice da la bendición, esta plaza la recibe y la transmite para *urbi et orbi*.

El obelisco del centro es enorme; es el testigo inmutable de los siglos. Vió crucificar a San Pedro desde el circo neroniano que ocupaba el mismo sitio, y quién sabe qué vió en los siglos de siglos que pasó erguido en tierra de los faraones, antes que

Calígula lo trajera a Roma. Las fuentes de los lados son igualmente enormes y sus chorros de agua, que hacen rebalsar sus tazas y fuentes, y que salpican hasta en la distancia, son símbolo de las gracias abundantes que lavan y purifican, que alcanzan a todos. No hay cosa que no parezca simbólica, que no sea significativa en el recinto vaticano.

Me fuí pensando en que, con seguridad, no se habría fabricado en la antigua Roma, ni en el mundo entero, un monumento igual a San Pedro; mis visitas posteriores a las termas, a los panteones y a las basílicas de los emperadores me afirmaron en mi idea, a pesar de lo soberbios que debieron también de ser, según se colige de sus ruinas. San Pedro, en suma, fué concebido como poniendo el panteón de Adriano sobre un ábside o un crucero formado con los grandes elementos de las basílicas de Constantino, o de las termas de Diocleciano o de Caracalla.

Tampoco se hará nada que lo sobrepase. Basta, para creerlo, considerar que la fabricación venía costando, a fines del siglo XVII, más de 235 millones de francos, cuando el jornal del obrero valía muy poco y cuando no se habían agotado las canteras que suministraban los mármoles raros que luce por todas partes la Basílica.

Aquella mañana fué completa. Me retiré saciado de emociones gratas, y mil veces contento por haber visto lo que en tantas ocasiones de mi vida había oído describir y ponderar. Ya conocía de conjunto ese templo que era como el primer objetivo y como el más atrayente y llamador asunto de la ciudad.

Había que ver, después, el panorama de Roma entera, desde la altura del Gianicolo, que es el mejor sitio. Los autores romanos hacían mención de que los del norte, los toscanos, cuando llegaban a esta eminencia, al terminar su jornada se detenían a contemplar la gran ciudad antes de penetrar a élla.

La vista es dilatadísima; la ciudad se extiende sobre sus on-

duladas colinas, apretada, con trechos de verdura como los hay en las demás capitales de Europa. Allí están las siete colinas y a más el Pincio, el actual paseo que un poco hace recordar al Santa Lucía de Santiago. Sobre la meseta del Pincio, el horizonte se divisa cubierto por arbolados tupidos, de un color obscuro, clásico; y levanta su par de torres amarillas, que hiere el sol, la *villa Médicis*, actual Academia de Francia, que fué un tiempo el jardín de Mesalina; y la *Trinitá dei monti*, claustro de vírgenes, donde maestras y alumnas viven en la enseñanza y el trabajo. En la Trinitá se educan las niñas de las primeras familias de Italia. De Mesalina, a las religiosas del Sagrado Corazón. Ojalá todo el mundo hubiera andado así.

En frente se ve el Quirinal, donde se levanta el palacio del Rey. Antes de la ocupación italiana allí tenían lugar los cónclaves. La altura que le sigue a la derecha es el Capitolio, donde madame Staël hizo improvisar a Corina, y donde en realidad se levanta un palacio que hoy ocupa la Municipalidad de Roma, que ha adoptado como lema nada menos que las S. P. Q. R., de los otros tiempos. La roca Tarpeya no está tan cerca como se dice. Algunos dicen que nunca existió, y que fué entonces como ahora un peñasco inofensivo que sirve de base a un retumbante figurón de retórica.

El monte Palatino se ve más cerca. Sobre la cima hay una *villa* rodeada de cipreses dispuestos con simetría, según se usó y se ha seguido usando desde los primeros tiempos del arte de los jardines. Bajo el suelo del Palatino se ocultan los escombros del palacio de los Césares dueños del mundo; de allí el nombre de Palatino. La excavaciones van dejando en claro las murallas, los cimientos y los pisos de las diferentes secciones y de sus departamentos. Dentro de pocos años estará todo descubierto; los arqueólogos explicarán con exactitud rigurosa el objeto, el uso y la forma y aspecto de esas fábricas que han pasado más de

mil años aplastadas por un cerro sin valor, donde pacían cabras, donde iban a jugar los niños sueltos de los suburbios.

El Palatino oculta el Foro que todavía se llama *campo vaccino*, por las vacas que en él se soltaban. Asoman del suelo columnas corintias aisladas o que sostienen frisos de templos; columnas y frisos son de una rara perfección. Hay arcos de triunfo cubiertos de relieves importantísimos; el de Tito trae la reproducción del Arca Santa y del candelero de siete ramas tomado a los judíos en Jerusalén.

Y el enorme murallón de piedra, en forma de curva oblonga, que casi toca al foro, es el Coliseo, el gran testigo de la grandeza y de la corrupción del imperio romano. Su arena quedó infiltrada con la sangre de miles y miles de mártires. Por eso los Papas lo habían consagrado como un templo abierto. En latín se llama *Colosseum* y le vino el nombre de la colosal estatua de Nerón, cuyo zócalo en ruinas queda ostensible a su lado.

El Aventino, a donde se retiraba el pueblo, se aleja ya a la derecha. Al fondo, en la misma dirección, están las montañas del Lacio, cuna de la lengua y de la raza latina; y menos lejos los montes sabinos, proveedores de mujeres para la *Roma quadrata*, fundada por Rómulo al pie del Palatino.

Ya lejos y dentro de un codo que hace el Tiber, se divisa diminuta la Basílica de San Pablo, la de columnas y suelo de mármol reluciente, que casi rivaliza con la de San Pedro. El más allá empañado y que azulea, viene a ser el horizonte de la tierra y el mar, que la distancia confunde y que el ojo no alcanza a separar bien.

Las líneas entrecortadas de los tejados de toda la ciudad son interrumpidas por numerosas cúpulas, torres y torrecillas de forma variada. Se ven surgir dos apóstoles de bronce cuyos pedestales son las columnas de Trajano y de Marco Aurelio, y

otras figuras gigantescas de piedra, que son las que coronan la fachada de San Juan de Letrán.

Suben a morir hasta la colina del Gianicolo, donde estoy mirando, los ruidos de la ciudad, con sus humos, vapores y polvaredas. Los edificios cubren, sin embargo, la vista de los transeúntes y vehículos. Se oyen, no más, los toques de mil campanas, las trepidaciones de los carros y coches que ruedan sobre la piedra, los golpes de las patas herradas de los caballos, las voces de gentes que debe de estar cerca, pero siempre oculta, los silbidos lejanos de máquinas de vapor, los golpes de albañiles y carpinteros, y los otros sonidos y voces, gritos, cantos y músicas de las grandes ciudades, producidos en confusión durante las horas de la vida intensa.

He ahí a Roma, la ciudad eterna. Su historia de tres mil años se ha desarrollado dentro del panorama que hemos tenido por delante desde sus orígenes fabulosos hasta que fué hecha capital de la nueva Italia. A Dios sólo pertenece el porvenir; pero a mí se me figura, por lo menos, que Roma no va a perecer ya, sino en la terminación de los siglos. Esta ciudad nació con el signo de la dominación; ha sido siempre la Metrópoli del mundo; en los primeros tiempos por la fuerza, después por el espíritu; porque ha encerrado la cabeza de la iglesia cristiana. El mundo es cada día más grande; nuevos continentes se pueblan y se dan a la civilización. Con eso Roma será más y más grande también. El Pontífice romano reinará sobre más y más millones de católicos; y la nación italiana, organizada y próspera, crecerá en fuerza y en influencias sobre el mundo.

Y los hombres de la política dominante de Italia, que son ante todo inteligentísimos, se guardarán de extremar la situación del Pontífice, porque saben que su salida sería el principio de la ruina general.

Pero cuando me juntaba con mi primo, los conceptos cam-

biados eran menos filosóficos de lo que va escrito. Las más de las tardes nos largábamos a caballo a recorrer la campiña, por la Vía Apia, donde se encuentran los acueductos y las tumbas, o por otros sitios que todos son pintorescos y dicen algo. Cuando paseábamos por la Villa Borghese, era casi seguro que encontraríamos o al Rey Víctor Manuel II con sus grandes bigotes, sentado en una hermosa calesa forrada en brocato azul, o a su hijo el Príncipe Humberto, también a caballo, o en coche con la princesa Margarita, la flor de Saboya, princesa blanca, bella, suave y elegante, que nos precipitábamos a saludar por mirarla sonreír.

Otra vez que me retiré a pintar en una quebrada de la villa Doria, llegó Humberto, de a caballo, a mirar lo que yo hacía. Se estuvo mucho rato y se retiró sin hablarme. Después he tenido ocasión de recordarle el caso. Y cuando vino el Carnaval, nos vestimos de elefantes, con Undurraga, y sostuvimos, en medio del corso o calle principal, una ruda batalla de flores con los príncipes, y con las más hermosas damas romanas que cruzábamos. ¡Qué buenos días aquellos! Era divertidísimo el Carnaval, que algunos años después decayó y murió. La población se movía, en estrepitosa alegría, pero manteniéndose libre de todo exceso. Las máscaras y comparsas eran graciosísimas. Era un espectáculo vivo, ingenioso, a veces rico y lujoso, que nada costaba a las gentes que contentas y felices miraban y aplaudían.

Las idas a los museos era, sin embargo, la ocupación de la primera mitad del día. El Vaticano resultaba siempre ser lo principal. La Capilla Sixtina contenía el Juicio Final, y el cielo rasado con los profetas y las sibilas, todo de Miguel Angel. Las Estancias tenían sus propios muros pintados por mano de Rafael con las más grandes de sus composiciones; y la Pinacoteca guardaba la Ascensión y la Madona de Foligno, fuera de la co-

muni6n de San Jer6nimo del Dominiquino, y otras gloriosas obras maestras.

El "Juicio Final" es tan vasto como t6trico; pero apenas se lo aprecia sobre el muro de testera en que est1 pintado; los a1os lo han puesto negro. Las sibilas y profetas se ve1an mejor. Son la 6ltima expresi6n de la pintura decorativa. La figura humana ha sido levantada all1 hasta lo excelso. Para dejarla dominar mejor, y permitir a los personajes que obtuvieran toda la impresi6n que pudiera esperarse de sus actitudes y movimientos, de sus trajes y ademanes, de sus miradas y gestos, Miguel Angel dej6 desguarnecida la famosa capilla, que no tiene ni un adorno, y apenas unas pocas cornisas y pilastras. Pero siempre es con una estampa o fotograf1a como se puede juzgar de esa obra magn6fica, sublime aunque empa1ada, obscurecida con los a1os y con el humo de cirios y de incienso.

Lo que es Rafael, hab1a aceptado la pintura de las estancias para hacer obras de apariencia m1s f1cil, composiciones sabias y profundas, pero amables, religiosas y filos6ficas, pero claras. No s6 qu6 decir de ellas. Vengo a pensar, no m1s, para mis adentros, que la llamada "Disputa", que es m1s bien la "Glorificaci6n del Sacramento", es sencillamente lo mejor que se ha pintado desde que el mundo es mundo. Todo es all1 una pura perfecci6n, desde las expresiones de las cabezas y el magistral dibujo de los ropajes, hasta el colorido general que con los siglos corridos se me antoja tiene una fineza de tono que no le fu6 dada en un principio.

Una vez que se encontraron en una galer1a del Vaticano Rafael con sus disc1pulos y Miguel Angel, 6ste le dijo:

—Vas como un pr1ncipe rodeado de su corte.—A lo que Rafael replic6:

—Y t1, siempre solo, como un oso.

En esta an6cdota van autentizados los rasgos principales de

las respectivas personas. Miguel Angel es melancólico, pensador y reservado. Rafael de carácter fácil, de índole sagaz y afable, de trato abierto y expansivo. Las obras de ambos revisiten los mismos caracteres.

Rafael murió a los 37 años de resultas de la malaria, antes de terminar la "Transfiguración"; fué flor segada en la fuerza de la edad y del talento. Sus funerales fueron como de un soberano, y su cuerpo, descubierto, fué llevado por las calles de Roma que lloraba, hasta el Panteón de Adriano, donde después habían de venir a hacerle compañía los restos de los reyes de Italia. A los Papas cupo el honor de proteger y de incubar, digámoslo así, a esos ingenios elevados del espíritu humano que han ocasionado tantos goces puros, tantas emociones de elevado intelectualismo y tantas enseñanzas sublimes.

En aquellas contemplaciones estábamos cuando nos llegó la cita para ir a presentarnos ante Pío IX. Este pontífice interesaba doblemente a los chilenos, por haber residido en nuestro país cuando era secretario de la Misión Muzzi. Su largo reinado y sus angustiosas peripecias, seguidas de la pérdida de sus Estados, le daban un realce de respeto y simpatías especiales. Además había sido amigo íntimo, especial, en Chile, de mi tío Ignacio Vicuña, el padre de Claudio; por mi madre lo sabíamos.

La Sala Ducal estaba llena de caballeros y señoras de muchos países, aunque de una sola condición, a juzgar por el aspecto, pues parecían todos de la clase elevada. Precedido de sus guardia-nobles y otros funcionarios de palacio, entró el Papa sonriendo y diciendo en alta voz:

—*¡O che buona compagnia!*

Se detuvo a conversar paternalmente con cada grupo. A nosotros nos preguntó por diferentes cosas de Santiago, que no tenía olvidado, pero no sé bien cuáles fueron, porque sucede casi siempre que pasado el momento de la audiencia, en parte debi-

do a la impresión recibida y en parte por el afán de mirar con tanta fuerza, se olvida el detalle de la conversación.

Recuerdo, sí, muy bien, la figura completa y la expresión de ese padre tan noble y venerable. Su mirar, consignado por lo demás en todos sus retratos, era bondadoso y risueño, sus ademanes distinguidos, como que su persona venía de gran familia y alta alcurnia; el pelo y el vestido, desde el solideo hasta el calzado, eran blancos, blanquísimos. Se desprendía de toda su persona la impresión de lo nítido, lo terso, lo inmaculado; su corazón y su alma eran así.

Con todo, el espíritu de Pío IX era extraordinariamente despierto y oportuno. Prodigaba conceptos intencionados y de buen humor, que han sido recogidos por romanos que los celebraban y los transmitían. Uno me contó estas dos anécdotas que son prueba de lo que dejo expuesto.

En el teatro Apolo, que entonces era el de la Opera, se representó una en que venía un dúo cuyos versos decían en cierta parte:

Al suon delle arpe angeliche.

El cardenal censor había encontrado que no era respetuoso para los ángeles, y substituyó *angeliche* por *armoniche*. Lo supo el Papa y parecióle a su vez una exageración; pero nada dijo al cardenal hasta que un día, a la hora de paseo en carroza, lo convidó a ir con él. Al pedir órdenes el lacayo, ordenó el Papa que saliera por la Porta Armónica. Quedó perplejo el lacayo, figurándose que Su Santidad confundiera de nombre a la Porta Angélica, vecina al Vaticano, por donde, comúnmente, salía de paseo la carroza pontificia. Entonces el Papa acentuó, agregando: como no es lícito decir a una cosa "angélica" le diremos "armónica".

Otra vez, también de paseo, y en una época en que el cólera hacía estragos en la ciudad, un sujeto se adelantó con una san-

día abierta, y puesto de rodillas solicitó la bendición. Lo hacía con maldad y espíritu de incredulidad burlona, pues había leído la prohibición, recién lanzada por el mismo Pío IX, de expendio y consumo de esa fruta.

—*Vi la dono in artículo mortis.*

Esa fué la bendición; y en la noche murió el sujeto.

Más tarde me refirieron que habiéndole interrogado algunos políticos sobre su modo de ver el porvenir después de la ocupación de Roma por el Rey de Saboya, respondió el Papa, siempre con su inalterable y simpática sonrisa que no le consiguió borrar la desventura:

—*Cari miei, la rivoluzione ci l' ha portati e la rivoluzione li porterá via.*

No se ha confirmado el anuncio, pero fué un dicho agudísimo en el sentido de que algunos de los elementos que trajeron al Rey habían de serle estorbo antes de mucho y aun amenazarían de desalojarle. He leído más tarde un artículo de diario avanzado en Roma que decía:

“La Monarquía de Saboya no nos ha venido de los siglos, sino que nació de la revolución, aceptando su herencia y jurando sus pactos.

“La Italia aceptó reyes porque hablaban como Garibaldi, pero no han sido hechas nuestras orejas para oír el lenguaje medioeval de los Hohenzollern, ni el imperativo de los de Augsburgo.

“El pueblo se encamina hacia la luz; quien se detiene no está con él; está perdido”.

He ahí el lenguaje de la revolución. Es su primer llamamiento.

Quedaba que ver en Roma los estudios de artistas vivos, donde el arte se ejerce a la vista, y donde se puede hacer compras, pues nadie venía de Chile sin que tuviera que llevar de vuelta sendos cuadros y estatuas, mosaicos y otras obras. Los

artistas de más fuste eran Villegas y Vertunni. El primero, español, había sido el rival de Fortuny, el gran pintor catalán que acababa de morir en Roma; el segundo era el primer paisajista de Italia. Mi hermano Antonio le compró el mejor de sus cuadros, las ruinas del templo de Pestum, que pasó después a manos de don Manuel Amunátegui. No ha llegado a Chile un paisaje que lo supere.

Villegas pintaba cuadros pequeños por lo general. Las figuras eran diminutas, diseñadas con una habilidad que yo nunca había visto. Con esto, su colorido era admirable, parecido al de Fortuny; y más vivo, más fino, más chispeante que cualquier otro. Yo le compré un cuadro precioso de una andaluza que baila mientras el majo toca la guitarra.

Fortuny había sido arrebatado, como Rafael, por la fiebre llamada perniciosa, hacía unos pocos meses. Después de los grandes maestros del siglo de oro de España, del siglo de Velázquez y Murillo, Fortuny fué la mayor lumbrera, a pesar de haber vivido poco y de haber dejado muy pocas obras importantes. Pero sus cualidades eran absolutamente superiores. Fué un colorista sin par, y el verdadero fundador del impresionismo; no del impresionismo de los burdos que ponen colores violentos y tiran rayas fuera de su sitio, sino de la escuela de la sinceridad distinguida y de la naturalidad del buen gusto.

Fué más que colorista; fué como un mágico de la paleta. Una tablita cualquiera de su pintura tenía seguramente un dibujo exquisito, justo e intencionado hasta el extremo; pero el color era lo sobresaliente; con ser verdadero y armonioso en sumo grado, lucía tal finura y vivacidad que, para mí por lo menos, no es dable que haya sido alcanzado por otro pintor, siendo muy pocos los que como Villegas se le han acercado. Recuerdo un crítico francés que decía de él que sus pinceladas eran hojas de rosas y alas de mariposas. Murió muy joven Fortuny. Se

puede presumir que si hubiera continuado su desarrollo, habría sido el primer artista del siglo.

Y le íbamos a decir adiós a Roma, pues nos íbamos a Nápoles para después volver sólo de pasada, en el camino de regreso al norte. La estada había sido feliz, la alegría y los goces de todo género nos habían acompañado en casi todo momento. Roma es así; parece que aparte de su predestinación de grandeza y dominio tiene el don del contento. Se parece en eso a París, que también infunde el buen humor. Creo haber notado que los habitantes de ambas metrópolis demuestran, aún en sus ademanes callejeros, más desenvoltura y más satisfacción de semblante que los de cualquiera otra.

Antes de dejar a Roma fui a pagar un pequeño tributo a una superstición antigua de la ciudad. Se dice que el forastero que arroja un sueldo de cobre a la fuente de Trevis o a la llamada Paula, vuelve indefectiblemente. Deseando muy de veras que mi venida primera no fuera la última, tiré mi sueldo en una de las fuentes, y en seguida en la otra, para estar más seguro.

Después volví a Roma y eché otra vez el sueldo, y volví de nuevo. Y así he seguido apareciéndome, hasta la impresión de estas Memorias. En el Consulado de Chile tienen anotado que ya he estado 23 veces...

CAPITULO XXXIV

Nápoles tiene el mar y cielo azules y las montañas verdes. Entre el mar y la montaña están las construcciones, elevadas, innumerables y pintarrajeadas. Las calles hormigean de gentes de todo linaje; las bordean tiendas de corales, de carey y de lo demás. El Vesubio, naturalmente, asoma a cada instante, y es muy cierto que se le ve echar humo de día, y bostezos luminosos y llamaradas, y lava ardiente por la noche. Pero no me gustó Nápoles.

El conjunto de esos elementos es charro; los colores son violentos, los sitios de interés clásicos son feos por naturaleza o son falsificados. Los habitantes que uno encuentra, parecen agitados; en todo caso son gesticuladores, y desmesurados en sus tratos. Acaso los griegos eran así en la calle; porque Nápoles fué colonia de ellos y siguió recibiendo su sangre y su influencia por mucho tiempo.

La correría obligada es la de Pompeya. Uno ve el castigo del cielo cuando visita esta población, despoblada repentinamente por el fuego y la ceniza del volcán hace diecinueve siglos, y descubierta después por la punta de un arado. Pompeya era una segunda Sodoma. Los objetos de bronce recogidos y las pinturas de las paredes, que se han hallado en admirable estado

de frescura, acusan una tal perversión de costumbres y de criterio que lo procedente, lo lógico, viene a ser la pena, el azote, el entierro, la supresión, tal como sucedió.

A los pocos días nos volvimos a la capital. Y como se acercara la estación de primavera, seguimos más al norte, habiéndome yo destacado para llegar hasta Venecia.

Venecia es tan diferente a Nápoles como pueden llegar a serlo dos ciudades de la misma habla y del mismo reino. El agua de las lagunas es pálida y profunda, sus reflejos están llenos de notas oscuras, diferentes a las ondas azules del mar Tirreno. El cielo, que da la entonación de las aguas, es más fino en Venecia, sus horizontes se matizan con brumas de color delicado, cubriéndolo nubes más tenues y transparentes cuando el tiempo está fresco y sereno, más luminosas, por causas de las luces de los canales y de otras aguas lisas, cuando las hinchaban la lluvia o la tormenta. Los palacios de Venecia no imponen como los de Nápoles, por la mole; antes se les puede tomar por modelo de arquitectura rica del Renacimiento o como muestras escogidas, finas y graciosas de las épocas anteriores; son de mármoles y jaspes esculpidos y no de piedras en cantería o de ladrillos estucados.

Esas formas, macizas o livianas, blancas o de color, clásicas o góticas, se reflejan a lo largo del canal, cuya agua es como un mosaico cambiante donde se repiten las líneas de arriba, pero en espirales, en ondas, en movimientos, en destellos multicolores.

Venecia es la reina de la luz, del colorido y de las formas ricas y raras. Su cetro político y comercial ha pasado a otras manos; pero, sobre su trono transparente hecho con las preciosidades que se trajo de oriente, siempre ella ha quedado presidiendo desde el centro del Adriático, como la más bella, como la más poética, como la única de las ciudades que por ella mis-

ma es obra de arte, y la más original y preciada que se haya visto.

Los romanos establecidos en el Véneto, cediendo ante el avance de los lombardos, se establecieron en las islas que quedan al norte de la desembocadura del Po. Eran ya una raza especial, mezclada de elemento céltico; y desde entonces quedaron independientes, dueños de esa región acuática llamada las Lagunas. Venecia fué fundada por el año 800 después de J. C.; ocupando la más grande de las islas; el primer Dux se llamó *Agnello Partecipazio*.

Pronto se hizo Venecia un centro de transacciones activas entre el Occidente y el Oriente, y una potencia militar y naval que dominó en las costas vecinas de Istria y de Dalmacia. Ya en 828 se trajo una de sus flotas el cuerpo de San Marcos Evangelista. Los sentimientos cristianos eran muy fuertes; hicieron que este santo quedara consagrado como patrón efectivo de la República y protector de sus destinos. El Apocalipsis atribuye un león alado a San Marcos; esa figura blasona en las armas y escudos de la ciudad; el Dux, el alto magistrado, se titula "Procurador de San Marcos".

La prosperida moral y material del nuevo Estado lo llevó a hacer conquistas en Oriente; fundó colonias vastísimas de donde refluyeron nueva prosperidad y riqueza. Se apodera de Constantinopla y toma parte eficaz en las Cruzadas. Marco Polo, el primer cristiano que penetró en el Oriente lejano y misterioso, es hijo de Venecia. El Consejo de los Diez que asesora al Dux, dirige los negocios más importantes; instituye un régimen severo de gobierno, y contiene con mano de hierro, por una parte, las invasiones de la nobleza, y por otra los avances exagerados del pueblo.

En seguida, el león alado de San Marcos tiende su vuelo hacia la tierra firme, y diez ciudades quedan sometidas y gover-

nadas, cada una en nombre de un magistrado de Venecia con el nombre de Podestá. Al mismo tiempo sostiene luchas victoriosas contra los genoveses, sus rivales de mar y tierra, contra los húngaros y los turcos; de suerte que los pendones gloriosos de la República flamean a un tiempo sobre el extenso litoral que va del río Po hasta la isla de Corfú, y sobre todas las aguas del Adriático.

Este es su apogeo, que vió el siglo XV y, como sucede generalmente, el comercio y las bellas artes y letras florecieron de modo simultáneo, y con todo brillo.

Llegó entonces a tener Venecia 300 navíos con 8,000 marineros, con 300 naves menores que gobernaban 17,000 hombres, fuera de las galeras montadas por 11,000. Su parte en la batalla naval de Lepanto, que contuvo a los turcos y salvó al Occidente, fué una de las más heroicas y decisivas.

Pero vinieron los reveses y apareció el ocaso. Entró la República en guerras europeas, y salió desairada; perdió sus conquistas del Archipiélago y fué menester que cediera ante los turcos que seguían avanzando vencedores. Hizo durante dos siglos una vida en cierto modo opaca; y por fin, Bonaparte llegó a ocuparla, sin mayor miramiento, en mayo de 1797.

Los primeros habitantes de las lagunas, medio latinos y medio bárbaros, habían construído penosamente sus casas, plantando postes en el légamo. Vivieron luchando con las necesidades, sin siquiera poseer la tierra del cultivo, la *terra ferma*: pero comerciaron y trabajaron en industrias y corrieron a cambiar productos por la Europa entera. Formaron una raza hermosa y fuerte que aspiró también a lo bello y a lo bueno, y llegaron a ser nación rica y poderosa.

Después de haber decaído hasta la posterior dominación del Austria en la segunda mitad del siglo XIX, ha vuelto Venecia a tomar auge y a emprender vida de expansión, esta vez pura-

mente industrial, artística y comercial. Hoy la Italia la ha englobado en su nueva formación para comunicarle su eterna juventud y fecundidad. Las ocho provincias del Véneto tienen 3.200,000 habitantes que son los más laboriosos y honrados de toda la Península.

Dicen que Venecia se ha quedado independiente y aislada en las artes, de la manera que es independiente y aislada en la historia y en la geografía. Es cierto; y tenía que ser así, por las consecuencias que se desprenden de lo que he notado sobre su origen y acrecentamiento. Desde luego, su comercio con el Oriente produjo la afección a esas formas peculiares que revisiten la Catedral de San Marcos y otras fábricas del primer tiempo, cuando no había otras ideas que modificaran la mente, y cuando el alejamiento de Roma había hecho perder hasta la memoria de lo clásico. Después vino la influencia románica y la gótica, que encontraron a Venecia en aptitud de examinar y acoger lo que viniera por otras vías que no fueran la del mar. Pero esos estilos llegaban también a modificarse una vez que se les adoptaba en Venecia, donde todo es mirado a través de un prisma que quiebra los colores dándoles visos de nuevos matices de luces inesperadas.

El palacio de los Dux es la muestra. El gótico llovido y melancólico del norte se ha convertido aquí en vistosos encajes de mármol blanco que coronan y bordean edificios de murallas rosadas. La ojiva que allá parece un suspiro, aquí parece una sonrisa.

El renacimiento entró tarde; pero con mas fuerza si se quiere, y con más riqueza que en el resto de la península. Nada más exuberante, dentro del buen gusto y de la proporción justa, que algunas de las fachadas de mármol de los palacios del Gran Canal.

La pintura en Venecia tiene como rasgos característicos el

colorido rico, entonado, caliente, y la composición vasta, abundante, decorativa casi en exceso. Los cuadros del Tiziano, de Bonifacio, de los Palma viejo y joven, son como dorados; la substancia, la materia, parece de ámbar, y los matices que envuelven la escena parecen trozos mitigados de arrebol; las carnes tienen tintes claros de madreperla, de mármol pentélico o de alabastro oriental; los cabellos son de caoba, mientras los ropajes parecen placas de esmalte antiguo con fondo de cambiantes metálicos. ¡Qué riqueza de tonos, qué intensidad de colores!

Mi visita primera a Venecia fué sin la compañía de mi familia, que se quedó esperando en Florencia. De suerte que hice mi entrada solo, en la popa de una góndola, con mi equipaje que no fuí a dejar al hotel para no perder el tiempo. Así lo había hecho en mi llegada a París. Me fuí siguiendo el serpenteo del Gran Canal hasta llegar a la plaza de San Marcos, guardada por un león y un San Teodoro que doma un cocodrilo, cada uno sobre una alta columna de granito. La fantasía se muestra aquí por todas partes.

Y el recién llegado, que callejea sobre el agua, y que cree ver moviéndose a la ciudad, comienza a vivir días de fascinación a la vez que de poesía real, de poesía al alcance de nuestros propios sentidos.

San Marcos fué ideado y comenzado bizantino; pero se siguió un tanto dentro del gusto románico, para ser terminado con coronaciones góticas. La plaza que lo enfrenta a manera de patio prolongado, se compone toda de palacios de mármol blanco de tres pisos y con balaustas y estatuas por lo alto.

Ví que un hombre vendía maíz para darlo a las palomas que por allí revoloteaban familiarmente. Le tomé un cartucho, y se me vinieron encima a picotearlo, posándoseme en las manos, sobre los hombros y la cabeza. Las palomas tienen situación oficial; son protegidas por el Municipio y por el público desde

la batalla de Lepanto; pues dicen que ellas trajeron el primer mensaje de la victoria.

Antes de entrar a la Catedral, tuve que admirar, levantando la cabeza, la famosa piara de caballos de bronce dorado.

Se dice que fueron hechos para un Arco de Nerón en Roma; pero que de allí los quitaron para coronar otro de Trajano. Los bajó Constantino para llevarlos a Constantinopla. Dándolo, el triunfante Dux, fué quien de este último sitio los tomó para darles la colocación que tienen ahora, colocación que tampoco han conservado inmóviles, pues Bonaparte que gustaba de apropiarse las obras de arte, arrió con la piara de oro hasta París, en 1797. Cuando vino el momento de las restituciones, los andariegos caballos volvieron a San Marcos, donde, siempre erguidos, la mano al aire, miran la plaza desde la peana que San Marcos les ofrece.

El interior de la basílica es extraño, diferente a todo lo que uno ha visto en las iglesias cristianas. Es un abovedado de tres naves, guardando proporciones justas dentro de su gran tamaño y de sus disposiciones macizas, cubierto completamente de mosaicos antiquísimos velados por la vetustez, por los humos, por el polvo y la humedad. Estamos dentro de un recinto venerable, que habla de mil años atrás y que transporta, por medio de la fuerte sensación que causa, a la propia época del cristianismo bizantino, del Imperio de Oriente. Pero los mosaicos destellan todavía, pues su materia es inalterable; y dejan ver, a través de los siglos, los mismos asuntos de la vida de Jesús, de la pasión, de los apóstoles, que hoy persiguen los artistas con la misma intención aunque con diferente suerte de expresar. Cinco cúpulas mandan luz al suelo, también hecho como un mosaico de piedras y mármoles raros, que dejan ver las ondulaciones parecidas a las del mar que en él han causado los hundimientos del subsuelo.

Aislado sobre la plaza, frente a una de las puertas de la fachada se levantaba desde hacía quinientos años el *campanile*. Tenía cien metros de alto y era divisado desde gran distancia, antes que se viera la ciudad. Su forma era elegantísima. Pero se ha desmoronado después, en 1902, habiendo cedido los cimientos; se ha caído como un centinela que por demasiado tiempo hacía la guardia.

Desde mi ventana del hotel pude presenciar la puesta de sol. Los edificios vecinos me ocultaban el ocaso, pero los rayos herían de frente a la isla donde se levanta la iglesia de *San Giorgio* que quedaba enfrente, a unas cuatro cuabras.

El cielo y el agua fueron palideciendo, mientras los edificios, que salían derecho de la superficie líquida, se iban tiñendo y encendiendo. En un momento parecían incandescentes. La luz roja que despedían, reflejándose en el agua tersa, reproducía toda la iglesia, cuya imagen invertía. Más al frente y más cerca, casi tocando a la *Dogane di mare*, que corona una enorme bola dorada sobre la cual se apoya una fortuna que hace de vela, levanta su enorme cúpula blanquísima, a manera de una turgente masa de piedra, la hermosa iglesia de la *Salute*. Pero ya luego se ponía bien obscuro y se hacían notar nada más que los faroles de las orillas o las luces de las embarcaciones.

Por la noche la Plaza de San Marcos estaba llena de gente cosmopolita. Las arquerías relucían con miles de lámparas y reflectores que llamaban a los cafés y a las vidrieras de las tiendas. Se oían músicas, risas y conversaciones. Las calles y pasillos vecinos se veían trajinados por mujeres y hombres de toda condición. Porque también hay en Venecia calles a más de los canales, y se llaman *calles* como hay *ríos*, palabras españolas traídas seguramente de la misma España, pues vinieron aquí en gran número los judíos expulsados en el siglo XV.

De aquí también, de Venecia, es el propio tipo de Shylock; me tocó ver y conocer a más de uno, establecido de ropavejero, ofreciendo sus trapos y zarandajas, dentro de tienda oscura y en compañía de una hija joven y bella.

Las venecianas del pueblo andan de rebozo, como las mujeres de igual condición en Chile. Tanto entre ellas como entre las de superior esfera se ven muchas rubias; pero uno sabe que el rubio de las altas damas no es siempre natural. Ya se teñían el cabello en tiempos del Ticiano, y mucho antes también. Ese color o tinte rubio subido que tira al rojo es casi una especialidad de venecianas; sin embargo, se explica el matiz por el propio matiz de la raza, que vino de romanos y celtas.

Y como parece que hasta para comer esta gente habría de preferir lo coloreado, lo hermoso, me llamó la atención algo que se recalentaba en braseros por las esquinas de los barrios secundarios, en pequeños cuadrados de un rico color de carne de zapallo. Y no era otra cosa que carne de zapallo. Lo van comiendo por las calles, caliente y tostado. Tomé uno, que me costó un centavo; me lo comí gustoso recordando los mejores trozos de lo mismo, asados al horno en Chile y espolvoreados con azúcar.

Pero volvamos a pasear bajo las arquerías de la plaza, antes que sean apagadas las luces. A través de las vidrieras se ven los objetos más variados que produce la industria veneciana.

Hay vidrieras todas llenas de placas de mosaico, del mosaico de vidrio grueso y cuadrado, generalmente con el fondo de oro que hace valer la figura. Otras son para la exposición y venta de vidrios artísticos; pero concebidos en todas las formas imaginables, desde la lámpara de suspensión, llena de tulipas de color de iris, hasta las cuentas animadas de las vislumbres más raras, y desde los jarrones y servicio de mesa, hasta las copas de paredes finísimas, tenidas por figuritas transparentes y delicadas.

das, fundidas y modeladas en vidrios que debieron de parecer topacios, rubíes o amatistas en fusión.

Los encajes y filigranas son otra especialidad de esta población esencialmente hábil, artista y de buen gusto. Las blondas blancas de punto cuelgan y festonean en el muestrario de una tienda; en la vecina se han dispuesto, como en un pequeño anfiteatro, un sinnúmero de objetos de filigrana, la cual, a modo de encaje de plata, se presta para dar la forma en superficie transparente y fantástica. En suma, todo lo que produce Venecia es parecido: vidrios, lunas de espejo, mosaicos, venturinas, encajes y filigranas; juguetes de luz y de color que acusan en la industria y el trabajo, en la concepción y el designio, la inclinación a lo bello y lo gracioso, a lo elegante y lo pulcro. Venecia, romántica deidad, se mira en sí misma, coge y desparra esas cosas que le sientan, hechas a su gusto, y que resultan como su imagen; las manda a todos los sitios del mundo, para que la nombren, para que la recuerden, para que vengan a ver su esplendor.

CAPITULO XXXV

Reunidos otra vez en París los miembros viajeros de la familia, enteramos la primavera ocupándose cada uno en lo que más le interesaba. Mi madre daba el tiempo que le quedaba libre de obligaciones al estudio de las *crèches* o casas cunas, a cuyo fin se acompañaba del abate Marbeaux, que era como el primer fundador de la institución que después debía de extenderse por el mundo entero. Trajo a Chile, a su vuelta, una memoria y los documentos del caso; los presentó a la exposición de ese mismo año de 1875, y merecieron un premio. Mi hermano Antonio se ocupaba por entonces en cosas prácticas de agricultura, de economía, de inquilinaje, etc., y yo, más ecléctico, y sobre todo más joven, en cosas de arte, de letras y en lecturas variadas. París ofrecía buen campo para todo.

Y si no, salíamos de excursión, como la que hicimos con el mismo Antonio, a ver los *chateaux* en que se producía el buen vino. Visitamos los principales de la región de Burdeos y de la Borgoña, y compramos novedades y libros para aprovecharlos en la viña de Santiago, que entonces pertenecía a mi madre. En realidad, no teníamos mucho que aprender respecto a los cultivos de la viña, ni respecto al cuidado de los vinos.

— Las plantaciones se mantienen en mejor estado en Europa

porque no habiendo riego artificial no se acarrean semillas de malezas; y si se hace vino mucho mejor, en Francia por lo menos, es por cuanto la concurrencia del suelo, del clima y de la cepa, estudiada y conocida desde hace siglos, ha dado lugar a un producto determinado y selecto. De ahí vienen los vinos del Medoc y de la Borgoña, inmejorables, es cierto; pero que pueden llegar a encontrar en Chile, con el tiempo, otros que se les acerquen o los igualen.

Por mi cuenta me fuí otro día, llegado el verano, a conocer a Biarritz, donde se juntaban muchas familias amigas, sobre todo españolas y americanas. Los habitantes de la pequeña ciudad de Biarritz la han llamado ellos mismos ciudad de náufragos. No es que el mar, que en ese fondo del golfo es más bien bonancible, se ponga a lanzar barcos rotos o navegantes ahogados a las playas; sino que vienen allí, como a una especie de amparo fácil de encontrar, los náufragos de la vida, los desengañados de la política, los abandonados de la fortuna, los desligados de la familia y del matrimonio, los olvidados de la sociedad. Sólo en verano eso se pone alegre, elegante, bullicioso.

Me da vergüenza decirlo; pero es lo cierto que, inducido por malas compañías, me dí a la travesura, a las pegatas, como si no tuviera ya veintiún años cumplidos. Eran mis amigos principales un chileno que ya murió, un cubano, un mexicano, Bermejillo, y dos madrileños: el conde de Santovenia, que se casó poco después con la hija del Mariscal Serrano, y un hijo del banquero Retortillo. Una mañana, todos los pasajeros del hotel que no se habían levantado a una hora dada, y que no estaban encerrados con llave, fueron bañados en la cama por jarros de agua.

Hacíamos la operación con tal presteza, que no se pudo conocer quiénes eran los de la fechoría.

Después del agua, el fuego. Por la noche había gran baile en

el Casino. Ya habían pasado las primeras cuadrillas. La sala grande deslumbraba con su lujo y con la belleza de las mujeres que charlaban y se movían. De repente un volador corre por sobre el *parquet*, aprovechando un hueco dejado por las parejas; estalla en el rincón, y se apagan las luces. Gritos y confusión. Pero como se vió que no había daño, se volvió a encender para seguir el baile, mientras los empleados buscaban al autor. Entonces se vió que habían desaparecido los instrumentos, abandonados un momento por los músicos. Disuelto el baile y entrada la medianoche, la comparsa, cargada con los violines, contrabajos y trombones cogidos durante el pánico, comenzó a dar serenatas por la ciudad en medio de la cacofonía que se puede imaginar. Hasta que un comisario, puesto en movimiento desde el primer atentado, apareció intimándonos orden de prisión.

Se produjo el desparramo; pero siempre alcanzaron a coger a Santovenia. Le amonestaron severamente, y le soltaron pidiéndonos a todos, que luego nos presentámos también, tuviéramos cuidado de no volver a las bromas esas.

Terminada la temporada de Biarritz, ilustrada por paseos y otras pegatas del género ya conocido, llegó el día de juntarnos otra vez en París, para volver a Burdeos, a acompañar a mi madre y Antonio que se embarcaban para Chile, a bordo del *Valparaíso*.

Un tanto desconcertado con la terminación de la buena compañía a que me había acostumbrado, decidí, mientras llegaba el tiempo de realizar un viaje a los Estados Unidos, pasar el invierno en Alemania y llegar a Rusia si me era posible. Ya comenzaban los fríos, pero no les temía.

Primero me fuí a instalar en Viena, llamado por mi prima Carmen Ovalle, casada con el barón de Porto-Seguro, Ministro, a la sazón, del Brasil en aquella corte. Para comenzar por el

principio, mi prima me mandó una profesora de alemán, que llegaba temprano a que le diera cuenta, en alemán, de mis impresiones del día anterior. Recuerdo la risa incontenible que le venía cuando me enmarañaba en alguna disertación de política, de literatura o de arte.

Wagner, que vivía aún, y cuyas óperas estaban recién entradas al teatro, daba caudal o tema al cambio de ideas. Me contaba la maestra que tenía ella ciertas relaciones con alguien de la familia, y que por allí estaba al tanto de algunas de las famosas extravagancias del gran compositor. Le había dado por encontrar influencia y correlación de los colores en la música. Para ciertos temas necesitaba vestirse de una bata de brocado amarillo, para otros de una bata azul, etc. La pieza en que trabajaba debía estar tapizada en consonancia.

Y el invierno se ponía cada vez más frío. Ya no tenía mi anterior resistencia para salir a la calle a visitar los lugares que me interesaban. No haciendo caso terminé, con todo, mi temporada; y seguí viajando, con mi lengua más desenvuelta, por el norte, deteniéndome en Praga, donde desistí de tomar la dirección de Moscou, que era mi plan. Toda la tierra no era más que una superficie blanca; el cielo estaba siempre obscuro, y la temperatura se ponía más y más baja. Tuve cuidado por mi salud.

En Berlín encontré no pocos amigos. Los principales eran los miembros de una delegación considerable que tenía establecida el Perú. El Ministro era don José Antonio Lavalle, el mismo que pocos años después fué enviado a Chile para tratar de evitar la guerra, cuando se tenía ya noticias entre nosotros de aquel famoso tratado secreto que vino a precipitarlo todo. El primer secretario era Soyer, los segundos eran el propio hijo de Lavalle, y Casós. El adicto militar, que también lo había, era el coronel Cabrera, comandante de la guarnición de la fragata "In-

dependencia", cuando la escuadra peruana fué a Valparaíso escoltando a la chilena que repatriaba los restos de O'Higgins. Cinco años después, el joven Lavalle, Casós y Cabrera morían defendiendo a Lima en los campos de Chorrillos y Miraflores. ¡Pobres compañeros!

El frío me seguía hostigando, y comencé a perder el apetito y a decaer de ánimo. Entonces no podía resistir lo que más tarde, con muchos más años de edad, me había de ser indiferente, casi agradable. Y eso, que veía a la gente andar en coche abierto como si tal cosa. Al mismo viejo emperador Guillermo lo encontraba casi todos los días, en una victoria muy veloz y cubierta la cabeza con el casco de punta, sin que pareciera sentir mayor frío.

Medio saliendo de visita a monumentos, medio leyendo, o conversando encerrado con los amigos, alcancé a completar mi temporada, sin embargo; después me recogí a París, a decidir sobre mi vuelta a Chile. Ya estábamos en 1876.

Pero encontré ciertos inconvenientes, y no fué el menor el verme con una seria dispepsia, contraída en mi largo viaje por la nieve.

Comencé el trato con los médicos. El primero que vi fué el doctor Thévenot, que había conocido en Santiago cuando era profesor de la Facultad; pero no anduvo con suerte; es decir, yo no anduve con suerte, porque sus remedios me empeoraron al punto que mis amigos temieron por mí, perdí el apetito casi del todo y me debilité enormemente. Vi entonces al doctor Gueneau de Mussy, de la Academia de París, hombre eminente, lleno de bondad y sagacidad. Me prescribió una serie de duchas, y que después buscara un clima de playas o montañas.

Pero como hacía demasiado frío para comenzar mi tratamiento hidroterápico, decidimos hacer un viaje, a España, con los

Tocornal, agregándose a la compañía el antiguo amigo Francisco H. Rodríguez.

Este llevaba un violoncelo, con el cual cargaría hasta Lisboa para embarcarlo con él para Chile; y fué ello causa de la primera aventura. Al registrar nuestro equipaje en la frontera, un aduanero, que no conocía quizá ese instrumento, temió que hubiera contrabando adentro, y dijo a Rodríguez:

—Abra usted el guitarrón.

Después, en el tren se nos enojó un pasajero porque hablábamos de lo lento que eran los trenes en España, y nos dijo con un aire casi provocativo:

—Así y todo, no andamos aquí estrellándonos como en los países de donde ustedes vienen.

Pero llegamos sin novedad a Madrid, que nos pusimos a visitar y estudiar con gusto. El pensar que los españoles eran nuestros antepasados nos aguzaba el interés que la ciudad con sus museos y monumentos era bien capaz de suscitar por sí sola. Yo no salía a la par de mis compañeros, por seguir siempre algo enfermo, aunque no me faltaron fuerzas para repetir mis inspecciones al Museo del Prado.

El Museo del Prado, si no el primero, es seguramente de los primeros de Europa, digamos del mundo. Hay allí cumplidos ejemplares de casi todos los grandes maestros del Renacimiento y, además, y descollando gloriosamente en medio de toda la colección, una cantidad de cuadros de Velásquez y Ribera que serían la envidia de la mejor galería.

Velásquez es tenido por el primer pintor que ha nacido. Quienquiera que haya practicado este arte, sabe que en su manera, su factura, como se dice en la jerga de las academias, Velásquez es incomparable. El dibujo es amplio, justo y fácil, el color finísimo, armonioso y distinguido, y la composición desenvuelta e imprevista. El todo es sencillo, como si naciera de la pura observación, seguida de unas pocas pinceladas. En el Mu-

seo quisiera uno no moverse de enfrente de esos cuadros para los cuales se hubiera inventado, parece, la expresión obra maestra.

Miguel Angel y Rafael fueron más considerables artistas, pero de ningún modo más grandes pintores. Persiguieron ideas sublimes y les dieron forma en estilo grandioso. Pero nunca miraron la realidad frente a frente como lo hizo Velásquez, que la penetró a fondo, penetrando con ella a toda una serie de individuos de toda jerarquía, a toda una sociedad, a todo un pueblo, a toda una época. Los encantos del color fueron revelados por este gran pintor, casi por primera vez. Los tonos suaves y transparentes que dan destellos como de piedra preciosa, los matices neutros y grises que se acercan ya a la plata, ya al oro, son invenciones de él.

Es la suerte de los grandes pintores encontrar desde un principio de su carrera halagos y facilidades en la vida; su talento tan fácil de apreciar y su oficio tan fascinador les abren todas las puertas; los que no tienen protección son los que no la merecen. No es así respecto de los escultores y de los músicos, y aun menos respecto de los literatos.

Velásquez y Cervantes se vieron ligados, en una época, por fuerte amistad. Al primero nada faltaba, mientras que Cervantes, desanimado, tenía que pasar momentos negros. Velásquez le sostuvo, le infundió ánimo y esperanzas.

Hermano en fama con Velásquez es Murillo; sus nombres los hemos oído siempre juntos. Sus temperamentos son, sin embargo, del todo opuestos; Murillo es dulce y cariñoso, suave y piadoso; el otro es, no diré tosco ni rudo, sino positivo y franco, como las personas que dicen las cosas sin rodeos, porque saben decir las bien y tal como son.

San Antonio de Padua tributaba un culto amoroso al Niño Jesús. Murillo lo tributaba a San Antonio y al Niño. No puede

verse nada más tierno y amable que la pintura de este segundo maestro de España en que el Santo suspende al divino Niño en sus brazos, para lograr de él una sonrisa, una caricia con sus manecitas rosadas.

Por poco que los personajes del cuadro sean de linaje celestial, se les ve envueltos en una aureola de vapores luminosos, que los suspenden y los vuelven inmediatamente santos y sobrenaturales.

La Inmaculada Concepción de Murillo es la pintura más popular de la Virgen. Dicen que hay de ella dos originales, siendo el más conocido el que posee el Museo del Louvre. Se ve que este glorioso cuadro es, como todos los cuadros religiosos de Murillo, un cuadro cristiano, un producto de la piedad. No hay en todo él una gota de realismo; antes bien, se ven flotar, junto con las nubes y los ropajes, junto con las cabecitas aladas de los querubines y los cabellos sueltos de la Virgen, las intenciones y los anhelos de una era entera que hizo a Murillo su intérprete para que en nombre de ella levantara a la Virgen ese gran homenaje de amor y de arte. Murillo era hijo de Andalucía, que se complacía en llamarse Tierra de María Santísima.

Y aquí llegamos ese año, por Semana Santa. Es decir, que vimos los pasos o procesiones de Sevilla, parecidas a las nuestras, aunque más numerosas, más bien dispuestas, más interesantes en todo sentido. Después de la Semana Santa viene la feria, en que uno admira la animación y la bulla de toda esa gente que se mueve y se agita, no tanto por las transacciones, sino por ser tiempo florido de Pascua y de jolgorio, por ser primavera en botón, y principalmente por ser todos andaluces y sevillanos.

Me gustaba ver por la noche los lugares de bajo entretenimiento, correspondientes a las *chinganas* de Santiago. Era trabajoso y aún había cierto peligro en llegar a ellos. Había unas piezas mal iluminadas, con bancas dispuestas en graderías, lle-

nas de hombres, y pocas mujeres. Apenas se entendía lo que hablaban; era más lo que gritaban, animándose, invitándose y rechazándose. No había borrachera, pero casi era peor, al simple aspecto por lo menos; pues los hombres, vestidos como contrabandistas de zarzuela, de cabeza amarrada y polainas de cuero y que en realidad eran algunos famosos chulos flamencos o gitanos, tenían aspecto feroz y salvaje; cada pliegue de sus chales parecía ocultar el trabuco y el puñal.

Naturalmente, a estos sitios íbamos en compañía y guiados por un amigo de la localidad. Hacíamos, en seguida, reflexiones tendientes a descubrir en estas costumbres españolas el origen de algunas nuestras. Las *chinganas* de Chile vienen de allí, probablemente, aunque predominan en su composición los elementos criollos, o mejor araucanos, como son las bebidas y los gritos al modo indio. Otro detalle, sudamericano ante todo, es la insistencia en el baile que, para una *noche buena* cualquiera, dura hasta 24 horas; y cuando sigue un domingo, ya no son veinticuatro, sino treinta y seis o cuarenta y ocho, y siempre con la misma seguidilla, los mismos tamboreos, los mismos zapateos y las mismas tonadas. Eso ya no es español.

Cuando alguna procesión volvía de noche a la Catedral se producía en el interior un efecto grandioso, que, verdaderamente, sobrecogía. Los cirios de los acompañantes daban luz por lo bajo; pero era tal la altura de las columnas que con sus haces dividían las naves, que antes de llegar a los chapiteles se las veía perderse en la obscuridad, como si siguieran subiendo y deshaciéndose en el cielo negro. La Catedral de Sevilla es una de las más grandes, más ricas y más hermosas que existen.

La salud, precaria siempre, impidióme ir hasta Granada, a donde quería haber llegado para gozar con esa región abrupta y montañosa y con la Alhambra maravillosa, levantada en sitio dos veces románticos, por su hermosura y por sus recuerdos.

No era tampoco pequeño el aliciente de visitar en la Catedral la tumba de los gloriosos monarcas, Fernando e Isabel, que tienen títulos de reconocimiento de todos los que hemos nacido en América. Estos monarcas, llenos de virtud y de amor a su pueblo, fueron los verdaderos fundadores de la España grande, que vió al sol buscando inútilmente el ocaso dentro de sus dominios. El gobierno de ellos que encontró al pueblo sin instituciones, a los nobles sin freno ni principios, a la religión sin prestigio, al territorio usurpado, a la sociedad en disolución, no sólo corrigió y enmendó los males, sino que supo acoger a Colón, desengañado en otras cortes, y poner en sus manos predestinadas los medios de cumplir una hazaña que cada día que pasa se ve más grande en la historia del mundo.

Al volver a Madrid me encontré con un gran alboroto. El príncipe de Gales, viniendo de paso después de su viaje a la India, era recibido con fiestas reales (era el caso de decirlo) por el Rey Alfonso XII. Lo que mejor recuerdo fué la vuelta de ambos después de una revista de las tropas. El príncipe montaba un caballo alazán de fina sangre, aunque mejor que la generalidad del tipo; el rey, que era un muchacho, cabalgaba sobre una bestia negra soberbia, árabe de formas y de elegancia, pero de alzada superior. El estado mayor, de ingleses y españoles, que seguía, era brillantísimo.

Pero el detalle importante que retengo fué el rechazo que hizo el príncipe de Gales de asistir a una corrida de toros, hecha en su honor. Y lo mejor del caso es la razón que dió: que no podía autorizar con su presencia ese espectáculo que no admitía la Sociedad Protectora de Animales de Inglaterra, de que él era presidente. A mí me pareció justo y lógico, y como, dentro de mi esfera, también pertenecía a una sociedad similar que se había fundado en Santiago, tampoco asistí, ni nunca después lo he hecho. El espectáculo de los toros no sirve para

una sociedad del todo culta; ella no puede sentir sino horror ante una noble bestia como es el toro, atravesada por una espada, temblando en el estertor de la agonía y revolcándose en la arena. Si los espectadores no son cultos, al ver eso, y más los caballos de los picadores corriendo con sus propias entrañas a la rastra, salen de la plaza con sus malos instintos encendidos, prontos a la violencia y a la crueldad.

Me retiré de España con el sentimiento de no haber conocido gente de la sociedad, de las letras y de las artes. Su trato no puede ser sino muy provechoso a un chileno. Bastaría considerar que el arte de hablar y de escribir bien se encuentra, como es natural, muy por encima del que practicamos en Chile.

Vuelto a París, tuve que ir a buscar de nuevo al doctor Guenau de Mussy; nada había ganado mi salud con los viajes; antes me encontraba enfermo del ánimo, y sólo con deseos de estar otra vez con los míos, en mi país y en mi casa. El buen doctor me confirmó en mis ideas, agregándome que era un caso de verdadera nostalgia, y que el aire de montañas que me convenía era el de los Andes, en Santiago. Dejaría a un lado el proyecto de ir a Estados Unidos.

Me embarqué, pues en el "Iberia", que hacía uno de sus primeros viajes. Entonces el "Iberia" era uno de los principales barcos a flote; era rápido y tenía las comodidades que se podía exigir. Treinta años después, vapores que hacen el mismo tráfico son de los más inferiores que recorren las grandes líneas del Océano, y el tiempo empleado entre Inglaterra y Valparaíso es casi el mismo. De suerte que, relativamente, nos hemos alejado de los centros del mundo que proveen a la ciencia, al comercio, a la industria y a las artes.

Traía un excelente compañero, el doctor Rodolfo Valdivieso, que había terminado sus estudios en París. En Montevideo bajamos a ver a uno de sus amigos, el doctor Estrázulas,

que nos mostró la ciudad. Hablándonos de las revoluciones, luego tomó fuego, y nos condujo a la azotea de la casa, donde desde un ángulo se podía dominar dos calles enteras con unos pocos rifles. Yo lo miraba asustado: parecía un temperamento revolucionario, que acechaba la ocasión para encender la hoguera en que blancos y colorados debían arder alternativamente.

Cuando, en agosto de 1876, bajé en Coronel, lo primero que vi en una esquina de bodegón, fué un caballo ensillado que esperaba paciente, bajo la lluvia y sobre el barro, que su amo acabara de beber. Verlo, treparme, y lanzarlo a correr hasta llegar al campo, fué todo uno. El doctor, que comprendió, sintió la misma corazonada, y me alcanzó montado en otro caballo que pilló. A la vuelta encontramos un grupo que se reía de nuestras fachas de náufragos, llovidas y embarradas, y que no se explicaba aquello. Les dijimos pues a los dueños de las cabalgaduras que nos dispensaran, porque hacía años a que no pisábamos tierra de Chile, etc., y que allí tenían un par de pesos para otro trago.

CAPÍTULO XXXVI

Valparaíso y Santiago me parecieron poco Chile; todo mi gusto fué pasarlo en el campo, hablando con los huasos, cazando y corriendo a caballo. Sólo después de algunos meses comencé a reincorporarme en la sociedad, a ir a la ópera y los bailes, a conocer la gente nueva.

Y en cuanto vino la buena estación, me puse, cerca de Collipulli, a edificar una casa y habilitar para la agricultura la propiedad que tenía, y que había bautizado con el nombre de Ercilla. El recinto que contenía la habitación y los corrales fué rodeado por un puente levadizo imitado de modelos feudales. Así, y con las armas colgadas de la cabecera del catre, se pasaba la noche.

No era sólo el amor de lo pintoresco y romántico lo que me guiaba a estas disposiciones; sino también la vecindad de bandidos que sobre mis propias tierras se habían instalado con tiempo y que no querían salir. Llamábanse *ocupantes*, según les había enseñado un tinterillo de la comarca, y eso parecía bastarles. El más vecino era un tal Fuentes, hombre de reputación terrible. Pero me fuí con tiento, garantizándole su cosecha, y que no sería molestado de su persona mientras se mantuviese

tranquilo. Fuentes se portó bien, y se retiró a los pocos meses con los honores de la guerra.

Pero mi madre quería tenerme con ocupación más cercana; con ese fin me entregó su chacra, como a arrendatario. Esto fué para mí causa de mucho entretenimiento; pues me encontré con campo abierto para aplicar las nociones que en Francia había tomado y para dar con ello mayor auge y extensión al cultivo de la viña y de los vinos.

Para formar el negocio, había que luchar por entonces principalmente con la competencia que hacían los vinos franceses, los cuales pagaban sólo un pequeñísimo derecho de entrada. Yo me puse a hacer diligencias y a encontrar empeños para que se estableciera alguna protección seria. Pero la generación era librecambista, y no querían ni oír los hombres dirigentes. Toda su preocupación era hacer la inconvertibilidad de los billetes, como la hicieron, efectivamente, de repente, entre gallos y medianoche, antes que hubiera un cierrapuertas en los Bancos.

Hasta que me aseguré de la cooperación de un extranjero, y que ya se había hecho oír dentro de los altos consejos de gobierno y a propósito de los negocios más trascendentales. Este extranjero eran don Manuel Pardo, el ex Presidente del Perú. Vió a varias personas influyentes haciéndoles ver la oportunidad de alzar los derechos del vino para que tomara vuelo el cultivo de las viñas, que en Chile tenía porvenir inmenso. Se pudo al fin alterar la tarifa; y desde entonces comenzó el incremento de esa industria.

Prado fué uno de los hombres superiores que me ha tocado conocer de cerca. Primero le había visto en Viña del Mar, oyendo misa los domingos, con su hijo que, a la publicación de estas Memorias, es también Presidente del Perú; después le encontré seguidamente en casa de mi cuñada Juanita Browne con quien se tuteaba, pues eran primos hermanos. Con esto, se solía

venir a mi pieza, donde tenía cuadros y libros de poesías que mostrarle. Nadie en Santiago entendía, a la sazón, mejor que él estas cosas; hablaba de ellas con elevación y en términos y manera cultísimos.

Después se levantó contra él una montaña de acusaciones cuando se descubrió el tratado secreto que ligó al Perú con Bolivia contra Chile desde el tiempo de su presidencia. Pero hay que ver en eso un acto privativo del mandatario extranjero, y que no debía llevar a la guerra sino merced a circunstancias que bien podrían no producirse. Y quiero agregar, para vindicarlo del todo, que su estada en Chile a la cual me he referido, le sirvió principalmente para formarse idea diferente de la condición del país como vecino y como entidad internacional. Después he sabido positivamente que se oponía a la guerra, que anunció terminaría mal para su país si tenía lugar. Y si no hubiera sido asesinado en 1878, cuando salía un día de presidir una sesión del Senado, probablemente se habría llegado a un arreglo antes que al conflicto armado.

El Presidente que encontré mandando en Chile era don Aníbal Pinto a quien conocía desde que era yo niño. Vicuña Mackenna había escrito, sin embargo, a mi madre, cuando nos encontrábamos en París, haciendo anuncios muy diferentes. Su esposa, mi hermana, iba a tener otro hijo; él escribió diciendo que nacería en la Moneda, poniendo su concepto dentro del alto estilo de historiador que le gustaba. Pero debió recordar que las elecciones no eran la expresión de la voluntad general que él había hecho prodigios por captarse, sino un simple arreglo de los partidos, o más bien una simple disposición del jefe de las mayorías, del Presidente de la República.

Don Aníbal Pinto era un excelente hombre, recto, patriota, moderado, leído y caballero a las derechas. Su espíritu era lento y opaco, sin embargo. Se consultaba demasiado con sus amigos,

y no los elegía siempre sin parcialidad, sin otro espíritu que el del bien general. Los conservadores le habían sido contrarios, pero en la campaña electoral estuvieron fríos, pues Vicuña Mackenna no les ofrecía por el otro lado, mejores garantías; muchos de los jefes conservadores eran también amigos personales de Pinto. Pero éste, no por rencor sino por principios, tenía distancia al partido. Este era el rasgo, si rasgo puede llamarse, más acentuado de su fisonomía de político. Fué para los conservadores un enemigo leal y moderado, aunque invariable y pertinaz.

Yo estaba otra vez sabiendo todo lo que ocurría en la política sin tomar parte en ella ni tener gusto ni situación para hacerlo. No era aún ni mayor de edad. Me vinieron, sin embargo a tentar con una suplencia a la Cámara joven, para las elecciones que se acercaban. Acepté sin gran interés, más bien por novedad, y salí elegido por Angol. El diputado propietario era don Manuel García de la Huerta, y era entendido que me dejaría el asiento porque sería nombrado para un tribunal arbitral llamado a dirimir una cuestión importante sobre la construcción de los últimos ferrocarriles. Después no se hizo el nombramiento y quedé sin asistencia.

Me había visto con el coronel don Cornelio Saavedra, entonces Ministro de la Guerra, el cual me dió una carta para el general don Basilio Urrutia, residente en Angol y comandante de la Frontera. Este me dijo que no tuviera cuidado. Entonces se procedía militarmente, como más tarde pecuniariamente. Era la edad de hierro de las elecciones, antes de la de plata y de la de oro.

Hacerme amigo y conocedor del ejército me interesó más, mientras estaba en Angol, que el papelito que iba a desempeñar en la política. Le tomé cariño al general Urrutia, otro tipo del guerrero antiguo, que iba desapareciendo. Era un soldado

franco y guapo, firme en el andar y en la ordenanza, imperioso y hueco de voz, como los generales de la Independencia que lo habían formado; largo bigote blanco, kepís agachado a la oreja, y una marcial corpulencia completaban su aire. Sus hijos eran también oficiales; y sus dos yernos el mayor Baldomero Dublé y el comandante Yávar, oficiales superiores de grado y mérito, no sólo eran de lo mejor del ejército, sino que en la guerra, que vino poco tiempo después, murieron por la patria en la batalla de Chorrillos. Había lo suficiente para fundar la aristocracia de una familia.

Conocí también en Angol al coronel Ramírez, comandante del 2.º de Línea. Me formé la idea, y después se vió que no había error, de que ese hombre era lo mejor del ejército. Era cumplido: al mismo tiempo que encerraba todas las virtudes de la escuela antigua, era como un precursor de la nueva, en que se requiere mucha instrucción y en que la corrección en el porte y maneras son el rasgo distintivo por el cual se puede juzgar casi de buenas a primeras. Si no muere a la cabeza de su regimiento en Tarapacá, no dudo que habría sido el conductor de las huestes en las últimas jornadas.

Pero no había llegado la hora de la guerra; no se hablaba, ni se pensaba en ella, sino en las elecciones generales.

Me fuí al norte a principios de ese año de 1879, a recorrer la región de las minas de Coquimbo y a ver qué se hacía en las de Arqueros, que habían dado la fortuna a mi padre. Me llevaba a los viajes, frecuentes por esa época, no solamente lo que me tocaba y deseaba comenzar a hacer, en vía de trabajo serio, sino igualmente el anhelo de conocer el inventario completo de las bellezas de mi país. El sentimiento de lo bello, avivado en Europa, me tenía y me habría de tener siempre penetrado; estaba destinado a ser de sus adeptos: *studium pulchritudinis habentes*, como dice la Escritura.

Bien que el norte de Chile es un desierto, me acuerdo de haber visto, en los adentros de la provincia de Coquimbo, una escena de carácter extraño y de singular grandeza. Eran los cerros contemplados desde la boca de la misma Mercedes, que parecían detenidos en una fuga a todas las direcciones, y era efecto de los últimos rayos de la luz dorada de una tarde cayendo sin transiciones, como sucede bajo los trópicos. Cada cresta se veía teñida con diferente fuerza según su lejanía, pero por el mismo color, y como el horizonte era dilatadísimo, por causa de la altura del sitio en que yo paraba, resultaba un cuadro de profundidad infinita en sus líneas aplanadas por la distancia, una ilusión de marina en tierra firme, en medio de la mayor sequedad del aire y del suelo.

Bajando de allí, encontré a La Serena, ocultando con sus arbolados las aplastadas construcciones y la playa lustrosa que la liga al puerto, como una cinta de plata guarneciendo el mar azul de la bahía. Era de lo más hermoso. Se parecía a la costa de la Riviera, y merecería ser también celebrada por los poetas provenzales, copiada por los pintores, y contemplada por los viajeros del mundo entero.

Allí cerca, sobre el cerrito de Miramar que domina a la bahía de la Herradura, estaba la casa de campo donde vivía con sus padres Zunilda Vicuña, la ponderación de los coquimbanos del Colegio de San Ignacio. Había enviudado hacía dos años y las mamás decían que desde entonces no había más casamientos en la provincia, porque todos querían hacerlo nada más que con ella. Yo la había conocido en Santiago sólo hacía poco, a pesar de ser mi prima.

La quinta de Miramar era una madriguera de enamorados. Los domingos se juntaban con los de la vecindad los que por la mañana desembarcaban del vapor del sur. Uno se hacía el indiferente, otro se tomaba el papel de preferido sin serlo, uno

acababa el día retirándose a llorar en silencio, otro se daba a las copitas, y todos la seguían con los ojos, la instaban, la perseguían, la acosaban. Ella tenía siempre buenas palabras y mejores salidas. Se esquivaba, les decía que ya no podía querer a nadie, que era una desgraciada, que pronto se moriría, que no merecía tanto. Pero con una mirada, con una sonrisa, con un dicho, los tenía a todos amarrados de nuevo. Era la coquetería en persona, coquetería instintiva, ingenua, irresistible, era la coquetería buena y virtuosa, digámoslo así.

Tocaba Zunilda la música de Chopin con penetración admirable, bailaba y se movía con gracia sin igual, su vestir negro era distinguidísimo, su cuerpo era redondo y flexible, sus ojos claros, el pelo castaño ondeado, y los dientes blancos como perlas; en la iglesia era dechado de compostura y recogimiento sincero. Era, en suma, un modelo para don Juan Valera, y yo la llamaba Pepita Jiménez.

Como notara la diversión que me causara ver esa comedia, que comenzaba con el levantarse y terminaba tarde en la noche, y dando suelta a un pequeño impulso de vanidad femenil, me abrió un cajón de su escritorio lleno de cartas y me dijo:

—Mira ahora.

Y me sorprendí con leer, unas tras otras, las muestras mejores de correspondencia inflamada, puesto que eran manuscritas y verdaderas. Y era lo más particular que entre las firmas se encontraban las de algunos personajes de Santiago que menos podía esperar. En cada viaje al sur iba Zunilda a incendiar bosques confundiendo ramas tiernas y leña vieja.

Como lo anunciaba ella misma, murió poco después, de una enfermedad de corazón. La había contraído recién se casó, a los dieciocho años. Iba entonces, cuando aun no salía de la luna de miel, a una hacienda, con su novio, en un birlocho; y subiendo una cuesta en un paraje solitario, le vino a él, que

sufría del pecho, un ahogo que le dejó muerto a su lado. Quedó Zunilda por un año con la razón perturbada, teniendo sus brazos cruzados sobre el pecho, sin que hubiera fuerza que se los moviera. Así la encerraron en una quinta en Santiago, donde mi madre iba a verla e interesarse por ella, hasta que volvió en sí.

He ahí a Zunilda Vicuña, la mujer que traía sin quererlo medio país revuelto; esa es su novela.

Pero hubo otra circunstancia que me hizo más memorable la residencia de paso que, por aquellos días, me tocó en Coquimbo. Las tropas de Chile desembarcaban por primera vez en el territorio de Antofagasta y comenzaba de hecho la guerra del Pacífico. Sentí entusiasmo como de niño; me pareció prever los triunfos de la campaña y las demás glorias y beneficios que seguirían en pos. No medí en mi ánimo los peligros y las dificultades, sino que divisé con la imaginación feliz de mi juventud, siempre inclinada al optimismo, una verdadera carrera de hazañas de mar y tierra, un período de expansión y de grandezas que nos sacara una vez del estado de poquedad, no relativa sino absoluta, en que veía claramente estábamos detenidos.

Lleno de fe y de contento, me embarqué para el sur, donde comunicaría con mis amigos y parientes las emociones que llevaba.

Les dije al llegar que vivíamos en el estancamiento, que si bien las demás naciones que conocía en el mundo nos llevaban siglos de ventajas en el adelanto y en la civilización, seguirían distanciándonos más y más por causa del interés que saben tomar en lo que toca a su honor, a su prosperidad y grandeza; que la ocasión no era de contemporizar, antes sobraba motivos para obrar con energía y hacer ver que la nación tenía ciudadanos con sangre en las venas y substancia en el cerebro.

Por último, quería que terminara de una vez esa vieja controversia con Bolivia, cuyas fases se iban renovando periódicamente, sin que el renuevo significara otra cosa que alguna nueva burla de los derechos chilenos.

Después he creído que si no hubiera habido guerra, habría tenido lugar algún trastorno interior. Había malestar general; el cambio internacional había comenzado su descenso; los productos se vendían a mal precio en el interior y en el extranjero, la gente estaba desanimada y el bajo pueblo no encontraba trabajo a pesar de la poca remuneración con que se contentaba. Era, en fin, uno de esos momentos de expectativa peligrosa, como cuando se anuncia la tempestad bajo el cielo aun sereno.

Pero luego pude ver que lo expresado por el movimiento de mi ánimo inexperimentado, y por mi imaginación invasora, era el propio deseo y la inclinación manifiesta de la mayor parte de la sociedad superior, de la gente del pueblo que en Chile encuentra norte seguro en su amor a la Patria, y de la clase media, que es la más orgullosa en el terreno de los fueros nacionales. Sólo el gobierno andaba remiso. La opinión, sin embargo, le acompañaba en todas las medidas que demostraban alguna decisión enérgica. La opinión, como una Minerva de casco y escudo, hubo de ser, desde un principio, el guía de la campaña. Si sus dictados prevalecían, se marchaba a la victoria; si las riendas se alejaban de sus manos, se vacilaba o se perdía terreno.

Poco después de mi vuelta a Santiago, llegó la misión de don José Antonio Lavalle, con casi el mismo personal que la componía cuando la encontré en Berlín. Su proceder fué de un carácter ambiguo; primero pareció no conocer la existencia del tratado secreto de 1873; después dijo que pediría instrucciones a Lima, habiendo oído hablar de él; y por último hubo de de-

clarar que, era cierto, su gobierno estaba ligado al de Bolivia, aunque había que reunir al Congreso para que él decidiera si había llegado el caso de hacer efectivo el pacto.

No cayó en la trampa esta vez el Gobierno de Chile. Conoció que las negociaciones no eran tales, sino dilaciones; y sin más declaró la guerra el 5 de abril, fecha de feliz augurio. Pero antes dejó salir, sin que fueran incomodados, los miembros de la misión peruana. Don Patricio Lynch les acompañó hasta el vapor en Valparaíso. En la mañana de la partida encontré a los jóvenes tomando sus pasajes en la oficina de la Compañía Inglesa de Vapores, que estaba frente a casa. Quisieron ocultarme la gravedad de la situación que yo conocía, sin embargo, por tener detalles de la sesión del Consejo de Estado, celebrado en la noche anterior, en que se había acordado romper con las dos repúblicas del norte.

Recuerdo los primeros telegramas que relataban la impresión de Lima. El Presidente Prado fué obligado a hablar desde los balcones del Palacio. Dijo que Chile quería la guerra, y que tendría, pues, la guerra, y que sería tremenda. Me parecía oír la palabra *tremenda* saliendo de su propia boca, y con el sonido hueco, sonoro, grandilocuente que le era peculiar. El general Prado era un hombre así; y hartó le había conocido yo, desde 1867, durante su larga permanencia en Chile. Venía frecuentemente a casa, donde se le recibía con amistad. Era entonces un hombre simpático al país, pues acababa de ser aliado en la guerra contra España, y se le habían mandado despachos de general chileno.

La guerra debía de andar, en un principio, de modo incierto, como una herramienta en manos de quien nunca la ha visto. Oía yo, a cada instante, pareceres estratégicos de hombres dirigentes, que eran un verdadero absurdo. Predominaban, naturalmente, las opiniones abogadiles, que yo encontraba todavía

más absurdas. Querían a toda costa apartar a Bolivia del Perú, y empleaban en discurrir los medios de conseguirlo el tiempo precioso de los preparativos bélicos. Se puso a la cabeza del Gabinete a don Antonio Varas, legista de alta reputación y estadista enérgico. En una de las sesiones secretas del Senado, cuando alguien pidió que se levantara inmediatamente un ejército de 20,000 hombres, el Ministro respondió: dejémonos de fanfarronadas. El ejército, sin embargo, tuvo que elevarse a cerca de 60,000 hombres para terminar la guerra. Y ya don Domingo Santa María, que había sido designado por el Presidente para discutir con don José Antonio Lavalle, dejó pasar las semanas, unas tras otras, en conferencias de retórica diplomática, dando tiempo para que en el Perú adelantaran las reparaciones del "Huáscar" y el reclutamiento de los batallones. Los únicos que en Chile no tomaban parte en el concierto eran los pocos que sabían de guerra y marina.

Era singular la influencia que cobró la prensa, que se hacía intérprete de los deseos generales o se inspiraba en opiniones sueltas pero ilustradas; éstas resultaban a cada instante más fundadas que la de los poderes constituídos. Zorobabel Rodríguez escribía en "El Independiente" artículos de una lógica de fierro, ribeteados con sarcasmos casi crueles, y redactados en el mejor estilo español que se haya usado en Chile.

Justo Arteaga Alemparte tenía un diario que se llamaba "Los Tiempos", y después se pasó a "El Ferrocarril". Usaba un estilo de períodos cortos y de frases en condensación, sin duda inspirado por los periodistas franceses, especialmente por Girardin, que entre ellos era uno de los principales por aquel tiempo. Era Arteaga un escritor disparateo; pero, cuando estaba en su día lanzaba por lo menos una columna de conceptos contraídos, saturados de ideas graciosas y de intenciones oportunas y de alcance. Los dos diarios grandes de Valparaíso, "El

Mercurio" y "La Patria", eran redactados por Manuel Blanco Cuartín e Isidoro Errázuriz. Con éstos ya eran cuatro los periodista de gran importancia que simultáneamente discurrían entonces sobre la cosa pública y la guerra. No han aparecido, ni durante todo el cuarto de siglo que ha seguido, quien les sobrepasara, ni en ingenio ni en galanura de expresión.

Era menester pues iluminar el camino para que no dieran tropiezos los doctores. En todos esos primeros meses no se hizo más que cambiar jefes a las fuerzas de mar y tierra. A los que después resultaron ser los buenos, a pesar de haber sido muchas veces señalados desde fuera de la Moneda, no se les quería tomar en cuenta. Cuando se dió orden a Baquedano para que se trasladase por primera vez al norte, a Antofagasta, uno de los ministros se excusó, en una conversación privada que conocí, diciendo que lo mandaban "a cuidar los caballos".

A don Patricio Lynch, que conocía desde mi niñez, le encontré una de esas mañanas dentro de un tranvía; me habló quejándose amargamente de que no le otorgaban la confianza que él creía merecer. Me dijo que le tenían de ayudante del Ministerio de la Guerra, en Santiago, y que le habían prometido hacerle jefe de la flotilla de transportes, como si no se le creyera hombre de guerra. Recuerdo también que me agregó que si le entregaran la escuadra concluiría con la del Perú en un solo ataque al Callao, pues estaban sus buques del todo desapercibidos, y no temía a las baterías de tierra. Creo que tenía razón.

CAPITULO XXXVII

Mi casamiento, que fué en el mes de junio de ese año, inaugurando la capilla de los Padres Franceses en que tantos otros se seguirían, fué motivo de que no aceptara un pequeño nombramiento diplomático que se me ofrecía para servir durante la guerra. Balmaceda, el futuro Presidente, fué designado para ir a mantener dentro de la neutralidad a la República Argentina. Quería que yo fuera, junto con otros jóvenes de mi edad y condición, como Cornelio Saavedra y Guillermo Puelma Tupper, a formar parte de la Legación que se le había encomendado. Me escribió una carta muy atenta, que me mandó con Adolfo Carrasco, el cual llevó también el encargo de insistir.

El desempeño de Balmaceda resultó feliz, como se sabe. La Argentina nos dejó terminar nuestra cuestión sin entrometerse.

Algunos amigos se hicieron oficiales y aun soldados rasos; pero no hubo, ni con mucho, necesidad de llamar a todos los capaces de cargar armas. Fué una guerra a la antigua, en que el ejército se batía, y los demás órganos de la vida social seguían en su vida normal.

Yo quería hacer algo, sin embargo. Con Melchor Concha y Toro, mi cuñado, teníamos discurrido que fundaríamos un hos-

pital de sangre para recibir los primeros heridos que llegaran. Los gastos serían soportados por la familia; el director sería yo y mi prima Luisa Vicuña el administrador interior. Al poco tiempo teníamos ya una gran casa en la calle de Castro, cerca de la Artillería, con cincuenta camas y todo lo necesario. Los doctores Valdivieso, Barros Borgoño y Puelma Tupper aceptaron gratuitamente el cargo de cirujanos, y en estas disposiciones quedamos por algunos meses esperando que vinieran heridos.

No había por aquellos días combates, sino escaramuzas navales. El Presidente escribió él mismo cartas privadas a los comandantes de los blindados encareciéndoles que no expusieran sus buques.

Hasta que un buen día, cuando al fin se movió la escuadra chilena para atacar dentro del Callao a la peruana, llegaron a Santiago las noticias más sensacionales que hubiera transmitido hasta entonces el telégrafo. Pero eran noticias de otra parte, pues los buques enemigos ya no estaban en el Callao cuando los nuestros entraron en su demanda.

Iba yo por la calle de la Bandera, frente a la imprenta de "El Ferrocarril", y veo que un empleado sale a pegar en el tablero de afuera un suplemento. Me paro a leer. El "Huáscar", por la mañana, ha atacado a la "Esmeralda", en Iquique, y la "Independencia" a la "Covadonga"; ésta viene huyendo al sur, perseguida por la "Independencia", que le gana distancia.

Me quedé helado.

La vereda comenzó a llenarse de gente, y oigo a uno, Calixto Ovalle, que dice: —A esta hora, el "Huáscar" y la "Independencia" están vencidos.

Y siguió su camino. Pero yo no me sentí tan seguro, y me fui a buscar noticias más cerca de la fuente; hasta que por los mismos telegramas que llegaban confusos y como balbucientes de

emoción, se pudo, por la noche, reconstruir ese drama que se llamó el combate de Iquique. Los hombres lloraban, callados y pálidos; las mujeres, temblorosas, sonreían entre lágrimas y se movían con ademanes viriles. Nunca he sido testigo de una conmoción igual. Todos preguntábamos quién era Arturo Prat y quién Condell. Presentíamos un suceso heroico, de la altura de los transmitidos por la antigüedad. Arteaga Alemparte lanzó un escrito que se titulaba: ¡Más heroísmo si cabe!

Desde ese día Arturo Prat se ganó los corazones de todos los chilenos. Quien es capaz de gratitud ama su memoria y bendice su sacrificio, que pareciera aceptado: el Dios de los ejércitos quedó con nosotros y nos concedió la victoria en los combates de mar y de tierra.

Un escritor francés, Bellesor, que vino a Chile algunos años después, escribió un libro en que habla bastante mal del país. Pero cuando se refiere a Arturo Prat, cuya hazaña, dice, es digna de ser cantada por las vírgenes de Lacedemonia, le dedica unas pocas palabras, que acaso son de las más hermosas que ha inspirado entre numerosos versos, inagotable prosa y arengas de todo género. Arturo Prat rompió las barreras nacionales, elevándose, con su valor sublime, hasta la admiración extraña.

Las felices correrías que siguió haciendo el "Huáscar" perseguido por nuestros blindados que, como los carabineros de la Opeteta, llegaban siempre demasiado tarde, nos tuvieron impacientes durante cuatro meses, y habrían traído dificultades interiores, a no existir la confianza de que tarde o temprano caería en nuestras manos o sería destruido. Cuando el 8 de octubre se anunció la esperada captura, la alegría fué enorme, indescriptible. Se previó, con ella, la prosecución de la campaña por tierra y el triunfo final que cerrara las puertas del templo de Jano. La gente se precipitó sin sombrero a la calle, los caballeros invadieron la Moneda y se felicitaban entre ellos, paseán-

dose como en lo propio hasta dentro del despacho privado del Presidente. Los vendedores eran detenidos en las calles y sus objetos comprados de golpe, y en seguida regalados al público; el director de la Bolsa Comercial salió a rematar, en medio de la calle, una bandada de pavos, después de haberse entendido con el dueño que los venía pastoreando con una huasca. Era, en fin, una alegría loca que hacía a los hombres volverse niños. Y en Valparaíso fué peor, porque los ingleses suspendieron todos sus quehaceres y, en señal de verdadera fraternidad, se fueron con sus amigos chilenos a las cantinas, de donde no salieron mientras quedaba champaña que destapar.

La escuadrilla que mandaba el almirante Riveros había conseguido acorralar al "Huáscar" frente a Mejillones; el "Cochrane", mandado por Latorre, se le acercó sin dispararle hasta estar seguro de que no perdería sus fuegos. Uno de los primeros proyectiles alcanzó al pobre Grau dentro de su torre de combate; lo descuartizó literalmente. Me contaron que llevaba dientes postizos y que fueron encontrados en un extremo del barco.

Latorre y Grau eran dignos adversarios: en el encuentro, que presentían decisivo, tenía que sucumbir uno de los dos.

Dentro del "Cochrane", la escena revistió caracteres de grandiosidad, según los pormenores que después me dió el capellán don Camilo Ortúzar. Al acortarse la distancia y sin hacer caso al fuego enemigo, estando cada uno en su puesto, erguidos y callados como en solemne revista, el capellán dirigió la palabra a los hombres, y los exhortó, tocándoles con elevación de concepto sus sentimientos de cristianos y de chilenos. Después, y en medio de un silencio completo, dió la absolución, que los combatientes recibieron de rodillas, con la vista baja.

En el acto sonó dentro de la batería donde tenía lugar la escena, la voz de Latorre mandando romper el fuego.

Una hora después salían los botes a tomar posesión del "Huas-

car", que encontraron teñido de sangre, y lleno de cadáveres sobre la cubierta despedazada. Así se pelea, así se vence. Los artilleros de Latorre dejaron la brecha abierta. Y se podían mandar los batallones a la costa, al desierto, a la pampa salitrera o a la sierra. Se podía pensar en Iquique, en Tacna y en Lima.

Entretanto, nuestro hospital de la calle de Castro, como un hotel que aguarda sus pasajeros, estaba desde hacía tiempo con sus camas abiertas, sus mesas de cirugía armadas, sus ollas listas para el puchero. Me avisaron entonces que serían entregados los primeros heridos, que llegarían de Pisagua, cuyo asalto acababa de ser anunciado. Los batallones chilenos habían desembarcado en ese puerto en medio del fuego que les mandaban desde la playa, desde las rocas, desde los cerros, desde todas partes, los batallones bolivianos escondidos. Tuvo que intervenir la escuadra lanzando la metralla que hiciera posible el avance a nuestros soldados mojados y hostigados de todos lados, por enemigos que no veían.

En la estación de ferrocarriles de Santiago esperaba un gentío inmenso. Los bomberos, provistos de parihuelas, ocupaban parte del andén; debían tomar a los heridos y conducirlos hasta la calle de Castro.

Al llegar el tren me precipité a presidir la bajada y la distribución de heridos, que se hizo en orden, pero que fueron luego seguidas de una gran apretura en torno mío. Por instinto eché mano a mi reloj, pero ya me lo habían robado abriéndole la argolla. Miré a los que me oprimían y el mismo instinto me señaló a uno con cara de pícaro. Le eché las manos al pescuezo llamándole ladrón, y apreté gritando que soltara mi reloj.

Al echarse atrás el bandido, como para agredirme a su vez, cayó el reloj al suelo sonando y rompiéndose. Algunos bomberos que eran testigos se echaron sobre él y le entregaron a la policía. Al día siguiente me citó el juez Bisquert y acabó por agradecer-

me que le hubiera dado la ocasión de reintegrar en presidio, de donde se había recién escapado, a uno de los peores criminales.

El trabajo fué enorme en los primeros días del hospital. Las fatigas del viaje y los calores de la estación habían descompuesto las heridas. Pero los médicos procedieron con tal acierto, y se tuvo a los pacientes en tales condiciones de higiene y atención, que sólo murió uno que traía lesión mortal en la cabeza. Los cirujanos y los ayudantes no bastaban para las operaciones. A veces me tocaba pasar la mitad del día ayudando en las mesas de cirugía, sea teniendo el cloroformo, sea conteniendo los cuerpos o miembros durante la amputación.

Había un joven Ramírez, fino y educado, hijo de buena familia, que venía con un brazo atravesado. Me pidió que hiciera lo posible por que no se lo cortaran, pues deseaba volver a la guerra después que sanara. Así lo hice, pero los cirujanos me dijeron que no había ya más remedio que amputar. Cuando el pobre mozo volvió en sí, disipados los vapores del cloroformo, quiso mirar su brazo, pero yo, que aquella vez lo acompañé todo el día, le impedí moverse. Se aletargó y otra vez miró; y encontrando, con la expresión de mayor angustia, que le faltaba el brazo: "Creía que me dolía, no más", me dijo, dejando correr sus lágrimas, que no fueron las únicas.

Luego llegaron otros heridos a llenar las camas de los que, antes de lo esperado, se sentían curados y pedían se les diese de alta. Algunos me decían que la sola comida, abundante y sana, después de las privaciones del norte, era suficiente para reponerlos. Pero vino un contratiempo muy inesperado a interrumpir trágicamente la metódica y apacible vida del hospital. La Artillería, que estaba a poco más de una cuadra del sitio, hizo explosión en uno de sus talleres de proyectiles. Se produjo un pánico indecible.

Era mediodía, y yo estaba en la casa de mi suegro, en la Alameda. Vimos todos la gruesa columna de humo blanca que se levantó al cielo junto con el estampido. Comprendiendo lo ocurrido, volé al hospital.

No olvidaré el espectáculo que me ofreció la calle de Castro, cuando tuve que recorrerla toda entera, como subiendo en contra de un torrente. Venía llena de gente despavorida precipitándose hacia la Alameda, dejando sus casas abiertas, gritando que ya volaba toda la Artillería. Me costó enormemente llegar al hospital. Encontré los techos perforados, y fierros y maderas quemados por todas partes. Una granada había caído al pie de un herido, pero sin reventar. Luego tuve que recibir a las propias víctimas de la explosión. La mayor parte no eran más que cadáveres mutilados.

Para los heridos de combates posteriores de Dolores y Tarapacá, se dispusieron otros hospitales en el norte o en Valparaíso, de suerte que no hubiera tanto que viajar con ellos. Y no los hubo tampoco en número importante, pues los combates esos no fueron de los más grandes.

La guerra tomó entonces un carácter de expectativa. Se habían iniciado negociaciones muy en privado, con intervención del Gobierno de los Estados Unidos. El de Chile creía por su parte firmemente que, siendo dueño del mar y dominando la provincia de Tarapacá, que así era el recurso pecuniario del Perú, como el complemento para contener y encerrar a Bolivia los enemigos debían someterse a tratar y llegar a la paz en buenas condiciones. Pero nada resultó. Los abogados de Santiago combinaban mil cosas para inducir al Perú y Bolivia a aceptar sus fórmulas. Los del Perú y Bolivia replicaban con alegatos no menos fundados en derecho, acompañados de disertaciones peregrinas. Aquello se iba tornando en una academia de doctores de Salamanca. Hasta que los militares, de acuerdo con los ver-

daderos hombres de Estado, se hicieran oír. Estábamos en guerra y ella terminaría como terminan las guerras. Había en Chile o bajo sus banderas un ejército victorioso; la opinión exigió que fuera adelante hasta asegurar una paz ventajosa que diera fin a una guerra justa. Se aumentaron los batallones y se adquirieron nuevos armamentos.

Los negocios, la vida pública y privada seguían, entretanto, su curso normal dentro del país, donde no se sabía que había guerra sino por los boletines de los diarios y los discursos de las Cámaras.

En esto, se ofreció hacer otro viaje a Europa, motivado por una negociación de minas de carbón en que estaba interesada la familia de mi esposa. Salimos con ella y mi cuñado Guillermo Errázuriz Urmeneta, en febrero de 1880.

Nos quedamos en Buenos Aires, instados por Adolfo Carrasco, que era el Encargado de Negocios de Chile, hasta que saliera un vapor alemán que nos llevara sin tocar en el Brasil. Cuando a las seis de la mañana, subía a la toldilla del vaporcito que nos llevaba desde Montevideo, y vi por primera vez a la capital del Plata, se me figuró una ciudad oriental. Se veía por entre la bruma fresca de la mañana extendida como una faja sin fin sobre las aguas del río, las cúpulas asomando sus lucientes medias esferas, y las chimeneas de la industria, cual minaretes de mezquitas, levantándose altas en el cielo.

La gente que conocí fué sumamente cariñosa; el salón que teníamos en el hotel lo pasaba perfumado por las flores de unos ramos monumentales que nos obsequiaron. Un amigo nos puso, durante la permanencia, un magnífico carruaje a la puerta del hotel.

Noté luego, sin embargo, que la mayoría de la opinión nos era muy adversa en la lucha que sostenía Chile en el Pacífico. No me hizo impresión; los vecinos son siempre rivales. De allí,

de *rivus* vienen las palabras *rivera*, *rival*. Durante la guerra del Paraguay no fué otra tampoco la actitud de Chile respecto de la Argéntina, aunque era más justificada, por cuanto a ese desgraciado país lo tenían acorralado entre tres naciones mayores.

Me llevaron a ver a Mitre y a Sarmiento, que eran como las dos columnas de la nación. Yo deseaba conocerles, por cuanto eran en Chile muy estimados y recordados. Mitre me hizo entrar a su biblioteca, donde con el fondo de libros en armarios y dentro de una luz mitigada, se realzaba el interés de su figura. Me hizo un poco el efecto de gran compositor de música, acaso por tener semejanza su cabeza a la de Meyerbeer. Sus movimientos eran dignos y tranquilos, los propios del hombre que se mantiene siempre dueño de sí mismo. Si se movieran las estatuas, lo harían así. Me habló en términos cariñosos de mi país, recordando su amistad con algunos de mi familia. Yo no perdí la ocasión, como lo hice también con Sarmiento, de hablarle de la guerra, de su justicia, etc.

Sarmiento era un hombre muy diferente, por cuanto me tocó ver y comparar. Tenía mirada inquieta y penetrante, labios finos y lengüita terminada en punta, cuyos rápidos movimientos se descubrían al hablar. No parecía poseído de su situación y antecedentes, antes se demostraba franco, alegre y familiar, casi campechano. Cuando me pagó la visita me encontró en mangas de camisa, tendido, con una limonada al alcance de la mano, y casualmente leyendo su "Facundo Quiroga". Hacía un gran calor y el sirviente no me anunció al personaje. Pero todo salió bien, muy bien, merced al "Facundo".

Los hombres públicos argentinos son, en mi sentir, y después de haber conocido a muchos otros a más de Mitre y Sarmiento, de espíritu abierto, aunque menos pulidos que los chilenos. He creído notar en ellos falta de preparación clásica y demasía de confianza en sus medios; se presentan o exhiben hasta el interior

por poco que uno desee estudiarlos. Son efectos opuestos a los de Chile como es opuesta la llanura a la montaña. Estos se presentan mejor preparados, diría con mejores armas, pero en medio de sus reticencias y de sus proceder de convención, se hacen estrechos y miran corto, como es corto el horizonte de entre los cerros. Una y otra escuela puesta en antagonismo dió, para los argentinos, la ocupación de la Patagonia, y para los chilenos, la de una sola faja al lado del Pacífico y en Magallanes. Vino el árbitro y acordó a cada cual lo que ocupaba. La buena vista y el sentido práctico fueron pues de los argentinos.

Volviendo a Mitre, recordaré que sus méritos y su situación, que ellos crearon, hacíanle, en realidad, acreedor de la gran estima de sus conciudadanos. Merecía ser una especie de árbitro de la paz y de la guerra, porque sus virtudes cívicas eran insuperables.

Hacía un calor muy grande en Buenos Aires, a pesar de que la estación iba consumiéndose. Las noches eran especialmente pesadas, y los mosquitos acompañaban al sueño con sus desesperantes zumbidos. Decidimos abreviar la estada, pues lo teníamos todo visto; y bien que la ciudad era ya por aquel entonces la primera del Continente, adolecía forzosamente de esa falta de interés arqueológico, de esa pátina de individualidad histórica que se encuentra hasta en pequeñas villas de Europa, y que retiene o demora al viajero.

El "Salier", de una compañía alemana, nos llevó después de feliz navegación a las playas del Gironde. A los pocos días estábamos instalados en París, en un departamento de la Avenida del Bosque de Bolonia.

La prensa estaba haciéndonos daño en el sentido de que publicaba correspondencias, hechas allí mismo probablemente, contrarias en todo a nuestros intereses y a la verdad. Me dedi-

qué con ardor a trabajar guiado por Morla, que era el secretario de la Legación, y que tenía algunas relaciones entre periodistas. Me puse a escribir y a dibujar, pues la propaganda en imágenes es la que más pronto impresiona y simultáneamente fueron publicadas mis láminas y mi prosa.

“El Chavari” había publicado en su carátula una composición que nos ponía en ridículo. Una culebra, Chile, se veía atorada con bultos que no podía hacer pasar, el Perú y Bolivia. Luego hice otro dibujo: la culebra, satisfecha y con nuevo apetito, no sólo había digerido sino que, erguida, se aprontaba para tragarse un gallo, que representaba a la Francia. Mandé la réplica al “Charivari”, pero no la publicó. Los chilenos que entonces había en París eran poquísimos, la Legación no alcanzaba a todas las nuevas incumbencias; y para colmo la habían reducido en sus medios, y hasta en el sueldo de sus empleados. Don Alberto Blest Gana se multiplicaba atendiendo a los cargamentos de armas, a la provisión de fondos, a las reclamaciones diplomáticas que desde un principio llovían sobre Chile, y a las informaciones de todo género que en tales circunstancias deben ser suministradas. Morla se volcó con su fiacre al llevar él mismo al telégrafo un mensaje confidencial; se quebró el brazo y quedó un mes en cama, reemplazado en la Legación por Carlos Zañartu, el cual debió así trabajar como dos.

Yo pensaba que era eso lo que haría a Chile invencible en aquella contienda. Cada ciudadano estaba dispuesto a hacer cuanto de él dependía.

En esto, llegó un telegrama de Santiago Ossa al Ministro, anunciando desde Chile que “peruanos hechos charquicán Tacna”. Luego después vinieron otros oficiales y en términos menos entusiastas. Y creímos, esta vez seriamente, que cesaría la terquedad de los aliados en vista de los golpes repetidos. No fué así sin embargo, y la guerra duró mucho más.

Supe por aquel tiempo que Gambetta, que era el hombre de más nombradía en Francia, había dicho, refiriéndose a Chile, que esa pequeña República valía un imperio. Quiso expresar admiración por sus esfuerzos guerreros, y burlarse acaso de su lejanía y poca importancia. Por el dicho le tomé alguna simpatía a pesar de que, por lo demás, me parecía dañino; pensé, y no me equivoqué, que sin querer había de llevar a la Francia hasta los extremos de división de creencias. Si hubiera vivido largo, y como era patriota, habría querido contenerla, pero demasiado tarde. Su ascendiente era a veces irresistible; le bastaba una frase. *L'ennemi c'est le cléricalisme*, fué como la fórmula de la primera campaña antirreligiosa, así como antes pretendió aplastar a los prusianos con la *Levée en masse*.

Ni Dieu ni maître, le contestaron desde abajo, y quedó organizada la primera persecución; y una frase comenzó otra vez a gobernar en Francia. Los jesuitas fueron naturalmente los primeros en ser designados. Los expulsaron derribando sus puertas a hachazos. Pero volvieron por la ventana. Al día siguiente estaban distribuidos en diferentes casas particulares, desde donde seguían ejerciendo su ministerio.

Yo no conocía a Gambetta ni de vista. Pero un día que visitaba el Salón de Pinturas, me lo mostró Carlos Zañartu; era precisamente un sujeto grueso y feo que, muy de cerca, me impedía la vista hacia un cuadro que me interesaba. La ropa era descuidada; el pelo largo e inculto dejaba caer escamillas de caspa que blanqueaban los hombros y espaldas.

Pocos días más tarde le vi presidiendo una sesión de las Cámaras. Por las escaleras de uno y otro lado subían diputados a hablarle. Se inclinaba oyendo de un lado, y después del otro, tal como lo hacen los confesores. Los seiscientos diputados estaban alborotados aquel día, aunque no más que de costumbre según me dijo un vecino. Los de mayoría no dejaban oír

al orador de minoría, y viceversa. La bulla era más de aula de colegio que de aula parlamentaria.

Gambetta agitaba indolentemente la campana; los empleados especiales o ugieres recorrían los bancos gritando: *silence, messieurs, s'il vous plaît*. Yo pensaba para mis adentros que las Cámaras muy numerosas son poco útiles.

La guerra estaba declarada a la religión, en nombre de la República. Con esto, los que querían ser republicanos conservando su religión, no tenían a donde volverse. Y por su parte los monarquistas, aunque fueran librepensadores, se hacían aliados a los católicos proscritos como tales. El círculo vicioso no pudo después ser roto ni por el mismo León XIII, el pontífice amante de la Francia, que declaró repetidamente que la Iglesia no se ligaba con ninguna forma de gobierno; pero, entender la república de la suerte que la entendemos en América, es imposible para los franceses, y para los europeos en general.

Ser católico ha quedado como profesión de antirrepublicanismo; ser republicano ha quedado significando ateísmo; y todo sin lugar a contemporización. Nos convidó una noche el Ministro de Chile a mí y a mi esposa, para que le acompañáramos a oír el "Profeta", en la Opera, dentro del palco del Presidente que había sido puesto obsequiosamente a su disposición. Unos amigos franceses que nos vieron, nos hablaron después de la pena que les habíamos dado con hacernos ver públicamente en tales sitios...

CAPITULO XXXVIII

Mis parientes de Francia nos habían visitado y entablado buenas relaciones con nosotros. Eran muy pocos. El nombre estaba por agotarse mientras en Chile se aumentaba año por año. Achille de Subercaseaux y su padre eran ya los únicos varones.

La hermana de Aquiles, casada con Mr. Mallard, tenía dos hijas, la condesa de Turgot y Madame de Marsillac. Estas nos vieron también después de trabar relaciones por cartas. Todos vivían cerca de Burdeos, en pequeñas propiedades que tenían.

La señora de Marsillac se vino a establecer en París. Su marido fué atacado de enfermedad mental, e internado en un establecimiento, y ella, sin hijos, se dedicó del todo a la caridad y a la piedad; en medio de esos círculos se encontró más tarde con mi esposa.

Una tarde, antes que encendieran el gas, veo que el criado de nuestro departamento introduce a una señora elegante y gruesa, pero muy ágil y viva. Mientras yo fijaba la vista en la penumbra tratando de conocer, la señora se precipita hacia mí, me besa en ambas mejillas exclamando: *¡mon cousin!*

Era la señora casada con Turgot, sobrino nieto del Ministro

de Luis XVI, y ex oficial de guías del segundo imperio. No tardamos en hacernos amigos y en armar paseos y convites en su compañía. Mi *cousine* era un torbellino, una vorágine, un rayo. No he conocido una persona más viva. Los de mi familia de Chile que pasaban por tales serían al lado de ella un candil apagado.

Ella había de dominar en el círculo; era lista y oportuna, verbosa, decidida e infatigable; la palabra y la acción eran simultáneas.

El tío Aquiles era de un temperamento opuesto, como quiera que se le veía siempre tranquilo, sonriente y muy callado para ser francés. Era tan moreno como yo, cuidador de su persona, portador de monóculo y presidente de un club de regatas.

Era pues el padre de Aquiles y abuelo de la *cousine*, el pariente más inmediato que me quedaba. Me llevaron a verle en el pequeño *chateau* que habitaba en Bourg-sur-Gironde. Encontré un hombre de ochenta y cinco años, del mismo tipo de mi padre, pero de color encendido y ojitos azules, con pantalones anchos, corbatín y bonete de terciopelo negro. Vivía desde el siglo anterior; había sido amigo y compañero de Orfila, el célebre médico. Me abrazó y besó llorando, y después de corta conversación, sus hijos le retiraron diciéndome que estaba muy nervioso, y que le alteraba profundamente cualquiera emoción.

Todos mis parientes resultaron conservadores y antirrepublicanos, y trabajaban activamente en la política local y en las elecciones. Me costó hacerles comprender cómo yo en Chile era también conservador, pero republicano como el que más.

Otra relación que por entonces adquirimos fué la del pintor americano Sargent, el cual ha llegado a ser un artista muy reputado, acaso el primero de Europa para el retrato.

Buscando un día en el Salón algún cuadro que me indujera a preferir un artista para que hiciera el retrato de mi esposa, encontré uno de la señora de Pailleron, el conocido autor del *monde où l'on s'ennuie*, y otro cuadro oriental, con la firma poco conocida entonces de Sargent. Me fuí a buscar al autor en su estudio, que es el verdadero sitio para apreciar al artista, y convinimos que hiciera el retrato, en casa. La figura sería de cuerpo entero, con vestido claro, entre flores y sentada frente al piano.

Se le mandó, una vez terminado, al Salón, y el día de los premios apareció con una medalla de primera. Pero al día siguiente la inscripción había desaparecido, y adornaba un retrato de los niños de Paillerón el académico, que también había hecho Sargent. Averiguando, resultó que Paillerón había reclamado, y alegado que no era admisible que una extranjera desconocida tuviera su retrato premiado, cuando el mismo pintor podría tener el mismo premio en el cuadro que representaba a sus hijos. Yo reclamé a mi vez yéndome a ver a Cazin, el gran pintor, uno de los miembros influyentes del jurado. Le hice ver la injusticia del caso, y me prometió que la inscripción volvería al retrato de mi esposa, del cual no se movería. Y así se hizo.

Se dijo muchas cosas en la prensa sobre el retrato y su autor que, con él, se puso en el camino de la celebridad. Uno de los diarios concluía su artículo con una reflexión harto francesa. Después de elogiar la pintura agregaba que la persona retratada había inspirado la gracia y el buen gusto del cuadro por ser ella, sin duda, una verdadera parisiense. A nosotros nos divertía mezclarnos con el grupo de mirones que continuamente se encontraba en el Salón frente al retrato diciendo cosas divertidas sobre el cuadro y sobre el modelo.

Pasado el verano, nos juntamos en Venecia con el mismo Sargent y su familia. Entre ocupaciones de arte y excursiones

en tan buena compañía se enteraron los meses de septiembre y octubre. El otoño de Venecia es delicioso; el día, todavía dilatado, permite gozar largamente de las bellezas de la laguna y de las encantadas islas que de ella surgen; la temperatura, que no amenaza aún el cierzo frío, es suave y pareja. El tiempo corre sin sentirse, como las góndolas sobre los canales. Había todavía en nuestro círculo otros artistas que, como Sargent, han alcanzado reputación europea. Me invitaban a trabajar con ellos, y más de una vez se nos vió pintando juntos en un estudio o en sitios de aire libre.

Sargent me enseñó a apreciar el gran maestro de la pintura decorativa, que antes apenas había yo mirado en sus encumbradas composiciones de los templos y de los palacios venecianos. El Tiépolo es el genio especial de las composiciones difíciles, imposibles. Abre un pedazo de cielo, y en medio del rasgo azul que dejan los cúmulos y nimbos, descubre un tropel de ángeles que hacen escolta o festejan alguna escena religiosa que se desarrolla por los aires. Se siente el aleteo, se miran los movimientos, se oyen los sacudimientos de las ropas que el viento hace cambiar de pliegues. Y Jesús o la Virgen y los santos, puestos en claro, antes de transportarse, y en medio de las nubes que se dislocan, alcanzan a mandar abajo una mirada de amor, de dulzura, de simpatía. Los espíritus del mal, encarnados en demonios cornudos y de alas de murciélago, huyen, envolviéndose dentro de otras nubes pardas y espesas, rompen el círculo de la composición y se escapan hasta por afuera de las cornizas que encierran la pintura. No se puede dar mayor fantasía, ni mayor ciencia del dibujo y del color.

El primero de noviembre ya estábamos instalados en nuestra habitación de Roma. Era un departamento de una casa alta y aislada, llamada de los cuatro vientos, al lado de la monumental escalera de la *Trinitá dei monti*. Desde el balcón se

veía por la tarde, a la hora del tramonto, como dicen los italianos, ponerse el sol del otro lado de la cúpula de San Pedro, cuyas ventanas dejaban traslucir los últimos rayos de su disco enrojecido.

Con sólo bajar por la escalera nos encontrábamos en medio de la Plaza de España, es decir, en el corazón de la ciudad, desde donde salen a circular y a pasear los extranjeros. Había un café, pequeño pero muy conocido, llamado de Nazzari, característico en la Roma papal y frecuentado aún en esa época por personajes de la política y de la diplomacia. Pero era tan pequeño, que no podía uno dejar de oír lo que se conversaba en las mesas de los vecinos. En una ocasión, uno de ellos, de tipo diplomático, muy de frac y cargado de condecoraciones, como que de allí se iría a algún sarao, estaba explicando a una señora, también elegantísima, muchas cosas curiosas que él, acaso por su larga práctica del mundo, era de los pocos que podían conocer a fondo. Luego tocó el turno a los jesuitas. Se puso a hacerle ver cómo estos hombres que se introducen, que dominan, y que se enriquecen misteriosamente, se adueñan de los mejores negocios del mundo y los conservan valiéndose de segundas manos. El Casino de Monte-Carlo, con sus ruletas, etc., y sus millones anuales de ganancia, era de ellos. Y no contentos con esa suerte, ya habían adquirido positivamente el Bon Marché de París, la tienda más grande del mundo, y sus pingües beneficios. La verdad, me costó contenerme, y decir a la señora que parecía creerle como a un libro, como a un libro bien empastado, que se riera, no más, de tamañas ineptias.

Esperamos, pues, el nacimiento de nuestro hijo mayor, que tuvo lugar el 10 de diciembre. El bautismo tuvo lugar en San Pedro, cuyo nombre dimos al niño después de haber pensado ponerle el de Miguel Angel; pero me dije que si resultaba pintor andando los años, iba a ser un inconveniente, un estorbo, aca-

so una ridiculez, llamarle como al rey de las Bellas Artes. Y el niño ha resultado pintor. El oficiante fué el padre Valenzuela, general de la Orden de la Merced. Este excelente sacerdote fué el primer chileno que venía a desempeñar en Roma tan elevado cargo. Luego le reconocí altas cualidades: ciencia y virtud con patriotismo y mucha modestia. Nuestro médico era el profesor Ceccarelli, que también lo era de Su Santidad León XIII. Venía siempre de frac y guante blanco, porque su hora de visita era la que seguía a la que tenía asignada en el Vaticano, y no alcanzaba a mudarse en casa.

León XIII estaba dentro del tercer año de su glorioso pontificado, el mismo año del reinado de Humberto I. Ya iba cobrando el Papa su alta reputación. Era el personaje en que más se ocupaba la opinión que se manifestaba por la prensa diaria, por las publicaciones de todo género y por las conversaciones. Naturalmente, luego solicité el honor de ser recibido en las audiencias que acordaba semanalmente a los extranjeros. Siempre tenía una palabra suave y paternal que decirme, tomándome la mano y poniéndome la suya sobre mi cabeza. Los monseñores de la comitiva ya me conocían por la frecuencia con que me presentaba; pero se sonreían, no más, y el Papa parecía no haberse fijado. En una de esas audiencias una inglesa extravagante no quiso arrodillarse cuando el Papa se acercó. Mientras discutía llegó a ella el Papa y le dijo con tono tranquilo y grave, pero imperativo:

—*Aginochi A ginochi*—de rodillas; y siguió a hablar con otras personas viendo que había sido obedecido en el acto.

Era así León XIII. Su persona anciana, tenue, casi incorpórea, infundía veneración y respeto en el más alto grado.

Su voz era robusta como si se formara dentro de un cuello grueso, su mirada era aguda y penetrante, como si no naciera animada por un espíritu reposado, profundo, casi solemne. Los

que le rodeaban vivían en la admiración de su ser que parecía libertado de las servidumbres de la materia. A su cuerpo le bastaba un ligerísimo alimento, que no llegaba a costar un franco al día; y su mente discurría sobre los problemas más difíciles de la humanidad; su acción, empujada por voluntad inquebrantable, se hacía sentir hondamente dentro de las Cancillerías o a la faz de las sociedades de todos los países, aun de los no católicos. Incurrir en su desaprobación, en su enojo, me habría parecido la cosa más terrible.

En tanto, nos impacientábamos los chilenos residentes en Roma por aquel invierno de 1880 a 1881. Aunque teníamos confianza, deseábamos que no tardara más la noticia de la toma de Lima y del fin de la guerra. Hasta que un día, el Cónsul General Rodríguez, entra como un viento al comedor donde acabamos de almorzar, y, nervioso y pálido, sin poder hablar, lanza su sombrero a estrellarse en el techo gritando: ¡Viva Chile!

El resto lo comprendimos. Nos miramos llenos de alegría a través de una capa de lágrimas detenida en los párpados, e hicimos un nudo de abrazos. El telegrama que yo esperaba llegó dos horas más tarde.

Pero los detalles no nos fueron conocidos sino al mes siguiente. Recuerdo que me entregaron el parte oficial y las primeras reseñas en un día de carnaval, del último, acaso de los carnavales alegres y locos que conocí en mi juventud. Yo leía emocionado los documentos de aquellas jornadas épicas, repasando las listas de los muertos, mientras fuera del balcón, abajo en la calle, se apretaban las comparsas y comenzaba otra refriega de papelillos y confites. Quería comunicar con los chilenos que estaban conmigo las mil ideas que los hechos sugerían, y parecía que a propósito se respondía con gritos de animales y otros

ruidos y voces absurdas lanzados desde la calle. Era como una burla sin consonancia, como un sarcasmo importuno.

Durante la temporada de ese invierno, tuve ocasión de hacerme asistente a una academia de dibujo en la noche, y al estudio del pintor andaluz García Ramos en el día. Aunque no fuera todo el tiempo preciso para adelantar seriamente en un arte tan difícil, siempre había de quedarme provecho. Mi afición a las bellas artes en general y a la pintura en particular se acentuaba día por día.

En Turín, había visto por primera vez las obras de Morelli, las cuales me hicieron harta impresión. Un día me fuí a Nápoles para conocerle. Se le tenía por toda la Italia como el primer pintor del siglo. Me recibió bien, pues ya tenía noticias mías, por mi primo Ruperto Ovalle, que había adquirido dos cuadros de él.

Morelli fué el creador de un género nuevo de pintura; fué el primero que estudió la vida de Jesús de una manera realista, bastándole como elemento poético la propia figura hermosísima y la dignidad de la persona del Redentor, y agregando como elemento de atractivo pictórico la pura reproducción fiel de los sitios de la época con sus propios habitantes, hombres y mujeres, con sus propios adornos naturales: flores y prados, viñas y arbustos en el suelo, superficie clara u olas transparentes de las aguas, montañas y desiertos en el horizonte, nubes plateadas, jirones de oro y fondos azules del cielo.

Tan fuerte era la intuición de Morelli que, sin haber nunca estado en Jerusalén, hizo la escena de Jesús resucitando a la hija de Jairo con una propiedad admirable, nunca alcanzada por nadie. Resultó un cuadro oriental, un interior hebreo de patio y corredor, donde la niña muerta, tendida en el atrio, es el centro de la escena de luto; los músicos, sentados en el suelo, tocan instrumentos primitivos. Entra Jesús, grave pero sonrien-

te, animado su semblante con esa indefinible expresión mezclada de justicia y de amor, con que sólo los grandes artistas han podido representarle; un anhelo misterioso se descubre en la actitud de los parientes: la niña muerta va a incorporarse.

Atraído por la fama, el patriarca de Jerusalén, de paso por Nápoles, fué a ver el cuadro en el estudio de Morelli, y exclamó:

—¡Cómo se conoce que usted ha vivido en Jerusalén!

De este gran artista que me fascinaba por sus ideas y por su percepción admirable, única, del colorido, no pude obtener más que un cuadro inconcluso, pero donde se encuentra, y bien marcada, su calidad principal, y donde se patentiza la fuerza de la idea. Es el Cristo sobre las aguas.

Y después de esta corta correría a Nápoles, por segunda vez tuve que decir adiós a la amada tierra del genio y del arte, a la Italia que siempre reserva goces nuevos, inagotables, y que nadie deja sin deseo, oculto o manifiesto, de volver a visitar, de volver a admirar y de volver a amar. Tomamos, pues, el tren para París, el centro obligado de los chilenos errantes.

Una de las visitas que me tocó hacer a la llegada fué al almirante Cloué, Ministro de Marina a la sazón. Había sido amigo de él en Chile, y me había convidado para llevarme a bordo de su fragata, la *Astrée*, hasta Punta Arenas.

Fuí a verle en día de recepción, y en cuanto me vió, exclamó adelantándose, y con el acento varonil y simpático que le era propio: —*Parbleu! ¡Vous avez conquis le Pérou!*

Nos instalamos en un hotel frente al teatro francés, y se hizo uno de nuestros objetivos artísticos el ir a pasar las noches frente a esos eximios comediantes que tienen ganada reputación universal. Para el día, teníamos por el otro lado una de las entradas al Museo del Louvre.

El mejor cómico que había entonces en París, y que seguiría

siéndolo por muchos años, era Coquelin el mayor. Era un personaje, no sólo en el teatro francés, sino en todo París. Gambetta le contaba entre sus amigos como Napoleón contaba a Talma. Recuerdo un fresco para el Panteón que entonces se hizo pintar por encargo del Gobierno al artista Blanc; la forma era la de un friso en que los personajes históricos iban como en procesión; uno que llevaba traje talar tenía la figura de Gambetta, y el que le seguía, la de Coquelin.

Mounet-Sully se llamaba el actor que en el mismo teatro desempeñaba los papeles trágicos. Decían que era insuperable; sin embargo, yo estaba lejos de encontrarle tal; antes había que reconocerle, con espíritu imparcial, su exageración y amaneramiento en la acción y en la voz. Era un actor a la española, que aspiraba con angustia y respiraba con inflexiones de quejido, poniendo blancos los ojos.

El más notable de los actores trágicos que en mi vida me ha tocado conocer es el inglés Irving, el *gentleman* artista, tan digno y elevado en uno y otro estado. Irving ha hecho revivir a Shakespeare, le ha dado a conocer y apreciar bajo formas nuevas dentro de su propio país; pero con tan brillante y oportuna insistencia, que su obra ha traspasado los límites del público de habla inglesa y ha ido a hacer impresión hasta en las esferas más lejanas de la gente de arte o de letras. Su teatro de Londres, el Liceum, era como un templo griego, a donde llegaban, recogidos, los adeptos. Los dramas eran representados con una propiedad y exactitud extraordinarias; todos los artistas eran escogidos; las decoraciones y el juego escénico, irreprochables. Y en medio dominaba la figura elegante, inteligente y emocionada del gran actor; encarnado en el personaje que interpretaba, decía, accionaba y se movía como si el mismo gran poeta le inspirara a cada momento, como si el mundo, vuelto atrás, produjera de nuevo esas intrigas heroicas, esas situaciones de amor

o de violencia, de paz, de odio, o de guerra, que se envuelven en la atmósfera de los grandes dramas.

Creo que el actor francés se muestra superior principalmente en lo bufón, y después en la comedia corriente, donde se desarrollan escenas de la vida diaria. En el primer caso sabe descubrir peculiaridades imprevistas que provocan en el espectador alegría incontenible, risa franca y bien motivada; en el segundo caso, luce, en grado incomparable verdaderamente, esa naturalidad de buen tono, esa posesión filosófica de las pequeñas y grandes situaciones de la vida ordinaria, que dan la nota superior en el arte cómico.

Diré, no más, que no encontraba muy grande la diferencia entre los cómicos del Teatro Francés y los de algunos otros teatros de París. Y aun, me parecía descubrir en ellos una cierta pretensión inseparable de su persona, que traslucía a cada momento. Acaso de esto tenían la culpa los periodistas que los encumbraban a cada instante a mayores alturas de las convenientes para un artista de proscenio, por alto que fuera en su oficio. La *Maison de Molière*, como llaman al Teatro Francés, parecería ante alguien que quisiera juzgar a París por lo que dicen sus diarios como una institución de orden sublime, no sólo la primera en Francia sino en todas partes, y digna de gobernar más que el pasatiempo de las noches, la vida y la marcha del intelecto y de la moral en las sociedades, en los pueblos del universo.

La vida del teatro y la vida de la prensa casi se confundían en una sola, por lo demás. El diario que más se leía en París, el "Fígaro", dedicaba al teatro, a los actores y a las actrices una buena parte de sus columnas. Y como al mismo tiempo siempre estaban pasando en París cosas extraordinarias, cuáles de significado histórico, cuáles de carácter criminal sensacional, cuáles

marcadas con el sello trágico, cuáles ribeteadas de ridículo, uno llegaba a creerse habitando y participando en un gran teatro; o suponiendo que el teatro fuera el mundo entero, uno se veía como arrimado e incorporado al proscenio que no sería otro que la ciudad de París.

Predispone igualmente a aceptar este orden de ideas la inclinación personal, que se encuentre tan a menudo entre los franceses, de decir y de hacer sus cosas tal como si se encontraran sobre las tablas.

El talento cómico es en ellos innato, a cada momento emplean expresiones y gestos que sintetizan con penetrante filosofía todo un pensamiento, toda una resultante de ideas, o que ponen bajo la luz más rápida el proceso del sentimiento o el derrame de la pasión. Es ese precisamente el lenguaje de los actores.

Menester es, sin embargo, fijar la atención, y saber discernir, ya que tanto de teatro existe en la vida, entre las ventajas y los inconvenientes de la escena, así como es menester mirar y apreciar entre las otras manifestaciones artísticas que parecen necesarias en la sociedad. Se cree buena la comedia porque, como dice su divisa, *castigat ridendo mores*. Mas yo preguntaría cuántas son las que se han hecho con ese objeto. Convento en que una burla fina y amable suele valer más que una reconvencción que hiera; pero querría saber todavía cuáles son las piezas modernas en que el autor piensa en hacer al público más bueno, sin acordarse de lo que se llama éxito, ni de las ventajas pecuniarias que trae el ingenio cómico, sobre todo cuando es desenvuelto e inescrupuloso.

El teatro dramático en la práctica entretiene, de la suerte que lo hace la novela. Si ofrece un drama levantado, hace bien sin duda; levanta el espíritu y enseña a tener fe, coraje y magnanimidad. Si ofrece comedia de las usuales, deja poca cosa o

nada en el espíritu, fuera de la diversión de una velada. Y si son piezas pesimistas o de puro atractivo sensual y deshonesto, hace mal, pues mancha la imaginación, al propio tiempo que estimula y excita en sentido de lo que han visto a los que ya la tienen manchada.

CAPÍTULO XXXIX

Tuve el gusto otra vez, a fines de 1881, de llegar a Chile, a reunirme a mi familia y a mis amigos.

El país se encontraba satisfecho después de la campaña del norte, y la preocupación no consistía ya más que en la manera de llegar a un arreglo definitivo con el Perú y con Bolivia, los enemigos vencidos. Cada cual se iba a ocupar en los negocios que le correspondía y yo en los míos. Los que no estaban tranquilos eran los hombres de la política.

La administración de don Domingo Santa María había comenzado en septiembre, para enterar su período de cinco años sin dejar en el país ni los recuerdos gloriosos y emocionantes de los triunfos del Norte, ni las tradiciones de serena vida política que habían consagrado los períodos anteriores de Pinto, de Errázuriz y de Pérez. Antes se hubo de entrar en años de pasiones interiores promovidas extemporáneamente y llamadas a dividir, a esterilizar, a corromper. El país, el pueblo, se hallaba tan atrasado como antes de la guerra; mas no deseaban ocuparse los nuevos poderes en otra cosa que en hacer reformas, de las llamadas teológicas desde entonces, y en preparar un sistema electoral de falsificaciones y de violencias que permitieran desarrollar el plan con detenimiento y amplitud. La propia elección

de Santa María había sido hecha desde la Moneda, con todas las ilegalidades y atropellos necesarios para hacer apartarse del campo al general Baquedano que venía de la guerra lleno de gloria y prestigio.

Si no fuera por la imposición del deber, me habría vuelto a Europa una vez que comprendí, después de haber penetrado en la situación y leído un poco del porvenir, las intenciones y las aspiraciones de la mayoría de los políticos. Se veía claro que había luchas desagradables y sin provecho, y que las capas bajas del país quedarían siempre viviendo en la abyección de la ignorancia y de la embriaguez, sin vestido casi y sin hogar; que no habría mejoras ni en los caminos del campo ni en la seguridad ni en la luz de las ciudades. Ibamos a quedar estancados socialmente, industrialmente y económicamente; pero se reformaría el gobierno de cementerios, de matrimonio y de registro civil, aunque con esto y de buenas a primeras, nos quedaríamos sin estadística de población siquiera.

A los pocos meses de mi llegada me formé conciencia exacta de esta situación, y me sentí harto entristecido. No era yo hombre de la política, y bien poco podría hacer por desviar tales rumbos. Me limité, en la larga contienda, a escribir algunos artículos en la prensa conservadora, cuando podía debelar, con pruebas palmarias adquiridas en mis propios documentos y en mis viajes, los argumentos en que se apoyaban los importunos reformadores.

A don Domingo Santa María le había conocido personalmente, aunque poco. Tenía una figura hermosa y simpática, hablaba muy bien y con timbre de voz y dicción distinguidísimas; vestía elegantemente, gustando llevar sobre la levita abrochada, un sobretodo que se abría al andar mostrando su forro de seda. Era un hombre esencialmente de bufete y sociedad, y amaba a la política por la política. No había estado en la vida de los

negocios ni conocía la agricultura, ni la minería, ni la industria; si se refería o se interesaba en ellos, lo hacía o como político, o como abogado o como universitario. Era, en suma, un letrado: lo que menos necesitaba por entonces el sillón presidencial de Chile.

Los liberales le habían elegido no sé por qué, pues entre ellos tenía muchísimos enemigos. El mismo don José Francisco Vergara que fué quien hizo propiamente la fuerza de la campaña electoral después de haber hecho fuerza de la campaña del Norte, se arrepintió a poco trecho, y llegó a decir su *mea culpa* en el Senado, en términos elocuentes que produjeron mucha impresión.

Fuí uno de esos días a casa de don Miguel Luis Amunátegui, y le encontré en tertulia con otro de los jefes liberales que no nombro por encontrarse todavía actuando a la publicación de estas Memorias. Este personaje se desató en conceptos durísimos contra Santa María, de quien dijo cosas de las que la misma prensa conservadora, en sus ataques diarios, no se había servido aún.

El liberalismo se encontraba en uno de los momentos psicológicos que así como a los hombres vienen a los partidos. Se vió gobernando sin contrapeso, supuesto que sus adversarios conservadores se habían eclipsado, primero voluntariamente, para que no hubiera divisiones mientras duraba la guerra, y después por la fuerza de los fraudes electorales. Al encontrarse los liberales solos en la casa del poder, se suscitaron las divisiones, las rivalidades y las ambiciones, y como toda casa dividida entre sí misma está condenada a la ruina, según las propias palabras del Divino Maestro, vinieron tropiezos tras tropiezos y caídas tras caídas, hasta que llegó la revolución de 1891, la crisis sangrienta del partido.

Yo sentía ver eso porque tenía muchos amigos liberales y por-

que esperaba que otra vez volvieran los tiempos de Pérez, de dominio en común entre conservadores y liberales de diferentes matices, los tiempos mejores de la política chilena.

Una frase que el Presidente dijo uno de esos días a un diplomático, puede servir como de llave para la explicación de la época.

—Vea usted: al país, desde Tacna hasta Punta Arenas, lo manejo así, con el dedo chico.

Era el gobierno personal, impuesto por los liberales y aclamado por los radicales, quienes a su vez tuvieron más tarde que sufrir las consecuencias como el rebote de un mal juego.

Y lo que se deseaba era hundir al Partido Conservador; cosa que no podía constituir un programa, sin embargo. La candidatura del canónigo Taforó al arzobispado de Santiago era como el santo y seña del movimiento, pues era ella combatida obstinadamente por el clero, y eso bastaba para que quisieran imponerla.

Como resultado del fracaso definitivo de la candidatura, vinieron en seguida las leyes llamadas de desquite, los cementerios laicizados, el matrimonio y el registro civil. En discutir las, promulgarlas y aplicarlas se pasarían los cinco años de un gobierno que no veía que hacían falta principalmente los ferrocarriles y telégrafos, las escuelas y los hábitos civilizados en el pueblo, y aun más arriba.

De las famosas discusiones sobre los cementerios se desprendió un tal calor, que se armaron batallas, siniestras y ridículas a la vez, entre deudos que querían sepultar a un muerto en terreno sagrado y la fuerza pública que lo impedía.

Entre muchos casos de personas conocidas, recuerdo el del respetable doctor don Javier Tocornal, hermano de don Manuel Antonio. Murió pidiendo le enterraran en suelo bendito. Para cumplir con este deseo justo e inofensivo, los deudos, después

de ocultar las fases de la agonía y de la muerte que dieron fin a la enfermedad sentaron al difunto, vestido como de diario, dentro de su propio cupé y le sacaron a la media luz para enterrarlo en no sé qué sitio privado.

Del matrimonio civil ha resultado que la gente seria y educada se ha seguido casando también como antes, con el agregado de la inscripción para los efectos civiles: no hay otra cosa que hacer. Pero entre las capas secundarias e inferiores se ha introducido una tentación peligrosísima. ¡Cuántos fraudes y engaños no se han cometido ya, comprometiendo el honor y la buena fe de las pobres mujeres, víctimas inocentes del desquite de la candidatura de Taforó!

Y lo que es el registro civil, ha degenerado en el desorden más completo, en el caos, para los pobres, para los apartados de los centros poblados. Allí no hay más hijos legítimos—¿qué digo?—no hay más hijos, aunque sean nacidos dentro de todos los ritos legales y civiles. El niño del suburbio, del campo, no se inscribe, porque los padres no saben; luego, no existen; luego, la población de Chile se va agotando, como lo consignan seriamente las tablillas anuales.

Convengamos en que todo ello es absurdo, y en que habría que pensar en hacerlo de nuevo.

Se quería imitar cosas de Francia, la única gran nación que conocían aunque de lejos los estadistas; pero se había sentido el ruido, sin saberse de dónde. Ni así era el régimen de Francia, ni había nada de aplicable a nuestro caso en aquel país constituido en República de exclusión, combatida por conservantismo monárquico.

Hasta aquí el régimen y las leyes. Ahora voy a recordar otras cosas que conocí de cerca, y que justifican el horror que le tengo a ese período, horror que crece con los años que me separan

de él, supuesto que veo todas las cosas con más verdad y mejor criterio.

Llegaron las elecciones de 1882. El gobierno mandó ofrecer a los conservadores que les dejaría hasta cinco diputados por el departamento de Santiago, con tal que de ellos no fuera Carlos Walker Martínez, el brillante y fogoso diputado que en los comicios y en la prensa se había señalado combatiendo de frente a Santa María. La oferta no fué aceptada; y, al contrario, todos los sufragios conservadores fueron para Walker, que podía así salir elegido cinco veces por lo menos.

Pues bien, no salió elegido. Se mandó hacer una falsificación colosal en vez de la elección del 26 de marzo. A pesar de ella, Walker sacó 35,000 votos, cuando ninguno de la lista oficial pasaba de 14,000. Pero faltaban los escrutinios.

Estos tuvieron lugar el 31 de marzo, y recuerdo bien la fecha porque ella fué igualmente la de uno de los más salientes episodios de la vida cívica de Chile. El lugar elegido fué la gran sala de entrada del Teatro Municipal, que entonces no era la sala municipal la designada. Pero los presidentes de mesa conservadores no pudieron entrar; lo impidieron unos trescientos rotos de puñal que con ese objeto habían sido traídos al sitio, y desde el amanecer, por la policía. En la plazuela había apostados, fuera de un pelotón de caballería, unos doscientos hombres de infantería. En el interior y apartándose de la chusma incitada por la bebida, estaban los directores de la tramoya, defendidos por rejas de fierro al frente, y por pelotones de soldados a la espalda. ¡Hacia el centro se hallaban, como buscando posición todavía más segura, los presidentes de mesa que debían actuar, y que no eran sino personas supuestas, en parte. El cuadro era digno de la observación de un pintor o dramaturgo.

En esto entra Edgardo, el amante de Lucía de Lamermoor,

seguido de sus compañeros, es decir, Carlos Walker y diez de sus amigos que habían conseguido forzar la consigna; uno de ellos era Florián, el propio Florián, el antiguo compañero de París por quien supe cuando volví a Santiago después de las vacaciones los detalles de la jornada.

Carlos Walker se adelantó solo y pidió con ademán altanero que se le dejara presenciar el escrutinio de cerca, junto a los secretarios. No lo obtuvo; y comenzaron a leerse actas falsas, delante de presidentes de mesa también falsos. Algunos de los verdaderos eran precisamente de los diez que acompañaban a Walker; cuando se alzaron indignados reclamando de la adulteración de su propia persona, se alzaron otros tantos de los rufianes de la encerrona diciendo que el nombre era el de ellos. Joaquín Walker pidió a gritos que fuera contado por lo menos el voto de él, señalando la mesa en que lo había puesto.

Entonces Carlos Walker dijo a sus amigos, que se retiraran; y colocado sobre las gradas de piedras que dan subida a los palcos del teatro, exclamó dirigiéndose a los directores y comparas de esa repugnante asamblea:

—“No es propio que en medio de esta turba de falsificadores y de garroteros ebrios continúe la gente honrada, terciando en una escena que ya es ignominiosa”.

Como suele suceder en casos semejantes, la voz digna y valiente hizo callar al coro entero de los malhechores, que, demudados, temblaban y miraban a sus jefes, los cuales a su vez no acertaban más que a balbucear palabras intentando dar órdenes que no se oían. Walker y sus amigos salieron sin que nadie los tocara.

El candidato de Santiago que tenía sufragios para cinco veces, quedó excluido; pero Carlos Walker ganó un puesto de bronce en la Alameda.

Aunque muchos de los liberales, y de los primeros, rechaza-

ban con indignación tales procederes, el gobierno se sintió satisfecho. Ya habían cerrado la puerta a Walker dejando cumplida una parte preferente de su programa.

Pero había que hacer también arzobispo a Taforó, contra la opinión del clero de Chile entero que lo rechazaba, y contra la voluntad de Roma, que ya había hablado; es decir, contra viento y marea.

A Taforó no le habían designado por sus méritos, sino porque se había llevado mal con el Arzobispo Valdivieso durante su vida; fué esta circunstancia principalmente la que le enajenó la voluntad del clero. Tenía además una irregularidad canónica relacionada con su nacimiento, y se decía que durante su juventud había sido cómico. Yo le había conocido personalmente. Su porte era digno y su lenguaje culto; tenía fama de ser de los mejores oradores sagrados. Si, en vez de prestarse, hubiera declarado que indeclinablemente renunciaba a servir de pretexto al enredo, habría quedado muy en alto.

El gobierno, que no tenía en ninguna materia vistas amplias sino mezquinas y lugareñas, demostró tener además ignorancia en prácticas de ese género. Supe que decían que lo arreglarían todo con dinero. Y al Ministro de Chile en Europa le quitaban su tiempo destinado al servicio del país, con tenerle en Roma sosteniendo con el cardenal Jacobini una lucha en que éste tendría fatalmente la victoria. Don Alberto Blest Gana estaba desengañado antes que terminara la empresa. Como le dijera, una tarde que con él paseaba en los Campos Elíseos de París, que sería inútil todo esfuerzo, supuesto que la Iglesia podía esperar que Santa María saliera de la presidencia y viniera otro más bien intencionado, me replicó que si no se hubiera encontrado con una escoba nueva (refiriéndose a León XIII) habría alcanzado lo que pretendía.

Y como no era posible consagrar a Taforó por el mismo pro-

cedimiento que dejó a Walker fuera de la Cámara, el Gobierno rompió las relaciones con la Santa Sede, haciendo salir del país al enviado especial de ella, Monseñor del Frate. Por esto no habría guerra, que la Santa Sede no tenía cañones.

Fué un numeroso concurso a acompañar al Delegado hasta Los Andes. Yo me agregué en la estación de Panquehue, donde me encontraba por aquellos días. La despedida fué solemne y emocionante. Don Abdón Cifuentes pronunció un discurso hermosísimo; con frases llenas de vigor y de sentimiento alentó al Delegado asegurándole que llevaba la simpatía de la mejor parte del país.

Otras correrías y pequeñas aventuras tuve que sufrir con motivo de ser yo mayor contribuyente en dos departamentos. Una vez fuí asaltado a caballos por un soldado de policía en la plazuela del Congreso; escapé bien, merced a mi bastón y a la llegada de unos amigos oportunos. Tenía que hacer viajes a medianoche y oculto. Sin esas precauciones la policía, que la tenían empleada en eso, me habría acaso robado.

Así sucedió a varias personas, habiendo sido el caso más notable el de don Salvador Gutiérrez Gómez que fué robado en un camino de su propia hacienda por el comandante de la policía y sus soldados. Le llevaron lejos y le internaron en la cordillera hasta que pasó el día de la reunión del Colegio Electoral de Santiago, a que él pertenecía. Fué otra, sin embargo, la peripecia más notable de las elecciones de aquel tiempo, en que los abusos no eran de los partidos sino del Gobierno. Voy a contarla.

En pleno Santiago se robaron los registros electorales, substraéndolos a medianoche del recinto del Conservador, en el Palacio de los Tribunales. La indignación fué esta vez enorme y comenzó aquí, por cuanto pude juzgar personalmente, el desprestigio casi universal dentro del cual terminó el triste período.

do que vengo recordando. Don Diego Barros Arana dijo en la Cámara al terminar un discurso:

—“Conozco personalmente algunos de estos países (los sudamericanos). Los libros me han enseñado lo que pasa en otros, y puedo asegurar a la Honorable Cámara que jamás gobierno alguno ha llegado en esos pueblos a robarse los registros electorales, ni a cometer ninguno de los desmanes perpetrados en Chile en los últimos años y con los cuales se ha echado un estigma de vergüenza sobre la frente, antes noble y gloriosa, de nuestra querida patria”.

En Buin, las cosas fueron peores si cabe, y estuvieron a punto de costar la vida a mi hermano Antonio y a Pastor Infante. Cuando, de diferentes rumbos, llegaron al pueblo con los registros electorales de sus respectivas localidades, Pirque y Maipo, ambas hostiles al Partido Liberal, fueron recibidos, ellos y su comitiva, con descargas de fusilería, con el objeto de hacer desaparecer los documentos en medio de la confusión. Resultaron varios muertos y heridos.

A mi hermano le tenían una ojeriza especial en el Gobierno. Como era uno de los más decididos conservadores, y como en sus discursos, que eran originales y valientes, decía cosas duras y de alcance, la oposición le designó para las elecciones de 1883 el puesto más seguro, la diputación de Rancagua, donde ni existían fuerzas liberales que oponerle. Pero cuando los registros estaban recién formados, y poco después de un viaje a Rancagua del mismo Presidente Santa María, se les puso fuego sin que se descubriera al autor; y no hubo elección.

También en Coquimbo hubo fechorías parecidas. Pero la más notable de la temporada por su crueldad fué la de la Cañadilla, en Santiago. Hubo ahí un mitin de conservadores, que se pasó sin novedad; pero a la salida fué asaltado a toque de corneta por un escuadrón montado de policía. Carlos Walker, preveni-

do en el centro de la ciudad, tuvo la feliz idea de buscar al Intendente y obligarle a ir con él, en un coche, a presenciar la matanza. Se hubo de mandar suspender la carga; el mismo Walker gritó, haciéndose obedecer en el acto:

—¡Envainen, canallas!

Los muertos fueron nueve, y los heridos ciento treinta.

La refriega que me tocó más de cerca fué otra, la de San Miguel, frente a la chacra Subercaseaux el día mismo de las elecciones de 1885. Yo no me había ocupado mucho en lo que por allá pasaba, antes me había ido a votar temprano en la ciudad, para que el acceso a la mesa no me fuera estorbado. Después me fuí a mirar lo que pasaba por otros lados. Frente a Santa Ana, detrás de la reja donde se había puesto como en refugio la mesa receptora, que tenía mayoría de conservadores, se paseaba, revólver en mano, Santiago Guzmán, quien con su enorme estatura y su mirada encendida, más que otra cosa parecía fiera enjaulada. En esas inspecciones andaba, cuando recibo un propio de la Chacra avisándome que se preparaba un asalto de la policía a la mesa de enfrente. Me iba allá, cuando viene otro a decirme que necesitan, ante todo, gente y armas, porque los asaltantes son numerosos como un regimiento. Vuelo entonces a la imprenta de "El Independiente", donde encuentro, como un general en medio de una batalla, a Joaquín Walker, de pie al borde de un mesón cubierto de atados de billetes de Banco y de revólvers. Le explico, y me da una cuadrilla de hombres que hago subir en un coche que sale inmediatamente; y luego, a los pocos momentos, otro coche más y otro más.

Todos llegaron tarde, sin embargo. El asalto había tenido lugar y fué rechazado por los vecinos acudidos desde temprano, armados y en buen número. Dinator, que iba por parte del Gobierno, y doce policiales, y no recuerdo cuántos más allegados, habían caído muertos y heridos. Y cuando llegué se me

pudo explicar, siguiendo los regueros de sangre fresca, las peripecias de la acción. Fingía calma; pero me sentía desesperado; y me preguntaba si no valía más la vida del último de esos infelices policiales allá caídos, que la de los encumbrados en la Moneda que ordenaban cobardemente los robos a toda costa de las urnas opositoras.

Al día siguiente se me apareció un pintor de puertas, que vivía cerca de la Chacra. Era el que había hecho fuego a Dinator y venía a pedirme que lo ocultara, porque andaba la policía entera buscándole con orden de cogerlo vivo o muerto. Con Francisco Undurraga lo escondimos en un pajal, y después en una hacienda de Melipilla, hasta que, como siempre siguieran en pesquisas, lo mandamos a Bolivia.

Pero en Viña del Mar hube de ver escenas más penosas para mí, pues mi persona entró, acaso, en los motivos de la matanza electoral que manchó a la naciente villa como a flor en botón, cuando apenas se estaba formando y no contaba ni con dos mil habitantes. Me habían puesto en una lista de municipales que obtuvo la mayoría de los sufragios. Ello pareció mal en la Moneda, bien que no se podría temer que desde allí fuera yo a poder alterar la marcha de los acontecimientos.

Estábamos al anochecer, comiendo en mi casa recién concluída, con don José Francisco Vergara y Enrique Valdés, su sobrino, cuando sentimos una descarga cerrada, seguida de otras sueltas. Todos calculamos lo que era: no podía perder el Gobierno ni una lista municipal de aldea sin que, por lo menos, hubiera desquite. Salimos precipitadamente hacia el cuartel vecino de la policía. La gente huía en sentido contrario. Saltamos sobre un muerto, dejamos a un lado a otro hombre herido en el suelo, y nos encontramos con un piquete de policiales que nos apuntó sus carabinas, intimándonos a hacer alto. Don José Francisco, lleno de tranquilidad, pero animado de una hermo-

sa arrogancia, no hizo caso; antes pidió que se presentara el oficial o el sargento, que se había escondido, y ordenó levantar armas al primer centinela, que obedecía sugestionado mientras Enrique Valdés le lanzaba a gritos los insultos más humillantes. A esto, los demás policiales, que algunos tenían la carabina humeante aun y en posición de descargar de nuevo, nos conocieron, y temiendo acaso que se les dejara abandonados en emergencias posteriores, comenzaron a ceder y a desaparecer tras la puerta del cuartel.

Todo había sido que, como pasaron unos artesanos gritando abajos al Gobierno, se trabó una riña, pero que habría quedado sin consecuencias a no haber llegado de la autoridad la orden de hacer fuego.

Otra persona de mi familia que se encontraba como hostigada sistemáticamente, era mi cuñado Melchor Concha y Toro. Mi cuñado era una de las personas más dedicadas a la cosa pública, y como tenía gran versación en los negocios y un talento clarísimo, al mismo tiempo que una decidida y honrada aversión al sistema imperante, se veía contrariado desde arriba en cuanto paso daba. De su parte Concha y Toro, persuadido de que se le tenía especialmente en mira, había formado en torno de él un centro vigoroso de resistencia. En el Senado hizo discursos brillantes defendiendo el matrimonio cristiano y allí, y en su casa, y en todas partes trabajó sin cesar por impedir los desmanes de esa fatal administración.

Hasta ahora recuerdo con cierta satisfacción la época del término de aquellos cinco años. Mis anhelos, que eran de ver la concordia en la política, o cuando más, una saludable contradicción de partidos o de tendencias, estuvieron siempre frustrados. Concebí fastidio duradero por esas artes; y acaso no tuve, a manera de resarcimiento, sino la ocasión final de ver que el Presidente dejaba la banda el 18 de septiembre de 1886 en

medio de marcadas muestras de desaprobación dentro del Congreso, y la de contar a los mejores liberales de Chile, en número considerable y sin mirar ni considerar compromisos, que uno a uno venían volviendo la espalda al sistema y al hombre que lo representaba.

Sin ser partidario de Balmaceda, y bien que con mucho hubiera preferido a don José Francisco Vergara o a Luis Aldunate, sentí como un desahogo cuando se inició la nueva presidencia.

CAPITULO XL

Si uno hubiera estado nada más que en la política, por aquellos días, podría haberse vuelto loco. Mas quedaban otros intereses, y el solaz de las ocupaciones artísticas, literarias y de otro género, para quien quería con ellas compartir el tiempo. Por mi parte, y aprovechando la cierta práctica que había adquirido frecuentando academias en Roma, dedicaba algunas horas del día a la pintura. Fué entonces cuando se organizaron los primeros salones o exposiciones anuales de Santiago. Pedro Lira, infatigable impulsador a la vez que notable pintor, se veía conmigo casi todos los días, para trabajar juntos en organizar y dar a conocer esas novedades de los certámenes de arte entre nosotros.

Los cuadritos que pinté yo tuvieron un éxito que no merecía. Les adjudicaron primera medalla, y la prensa me confundió con artículos benévolos.

Me tentaban principalmente para la pintura las escenas de calles, de arquitectura y de rincones viejos y populares de la ciudad. Hubo, uno de esos años, una crece enorme en el Mapocho, que no había sido canalizado aún. La pinté, habiendo tomado mis bosquejos a lo vivo, situándome dentro de un coche, cerca de la ribera, mientras duraba el temporal. Pocos

años después se quemó el cuadro en un incendio en casa de mi hermana Victoria. También hice pequeñas pinturas del puente llamado de Calicanto, que era el monumento colonial por excelencia. El puente tenía grandes arcos solevantados, con lo cual ofrecía un aspecto grandioso cuando se le miraba desde buen sitio. Pero soplabá por entonces un espíritu de remoción y de cierto desprecio por lo viejo, por lo pasado. Se buscaba el renuevo en la política, en los ideales, y hasta... en los puentes; y he ahí por qué casi nadie levantó la voz en defensa del venerable monumento cuando, pocos años más tarde, el Gobierno de Balmaceda lo hizo demoler para dar paso al gran canal en que quedaba convertido el Mapocho. Bien se pudo haber dejado sobre uno de las márgenes un trozo siquiera de aquella fábrica antigua, muestra de trabajo superior y de admirable rigidez, que resistió por siglos a las embestidas del torrente, cuando las obras de los nuevos ingenieros eran barridas por cualquier aluvión.

El Palacio de la Moneda infundía más respeto, y sobre todo no había otro donde tener la sede del Gobierno. El Presidente Santa María, con su sobretodo de vueltas de seda, se solía parar a admirar esa arquitectura, que creía clásica, antes de entrar al portón donde los cazadores presentaban sus tercerolas al son de los clarines.

La mole no era tan pesada como se ve ahora.

Una balaustrada, de tamaño enormemente desproporcionado, es cierto, le daba mejor apariencia, y aunque nunca ha sido hermoso, se veía mejor el edificio que los demás de la ciudad, por lo general pretenciosos y ornamentados al gusto de los pasteleros que enriquecen sus tortas con ribetes y perifollos azucarados.

Pero quiero volver al arte chileno, que entonces dió un paso adelante. La época, que no era la de un Pericles, fué sin embar-

go propicia para esas cosas, principalmente por el gran empeño que puso el pintor Lira, con Jarpa, conmigo y con algunos otros aficionados, coleccionistas o simplemente intelectuales, aunque esta novísima clasificación de las especies no hubiera sido aún inventada.

Pedro Lira tenía notables rasgos de carácter, que lo hacían mover las apatías y sacudir las indiferencias del Gobierno, de la sociedad y de los individuos. Y al mismo tiempo que traíjaba y removía propósitos y voluntades, ejecutaba los cuadros del mayor aliento que hasta entonces artista alguno nacido en el país hubiera dado. Jarpa pintaba paisajes que un psicólogo de entonces decía que no eran tales sino retratos, retratos de él mismo. Y era cierto, porque eran pura sinceridad y poesía, pura corrección de tema y pura perfección de conjunto y de detalles, como era todo el ser, el corazón y el espíritu del pintor. Creo que no se puede dar hombre mejor que Jarpa.

De mis cuadros, que eran más bien frutos de impresiones que de estudio, gustó particularmente el de los diques de Valparaíso. Lo hice en pocas horas, tratando de fijar en la tela la suavidad de la luz de la tarde y lo terso de la superficie del agua en tiempo de calma absoluta. Me pareció un momento encontrar en Valparaíso el trasunto del mar de Venecia, sedoso y nacarado.

Se habló de bellas artes por primera vez en la sociedad, y el Gobierno acordó fondos para levantar en honor de ellas el templete clásico de la Quinta Normal, donde seguirían celebrándose los salones anuales.

Naturalmente, los mayores se referían en las conversaciones a las obras antiguas, a las de su tiempo, que siempre les parecían las mejores. Monvoisin salía a cada momento y se le imponía como a un maestro indiscutible. Este pintor francés, des-

conocido, por lo demás, en su país, no sé por qué motivo vino a parar a Santiago allá por el 1840. Llegar aquí casi equivalía, para un artista europeo, a un naufragio en alta mar.

Era en realidad un pintor superior que reunía las mejores cualidades de su escuela y de su época.

Y antes que Monvoisin, el artista que merece atención preferente es sin duda Rugendas, pintor hábil de batallas, de paisajes, de carretas con bueyes, de arreos de animales y de costumbres generales de la nueva República que venía abriéndose paso en los confines de este alejado continente. Las pocas cosas que he visto de Rugendas me han interesado muchísimo. Sus cuadros son los únicos documentos plásticos de esa época obscura, incierta y sin fuentes de información, que tiene, sin embargo, el mérito de ser como la alborada de la nación. Con el tiempo, esas obras serán de un valor inapreciable.

Es cierto que también el sabio francés Claudio Gay, publicó una gran obra con litografías muy bien hechas, debidas a dibujantes e impresores de París. Pero el mismo Gay se apoyó, parece, en documentos anteriores, originados principalmente en el mismo pintor Rugendas, para producir algunas de sus ilustraciones.

Los que me leen sin haber olvidado las cosas de ese último cuarto del siglo XIX, se han de extrañar que no haya hecho mención del pintor Smith antes que de los primeros nombrados, pues Smith alcanzó a vivir pintando a un mismo tiempo con Lira y con Jarpa. Es que a Smith se le hizo, en mi sentir, una reputación superior a la importancia de sus obras. Que sus puestas de sol y sus efectos de luna son poéticos, y que las obscuridades, del follaje y los reflejos del agua que corre desde el cerro son románticos y seductores, no lo voy a negar. Pero son relativamente fáciles los recursos de esa pintura sentimental que más impresiona al pasante que al conocedor. La luna, las nu-

bes, los bosques y las aguas componen cuadros como sin saberlo. Dispuestas sobre la tela con alguna habilidad constituyen, por consiguiente, en los más de los casos, un mero engaño, sobre todo si es la hora del crepúsculo. Y, si ya ha anochecido, la impresión que se recibe es tanto mayor, cuanto la ejecución del trabajo ha sido todavía más fácil. Todo es un miraje, como los que de continuo ofrece la literatura de la época, que se contentaba con poca observación y con menos novedad: clasicismo flojo, que hacía la reacción del romanticismo, también flojo, de treinta años atrás.

Ahora, retirándose uno más, poco se encuentra, fuera del arte de la escuela quiteña, de la que nadie sabe gran cosa. Cuando se está delante de un mamarracho de cierta antigüedad se dice: parece quiteño; y está todo dicho.

Creo que los jesuitas, sin los cuales el coloniaje habría sido casi un ciclo de obscuridad absoluta, estimularon en Quito el aprendizaje del arte del dibujo. Acaso por medio de sus mismos establecimientos de los diversos virreinos de Sud América, hicieron circular o favorecieron la venta de esas obras ingenuas o melindrosas que todavía en mi niñez me tocó conocer colgadas en los aposentos de las casas viejas. Una hermana del Arzobispo Valdivieso tenía un cuadro de la Crucifixión en que los angelitos, llorando, miraban la escena desde las nubes; uno de ellos, bien desnudito, se enjugaba las lágrimas con un pañuelo de narices.

Y no se busquen inútilmente más vestigios de arte antiguo, en ninguna de sus ramas. La arqueología chilena tiene razón de no existir todavía. Si aparece algo por ahí, algo curioso, algo antiguo, todos se dan prisa en destruirlo, como al puente de Calicanto o los altares de la antigua Catedral. Los blasones de piedra que coronaban la puerta de calle del hidalgo criollo que compraba o heredaba título, o las rejas enmarañadas que

defendían las ventanas de la cuadra y que, sentado en el escaño del zaguán, contemplaba el mulato que esperaba la contestación del recado y el azafate vacío, han desaparecido no se sabe cómo. De vez en cuando, si se abre un herido de cimiento, sale un trozo de esas piedras talladas toscamente, o se encuentra bajo un galpón de la hacienda una reja quebrada o un trozo de chapitel o balaustra de madera; y es todo.

Es cierto que muebles y objetos de platería quedan algunos, cómodas, espejos, azafates, fuentes y pebeteros; pero resultan la mayor parte, y si uno hace bien la averiguación, que son objetos franceses o ingleses que pudieron entrar, de los primeros, cuando la independencia abrió las puertas.

Desgraciadamente, aquello que menos podrá encontrarse será lo que mejor fué: las buenas muestras de arquitectura española de los siglos XVII y XVIII. El convento de las Monjas de la Victoria tenía un portón hacia la calle de las Agustinas, hecho con suma sencillez y pobreza de materiales, pero con tal gracia, que parecía venir su invención de algún arquitecto bien ingenioso, de un artista verdadero. Dentro de la iglesia del mismo convento, derribada para dar sitio a una serie de vulgarísimas casas de alquiler, había coro, rejas de clausura para que se ocultaran las religiosas, altar mayor y otros objetos, concebidos y dispuestos igualmente con suma intención decorativa.

Nadie los notaba, sin embargo, nadie los admiraba. Y así, había por aquí y por allá, trozos que mirar: cornisas, balcones, una que otra torre del gusto andaluz, portadas, rejas, artesonados de madera, altares, etc. Eran las únicas cosas interesantes de la ciudad; y parece que provocaban por eso mismo a la demolición. No paraban los que tenían sobre ellas dominio, hasta que las reemplazaban por estucos italianos, por carpinterías americanas o por hojalaterías nacionales.

Ya en otra parte he contado lo que era la música de mi tiem-

po. Mis mayores aseguraban que la de su época era mejor: *la música all mio tempo era altra cosa*, dice don Bártolo.

La verdad es que vinieron en un principio óperas de Rossini, de Donizetti y Bellini, de aquellas que se podían producir muy trucas, que necesitaban de menos personal en su ejecución. El recuerdo permaneció casi indeleble en las personas que las oyeron, las cuales sin duda quedaron creyendo, aunque no se atrevieran a confesarlo, que las nuevas y más principales producciones de los mismos autores, no valían tanto como aquellas que les abrieron el sentido de las grandes emociones melódicas. Yo conocía estas cosas sólo por tradición, naturalmente.

Del mismo origen viene mi poco conocimiento de lo que, más antiguamente aun, se podía contar como caudal de música conocida. Los autores clásicos habían llegado, pero apenas podían ser interpretados y estimados. Los almacenes de música no se habían abierto. Eran unas cuantas damas de Santiago, después de los profesores, las únicas personas que acaso cultivaban y entendían eso. Los pocos maestros de orquesta eran entonces, y por lo general, los veteranos de las bandas de los batallones; y si algún particular revelaba por su desgracia talento y afición, y aprendía a tocar con gusto las contradanzas, minués o los valses y aires sentimentales de la época, españoles, franceses o italianos, debía tener cuidado, pues por poco le trataban de maricón y de ocioso.

El piano, sin embargo, fué cultivado y enseñado de una manera superior, parece, por monsieur Barré, francés. Por muchos años, acaso en todo el tiempo entre los años 40 y 60, no tuvo rival en Santiago ni como maestro ni como simple ejecutante.

La música popular debe de haber sido parecida en todas las épocas de la vida chilena, como quiera que siempre se forma dentro de las cualidades peculiares de la raza y con las modifi-

caciones que aportan la naturaleza exterior, el ambiente y el modo de vivir o la relación entre las personas.

Es triste en su esencia la frase melódica de todas las poblaciones sudamericanas; en Bolivia hay de las que aquí se llamarían tonadas y que se llaman allá simplemente *tristes*, como es triste en todo su ser el habitante de la sierra. Así pasa por lo común respecto de las poblaciones atrasadas del mundo.

Afeccionan en su música, aun para bailar, los aires monótonos y melancólicos; se expresan de preferencia dentro de los tonos menores que produce la armonía. Acaso no ha habido concepciones musicales de mayor júbilo que ciertas sonatas de Mozart, o que algunos pasajes de Rossini; correspondían a auditorios, por el contrario, donde se encontraba la flor de la civilización, y por eso no son tristes sino cuando conviene.

Volviendo a lo que decía sobre la música anterior a mis observaciones personales, quiero hacer referencia a lo que sobre la materia trae el libro de Zapiola: *Recuerdos de treinta años*. Cuenta este sabroso narrador cómo en mayo de 1830, llegó la primera compañía lírica italiana: la fecha merece ser retenida en las efemérides de la sociedad de Santiago, que tanta predilección tiene por la ópera. Los principales artistas eran la Scheroni, soprano, y Pisoni, barítono. El repertorio traía ya el *Barbero de Sevilla* y otras piezas del mismo Rossini, de Mercadante y otros. Pero las grandes emociones fueron las del año 1844, cuando llegó la famosa compañía de Rossi y la Pantanelli, que se estrenaron el 20 de abril con *Romeo y Julieta* de Bellini. No es extraño que el público, que en su mayor parte gozaba por la primera vez de tantas bellezas reunidas, manifestase, enajenado, su admiración y entusiasmo por los dos artistas que lo sabían conmover de un modo tan nuevo como agradable. Zapiola juzga y describe estas cosas con autoridad, pues era músico, clari-

netista de profesión, y las ha estampado en su libro con mucha ingenuidad y talento.

Se ve la verdad dominando por entre sus renglones escritos sin artificio, donde hasta se traslucen los celos inevitables de los músicos: celos por protección oficial, celos por preferencia a los extranjeros, celos por remuneraciones y sueldos.

Hay otros pasajes del libro que se refieren a las costumbres callejeras de la capital, en los primeros años del siglo. Se ve que entraba en la vida corriente de los niños y mozos que encontraran diversión en travesuras pesadas, haciéndose crudas guerras a pedradas. El período de las travesuras de salón, las que practicaron a su tiempo mis hermanos, vino cerca de medio siglo más tarde. Pero para lo anterior, para lo que no se escribe en la historia, hay que recurrir a Zapiola.

La vida y actividad de la juventud, que da para todo, me permitieron en aquel tiempo de 1884 a que me referí en un principio, ocuparme también en la literatura. Con unos pocos amigos fundamos la "Revista de Artes y Letras".

Pretendíamos con ella tener producción periódica de artículos escritos por los especialistas en las distintas materias que más pudieran interesar o enseñar a nuestro público; los primeros números fueron brillantes; traían originales de Vicuña Mackenna, Amunátegui, René Moreno, Juan Agustín Barriga, etc. Cada artículo era pagado al contado: gran novedad en Santiago. Pero luego comenzaron a faltar los autores y en vez de ellos nos asediaban los jóvenes poetas, siempre adoloridos y desengañados en sus veinte años. Había números en que faltaban cuatro o seis páginas, y cuando el editor venía en la víspera, desesperado, a decirme que no alcanzaba el material, tenía yo mismo que ponerme a redactar crónicas y críticas de actualidad hasta completar las páginas requeridas.

En tales condiciones, y subiendo cada vez más los gastos, tuvo que morir la revista a los pocos meses. Las revistas, en verdad, no son para los centros pequeños, como era el de la capital de Chile. No me habría metido, a tener más experiencia. Es lo natural que los lectores prefieran gastar sus ojos y su plata en las revistas europeas, que traen material superior de literatos eximios, y de sabios que podrían guiarnos en cualquier camino. Aun en Europa y en los Estados Unidos, surgen las revistas o *magazines* tan sólo en los más grandes centros de vida intelectual y social.

CAPITULO XLI

La vieja Europa había cobrado, desde mi dos viajes anteriores, demasiado ascendiente en mi espíritu para que no me tentara la idea de un tercer viaje, más largo, que aprovecharía en dar la primera educación a mis niños. Era propicia la época: los negocios estaban buenos, el cambio internacional daba todavía un valor respetable al peso chileno.

La circunstancia de la aparición del cólera en los mismos días de mi partida, hizo que la navegación fuera más corta, pues nos rechazaron en algunos puertos del camino, por temor de contagio.

Llegaba a París con mi familia en los primeros días de febrero de 1887. Fuimos recibidos por muchos parientes y amigos, que estaban allí de paso o establecidos; y toda la nueva vida habría sido de puro bienestar, de puras facilidades, si no hubiera comenzado a los pocos meses, una terrible enfermedad en mi hijita mayor, que era, y merecía serlo, mimada y preferida de todos, padres, hermanos y criados de la casa.

El nombre de la niña era María Emiliana, pero le decíamos muchas veces Rosa. Tenía ese color, y todos los perfumes de una criatura que era toda gracia, agudeza, vida, belleza y cariño. ¡Cuánto habría de sufrir, sin embargo, la pobrecita! Sin que se

conociera la causa, le vino un día un dolor al cerebro. Luego después le repitió una y otra vez; cayó postrada y tullida, y llegó a perder la vista. Y seguía siempre encantadora, desarrollándose en inteligencia y en bondad, prodigando dichos oportunos y atrayéndonos en torno de su camita, que se hizo como el hogar del hogar, el tierno objeto del amor de todos. Y lo que por ella han sufrido después sus padres, sólo Dios lo sabe...

Fueron llamados los primeros médicos. Cuando diagnosticaban por separado, cada uno dejaba un dictamen diverso, pero si se juntaban, el parecer era unísono. El célebre doctor Charcot la visitó varias veces; pero no conoció la enfermedad con la relativa exactitud que se podía esperar, sino después de haber sido declarada por un modesto médico de campo, el doctor Hammeau, que también la asistió en un principio. La medicina, que no es ciencia, sino un arte todavía muy atrasado, no sólo falló en este caso; sus obscuridades hicieron errar el camino y nos indujeron a tratamientos acaso del todo contrarios a lo conveniente. Cuando Charcot fué a casa por primera vez, habiéndole yo acompañado hasta la puerta al retirarse, me estiró la mano, que yo habría estrechado con la mía como señal de amistad, si no hubiera estado prevenido. Lo que esperaba era el billete de cien francos que se le daba por la visita.

Fuimos encaminados hacia Arcachon, un pueblo todo de *chalets* diseminados dentro de un bosque de pinos, cerca del mar de Gascuña. El cambio resultó desfavorable; y maliciando yo, con motivo, que el lugar había sido elegido principalmente para ofrecer otro paciente a un médico amigo, me retiré un buen día a Pau, sin más aviso que una tarjeta, pidiendo al doctor me mandara allá su cuenta.

Y en Pau quedamos por un año, sin que el nuevo clima, ni mucho menos las drogas prescritas nos dieran indicio de alivio.

Los dolores y demás sufrimientos, por lo contrario, aumentaban casi día a día.

Quise entonces tentar lo sobrenatural, ya que nos encontrábamos a poca distancia del Santuario de Lourdes, a donde pasaban diariamente, y a la vista de nuestros propios balcones, trenes llenos de peregrinos y de enfermos. Yo nunca había visto una curación milagrosa que me dejara en la impresión de la evidencia; pero Lourdes estaba cerca, y no habría de desperdiciar una ocasión cualquiera para buscar alivio a mi paciente. Tenía fe, y no dejaría de tenerla aún en el caso, que creía el más probable, de que la niña volviera como hubiera ido. Mi fe, lo puedo decir como Huysmans (1), no se apoya en mi razón ni en las percepciones, más o menos ciertas de mis sentidos; viene de un sentimiento interior, de una seguridad adquirida por pruebas internas; mal que pese a esos sabios que no pudiendo explicar nada, colocan los fenómenos de la vida divina que ignoran bajo la etiqueta de autosugestión o de demencia.

Me tocó sin embargo conocer en Lourdes, por aquellos días, a un sacerdote distinguidísimo, que era el sujeto de uno de los milagros más bullados de la última época, un *miraculé*, como decían. Era el conde de Roussy, que había padecido de una mielitis muy dolorosa y declarada incurable desde varios años, hasta que un día, llevado a Lourdes para la fiesta de la Asunción, se sintió súbitamente sano cuando, al alzar en la misa, dirigió desde su camilla una mirada de adoración suplicante a la Hostia. Este conde de sotana, de figura francamente hermosa y aristocrática, me hizo el relato con sinceridad y llaneza. Su acento era el de la verdad pura y como tal la recibí y la guardo.

Otro caballero chileno, Martín Stevenson, que murió antes de la época a que me refiero, y que había tenido ocasión de tra-

(1) Les Foules de Lourdes-París 1906.

tar íntimamente, me había contado que, durante una procesión, había visto a un ciego recobrar la vista con tal rapidez que se fué casi de espaldas, defendiéndose de los rayos de luz que lo herían. Y muchos años más tarde, me ha tocado hablar detenidamente con Phillippi, otro ciego recién sanado en la gruta, en circunstancias que produjeron no poco ruido en torno del hecho.

Estos testimonios son de evidencia personal para mí. Y no me vale la alegación de influencia sugestiva, pues ha habido casos ciertos y manifiestos de curaciones inexplicables de niños chicos en los cuales la sugestión no tiene cabida.

Llevé, pues, a mi hijita, armado de valor y temiendo que los sufrimientos podrían redoblársele con la sacudida.

Luego vi en Lourdes su camita rodeada de personas que se interesaron por ella como si fuera su propia hija, que ese es el lugar santo de la caridad. La llevaron al templo, donde el sacerdote le acercó la Custodia conteniendo el Santísimo mientras en el coro se oía una dulce música de voces infantiles. El angelito, la niña de mi alma, que ya había perdido la visión terrenal, se puso extática y fijó los ojos azules abiertos en la dirección de la Custodia alzada en frente de ella; parecía mirar el más allá, su fisonomía, que denotaba al mismo tiempo un hondo sentimiento de dolor y de piedad, se iluminó un momento. Se ofrecía, acaso, como víctima de inocencia, de resignación. Dentro de su precocidad de espíritu, dentro de su tierna virtud, perfectamente establecida ya, no era aventurado pensarlo.

Desde la misma vuelta a Pau, se pudo notar en la niña que la tentativa no le había hecho mal por lo menos. Antes se sintió más animada, y contaba alegremente cuanto habían hecho con ella, cuanto había oído y sentido durante su presentación al Santuario de la Virgen.

Acercándose otra vez el invierno, nos volvimos a nuestra casa

de París, donde la vida se amoldó en un todo a la situación que dictaba nuestro caso: mientras los demás paseaban, se divertían y vivían felices, nosotros cuidábamos a la enfermita, confinándonos en una vida completamente de interior. Desengañados de la idea de sanarla con los auxilios del arte medical, la rodeábamos de más y más cariño, que bien lo sentía ella y lo estimaba.

El alma fina y delicada de la niña reclamaba consuelo en la compañía de los que la amaban; pedía música y cantaba, y con ello olvidaba un poco el padecimiento. Ni lloraba ni se quejaba; en los descansos se mostraba risueña, alegre y ocurrente.

Así enteramos no menos de tres años. Mi corazón estaba allí encerrado en la casa, cerca de ese pequeño cuerpo yerto, en que la vida y el dolor se habían juntado, como si partieran de una sola esencia, de un solo principio.

Mi espíritu, sin embargo, seguía siendo solicitado por los intereses de la vida exterior, bien que en ella no tomaba yo más que parte muy indirecta. Al teatro, por ejemplo, no fuí una sola vez. Pero tenía que leer, que saber lo que pasaba, que oír a los amigos que me visitaban, y que interesarme siempre por mi país, del que me sentía muy alejado. Me puse a escribir correspondencias sin firma que publicó *El Ferrocarril* de Santiago, y un folleto sobre la enseñanza de las bellas artes y de las artes industriales.

Mis salidas eran para fines de esa clase o con objetos de satisfacción religiosa: distracción y aliento para poder resistir en los años de prueba.

Me gustaba llegar, por la mañana, hasta la cumbre de Montmartre, al templo erigido por voto nacional, después de la desastrosa guerra del 70 y de la Comuna. Me gustaba la contemplación de la gran metrópoli extendida a los pies, sentir sus ruidos y trepidaciones, oír las campanas del templo y del taller, que juntas apagaban las voces de los vendedores de la calle y los

gritos de los niños de colegio que no se veían. Me gustaba mirar las líneas de la ciudad, imprevistas y graciosas, que hacían las calles y bulevares, sus humos que variaban de dirección empujados por vientos veleidosos, divisar sus horizontes de luces claras, desvaídas y elegantes, sus manchones de verdes empañados por la distancia. El panorama me embelesaba, el runrún de París parecía adormecerme, y sentía un instante de calma y olvido.

Pero la arquitectura del Sagrado Corazón no me impresionaba. Se habían gastado ya cerca de treinta millones de francos en la fabricación; y no iba resultando más que un templo mediocre, ni grande, ni rico, ni noble, ni hermoso. La altiva colina de los mártires (*mons martirum*) donde, como en los espectáculos de los circos romanos, se derramaba voluntariamente la propia sangre, para que el sacrificio fuera visto por todo el pueblo, por todo el país; y donde, después subía San Ignacio con sus discípulos a fundar la Compañía, merecía una coronación de mejor aspecto significativo que esas cúpulas oblongas que recuerdan la forma de una botella champañera. ¿Por qué los obispos de ahora, que deciden sobre estas cosas, no hacen como los pontífices del Renacimiento, o como los abades de la Edad Media que encontraban los artistas y artífices más eximios para confiarles la erección de sus basílicas y catedrales?

Debo recordar aquí también a tres personas en cuya amistad tuve la suerte de entrar por aquel tiempo. El carácter especial de cada uno de ellos era adecuado para establecer conmigo una especie de simpatía psicológica, supuesto que mi espíritu estaba pronto a ofrecer su mejor eco a otros espíritus donde, ingénitas o por circunstancias, residieran entonces la austeridad, la fe, la sujeción a la idea y la reserva del mundo. Eran esos amigos: un literato, un artista y un hombre santo.

Don Rufino José Cuervo era el autor del *Diccionario de cons-*

trucción y régimen de la lengua española. Nacido de ilustre familia de Bogotá, debió expatriarse, por no ser de la política imperante en su país hecho desgraciado por los malos gobiernos. Establecido en París encontró, según decía, más facilidades y documentos que en la misma España, para proseguir sus estudios. Cuando apareció el primer volumen fué reputada ya su obra como un verdadero monumento de la lengua; en Madrid, entre personas de la Academia, se le llamó el maestro de los maestros.

Con esto, era el hombre más modesto que pudiera verse. Sabía de todo, y se creía casi un ignorante.

Para hacerle tratar de un punto cualquiera de ciencia humana, había que proponérselo como incidente casual; luego que lo tomaba, discurría con una facilidad admirable, y lucía, casi pidiendo perdón por hacerlo, tal saber en la materia, que quedaba uno asombrado.

El pasado de la lengua castellana no tenía secretos para él, ni se detenía en ningún estorbo cuando, persiguiendo sus fines, se proponía encontrar más datos y documentos. Quería, por ejemplo, conocer en la fonética el valor de ciertas consonantes que han debido de cambiar del siglo XV acá; se dijo a sí mismo que si encontraba a los judíos, expulsados en esa época, que se hubieran mantenido aislados y hablando siempre el español, resolvería la dificultad. Pues los encontró en la isla de Rodas, y con ello confirmó en un todo sus hipótesis, como lo hiciera antes el astrónomo Leverrier fijando la existencia de un planeta en el espacio, apoyado en cálculos que derivaban de ciertos movimientos anormales observados por él en otro planeta.

La última vez que vi a mi ilustre amigo, le encontré neurasténico y descorazonado. ¡Había perdido, según creía, el trabajo de años y la impresión de todo un grueso volumen; encontró que las ediciones españolas de que se había estado sirviendo, es-

pecialmente la grande de Rivadeneira, traían adulteraciones que, traicionando los originales, le habían inducido a errores.

Mi otro amigo era el pintor Dagnan-Bouveret. Le conocía desde hacía años; pero, con motivo de un retrato que me hacía y en que demoró no menos de un mes, adquirimos cierta intimidad, la cual provino menos de las horas que nos mirábamos frente a frente, que de la uniformidad de juicio que sobre casi toda materia nos encontrábamos mutuamente.

Dagnan no buscaba la celebridad por la prensa, ni la satisfacción por los honores, como lo hacían los más de los artistas. Era un hombre retraído y que desconfiaba fácilmente. Sus conocimientos, sin embargo, eran tan profundos en el arte en general, como dentro de su propio ejercicio. Discurría, al mismo tiempo, con elevación y filosofía cristiana sobre cualquier punto de la vida diaria. Su pintura era como su discurso. Nada en los tiempos modernos, se ha hecho más dulce y penetrante en el alma, que sus figuras de la Madona y del Cristo, y sus tipos de mujeres bretonas. Ella, la Madona, mira suavemente con ojos de madre, casi sonríe, ofrece confianza a quien quiera acercársele y reconocerla; y su actitud, modesta, sin encogimiento, es siempre la de una virgen. Dagnan, en su horror por la ostentación, por lo teatral, quiso disfrazar a la Virgen oculta por el manto. Pero la expresión, la mirada, la revelan y la anuncian desde el primer momento; todo es suave, modesto y humilde, pero divino.

A pesar del bombo que otros hacían en los diarios, en las exposiciones y en las ventas públicas, ya desde entonces era tenido Dagnan, dentro de los pareceres más considerables, como el primer pintor de Francia.

El sacerdote que venía a hablar a mi hijita, postrada sin esperanzas, de las cosas del cielo donde no hay males, y que con-

solaba, animaba y hasta alegraba a sus padres, no era otro que Camilo Ortúzar, el antiguo capellán del *Cochrane*. Se había ido a Europa a ingresar en la Orden Salesiana; pero los superiores le daban permiso para visitar y quedarse en mi casa, y aun para viajar conmigo. Camilo Ortúzar era otro escritor de libros de religión y de estudios de la lengua; su diccionario de locuciones viciosas es una obra sumamente útil y bien hecha; se la debía de encontrar sobre todos los escritorios. Era Ortúzar sobre todo un hombre santo, y que tenía la santidad que parece fácil y comunicativa. Lejos de encontrarse uno embarazado ante una compañía tan excepcionalmente buena, venían ganas de imitarle, de ser como él, pues parecía cosa de poderse practicar esa bondad inalterable, y ese deseo inteligente y siempre oportuno de ofrecer su interés y su cariño.

La naturaleza fina y aristocrática de Camilo Ortúzar, contrariada, acaso, por las privaciones y la penitencia, cedió; y el noble hombre entregó su vida al Señor poco tiempo después de aquella temporada en que tan amigos nos hicimos.

De 1884 a 1894

CAPITULO XLII

El enamorado de París.—Chile está en Chicago.—Chile en 1890.—don Maximiano Errázuriz.—La revolución del 91.—En París se decide la detención de los cruceros chilenos.—Un invierno en Londres.—Educación inglesa.—Persecuciones en Francia.—Entredicho en Chile con el Vaticano.—Intervención del Nuncio en París.—Mi intervención en Roma.—No son malos los liberales ni radicales.—San Francisco el Santo de los Santos.—La eterna belleza de Italia.

¶No era tampoco posible mantenerse del todo aislado y en medio de París, centro de menos bullas materiales que de alborotos del espíritu; ya he dicho que éste es el proscenio del gran teatro de la humanidad. Penetraban hasta mi casa, por lo menos, aquellos sucesos de sensación que llevaban repercusiones a todos los demás centros del mundo, y aquellas corrientes de ideas que se producían con cierto estrépito en la masa fosforescente e inconstante de la gran ciudad, para ir a influenciar, a subyugar y a enloquecer a los cerebros de las mil ciudades más pequeñas del globo que en ella tienen los ojos puestos. Lo demás

era también conocido o por lo menos presentido: cuestión de atmósfera, de ambiente.

Si anotara sólo una pequeña parte de los hechos importantes, curiosos o simplemente divertidos de aquella época, tendría más bien para un volumen que para un capítulo. Hubo sucesos políticos, literarios, científicos y artísticos, que sin duda tuvieron eco universal. Los miraba pasar no más, siempre embargado, como estaba, por atenciones íntimas, pero tratando de retener lo que más pudiera después servirme de enseñanza, de experiencia. La situación me era favorable para observar tranquilamente a los hombres y a los hechos.

Se vino a fijar en mi mente sin mucha demora un tipo casi nuevo de persona, con criterio aparte y con filosofía especial. Era el del ser que se entrega sin examen ni resistencia a todas las seducciones, bajas, medias o elevadas, que ofrecía la ciudad; era el enamorado de París, y que tanto podía ser francés como extranjero, hombre como mujer, viejo como joven, ilustrado e inteligente como ignorante y sencillo. Más interesante acaso es conocerlo a él que repetir los hechos de la época, ya divulgados por la prensa y por las agencias telegráficas y retenidos por la historia.

Si ha tenido el enamorado la honra de nacer allí mismo, podrá ser llamado desde luego *parisiense de París*, que es categoría aparte, de consideración especial. Habrá sido tan aprovechado o menos que cualquier otro en la educación; pero si a más de haber nacido, también se ha formado en ese plantel privilegiado, será más ingenioso, más listo, más oportuno que la mayoría de los demás hombres, aunque en realidad sea un ignorante de siete suelas. Si, por fin, ha llegado de la provincia, es casi seguro que ha descollado, puesto que los principales sabios, artistas y literatos de París son de afuera, casi sin excep-

ción; pero no duda que todo le viene de París, inspiración, consagración y éxito.

Ahora, si el sujeto es extranjero el amor redobla, se pone intransigente; es el amor contrariado por la idea de inferior extracción o por la de corta posesión. El enamorado se obsesiona con esas maravillas de París, las quiere gozar todas a un tiempo, se despecha por haber perdido los años anteriores en su país, y se desconsuela de antemano por la presunción fatal de tener que desprenderse, acaso pronto, de un bien tan grande.

Pero no; no soltará la presa así no más. Se las compondrá para permanecer, a costa, si es necesario, de la ruina asegurada de su fortuna, y de una crisis inevitable de los principios adquiridos en su vida anterior. Es como un pacto con el diablo: todo se perderá, cuando llegue el tiempo, con tal que el goce actual sea procurado sin regateo. Quedaré, se dice, sin bienes, si es menester; volveré a trabajar, pues, en un empleo, o en un negocio cualquiera, o en alguna propiedad que siempre guardaré bajo mi nombre; pero entretanto iré mañana y tarde al bulevar, a los Campos Elíseos o al Bosque de Bolonia; tomaré café con leche de París, remojando los *croissants* que sólo aquí saben hacer; y parte de mi desayuno será la lectura del "Figaro", sin la cual apenas me atrevería a comenzar un nuevo día. Me vestiré con franelas o hilados de interior, de París, con calzado y sombrero ingleses, por seguir la moda; eso sí que mi ropa de paño será siempre de mi sastre francés. Saldré a pasear temprano y a gozar con el espectáculo más lindo del mundo: las calles y plazas de París. Mi almuerzo será donde me toque, con la seguridad de que por lo menos me darán una tortilla de verduras, que sólo en París saben hacerlas. Hasta la comida, el tiempo se me hará un suspiro; y después iré al teatro donde se representa la pieza en boga, que no hay más que ver. ¡Pobre gente, la que no vive en París!

De estos extranjeros poseídos, los que más lo están son los sudamericanos; son los verdaderos trasplantados, como los ha llamado con tanta gracia e ingenio don Alberto Blest Gana. Vengan de Buenos Aires o Santiago, de México o de Río; que no sepan más que chapurrear el francés; que se vean explotados o menospreciados a cada momento; no importa: están en París; forman una partícula de ese todo soberano que llena las aspiraciones del alma y de los sentidos. Se ven alegres y despiertos, satisfechos y bien dispuestos; y quisieran echar raíces en este suelo encantado. Se envejecerían haciendo diariamente la misma cosa, pero todo está compensado al considerar que con eso precisamente se tienen formada como una segunda naturaleza más fina; se creen ya saturados del espíritu de París, y gozan entonces con la indiscutible superioridad que los llena.

Pero tienen otra compensación los extranjeros enamorados de París. Su candorosa constancia y obstinación vienen a ser resarcidas con el menosprecio. Los llaman *rastacouères* (1) y los explotan, los burlan y los ponen en ridículo en cualquiera ocasión propicia. Han parado en ver en cada extranjero de estos una especie de alcancía, de esas que tienen una hendija, un resorte o un secreto para abrirlas y sacar el dinero. Las consideran, si son pesadas; pero con el ojo siempre puesto en el resorte.

En medio de mi aislamiento notaba esas cosas, relativas muchas de ellas a personas que conocía bien. No tenía para qué extender mis observaciones hasta la sociedad francesa, la cual por lo demás cierra celosa sus puertas al extranjero, así al que busca entrada como al que, dentro de mi caso, no comu-

(1) Apodo usado principalmente respecto a los sudamericanos, e inventado por un cómico que imitaba el modo que tienen de pronunciar el francés.

nicaba ni quería hacerlo sino con parientes y amigos de mi país, todos en escaso número.

Sin embargo, y de un modo curioso, me tocó entrar en trato, aunque de pura convención, con la más alta dama de la situación, con Madame Carnot, la señora del Presidente.

Un día vino a casa Domingo Vega, secretario de nuestra Legación, a decirnos que el jefe del ceremonial había ido a quejarse de que ninguna chilena se hubiera presentado, desde hacía años, a las recepciones semanales de esa señora. Nos pidió el servicio que fuéramos, mi señora y yo, pues se sabía que podíamos hacerlo a nombre de la Legación a la cual yo pertenecía, aunque como mero título honorífico.

Luego que fuimos anunciados, y entramos a un salón del palacio donde se veía un círculo de señoras y caballeros formando corte a Madame Carnot, ésta avanzó hacia mi señora y la sentó a su lado con muestras de muy amable benevolencia.

Pero no resultó duradera la amistad, pues a las pocas semanas pasadas, el Presidente Carnot fué asesinado en Lyon, por el anarquista italiano Caserio. Iba yo, casualmente, a Lyon, en aquel mismo día, con Carlos Zañartu, a visitar una exposición que se inauguraba. En una estación del trayecto, y antes de salir el tren, oí a alguien que daba parte del suceso, recién conocido por un telegrama. Mi inquietud me llevó a preguntar a un caballero, sentado frente a mí en el compartimento del tren puesto en marcha, si sería cierta esa terrible noticia que había escuchado en una conversación.

—Sí—me respondió—y es un compatriota de usted el asesino.

No dejé de contestar como se merecía una impertinencia tan gratuita, sin temer las consecuencias que allí mismo pudieran producirse.

Como yo hablaba español con Zañartu, creyó el sujeto que

yo era italiano, que para él vista la calidad de la enseñanza de la geografía que probablemente había recibido, debían de ser la misma cosa español o italiano, por más que los sonidos sean bien diferentes: Italia y España, acaso eran dos provincias de un gran reino llamado Mediodía. No es aventurado mi juicio, pues recuerdo haber leído por aquella misma época, y en un diario de París tan principal como el *Matin*, que Marsella era puerto del Atlántico.

Son más disculpables, por más que a uno le duelan, los errores sobre países alejados y pequeños como el nuestro. Nosotros mismos en Chile sabemos bien poca cosa, por ejemplo, de la Rumania, del Egipto o de la Nueva Zelanda. Pero aquí quiero recordar el dicho de un notario de París, aunque sea por pura diversión. Era uno de los principales, sucesor en su estudio de Monsieur Devés, llamado a desempeñar un Ministerio de Estado. Me preguntó un día ingenuamente, dónde estaba Chile, y como notara rápidamente que me incomodaba su pregunta, se contestó él mismo:

—¡Ah, ya sé, Chile, Santiago... Chicago...! ¡Ya sé, ya sé: Chile está en Chicago!

Llegamos a Lyon encontrando a la ciudad en consternación. Era el huésped del asesinado; y su categoría era de Presidente de la República. Hombre muy ilustre, antecedentes llenos de méritos, persona honrada y distinguidísima, esos eran los demás atributos de Mr. Carnot. El pueblo, pues, se había exaltado en su irritación, al punto que llegó a hacerse peligroso para un extranjero (que, ya se ve, a cualquiera tomaban por italiano), el salir a la calle.

Nos aventuramos, sin embargo, con Zañartu, a recorrer la ciudad y a ver lo que pasaba. Los saqueos habían comenzado por el centro y por los barrios apartados, simultáneamente. El populacho asaltaba con furia todos los negocios y estable-

cimientos industriales, sin más discernimiento que la elección de letreros, nombres y títulos de terminación italiana, que son comunes en las ciudades francesas, particularmente en Lyon y Marsella. Recuerdo haberme detenido en un crucero de calles, desde el cual se veían incendios que elevaban sus humos desde los cuatro puntos cardinales. Por la noche nos fuimos a comer en un café de la calle principal, donde encontramos muchos otros extranjeros que miraban, desde sus mesas, la animada escena de la gente alborotada que circulaba por fuera. De repente un grupo se quiere lanzar sobre todos nosotros. El dueño del café nos hace salir de escape por la cocina, mientras los mozos se precipitan a cerrar las cortinas de fierro que daban a la vereda.

Otra muerte trágica, aunque bien diferente en sus orígenes y circunstancias, me había tocado ya en mi temporada de París. Fué la del general Boulanger, suicidado sobre la tumba de su amada en un cementerio de Bruselas. Boulanger pudo morir asaltando el Elíseo, es decir, la Presidencia de la República a donde lo empujaba ciegamente la ola formidable de los descontentos, que eran la gran mayoría. Pero prefirió un fin de melodrama.

Fué positivamente un cantor de café-concierto, Paulus, a quien conocí personalmente, el iniciador del movimiento formidable que pudo parar en una resurrección del imperio, o en una guerra, o en ambas cosas a la vez. Boulanger era Ministro de la Guerra y se le atribuyó la intención del desquite, se personificó en él al genio de la *revanche* contra los alemanes, que hervía aún latente en el pecho de los franceses. Tenía una hermosa figura varonil, con barba cobriza terminando en punta; montaba, a la cabeza de las tropas, un brioso caballo negro. ¿Qué faltaba? La canción, que en París decide sobre los

altos problemas; y esa fué la que cantó Paulus (1), arrastrando primero al público ligero de las veladas al aire libre, llamando después a todos los novedosos, y arrastrando, por fin, a la gran masa del pueblo más impresionable y veleidoso del mundo.

Le hicieron dejar el Ministerio para que fuera a tomar el comando del cuerpo de ejército de Clermont-Ferrand; y cuando una noche salió a cumplir su cometido, más de cien mil personas se fueron a la estación del ferrocarril. Los más exaltados se echaron sobre la locomotora, mientras el resto lo buscaba para arrebatarlo y llevarlo en triunfo al Palacio, cuyas puertas se abrían solas; pero el héroe se escabulló. No tenía la contextura de un nuevo Bonaparte.

Otros dos personajes que conocía sólo de vista, como a Boulanger, eran Alejandro Dumas hijo y Puvis de Chavannes. Los quiero recordar aquí porque eran mis vecinos, y nos encontrábamos sobre la vereda de la avenida Wagram todos los días, durante cinco años, al fin de los cuales ya nos saludábamos ligeramente. Dumas llegaba por la tarde, andando volublemente con los brazos cruzados atrás, y el bastón atravesado por la espalda. Tenía ojos azules chicos, bigote blanco hirsuto y chamiza, también blanca, bajo el ala del sombrero: se sabe que su sangre era algo mulata. Su figura, de cuerpo grueso y de cabeza bien tallada, con mirada segura y penetrante, me era harto simpática. Recordaba, con tenerlo cerca, la honda impresión psicológica que me había producido en mi primera juventud la lectura de la "Dama de las Camelias", que hice en una edición parafraseada magistralmente por el eximio letrado y crítico Jules Janin. Después vi, sobre las tablas, a todos su demás personajes, que han sintetizado la vida del

(1) La que se ha hecho tan popular y famosa: *En revenant de la revue*.

interior, la vida del corazón. Creo que no se podrá hacer el estudio de la mujer de sociedad tal como la encerraba, por lo menos la segunda mitad del siglo XIX, sin recurrir a esos personajes, a esas damas—diré más bien—que Dumas nos ha movido en el escenario de los salones, cubiertas de elegancias, fáciles y distinguidas en su ademanes, coquetas dentro del buen tono, dominantes y seguras de sí mismas por su belleza, prontas a la risa o al desdén; pero roídas por la pasión, movidas por el amor y atormentadas en lo íntimo por los celos o por el despecho.

Se puede decir que Dumas hijo ha sido el iniciador del género de teatro que se llama de tesis. Sus piezas plantean un problema de psicología o de moral que resuelve el mismo espectador, pero como juez influenciado, porque el artista le ha tocado el corazón y le lleva a donde llevan los simples sentimientos. Los principios son otra cosa, y ni parece los conociera, ni los buscara Dumas. Son como un color que no se encuentra en la paleta del pintor. Dumas busca el arte por el arte. Su filosofía, en el fondo, es cruda y reaccionaria hacia un naturalismo desvergonzado. Sirvele de excusa la inclinación a proteger y cubrir a la mujer, a rehabilitarla deshaciendo la dura trama de los preceptos y de las convenciones que la mantienen encerrada dentro de un círculo que no puede salvar. La rehabilitación está bien; pero no la destrucción del sistema admitido por las sociedades cristianas, que es hasta donde quería llegar el ingenioso autor; pues sin él sería el círculo demasiado indefinido, y las caídas serían tantas que las rehabilitaciones, de puro fáciles, llegarían a perder todo mérito.

Mi otro vecino ilustre, Puvis de Chavannes, era de un tipo bien diverso; de estatura alta y de vestir correctísimo, más parecía un embajador que un pintor. Los demás artistas te-

nían por su persona la más alta estimación y simpatía; le habían hecho presidente de la *Société des Artistes Français* que acababan de constituir. En cuanto a mi ilusión por él, diré que estaba fundada principalmente en las grandes pinturas murales que decoran el Panteón y la sala de actos de la Sorbonne. Esas obras son de una belleza suma y de una alta inspiración poética. Los medios pictóricos, la propia práctica del dibujo, han sido casi olvidados por el artista puesto frente a su muro y poseído de su propio sentimiento amoroso de la obra.

Pero llegó a estampar tan frescas impresiones de la naturaleza y tan nobles agrupamientos de figuras humanas, esparcidas al borde del arroyo, sobre el césped de verde tierno, o a la entrada del bosque tupido, que uno se siente penetrado de bienestar y como aliviado de todo ante el espectáculo de aquel paisaje animado, acaso nunca visto, pero estimado y comprendido inmediatamente como el ideal de la visión artística realizado en los mejores momentos de paz y de armonía.

CAPITULO XLIII

Tuve que venir a mi país en el año 1890. Iba a ser año de acontecimientos políticos; se preparaba el trastorno más grande que mi vida presenciara en Chile. Cuando paré en Lisboa vi cerca de mí una desgracia que pareció un presagio. Una barca, de las que los portugueses llaman fragatas, asaltada por un viento repentino, zozobró a corta distancia del *Britania* sobre cuya cubierta me encontraba mirando. Los ocho tripulantes que llevaba se ahogaron sin que fuera posible llevarles auxilio oportuno.

Otra vez llegué con felicidad a Coronel; y pude trepar a tierra, más con las manos que con los pies, por una armazón de muelle de madera que, inconclusa, estaba ya pudriéndose.

Mi suegro don Maximiano Errázuriz me esperaba en la mitad del camino entre Coronel y Santiago. Por él quedé enterado de los enredos que se venían produciendo entre el Parlamento y el Gobierno de Balmaceda. Como siempre, las suspicacias de uno y otro partido impidieron toda buena solución y produjeron una situación en extremo tirante. El candidato oficial que atribuían a las intenciones del Presidente había hecho su formal renuncia, pero no se creía en su sinceridad; las

Cámaras exigían más garantías, que el Presidente no quería o no podía ofrecer. Era la incubación de la guerra civil.

El conflicto que había originado la terrible guerra franco-prusiana del año 1870, fué también hijo del recelo y de la terquedad. El príncipe Hohenzollern retiró su candidatura al trono de España, que la Francia había objetado; pero Napoleón exigió garantías. El Rey Guillermo se negó, y vino la guerra.

Cuando el Gobierno mandó cerrar el Congreso sin que se hubiesen aprobado los presupuestos, se produjo un sentimiento general de resistencia. Llevaron la noticia del decreto a un club conservador que se había instalado frente a la casa de mi madre, donde yo paraba. Pude ir a presenciar los trajines que sucedieron al estupor del primer momento. Don Manuel José Irarrázaval, jefe del Partido Conservador, lo era también de toda la oposición; los conductores de los demás partidos, de hecho coaligados, no hacían más que mirarlo y seguir su inspiración. Delante de mí dispuso que se convocara sin tardanza a la Comisión Conservadora que había de seguir manteniendo los fueros del Parlamento, desconocidos por el Presidente.

Don Maximiano se había vuelto a su retiro ordinario de Panquehue, a donde iba yo a acompañarle en mis días libres. Hallábase convertido en un Cincinato, después de haber ocupado puestos expectables en la diplomacia y en el Congreso. Conocía, sin embargo, la política y los hombres, y apreciaba la situación peligrosa del momento con tanta más elevación e imparcialidad, cuanto no miraba otra cosa que el bien general. Creyó de su deber intervenir discretamente, tratando sin duda de hacer pesar la influencia que le daba su situación de aislamiento y sus antecedentes de todos conocidos. Me encargó, a este fin, que le concertara en Santiago una entrevista con Car-

los Walker, después de la cual, y con su acuerdo que esperaba obtener, se pondría en movimiento para conjurar el peligro, que ya parecía inmediato.

Nos reunimos en una pieza de la casa de mi madre. Luego se vió a Walker, que en medio de sus impetuosidades de león descubría su fondo tan benévolo, aceptando la idea de tentar avenimientos, de avanzar concesiones para librar a la Patria de los días negros que se le esperaban. Pero agregó que todo sería inútil por causa de la decisión inquebrantable de Irarrázaval, al cual comparó con un caballo desbocado que nadie se atrevía a contener.

Se hicieron otras tentativas, sin embargo, pero sin mejor resultado; y don Maximiano se retiró otra vez para no volver más. El Arzobispo don Mariano Casanova, igualmente deseoso de hacer lo posible por que cesara el conflicto, ideó otra candidatura a la Presidencia, que no fué otra que la del mismo don Maximiano Errázuriz. La insinuó discretamente entre los círculos de Gobierno y de oposición, más el momento no era ya de transacciones; nadie quería ceder: la obstinación y terquedad del vizcaíno era lo primero que se traslucía en la mente de cualquiera persona de la política.

Un día de noviembre me avisaron precipitadamente que don Maximiano se hallaba muy enfermo en Panquehue. Fuí con sus hijos y dos médicos, pero el mal había ganado ya; tuvimos el dolor de presenciar su fallecimiento al día siguiente.

De los hombres que me ha tocado conocer de cerca, acaso ninguno tenía adornada su persona con más méritos propios que don Maximiano Errázuriz. Los había acumulado, sobre todo en los últimos años de su vida, de un modo verdaderamente admirable, llegando a hacerse casi un santo: tal era su constante ejercicio de todas las cualidades superiores del alma, la caridad, el desprendimiento, la benevolencia de juicio, el

desprecio del propio bienestar. Estas virtudes se forman y cultivan generalmente dentro de la disciplina y del aislamiento de los conventos, como las plantas raras en los invernáculos. Aun así, son pocos los que llegan a poseerlas y desarrollarlas completamente. Pues don Maximiano comenzó en medio del mundo: en la política, en los viajes, en la sociedad, en medio de la fortuna, en los negocios y en las grandes empresas industriales. Cuando se encerró en Panquehue, en San Yuste, como le decía Vicuña Mackenna recordando el encierro de Carlos V, ya estaba el espíritu maduro. Más de la mitad del tiempo le tomaban las atenciones de piedad y los cuidados de la numerosa población de pobres que los grandes trabajos de la hacienda habían reunido.

A todos esos pobres los vi llorando, desolados; y me hizo la impresión de que ningunas honras públicas, ni aparatos de entierro, equivalen a una manifestación de éstas, producida espontáneamente. El testimonio de la caridad ejercida en vida es la evidencia de la gloria en la muerte.

Un mes después, salí desde Viña del Mar a tomar vapor en Buenos Aires, para volverme a mi hogar que por entonces había quedado en París. Una de las últimas personas que vi fué Enrique Valdés Vergara, con el cual tenía mucha amistad. Me hizo la confidencia que estaba en tratos con un regimiento de Santiago, el cual se levantaría para dar fin a la situación, que ya no tenía más medio de resolverse que el de la fuerza, ora viniera de golpe, ora se hiciera sentir después de una campaña militar. Se sabe que Enrique Valdés murió a bordo del *Blanco*, cuando fué torpedeado por la *Condell*. Parecía ese joven haber nacido para fines trágicos. Era la intrepidez andando, y como tenía un gran corazón que lo hacía adoptar una causa hasta en los últimos extremos, se había de esperar que no sal-

dría de la juventud sin exponerse a la muerte; y así se lo anuncié yo varias veces.

Estaba también en Viña del Mar nuestro antiguo amigo Barros Luco, y se encontró aquella noche en casa de mi madre donde yo paraba, con Enrique Valdés. Cada uno se ocupaba discretamente en preparar la revolución. ¿Quién habría sospechado que se iban igualmente a encontrar a bordo del *Blanco* en la siniestra noche de su hundimiento?

Barros Luco se mantenía muy reservado, y lo único que pudo arrancarle mi madre, que le acosaba a preguntas, fueron estas palabras que recuerdo bien:

—Algo habrá que hacer, pues.

Cuando ya iba de navegación por la costa del Brasil, me sentía nervioso esperando las noticias que me había anunciado Enrique Valdés. En cada puerto mandaba buscar inmediatamente los diarios para ver los telegramas de Chile, pero sin resultado. Hasta que al desembarcar en Lisboa, en el mismo bote en que bajaba un negro corpulento, muy vestido con relumbrones de prendedor y cadena de reloj, pude mirar en el dorso de un diario fresco que leía, la noticia de la sublevación de la escuadra.

En Chile había yo contemplado el movimiento casi como un extranjero. A Balmaceda no le tenía antipatía. Apenas había hablado con él unas pocas veces, pero le había oído varios discursos parlamentarios, muy bien pronunciados, de frases redondeadas y pulidas aunque de alcance más bien corto. El debate político, la arenga de controversia por principios, el discurso de polémica partidarista, eran su fuerte, y se le oía con gusto. Le observaba de cerca en sus ademanes, que eran cultos, insinuantes para sus amigos y desdeñosos para sus contrarios. Después le encontraba en la calle, con su modo de andar borneado, su levitón con cuello y botamangas de terciopelo, sus

bucles rubios que le cubrían la nuca bajo el ala del sombrero luciente de copa alta. Su porte y su traer eran distinguidos, bien que a nadie le habría ocurrido confundirlo con un *gentleman* inglés. Era su tipo esencialmente sudamericano, en cuanto existe el tipo también para los de ojos y pelo claro; y de ser europeo sería italiano más bien que de otro país. En suma, y personalmente, era un tipo interesante el de Balma-ceda.

Pero en París tuve que tomar partido, pues ya no se podía ser neutral, dado el giro que tomaba la cosa, con más los vejámenes que comenzaban a recibir mis amigos y mi propia familia de Chile. La colonia chilena tenía entonces no menos de trescientos miembros, que se hicieron casi en su totalidad partidarios de la revolución. El Ministro Antúñez y su secretario, mi amigo Morla, quedaron aislados, y comenzaron a ver todas su diligencias cruzadas por otras que iniciábamos nosotros los sublevados.

Don Agustín Ross y Augusto Matte tomaron la dirección del movimiento. A los pocos días me pidieron que me hiciera cargo, con otro amigo, de la prensa, que era útil gobernar, porque se trataba de detener en los puertos franceses al *Capitán Prat*, inconcluso, y a los dos cruceros *Presidente Pinto* y *Presidente Errázuriz*, que podían ser terminados pronto y que irían a cambiar la situación favorable que por mar tenía la revolución. Comencé la campaña con mucha actividad; había días en que fuera de los trajines e instancias personales debía de escribir hasta tres artículos para la mañana siguiente.

Los diarios franceses, de todos los colores, se encuentran sindicados para aprovechar bien las situaciones como ésta, que se presentan bastante a menudo. La cuestión es, para ellos, sacar dinero, mucho dinero, en el menor tiempo. Tiene uno que entenderse con el director de un solo diario, el cual sabe

cómo ha de entenderse a su vez con los demás. De otra suerte se produce en el acto el *chantage*. Mi hombre parecía ser muy ducho, pues desde el día siguiente a la primera entrevista, comenzaron a salir por todas partes sueltos y artículos de fondo, haciendo ver que ante la verdadera guerra civil que se había desencadenado en Chile, el Gobierno francés debía observar estricta neutralidad y, por tanto, debía retener todo elemento bélico, etc.

En medio de mucha demostración favorable hubo que notar, sin embargo, a algunos diarios, de los que nunca habían hablado de los sucesos de Chile, que comenzaron a defender a Balmaceda, y a dar razones para que se diera libre plática a los cruceros. Querían plata, sencillamente. ¡Qué triste idea hubo de formarme del mundo periodístico de París y no quiero poner el nombre de algunos de los notables o de los más linceces de la prensa francesa de entonces, porque han pasado, después de aquella época, a altos puestos de gobierno y de celebridad!

Como me repugnara un día seguir en ese orden de propaganda, tomé a mi cargo la del parlamento, por el lado de los diputados conservadores, a quienes trataría de obligar invocando simpatías para sus correligionarios de Chile, que se veían por entonces en tan duro trance.

Pero me resultaron reacios los correligionarios. Mi antiguo amigo el barón d'Avril me armó una entrevista con el marqués de la Ferronnays, al cual tuve que ir a buscar en el palacio de las Cámaras, donde me recibió en una especie de celda o de pequeño locutorio, de los que hay para que puedan recibir con independencia los numerosos diputados de Francia. El marqués era el jefe del Comité Parlamentario que entendía en los negocios internacionales; y luego se montó en los principios, diciéndome que no les era posible reconocer más

que un gobierno en Chile, el de Balmaceda, y que cuando llegara la interpelación sobre los cruceros, lo sentirían, pero estarían por su entrega a la Legación de Chile.

Tuve mejor suerte, sin embargo, con M. de Lamarzelle, uno de los *leaders* de la derecha monarquista, hombre de talento fácil, notable orador y escritor. Le hice un gran alegato, después del cual no sólo se puso de mi parte, sino que se comprometió a neutralizar y en todo caso a impedir que hablara contra mis pretensiones, ni el marqués de la Ferronnays, ni ningún otro diputado de la derecha.

Otro día me largué a Londres con un plan para influenciar nada menos que al gobierno de Su Majestad, cuyo representante en Santiago contrariaba enormemente a la revolución. Esta vez no fueron los conservadores o católicos los que busqué, pues no hay tal partido en Inglaterra; me dirigí sin más rodeo al mismo cardenal Manning, que era el hombre que podía mejor servirme.

Casualmente estaba de secretario de él mi muy amigo Kehelm Vaughan, el cual me llevó sin tardanza a visitar al grande hombre. Digo grande hombre, porque en realidad lo era el cardenal Manning. Yo he conocido pontífices, emperadores y reyes, eminencias de la política, de la literatura, de la ciencia y de las artes, y nadie me ha hecho más la impresión del hombre superior, nacido para descollar. Era un anciano de elevada estatura, de figura hermosa y dominante, realzada por el hábito cardenalicio. La persona entera era parecida a la de Gladstone, su compañero en grandeza; su actuación en la vida inglesa, de aquellos días no era tampoco inferior a la del *great old man*. Hacía poco tiempo a que su puro influjo y prestigio habían podido domar la huelga de los diques, en que cien mil obreros amenazaban a la Metrópoli. Un detalle trivial que recuerdo hará ver hasta dónde era prominente este primado

católico, que tenía sitial erigido en medio de la capital del protestantismo: cuando decía a un cochero de la calle, simplemente, que me llevara al palacio del Arzobispo, iba derecho al del cardenal Manning sin siquiera preguntarme si quería ir al palacio del otro, el de la iglesia nacional.

Poco tiempo después de la época a que vengo refiriéndome, me fué mostrada en París una gran estatua de Manning recién muerto. Era un obra muy notable, porque daba la impresión del parecido moral en la cual pocas veces aciertan los artistas. El eminente anciano daba la bendición, pero no una bendición de prelado cualquiera; su frente dominadora, su mirada clara y profunda, su ademán magnífico, personificaban en el bronce al mismo hombre excepcional que tanto me había impresionado con su presencia.

En pocas palabras expliqué el caso, agregando a su eminencia que las circunstancias eran más favorables que nunca para que fuera interesado el Gobierno Británico, pues eran con seguridad amigos deferentes del Cardenal por lo menos los tres Ministros católicos con que contaba el Gabinete.

Bien que las primeras palabras que me contestó fueron de objeción, como las aducidas en mis conferencias de Francia por el marqués de la Ferronnays, fué poco a poco cediendo el cardenal, y acabó por prometerme que sería estudiada nuevamente la situación de Chile en el seno del Gobierno.

No resultó vana la promesa. A los pocos días quedaba desaprobada la conducta del complaciente Ministro inglés en Santiago, que llegó a poner un buque de guerra a la disposición de Balmaceda para transportar barras de plata, habiendo enviado el *Foreign Office* instrucciones nuevas para los últimos meses de revolución. Vine a saber los detalles muchos años después, por conducto de Sir Clare Ford, el Embajador de Su Majestad Británica en Roma.

Un par de meses después de estas andanzas, encontrándome en Lucerna con don Alejandro Vial, con Rafael Errázuriz Urmeneta y Silvestre Ochagavía, departíamos un tanto melancólicamente sobre la revolución, su fin incierto y sus estragos bien ciertos. Don Alejandro Vial me pedía datos sobre la vida en Italia, que suponía la más barata en Europa; pensaba tener que ir a parar allá, a enterar sus años en un modesto tercer piso, subsistiendo con lo que pudiera escapar de las confiscaciones anunciadas por el Gobierno de Balmaceda. Los demás hacíamos otros cálculos y propósitos no más alegres, pues dudábamos del triunfo de nuestras armas que habían de medirse con las del aguerrido, numeroso y bien mantenido ejército del Sur. Sentados en la margen del lago como los judíos en las del babilonio río, contábamos resignados los días, sabiendo que de toda suerte serían los últimos de la contienda.

En esto me llega un repartidor con cinco telegramas. Los abrí con la mano agitada: los cinco traían, con diferentes firmas y procedencias, la noticia de la Placilla y del triunfo completo.

Tomé el tren al siguiente día para volverme a París y verme con todos mis amigos y compañeros. Un sujeto sacó un diario, dentro del compartimento, y necesitando sin duda comunicar la emoción que ya tendría adquirida de antemano, me abordó como yo lo había hecho con otro vecino el día del asesinato de Mr. Carnot, preguntándome si sabía la noticia, la gran noticia, la derrota de Balmaceda. Y fué grande su admiración cuando supo que yo era chileno.

El pequeño incidente fué una muestra del mucho interés que la guerra civil del 91 despertó en Europa.

Se la adornó con relatos fabulosos y se le dió tintes dramáticos que conmovieron la opinión haciendo... que se vendieran muchos más números de los diarios. Es cierto, que infor-

mes de los más minuciosos llegaron por telégrafo, después de Concón y Placilla, que ocupaban páginas enteras de los principales papeles, y que la gente los leía y los comentaba positivamente; y es triste decirlo, esa ha sido la época de auge en el conocimiento de nuestro país en el mundo.

Y más triste es recordar que ese cataclismo de la política, de la sociedad y de toda nuestra vida civilizada, fué debido, como lo dije antes, a la pura terquedad y ceguera del Presidente en primer lugar, y de los jefes de partido de oposición en segundo término. Cualquiera de ellos que hubiera cedido, sería hoy el que pudiera enorgullecerse de haber librado a Chile de los días más tristes de su historia. El Gobierno de Balmaceda que, a la postrimería, vino a tropezar con los malhadados incidentes de la candidatura oficial rechazada, y de la atolladrada clausura del Congreso antes de los presupuestos, habría pasado a la historia como el más feliz del siglo. Los negocios públicos y privados florecían; la administración era previsora, patriótica y progresista; y el mismo Presidente, a pesar de su temperamento de orador, dirigía al Estado con acierto, animado ante todo de un espíritu chileno, con objetivos siempre de Chile, y deseando que todo resultara, sin premeditados alcances partidaristas, en mayor bien para Chile entero.

CAPITULO XLIV

Así, los alejados chilenos del 91 tuvimos una actuación importantísima, que no se figuraron los que, llevando la peor parte, es cierto, cargaron armas en las duras marchas y en las batallas sangrientas. Pero después nos tocó a las mismas personas que sostuvimos la revolución en Europa no pocas diligencias nuevas a propósito del atropello del comandante del *Baltimore* en Valparaíso, cuando una refriega de marineros borrachos fué origen de las más intemperantes reclamaciones que se hubieran hecho a un país pequeño y debilitado, como era entonces el nuestro.

A mí me tocó otra vez entenderme con la prensa, cuyos manejos me habían sido revelados por la experiencia. Pero esta vez tuve que habérmelas con los periodistas americanos. Mr. Stanhope, correspondiente del *New York Herald*, era de ellos el prototipo, y su manera de ser y de proceder era del todo diferente a la de sus congéneres franceses. Mr. Stanhope, no pretendía recibir dinero; era un yanqui hiperbólico, que quería deslumbrar con las cifras, con las cantidades, con la prontitud nunca vista del *New York Herald*. Me hizo un día un reportaje en forma, habiendo venido a casa con la idea de que era yo un chileno *representativo* y que estaba al tanto de lo que

venía ocurriendo en las Cancillerías. Al retirarse me dijo con naturalidad que por la mañana saldría toda la conversación en una columna y media del diario en Nueva York. Y efectivamente, en la semana siguiente se me apareció otra vez trayendo un ejemplar donde se publicaba el telegrama, para hacer ir el cual me aseguró había tenido el cable por su cuenta toda la noche.

En seguida, Mr. Stanhope me pidió órdenes para Hamburgo, a donde se iba para que le inocularan el cólera, con el objeto de ensayar cierto remedio que allí habían inventado. Comunicaría a su diario dos veces al día la explicación de la marcha que en él hiciera el mal, junto con las fases del tratamiento. Así lo hizo, y en Nueva York se arrebataban el diario para leer los telegramas con el proceso del virus colérico. He ahí el verdadero periodista a la americana.

Terminadas aquellas preocupaciones, hube de irme en octubre de 1891, a tentar, en una temporada de Londres, un nuevo método que me habían sugerido para tratar de aliviar a mi hijita, siempre poseída de su incurable enfermedad. Era el método del doctor Kelgreen, el célebre masajista sueco. Sea que el mal estuviera demasiado avanzado, sea que el nuevo arte no fuera sino el muy antiguo de sacar dinero con invenciones médicas, siempre resultó que mi estada en Londres fué como los demás cambios, inútil, triste y enojosa. A los seis meses me volví a París con mi hijita como antes.

Me sirvió, sin embargo, la residencia de todo un invierno para conocer mejor la vida de ese gran pueblo y de esa ciudad de Londres, la más grande del mundo. Mi primer viaje en 1874 fué casi de puro paseo; el que estoy recordando ahora fué compartido entre los cuidados e inquietudes y mis estudios y observaciones que se me ofrecían en lo vivo; y el tercero, que describiré después, sería de puro aparato y de cortesía ante la

conmemoración grandiosa del largo reinado de Victoria, tres fases bien diferentes en la recordación de mis viajes, con otras tres situaciones más imprevistas, como las que depara casi siempre la vida.

Un geógrafo del siglo pasado, Karl Ritter, pretende que el desenvolvimiento histórico de las naciones depende en gran manera de la naturaleza física de ellas. Esto es cierto, y aquí en Londres la teoría tiene nueva confirmación, sintetizando esta ciudad la situación general de toda la nación, y del país que se llama la Gran Bretaña. El Támesis conduce la marea hasta más arriba de la ciudad, y los diques, llenos de agua poblada de barcos, tienen todas las facilidades para el comercio y el tráfico, entre el flujo y el reflujo de la corriente. No hay, pues, un puerto mejor; así lo preparó la naturaleza.

Se produjo de este modo la capital del comercio y del poder naval del mundo, la capital de la Inglaterra, centro a la vez del más vasto imperio colonial moderno.

El genio comercial y naval de los ingleses tiene aquí su fácil aplicación; la isla es como un gran buque; sus habitantes, hechos a un clima rudo en que juegan los vientos del océano, dominan los horizontes por todos lados y tienden sus planes hacia los países más alejados, planes que no tardan en ver convertidos en realidad. El capital está con ellos, porque comenzaron a trabajar y a guardar con tiempo; y no admiten intermediarios supuesto que el camino del comercio es el mar abierto que dominan, y que los vapores y veleros llevan su propia bandera.

Ya en el siglo pasado había dicho Lord Castlereagh: "Los cañones mejores de Inglaterra son su capital". Se podría agregar que es desde la City desde donde domina al mundo.

Con Chile, por ejemplo, la City hace negocios de esta clase: acuerda un empréstito de un millón de libras, digamos. Co-

mienza por no entregar más que novecientas cincuenta mil o menos, según se convenga con el negociador. El dinero no tiene para qué moverse de Londres; será destinado a rieles, a locomotoras, a buques blindados o a otro objeto. Si se mueve será probablemente para venir a Chile por un par de años a efectuar una conversión después de cuyo fracaso se vuelve a la City. Pero los intereses y la amortización del empréstito van corriendo, y los vamos pagando. Cuando la deuda queda así extinguida, hemos devuelto más de dos millones de libras para cancelar las 950 que no hemos recibido o no hemos podido guardar. La City es la bomba aspirante de la riqueza de los pequeños, de los que tienen la triste necesidad de ponerse a su alcance para tener dinero por algún tiempo.

Cuando pasaba yo frente a la fachada clásica de líneas greco-romana de concepción, negra de humo y de humedad, que ofrece el Banco de Inglaterra, pensaba en la influencia de esa institución sobre el planeta entero. Si ella sube el interés del dinero, los fondos escasean en todas partes; si lo baja, renace la actividad en los mercados. Sobre su crédito está asentada la estabilidad de los valores hasta en mi apartado país, que viene a sufrir como de rebote el movimiento de las oscilaciones que se producen.

Más allá está la Bolsa, el *Exchange*, también clásica y con cierto aspecto de templo cristiano, a pesar de los judíos que en gran número la invaden diariamente desde temprano. ¡Entre agentes y corredores hay tres mil, y su movimiento y transacciones de valores pasa de £ 3,000.000,000; digo bien, ¡tres mil millones de libras en un año!

Sin embargo, los que vienen a Londres (y conozco muchos casos nominales) en busca de dinero para lanzar empresas, encuentran, por lo general, más dificultades que en ningún otro mercado. El capitalista de la City tiene como la coquetería de

esquivarse ante el que busca dinero, aunque sea en condiciones o para negocios que le convengan. Es el desquite que se toma de verse pospuesto en la corte, en la diplomacia, en el mundo intelectual y en la aristocracia.

—Este es mi turno—se dice a sí mismo. Y se complace en hacer esperar en una pequeña sala mal amoblado, en faltar después a las citas, y en mandar por fin un desahucio. Después de un mes recibe el interesado una carta en sobre grande, donde van los documentos en devolución, con una nota seca, en que se expresa el sentimiento de que el negocio es imposible de realizar por ahora. Y son los norteamericanos los que más peripecias sufren. Llegan con combinaciones, con prospectos de ferrocarriles y con muestras de metales que tienen que volverse a llevar.

Después de estas cosas de la City y de muchas otras, que fueron materia de una serie de artículos que por aquel entonces mandé al *Ferrocarril* de Santiago, voy a recordar algo con referencia a la religión y que ha de interesar a mis lectores.

Es un dato que me ha sorprendido, y que explica, a la vez que la facilidad de las vocaciones religiosas, la gran liberalidad del Gobierno para con su Iglesia de Inglaterra. Aquí y en Gales hay 13,881 eclesiásticos de la religión oficial que gozan en conjunto de una renta anual de £ 3.468,755 (1). ¿Qué dirían los radicales de Santiago que arman discusión en cada presupuesto por las partidas que permiten no morir de hambre a nuestros escasos y pobres curas?

Otro hecho que conocí, ya no de liberalidad, sino de liberalismo tal como lo comprenden los ingleses, es el siguiente:

Fuí un día a visitar una gran escuela que los padres salesianos, católicos, poseen en un barrio del oeste, el de Chelsea. Pregun-

(1) Karl Peters—*England and the English*.

tándoles cómo podían mantener un establecimiento tan cómodo y con tantos niños en medio de una población protestante, me contestaron que era una fuerte subvención de la Municipalidad la que los tenía en esa buena situación.

Y antes de terminar mis cortas observaciones, quiero referirme un poco a la educación que se usa dar en Inglaterra, de la cual todo el mundo oye decir mucho de bueno, mucho de malo, y más todavía de inexacto.

Desde luego, en la educación inglesa se persigue el objeto que la misma palabra indica: se quiere *educar*, es decir, se quiere dirigir, doctrinar, perfeccionar, afinar los sentidos y los sentimientos. Enseñar, instruir, inculcar nociones con fuerza y con método, esto viene en segundo término. La cuestión está en que el educando resulte primeramente un *gentleman* si es hombre, y una *lady* si es mujer. Estos términos, sobre todo el primero, que no tiene mejor traducción que la del idioma español con el vocablo *caballero*, no indican tampoco la pura percepción en el sujeto de buenas maneras e instrucción general sino que deben de hacer pensar, si están bien aplicados, en ideas de honradez, de conducta seria y de respeto por los demás. Con eso uno es *gentleman*, aunque no ande vestido con suma elegancia; y hay escritores que aseguran está ahí el secreto de la posición excepcional de la raza inglesa entre las demás que ocupan el mundo.

La enseñanza propiamente dicha, o la parte didáctica de la educación, tiene su peculiaridad en Inglaterra, peculiaridad que consiste en el exclusivismo nacional, tal como podía notarse hasta dentro de la muy pequeña y alejada escuela inglesa de Miss Whitelock, mi buena maestra de Santiago. Las primeras lecciones de exclusivismo vienen dentro de las nociones de la propia historia inglesa, en la cual la Gran Bretaña viene naturalmente deslumbrando a las demás naciones desde siglos

atrás. Y esto "*stamps on the minds of the young that insular arrogance which forms the nation worst characteristics*" (1). He preferido poner las propias palabras de un libro publicado en Londres sobre estas materias. Lo que es la historia o la geografía de las demás naciones, queda casi ignorada.

En todos los colegios, naturalmente, tienen preferencia las asignaturas de *football, cricket y box*; pero también se les enseña a todos, desde el primer año, que dos no atacan a uno, ni un grande a un chico; que no se pega al caído en el suelo. Después viene el respeto a la mujer, a la cual debe cederse el paso en las puertas y el asiento en trenes, tranvías y teatros.

La educación de un *gentleman* abraza otros ramos: la equitación, el billar y el hacerse la barba. Se agrega todavía, y aun para los que no vienen de las altas clases, las buenas maneras de la mesa, no comer con el cuchillo, no apoyarse en el codo, no retorcerse el bigote en público, no dejar la pluma de escarvar dientes sobre el mantel.

La mente inglesa es que el sujeto, para lograr después una ilustración conveniente, ha de acercarse él mismo al libro y al curso, sin necesidad de amenazas ni de estímulos. Agrega que la escuela opuesta, la alemana, comienza por hacer perder la vista, como lo prueban los mismos alemanes llevando la mayor parte anteojos. Conviene ver mejor, aunque se sepa menos.

No tributa grande importancia a la Universidad, y si las de Oxford y Cambridge tienen su nombre en mucha evidencia es por las famosas regatas anuales en que se disputan la supremacía, como en España lo hicieron dos academias por una tesis de ética.

Menos importancia atribuye a los premios y concursos. Yo estuve en una repartición de premios, en que el rector en su

(1) Graba en la mente de los niños aquella **arrogancia insular** que forma la peor característica de la nación.

speech se dirigió a los alumnos que no los habían obtenido, augurándoles que los reveses les formarían el carácter y que les harían llegar más lejos que los favorecidos del día.

Comprueba su método con la experiencia que no da, para los ingleses que estudian poco y juegan mucho, menor número de eminencias en el variado saber humano que el de otros pueblos, como el francés y el alemán, que admiten el recargo de la enseñanza.

Queda en pie, con todo, una objeción seria contra este sistema que tantas cosas buenas y prácticas encierra. Sucede que un buen número de mozos, sobre todo entre los ricos, quedan formados en el *sport* y en lo *gentleman*; pero en el vacío respecto de lo intelectual. Acaso es el puro orgullo británico lo que impide ver a los mismos ingleses que esos mozos pueden llamar la atención en cualquiera parte por su admirable ignorancia en cualquiera materia.

Una curiosa particularidad de la enseñanza superior, es que no hay institutos para cursar el comercio; y los alemanes, que tienen una mentalidad tan distinta a la inglesa en materia de esta clase, dicen que es por eso, porque los ingleses no aprenden el comercio en la escuela, que ellos, los alemanes, van quitándoles la supremacía en las transacciones universales.

Voy a terminar recordando lo que son las grandes universidades. Ya se verá otra vez por ellas, y por los otros establecimientos de enseñanza superior que les siguen, que el inglés no piensa ni en estudios demasiado seguidos y metódicos, ni atribuye mayor importancia a los grados por los cuales se desviven los alemanes y los franceses, monopolistas ambos en la enseñanza, y opuestos siempre a la doctrina liberal inglesa, que lógicamente se aplica a la religión como a la enseñanza, como a todo lo demás.

No hay un Alma Mater única superior, central, como la

Universidad de París, por ejemplo. Son Oxford y Cambridge los centros más conocidos y frecuentados, y todavía les siguen otros más, diseminados en las grandes ciudades. La Universidad de Oxford tiene veintidós colegios y la de Cambridge diecinueve, los cuales tienen gobierno independiente y nombre diferente; los bienes universitarios son igualmente propios; son corporaciones autónomas, que en nada dependen del Estado.

Es curioso también notar que existen los llamados *Academic debating clubs*, con el objeto de cultivar el arte de la discusión, y de formar dentro de las reglas del buen decir y del buen tono a los futuros oradores y estadistas de Inglaterra.

Todo concurre, en suma, a no producir la acumulación de uniforme saber dentro de la cabeza del estudiante; el sistema inglés quiere, por lo contrario, hacer valer la independencia, la iniciativa y la individualidad de cada cual, permitiendo desarrollarse a las mentes dentro de la natural frescura y originalidad con que se ven dotadas.

CAPITULO XLV

Antes, en principios del otoño, había hecho un viajecito al norte de España. Hallábame en San Sebastián, entreteníendome en anotar los nombres de algunos apellidos aristocráticos de Chile, puestos de letreros en los puestos de los bañeros de la playa, cuando supe que a poca distancia, en Azpeitia, tenía lugar la elección del nuevo general de los Jesuitas. Como había conocido a los dos generales anteriores, al padre Beck y al padre Anderledy, y como la prensa de Europa daba caracteres de un gran acontecimiento a la elección, decidí trasladarme a Azpeitia, con la esperanza de conocer al nuevo designado. Era más de actualidad que conocer al mismo Papa de Roma. Se trataba del Papa negro, del que dirigía ocultamente las conciencias del mundo, la educación de la juventud de los países católicos, y la política superior de la Iglesia: todo, según la prensa, y según muchas personas de las que pasaban por instruidas.

Efectivamente, llegué y me pude hacer presentar al padre Martín, recién hecho general por los diputados de las diferentes provincias en que se divide la Compañía. Me recibió en el salón del palacio, convento, templo, santuario, colegio o monumento, que no sé cómo llamar a esa gran fábrica de Azpeitia,

consagrada con los vivos y variados recuerdos del fundador, de San Ignacio de Loyola. El padre me pareció, desde luego, un hombre sagaz, franco y bueno. Aprovechando la entrada que me acordó, fuí conversando con ánimo abierto, y le hice preguntas que casi, casi rayaban en lo indiscreto. Eran esos los días en que más se leía por todas partes la famosa novela *Pequeñeces*, del Padre Coloma: la asociación de ideas me llevó a pedirle que me explicara cómo no tenían los Jesuitas desalientos al ver el camino definitivo que muchos de sus alumnos tomaban en el mundo, sirviéndose de la instrucción que ellos les daban para tornarla envenenada en su contra, y ser sus peores enemigos y detractores.

—Vea usted—me contestó—aunque es cierto lo que usted dice, hay casos de vuelta atrás, de reacción, que nos compensan grandemente de las ingratitudes. Los jóvenes pasan por crisis interiores, intelectuales y morales, que duran a veces poco tiempo, a veces mucho, y a veces, desgraciadamente, para siempre. Tuércenles el ánimo las influencias de la vida, y se apartan de nosotros, de nuestra doctrina, y aun del sentimiento religioso inculcado; pero una buena circunstancia les hace volver algunas veces, y usted comprenderá el contento que eso trae. Allí mismo, en esa reja de la portería que usted tiene por delante tuvo lugar una de esas escenas, que presencié hace pocos años. Uno de nuestros antiguos discípulos, que después fué el senador *** que usted ha oído nombrar sin duda, vino a ver a un muchacho pariente. Se había educado en esta misma casa; pero no había vuelto a vernos. Por lo contrario, se hizo notoria su ensañada propaganda contra los Jesuitas, y su odio de persecutor contra la Iglesia y contra el mismo nombre de cristiano.

Pues, cuando vino, le noté algo; se paseaba inquieto y nervioso, mirando y volviendo a mirar por todo sin que se viera

lo que buscaba. El paso y la actitud se hicieron vacilantes; y de repente se asió de la reja, presa de un llanto convulsivo que no pudo disimular. Me acerqué en el acto; y me dijo cogiéndome la mano: "¡déjeme llorar, padre!... Estas paredes, ese patio, esos árboles... siento que me hablan, y la conciencia también; todo es un reproche amargo y merecido. No sé lo que soy ni lo que hago. Sí, soy un ingrato... he faltado a Dios y me he olvidado de mi propia alma..." El pobre hombre vino a mis brazos; y parece que le principió la serenidad con verme a mí llorando también.

—Pero, padre, ¿no los tiene a ustedes muy contristados y perjudicados la actual persecución de que son objeto en Francia, persecución que va tan seria, que ya parece cosa de otros tiempos?

—Sin duda que lo sentimos mucho, y que nos contraría y hace daños. Vienen, sin embargo, sus compensaciones; por ejemplo, el número de vocaciones, de ingresos a la Compañía de Jesús, puesta otra vez en la picota, ha aumentado en este año en setecientos. Así pasa cada vez que somos maltratados: el corazón generoso de los jóvenes los lleva del lado de la víctima; se nos acercan más, nos estiman mejor y por fin se quieren quedar con nosotros para compartir. Y luego, todo aquello visto desde la altura, no parece sino una gran farsa. Nos proscriben, y nos confían la conciencia y el honor; nos ponen fuera de la ley, y no pueden administrar sin nuestro concurso. La señora del Presidente Carnot se confiesa con uno de nuestros padres. Pues bien, tiene que hacer dar vueltas a su cupé por calles extravagantes para bajar por detrás de nuestra capilla desposeída de la *rue de Sevres*, donde la espera el confesor. Francamente, es humillante para tan alta señora, y para el propio Gobierno. No es menos humillante lo que pasa con la administración de las colonias, especialmente con la de Madagascar. El

director M. Pichon, que ha atacado cuanto era posible a los Jesuitas, no puede prescindir del padre Coudec. Lo llama a cada instante como profundo conocedor que es de la isla, para consultarle las medidas administrativas. Lo propio sucede respecto de las escuelas de Oriente; sabe muy bien el Gobierno, enemigo nuestro, que la influencia francesa en el Extremo Oriente y en Turquía disminuiría enormemente sin los Jesuitas.

Después de recorrer en mi reportaje otros temas en que siempre encontré exposiciones, razones y respuestas claras y oportunas del padre Martín, regresé a San Sebastián y después a París.

Había conocido de cerca otro personaje más.

Me esperaba de una manera bien imprevista, una nueva intervención en un negocio delicado y de no poco interés para mi país.

Recibí una tarjeta de Monseñor Ferrata, el Nuncio en París, que todavía no había sido creado Cardenal; me pedía que pasara a hablar con él en el palacio de la Nunciatura. Me extrañé, pues no acertaba en lo que podía ocurrir, y no tenía más confianza con Monseñor Ferrata que la ganada en los raros salones y tertulias donde me había tocado encontrarme con él.

De lo que se trataba era de la reconciliación del Gobierno de Chile con la Santa Sede, después de los años corridos desde la expulsión del Delegado Apostólico Monseñor del Frate, que he recordado en otro capítulo. Quería ahora el Nuncio tomar opiniones de origen chileno y tener cierta seguridad en las previsiones, antes que el Gobierno Pontificio tomara las resoluciones definitivas del paso que intentaba dar. Y pensó que yo sería la persona que lo dejara en aptitud de informar a Roma con buena base.

El medio de proceder que se había ideado era un viaje de Monseñor Machi, el Delegado en Lima, que pasaría por San-

tiago, de vuelta a Roma, y que se detendría allí si le ofrecían apertura de nuevos tratos o si encontraba una tal acogida que valiera una satisfacción por el desacato de antes. No tuve yo mucho que pensar para manifestar mi opinión de explícita aprobación del proyecto. Conocía el ánimo que predominaba en la opinión del Gobierno de Chile, y las intenciones que abrigaba Isidoro Errázuriz, Ministro y parlamentario muy influyente, por aquel tiempo, en la política, tanto interior como exterior de Chile. Le dije, pues, que en mi sentir, el mismo pueblo y la sociedad de Santiago, espontáneamente, saldrían al encuentro del representante de Su Santidad, y que con eso todo se facilitaría.

Creo que el Nuncio quedó un tanto desconcertado ante la seguridad que le manifesté; debió de tomarla como suficiencia mía, a pesar de que no podía dudar de la oportunidad y abundancia de las informaciones que contiamente y sobre toda materia de interés chileno me estaban llegando. Ello es que le noté mayor reserva o circunspección al fin que al principio de la conferencia.

Despedíme diciéndole que en pocos días más iría a Roma, en mi viaje anual a Italia, y que le haría saber mi vuelta, por si me necesitaba. En efecto, partí de viaje, y a los pocos días me encontraba otra vez en mi ciudad predilecta, a la cual llegaba entonces, como he seguido llegando después, con interés agudo, como si siempre fuera la primera vez.

Un amigo común me puso al habla con el Cardenal Vincenzo Vanutelli, que quería también hablar conmigo de las cosas de Chile; y poco tiempo después fuí avisado de que el secretario de Estado del Vaticano me pedía pasara a verlo, fijándome día y hora. No falté, pues, comprendía que se trataba de dar cima a una obra que por demás me interesaba: la cesación del entredicho entre Chile y la Santa Sede. Con motivo de estas

diligencias en que me encontraba comprometido y de las anteriores que he anotado, y de otras todavía que debo callar, me había puesto hasta cierto punto al corriente de los procedimientos diplomáticos. Estaba comprendiendo al mismo tiempo cuánto hay de peligroso en mantenerse en estado, no diré de hostilidad, sino de simple indiferencia o frialdad con un poder tan efectivo como el del Papa. Mirando el caso por el solo respecto de la política internacional sudamericana, y precisando un punto conocido como, por ejemplo, el problema de Tacna y Arica ¿quién no negaría que la Curia de Roma, supuesto que la hubieran interesado en una pronta solución, no habría tenido los medios de acercarnos a ella?

Los aposentos del tercer piso del Vaticano, a donde se llega por una elevadísima pero cómoda escalera monumental de mármol, son de un gusto especial, que encuadra perfectamente dentro de mis ideas de estética eclesiástica y oficial. Son salas vestas, de paredes fortísimas, con muebles antiguos bien aseados y conservados, tapices en las paredes y un crucifijo u otro objeto de arte piadoso sobre el mármol de una sólida mesa de centro o de arrimo. Predominan los colores verde y rojo, siendo lo curioso que alternan generalmente dentro del mismo aposento, sin que se produzca el mal efecto que resultara de la composición con dos tonos tan opuestos.

Esperan, conversando en voz baja, muchas personas de aspecto distinguido. Hay varios obispos, clérigos y frailes. Un amanuense los hace entrar por turno. Yo espero mirando la Plaza de San Pedro, que está muy debajo, porque la altura del Vaticano es enorme. Es la tarde, y brillan los farolitos del alumbrado recién encendido, reflejándose en el agua de la lluvia que baja tupida para detenerse buscando salida, como las muchedumbres, cuando por la misma plaza se escurre bajando de las escalinatas de la Basílica en día de función. Se

está ennegreciendo del todo, y las luces diseñan los calumnias del Bernini, que abren su monumental eclipse para dar espacio al obelisco y sus fuentes vecinas que juntan con las del cielo sus cataratas de agua viva, abundante y rumorosa. Parece una luminaria en forma de tenazas, y pienso que con ellas coge la Iglesia a todo el mundo; es decir, con las tenazas de San Pedro, de los Evangelios, de la fe, de la caridad, de la justicia, del bien para todos.

El Cardenal Rampolla es un hombre alto y de hermosa presencia; habla castellano, aprendido en Madrid donde ha sido Nuncio. Es afable y distinguido de ademanes, aunque reticente en el habla; acaso teme decir una palabra de más. Es un estadista y diplomático de escuela, de la escuela italiana, en la cual predomina la sagacidad y el invariable sentido de la oportunidad.

Pronto comprendí que estaba prevenido el Cardenal por el Nuncio en París; de suerte que no tuve más que confirmar e ilustrar con datos las presunciones, o más bien las afirmaciones que tenía avanzadas. Un último temor asaltaba al Cardenal-secretario. Mac-Iver y Mariano Sánchez Fontecilla, es decir, un jefe radical y un prominente liberal, ocupaban Ministerios principales en el Gobierno de Chile. ¿Cómo esperar un buen resultado bajo los auspicios de hombres de esa clase, seguramente enemigos de la Iglesia? Y aquí tuve que explicar otra vez que, felizmente, no era la situación de Chile para promover de nuevo hostilidades al catolicismo como en tiempo de Santa María; que si bien algunos políticos no ocultaban sus deseos de recomenzar, la masa del país no las quería, no las toleraría. Le agregué que, por lo demás, y aunque la política radical era copiada de la que exportaba la Francia de Grevy, de Ferry y de Waldek-Rousseau, el buen sentido chileno se sobrepondría siempre y entonces los mismos liberales, afines de

los radicales, no consentirían en marchar hacia los extremos. También las nociones de radicalismo y liberalismo eran todavía comprendidas con más altura en Chile que en Francia, cuyos sistemas debían de ser, a la sazón, una verdadera pesadilla para el Cardenal. Es sabido que la política de León XIII era de puras contemplaciones hacia la Francia; lo secundaba con esmero y sobre todo con mucha abnegación el secretario de Estado, Rampolla. Los resultados, después de veinte años de paciencia, son peor que nulos.

La conferencia fué larga y abarcó algunos otros puntos. Me despedí en la seguridad de haber tratado a otro de los hombres superiores de mi tiempo, y satisfecho de haber procurado, en cuanto de mí dependía, mejor conocimiento de nosotros y de las circunstancias que el Vaticano debería tomar en cuenta para sus decisiones respecto de Chile.

Cuando me retiraba hube de recorrer las mismas salas desde cuyas ventanas se podía mirar de noche la misma Plaza de San Pedro, de la cual no se distinguían ya más que las tenazas de luces reflejadas por el piso mojado; y pensé esta vez que el celo y la inteligencia de los hombres que gobiernan la Iglesia deben de tener asidos igualmente a tantos hombres de Estado, por toda la tierra, que es menester ser de veras mal intencionado, audaz y poco hábil, para emprender campañas contra ella, cuando se cuenta con elementos de esos que pocas veces se consigue juntar.

Me volví a París deteniéndome en muchos puntos del norte de Italia. Nunca alcanza uno a conocer las bellezas de arte diseminadas en la península, que se me figuraba esta vez un gran museo al aire libre, una gran escuela de las formas y de los colores. En Pavía, cerca de Milán, existe la Cartuja, que es una fábrica maravillosa, modelo de arquitectura rica, variada, imprevista, inagotable, digámoslo así. No hay estilos im-

puestos, ni planes muy estudiados o meditados; pero todo es elegancia, esbeltez de miembros y de proporciones. Y aquello es vastísimo, de tal suerte que se pregunta uno cómo pudieron los cartujos allegar fondos para terminar tal obra.

Otro día pasé en Parma, la villa de las violetas, para lo perfumado y poético, y del queso, para lo apetitoso y succulento. Pero yo iba tras del Correggio, cuyas pinturas principales se ven allí únicamente. Las de otros museos del mundo no dan idea del gran mérito de ese maestro, y de la belleza imponderable de sus composiciones. Encontré que el Correggio era verdaderamente genial, pues previó qué adelantos podría hacer la pintura; los puso en práctica, y resultaron esos cuadros en que se juntan por única vez la ciencia elevada de los maestros que ya fueron, y las modelaciones y coloridos verdaderos y frescos, que pasaron a ser después como un descubrimiento propio del siglo XIX.

¡Y Verona! Ya he recordado, en el tiempo de las impresiones de adolescencia, sus montañas azules que tengo a la vista, que encierran el lago profundo, y sus palacios, de los cuales uno es dueño de tomar en su imaginación los dos mejores y más románticos: uno será montesco y el otro capuleto; uno para Romeo, el otro para Julieta.

Aquí está la tumba de la desgraciada joven. Es una cochera de alquiler con caballerizas. Entro a hacer de ella un recuerdo piadoso y encuentro en el patio, entre caballos que están desensillados, dos inglesas de Baedeker que buscan, tan desorientadas como yo, un indicio siquiera del monumento. No hay nada: es un desengaño, como la tumba de Virgilio en Nápoles. Pero a corta distancia se encuentra la tumba de los Scaligieri, en medio de una plazoleta, la misma tumba que las decoraciones de ópera reproducen para adaptarla a Julieta. Es una preciosidad de arquitectura y arqueología; sus formas

venecianas, lanzadas al espacio, góticas e italianas a la vez, hacen soñar vagamente, y evocan a los dux, a Shakespeare, y a los sucesos de aquellas épocas románticas entre todas.

Vuelto a París, no tardé en encontrarme con Monseñor Ferrata. Se dirigió a mí sonriéndose, y me dió la noticia de la entrada triunfal del Delegado Machi a Santiago. Según el telegrama que había recibido, aquello había sobrepasado las esperanzas del Vaticano y todos los buenos augurios que yo había anticipado.

CAPITULO XLVI

Tres años seguidos quedé en París, siempre al lado de mi enfermita, animado de pocas esperanzas y sin valor de embarcarme con todos los míos, con rumbo definitivo hacia Chile, como lo deseara. Temía que la navegación viniera a ser una cruel complicación en el caso.

El mundo estaba siempre circunscripto, para mi vida moral sobre todo, a las paredes de mi hogar, a los parientes y amigos íntimos, a los libros que entraban, a los ecos que por cartas, telegramas y periódicos me llegaban de mi país. Un entretenimiento que resultaba de cada mala era encontrar la lectura en los diarios chilenos de los telegramas con noticias europeas. En gran parte los hechos venían falseados. La explicación estaba en que las agencias noticiosas que surten a nuestros diarios, y a los de la mayor parte del mundo, pertenecen a judíos, los cuales organizan muy hábilmente sus informaciones para hacerlas convergentes hacia sus intereses. No tienen ningún escrúpulo de exactitud, sobre todo si las noticias les convienen a sus negocios o si son referentes a Roma, al Papa, o a la religión católica en general.

Si salía alguna vez de aquel medio encierro en que vivía, era

puramente en cumplimiento de obligaciones, y para volver pronto a mi círculo.

Con el fin de despertar al espíritu agobiado, me moví otra vez hacia Italia. No tuve intención entonces de tomar la distracción del arte, que fácilmente habría encontrado.

Quise levantar mi ánimo a regiones más altas donde se hiciera una derivación más eficaz de mis penas; quise acercarme al espíritu de Dios, por medio de sus santos que supieron sufrir y sacar merecimientos de dentro del propio quebranto. Quise llegar como un peregrino hasta el sepulcro de San Francisco. Esperé renovar, por lo menos, mis fuerzas para seguir adelante en la paciencia, en la resignación, en el completo sometimiento a lo que dispusiera la voluntad soberana.

Pero no; mi temperamento es incorregible; y lo primero derivado fué mi propia intención. El ambiente italiano envolvióme dulcemente, como lo hacen los algodones en torno de un miembro adolorido. El aire azul me comunicó anhelos nuevos, mezclados de destinación piadosa y de sensación de arte puro. La vista de los Apeninos, con sus crestas blanqueadas y sus faldas manchadas de bosques con pintas de casitas lucientes, me dió una especie de contento tranquilo, distraído y satisfecho que, sintiéndolo por otra parte sano y justo, me cuidé de disipar. Me permitía Dios ese paréntesis en la triste página de ese año. Y, al fin, ¿no es de Dios mismo de donde viene también el culto de lo bello? ¿Y no tiene la belleza bien comprendida la propiedad de hacer amar a Dios como origen y autor de ella?

Apartándome, pues, de la ruta ordinaria que lleva a Roma, detuve mi viaje pocas horas más allá de Florencia, tomando el desvío de Perugia y Foligno. El tren me había llevado por entre cerros cubiertos de olivares de hojas tenues, que daban reflejos pálidos al sol, y siguiendo cañadas donde el brote de

primavera adornaba a los árboles frutales de flores blancas y rosadas.

Un cañaveral ocultó el paisaje por un minuto. En seguida se vió agua que llegaba cerca de los rieles, moviéndose con ondas como de un pequeño mar. Y luego apareció un fondo encantado, de agua tersa, nacarada y que parecía despedir más bien la luz que reflejarla. El horizonte, que era una bruma viva de nubes hechas de polvo de plata, cedía sus matices ante la aparición de una isla cercana donde los arbolados ocultaban mal un antiguo castillo flanqueado de torres italianas cuadradas. La isla flotaba sobre gasas claras y sutiles, que no se veían como otra cosa los reflejos del cielo que se extendían sobre el lago en aquella mañana fantástica.

Era el lago Trasimeno, que un día vió sus aguas enrojecidas por la matanza cuando en sus orillas se peleó la mortal batalla en que Aníbal abatió las legiones del cónsul Flaminio.

Siguieron las riberas que contorneaba afanoso el tren, ya solevantadas y siempre cubiertas de olivos o de árboles en flor, ya extendidas y como alfombradas de césped verde con interrupciones simétricas de mieses que recién asomaban su vegetación. Sobre estos campos corrían hileras de olmos desnudos, ligados por los sarmientos secos, que después en verano, formarían la guirnalda de los alegres pámpanos de la viña. Era el corazón de la Italia eternamente bella y buena, que me acogía y agasajaba. El cielo, el aire, el agua, el monte y el llano, todo era armonía, luz, templanza y amor; todo vibraba en un acorde grato, que comunicaba al alma y a los sentidos un deleitable y sencillo bienestar.

Detúvose el tren y me bajé frente a un monte empinado que venía yo mirando desde lejos. La carretera que se diseñaba sobre la cuesta, llevaba sus quebradas líneas a terminar en la altura, precisamente en un negro portón coronado por almenas

de piedra, y que daba entrada a un pueblo rodeado de murallas igualmente almenadas. De piedra vieja y llovida eran también todas las casas y sobre ellas descollaban varias torres antiquísimas, de formas variadas. El pueblo encumbrado, y que en todo parecía una de esas estampas fantásticas que acompañan a las leyendas medioevales, era Asís, el pueblo natal de San Francisco.

Los viajeros que a él llegan son pocos; o son del número de los que viniendo satisfacen su piedad especial a ese héroe de la santidad, o son de los que buscan la emoción de verse, en realidad de presencia, dentro de un escenario verdadero de la vida del siglo XIV, lejos de todas las circunstancias de la existencia positiva, ajenos a toda solicitud, a toda convención contemporánea.

Me iba subiendo por una callejuela estrecha, en que vi sólo a unos pocos niños, en busca de la iglesia del santo y del convento, cuando bruscamente se despejó el horizonte en una plazoleta que dejaba percibir una vista inmensa, dilatadísima. Encontrábame sobre un terrado con gran elevación, que no era otra cosa el sitio, y dominando como frente a una pintura la región poética de la Umbría. Sobre las montañas boscosas del norte destacaba sus blancuras la ciudad de Perugia, mientras el hondo y extenso valle en que jugaban por dondequiera los reflejos de un río medio oculto, se dilataba hacia el poniente hasta el encierro que le trazaban los montes desteñidos por la oposición del sol de la tarde.

No pude menos de detenerme contemplando aquel espectáculo extraordinario, o más bien aquel sueño en medio de la verdad de presencia, en el cual yo, viviente del siglo, gozaba de la visión del pasado, escrutando con mis propios sentidos aquel escenario clásico, contemplando en mi alma viva el teatro propio de los sucesos muertos de la historia, y sintiendo en

mi corazón, que oía latir, los ecos emocionantes de tantas épocas de la humanidad ya remotas y borradas.

Por ahí se divisa el sitio donde nace eternamente el Tiber, que avanza turbio, pequeño, insignificante, para crecer y tomar caudal en el contorno de Roma, y para morir pronto en el Mediterráneo: imagen viva de la humanidad y de su historia que, siguiendo ese curso y desenvolvimiento, creció también ahí mismo en la más noble de sus ramas y alcanzó el mayor auge y grandeza que se vieran, para después perderse y ahogarse en el mar de las reacciones, de los castigos providenciales, de los sucesos imprevistos.

El cordón azul de los cerros, que ya se va tiñendo del color violado que da el contraste de la puesta del sol, es la Toscana. Roma y su historia es moderna en comparación de la Toscana. Cuando podían suceder los relatos fabulosos de la fundación de Roma, ya existía ahí, en frente, un pueblo con civilización propia. Eran los etruscos: sus restos de alfarería, de bronce, de arquitectura y otras obras de arte, son encontrados por los arqueólogos hasta en los días presentes.

La parte baja del valle donde serpentea el río que da los destellos de luz, fué camino de las hordas del norte, como antes lo había sido de las legiones invencibles de Roma. Más de una vez los bárbaros, groseros pero pujantes, formados en columna migratoria, debieron de levantar polvo en ese camino que, en dos jornadas, los hacía llegar a la vista del Capitolio.

Embelesado mirando, me había quedado ahí, sin seguir mi camino, hasta la obscuridad. Acertó a pasar un hombre de alguna edad, de figura decente y simpática, que comprendió lo que yo hacía o sentía con esa exquisita y oportuna sagacidad que es el don por excelencia de los italianos. Se acercó saludando y entró en conversación. Quedé admirado de la ameni-

dad de su trato y del conocimiento cabal que tenía de la historia local. Mostrándome hacia abajo un sitio que se veía por entre los prismas de un almenado, me contó un hecho bien extraño. Cuando se construía el ferrocarril que corre por el valle, los ingenieros encontraron, al cavar una zanja, otro ferrocarril, un ferrocarril fósil, extendido en una cierta extensión y en el mismo sentido de la línea actual. En vez de durmientes había maderos que sostenían a lo largo el riel o el fierro que servía de tal. Se vió por ciertos indicios que era hechura de los romanos; pero al no hallarse ni ruedas ni carros, ni vestigio alguno de material rodante, no se pudo completar ninguna conjetura. Quedaron, sin embargo, los que presenciaron el descubrimiento, en la persuasión de que los romanos conocieron el ferrocarril, aunque en forma para nosotros bien indeterminada.

Es de pensar ahora, desde la altura que a uno lo pone soñador, que la misión de esta pequeña ciudad, suspendida por los aires, hubiera sido solamente la de ver nacer al serafín humano, al hombre que más se pareciera a Dios, al santo popular por excelencia, fundador de la Orden religiosa humilde y venerable. Asís es un apellido hecho célebre; quien nombra a Asís supone a San Francisco; y como el tiempo que ha pasado no ha hecho más que hacer crecer al héroe, el pueblo, que no quiere mayor honor, no ha pretendido moverse, ni marchar hacia lo que se llama progreso.

Asís ha quedado en condición de ciudad antigua. El reloj de los siglos se detuvo para ella desde el nacimiento de San Francisco. Es un punto de contacto entre el Santo y Jesús a más de los otros más salientes, constituídos por sus heroicas y casi divinas virtudes, y notados ya por el propio Renán, el grande escritor impío. Asís quedó estacionaria, como Jerusalén, que sacudida hasta no quedar piedra sobre piedra, no ha

vuelto a vivir sino como una triste ciudad árabe y judía por la cual ya nadie suspira. Ambas ciudades quedaron fijadas como la rueda de la fortuna.

Porque San Francisco, el hombre sublime, cuya vida es la más llena de poesía entre cuantas han atravesado por la realidad, se acercó, sin duda, más que nadie a Jesús. Acaso a fuerza de amarlo llegó a penetrarse de la naturaleza humana que junto con la naturaleza divina constituyen su ser; y con eso y levantándose siempre en el amor, en la bondad inmensa, en la equidad de conciencia, en la pureza y mansedumbre, llegó a tomar el parecido moral, como tomara, por otra parte, sobre sus manos y para igualar más, las propias estigmas de la crucifixión.

San Francisco no fué propiamente ni un filósofo ni un reformador, ni menos un sabio, ni un filántropo. Fué un poeta lleno de la poesía divina. Amante y amado de Dios en grado extremo, se convirtió en un santo excelso, incomparable, en un santo romántico, digámoslo así. Las leyes de la naturaleza se suspendían a cada paso ante su voluntad de servir a sus semejantes o de acercarse a su Dios. Los pueblos, subyugados por su virtud y por su amor, se reformaban y después le seguían ciegos; los grandes de la tierra, entusiasmados por sus hechos y deslumbrados por su humildad, le cedían el paso; y la Iglesia, reconociendo en él la señal del escogido de Dios, le declaraba santo, canónicamente, cuando apenas hacían dos años de su muerte y delante de su propia madre, invitada a la ceremonia.

El arte italiano se agregó, y Giotto, el gran precursor, vino a Asís, a pintar con sus propia manos las bóvedas ojivales del templo dedicado al santo, así como el Beato Angélico, pintor de escenas celestiales, dedicó al santo sus trabajos más sentidos, sus momentos más inspirados. Pero aunque parece que to-

dos los artistas, desde aquellos días hasta hoy mismo, hubieran querido ilustrar en manera especial y primorosa a San Francisco, óyese dominando la voz del Dante. El altísimo poeta, después de atravesar el Paraíso, transcribe, en estrofas magníficas, el elogio que hace Santo Tomás cuando le habla de San Francisco y Santo Domingo, de las dos columnas que quiso poner Dios a su Iglesia que vacilaba:

*L'un fu fatto serafico 'in ardore
L'altro per sapienza in terra fue
De cherubica luce uno splendore.*

.....
*Pero chi d'esso loco fa parole
Non dica Ascisi, che direbbe corto,
Ma oriente, se proprio dir vuole (1).*

No sé hasta dónde iría si me pusiera a escribir sobre San Francisco. Su vida angelical y sus hechos me comunican una admiración exaltada, sobre todo si los considero dentro de los propios sitios donde se desarrollaron, en medio de la tierra amada de Italia, o en el Oriente o en los demás países donde le llevó su estrella de amor y piedad.

No quiero recordar más que mis impresiones locales recogidas durante la visita. Aquí tengo la casa de piedra de los Bernardone, los padres del joven atrayente, elegante, decidor, al cual seguían los otros mancebos del pueblo, congregados en comparsas de trovadores, en compañías caballerescas para real-

(1) Uno por su ferviente caridad fué serafín; el otro en la tierra fué, por su sabiduría, un esplendor de luz querúbica.

.....
Pero quien quiera hablar de aquel lugar, no diga Asís, que quedaría corto, sino oriente, que sería el apropiado nombre.

zar el valor y la galantería. Allí abajo se ve un gran domo; es la Porciúncula, el sitio donde Francisco se sintió llamado a otras hazañas; donde hizo sus fundaciones; donde, en el arrobaamiento, habló y miró a Dios y a su madre; donde murió rodeado de sus frailes humildes, de los multiplicados, ya entonces, hasta por los confines de la Europa.

Aquí está el convento de las religiosas que guardan el cuerpo embalsamado de Santa Clara. Son las monjas Clarisas, llamadas en lenguaje franciscano la segunda Orden, como es la tercera la que forman los laicos de ambos sexos que se quieran adherir, practicando ciertas reglas piadosas, fáciles de observar en la vida del mundo. El Dante fué *tercero* como San Luis de Francia, Cristóbal Colón y muchos otros grandes hombres.

Andando unos pocos minutos hacia el sur termina Asís, que es pequeña. Frente a la calle, se abren las murallas de piedra por medio de una portada que deja ver un horizonte vasto, con faldas de montañas y árboles ralos y poco desarrollados: es como un trozo de desierto que sigue bruscamente a lo poblado; no hay una habitación, ni siquiera un cercado. Hay sólo un débil sendero que conduce a lo alto de las montañas. Por él, sin duda, subía Francisco a ponerse en contacto con la naturaleza, con las flores, con los bosques y los arroyos, con los animales, a los cuales trataba de hermanos. ¿No eran todas criaturas de Dios, como lo eran los astros y los elementos, el fuego y el aire, a los cuales llamaba también hermanos?

El pueblo de Asís comienza, en el extremo opuesto, por una plazoleta que da entrada al convento y a la iglesia del santo. Está rodeada la plazoleta de galerías que sirven para abrigar las peregrinaciones contra la lluvia y el calor.

La iglesia, que data del mismo siglo XIII, tiene tres pisos; el superior es de proporciones soberbias y tiene grandes vidrieras góticas; conserva, a pesar de las restauraciones, el her-

moso decorado que por devoción vinieron a hacerle el Giotto y sus discípulos, todos ellos terceros también de la Orden Franciscana. El piso medio, o sea la iglesia baja, es formada de fuertes bóvedas, de un trazado elegante, sin embargo, y con más pinturas de inmenso valor de arte y arqueología. Más abajo está todavía la cripta, hecha de magníficos mármoles y jaspes donde, enterrado, se encuentra el sepulcro, que es un sarcófago de piedra.

En los momentos en que murió el santo, se posó sobre el techo de Santa María de los Angeles, o la Porciúncula, una bandada de alondras, de las que él llamaba hermanitas cuando las invitaba a alabar con él al Señor. Aunque no era su hora, se pusieron las aves a cantar dulcemente el responso de su amigo.

La santa poesía que rodeó siempre a Francisco, perdura en torno de sus restos. La noble basílica que los cubre y honra infunde melancolía tranquila y simpática; la pequeña ciudad empinada que todavía ama a su santo con sentimiento piadoso de celo y gratitud, vive confiada, en inmutabilidad altiva, al lado de sus restos.

Muchas de mis horas pasáronse también tranquilas cerca de aquel bendito despojo. Soy reacio a la meditación y a todo prolongado sentimiento contemplativo; pero al fin hube de reconocer que, en parte a lo menos, y a despecho del movimiento primero que me hacía buscar el lado del arte, se realizó el objeto principal de mi venida a Asís. Fuí penetrado de afecto y veneración hacia el admirable servidor de Dios, y con eso volví, creo, en mejores condiciones de serenidad y resignación, ante el dolor que me rodeaba en lo más íntimo y delicado de mi ser.

Pero mi hogar era el mismo que dejé. Mi hijita seguía vi-
viendo en la angustia, con la agravación de que, desarrollán-

dosele la inteligencia de todo, se daba más cuenta de sus propios padecimientos y de los que ocasionaba en torno de ella. Pasaban los meses y los años sin más alteración que el agregado de algún nuevo síntoma fatal, de alguna nueva circunstancia dolorosa que la lastimara a ella y a cuantos la acompañaban: era un suplicio a fuego lento.

FIN DEL TOMO I

INDICE

| | Págs. |
|---|-------|
| De 1854 a 1864.—Capítulos I a VIII | 13 |
| El primer hogar.—Costumbres de ciudad pequeña.—Mi padre, mi madre y el abuelo francés.—El Colegio Inglés.—La casa de don Manuel Antonio Tocornal.—La procesión del Carmen.—Coches y caballos.—Valparaíso.—Ingleses de Sudamérica.—La hacienda de Pirque y la Chacra Subercaseaux.—El Teatro Municipal.—Cómo era Santiago en 1860.—El incendio de la Compañía.—Veteranos de la Independencia.—Batallones cívicos.—Los libros que se leían | 90 |
| De 1864 a 1874.—Capítulos IX a XXVI | 91 |
| Colegio de San Ignacio.—Los estudios y los juegos.—Horario del Colegio.—Carlos Morla.—La vida del colegial.—Roma y Cartago.—Devoción a la Virgen María.—Guerra con España.—Últimos años de colegio y exámenes en el Instituto Nacional.—Mi primer viaje.—Nuevos cursos en el Instituto y Universidad.—Don José Joaquín Pérez.—Mi cuñado Vicuña Mackenna.—Santiago se transforma.—Operas y dramas.—Otros viajes conociendo a Chile.—La música de entonces.—Literatura y bellas artes | 255 |

| | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| De 1874 a 1884.—Capítulos XXVII a XLI | 256 |
| Primer viaje a Europa.—Londres de primavera, ciudad encantadora.—Llegada a París.—Don Javier Rosales y don Alberto Blest Gana.—Florián.—Vuelta a Londres.—Adelina Patti.—Lo gótico y lo romano.—Deauville.—Los chilenos en París.—Pintores y músicos.—Revolución Francesa e Inquisición Española.—Italia, Florencia y Miguel Angel.—Roma y los genios del arte.—Pío IX y Víctor Manuel.—Nápoles y Venecia.—Las capitales de Europa.—Vuelta a Chile por Magallanes.—Manuel Pardo.—Viajes al sur y norte.—La guerra contra el Perú y Bolivia.—El héroe Arturo Prat.—Segundo viaje a Europa.—Mitre y Sarmiento.—Parientes de Francia.—Estada en Roma.—La administración de Santa María.—Pedro Lira y el movimiento artístico y literario.—Tercer viaje a Europa.—Don Rufino José Cuervo, el gran lingüista.—Lourdes | 431 |
| De 1884 a 1894.—Capítulos XLII a XLVI | 432 |
| El enamorado de París.—Chile está en Chicago.—Chile en 1890.—Don Maximiano Errázuriz.—La revolución del 91.—En París se decide la detención de los cruceros chilenos.—Un invierno en Londres.—Educación inglesa.—Persecuciones en Francia.—Entredicho en Chile con el Vaticano.—Intervención del Nuncio en París.—Mi intervención en Roma.—No son malos los liberales ni radicales.—San Francisco, el Santo de los Santos.—La eterna belleza de Italia | 482 |